Kevin Legrá

El precio de un ideal



Galaxia Gutenberg



Kevin Legrá se involucró en el mundo de la literatura desde una edad temprana, destacándose como guionista y locutor del programa de radio juvenil *Conquistando el futuro* durante su etapa de bachillerato. Fue en ese contexto donde surgieron sus primeros cuentos. En mayo de 2020, escribió «Las Brujas de Boma», un relato basado en leyendas del campo cubano que posteriormente fue considerado para ser adaptado al teatro por Ka-théâtre, una compañía francesa que presentó varias obras en Santiago de Cuba entre 2007 y 2011. En diciembre de 2023, publicó su primer libro, *Relatos en Verso*, un compendio de veinticuatro poemas que logró ventas en España, Francia y Estados Unidos. Actualmente colabora con el blog literario «Leo, luego existo», donde escribe reseñas de libros, comparte consejos sobre técnicas narrativas y aborda temas de su interés. Además, publica esas reseñas en su cuenta de Instagram homónima, que tiene más de mil seguidores y una comunidad activa que lo apoya.

A los seis años, Rivero, nacido en 1942 en Guantánamo, llega con su madre a la casa de su bisabuela, en Santiago de Cuba, donde pasa los años de la infancia a la juventud entre la escuela, su casa de la calle Santa Úrsula y la misa de los domingos. Mientras tanto, en la isla, el Ejército Rebelde ha derrocado al dictador Batista y, en 1959, Fidel anuncia el triunfo de la Revolución. Rivero tiene entonces diecisiete años y aún desconoce lo que el destino le depara en esta nueva Cuba.

Los planes del joven Rivero se ven interrumpidos al ser enviado a una de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP), los campos de trabajos forzados que, entre 1965 y 1968, aglutinaron a artistas e intelectuales disidentes, a homosexuales y a quienes profesaban una gran diversidad de religiones en Cuba. A partir de ese momento, la biografía de Rivero quedará marcada por la desesperación y la impotencia ante el odio y la suspicacia de un sistema militar opresor.

En *El precio de un ideal*, galardonada con el XVIII Premio Málaga de Novela, las vicisitudes de los protagonistas reflejan la historia de Cuba, desde los primeros años de la Revolución hasta la visita del papa Juan Pablo II, en 1998, desde la perspectiva de un protagonista que trata de conciliar su fe religiosa con el esfuerzo revolucionario. Con un estilo sencillo y fluido, Kevin Legrá se sirve de un exhaustivo trabajo de documentación para contar la historia de unos personajes cuyo día a día está, inevitablemente, marcado por los acontecimientos históricos y dictado por las consignas del régimen cubano.

KEVIN LEGRÁ

El precio de un ideal

Galaxia Gutenberg



Esta novela fue galardonada con el XVIII Premio Málaga de Novela, concedido el 18 de diciembre de 2024 en la sede del Área de Cultura y Patrimonio Histórico del Ayuntamiento de Málaga. Formaron parte del jurado Pilar Adón, Ana Cabello, Luis Alberto de Cuenca, Antonio Soler, Alfredo Taján y la directora general de Cultura del Ayuntamiento, Susana Martín Fernández.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo de 2025

© Kevin Legrá, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025
Imagen de portada:
© Paul Kidd
Reservados todos los derechos

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-10107-01-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

La gente tiende a rechazar los cuentos horribles, esos cuentos que a veces salen o parecen salir de mentes enfermas, o parecen salir de un mundo kafkiano, irreal. El mundo exterior no tenía sensibilidad para eso…, para lo que pasaba en Cuba.

ALCIDES MARTÍNEZ
[preso político cubano]

Vamos saltando de los vagones mientras nos cuentan, de los rieles del tren a la entrada del campo nos separa un tramo. Caen algunas gotas. Trato de saltar entre los charcos y el fango. Los otros están saltando todavía cuando estoy casi a la entrada. El tren ha echado a andar. Una tela blanca con letras rojas y algunas manchas de lluvia anuncia: «El trabajo os hará hombres. Lenin».

JOSÉ MARIO RODRÍGUEZ
[director de Ediciones El Puente]

Las UMAP son una sombra oscura sobre Cuba, peor que el bloqueo norteamericano y la cartilla de racionamiento (…) UMAP, una palabra que suena como a algo de ciencia ficción, como si la humanidad fuera enterrada en ella.

GRAHAM GREENE
[escritor, guionista y crítico literario británico]

A la memoria de Orestes Rivero La Rosa,
y a su esposa, Luz Marina Mariño (Monina)

Para Gabriel Calante,
cuya alma corre libre por los bosques de Noruega

Nota del autor

Muchos de los episodios narrados en este libro forman parte de una exhaustiva investigación histórica y están basados en documentos, ensayos y testimonios de varias personas. Tal es el caso de «Yo soy el número 76», un vívido testimonio de Orestes Rivero, nunca antes publicado y, por tanto, inédito, sobre las horrorosas UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción), unos campos de trabajo militar implantados en Cuba entre los años 1965 y 1968, a los que destinaban a homosexuales, practicantes religiosos, artistas, intelectuales y disidentes. Mi investigación me condujo al excelente ensayo de Abel Sierra Madero, titulado *El cuerpo nunca olvida: trabajo forzado, hombre nuevo y memoria en Cuba (1959-1980)*, el cual me sirvió de gran ayuda para construir la base de esta historia y, además, verificar muchos datos contenidos en el testimonio. Igualmente, en el libro presento fragmentos de discursos de Fidel Castro, del arzobispo Pedro Meurice, de cartas del papa Juan XXIII dirigidas al pueblo de Cuba; todos ellos, debidamente señalados y que, por respeto, mantuve intactos.

Sin embargo, dado que se trata de una novela, algunos de los acontecimientos históricos han sido sometidos a un desarrollo dramático para crear una historia interesante y fluida que brinde al lector una experiencia agradable. De esta manera, decidí rodear a mi protagonista de personajes y situaciones ficticias, especialmente en lo que respecta a su vida privada y a su familia. No obstante, algunos de los hechos relacionados con su paso por las UMAP y acontecimientos posteriores a su salida muy bien podrían haberle ocurrido realmente a cualquier joven de la época, aunque en este caso, no a mi personaje, quien, en realidad, tuvo más suerte que

otros que, desafortunadamente, cayeron en aquel infierno que fueron las UMAP.

Prefacio

La Habana. Aunque no hay nada que denote en él malestar alguno, creo que a Fidel no le va a gustar lo que voy a decirle:

–Comandante, todo el encanto de la Revolución cubana, el reconocimiento, la solidaridad de una buena parte de la intelectualidad universal, los grandes logros del pueblo frente al bloqueo, en fin, todo, todo se fue al caño por causa de la persecución a homosexuales en Cuba.

Fidel no rehúye el tema. Ni niega ni rechaza la aseveración. Solo pide tiempo para recordar, dice, cómo y cuándo se desató el prejuicio en las filas revolucionarias.

Hace cinco décadas, y a causa de la homofobia, se marginó a los homosexuales en Cuba y a muchos se los envió a campos de trabajo militar-agrícola, acusándolos de «contrarrevolucionarios».

–Sí –recuerda–, fueron tiempos de una gran injusticia, ¡una gran injusticia! –repite enfático–, la haya hecho quien sea. Si la hicimos nosotros, nosotros… Estoy tratando de delimitar mi responsabilidad en todo eso porque, desde luego, personalmente, yo no tengo ese tipo de prejuicios.

Se sabe que entre sus mejores y más antiguos amigos hay homosexuales.

–Pero, entonces, ¿cómo se conformó ese odio al «diferente»?

Él piensa que todo se fue produciendo como una reacción espontánea en las filas revolucionarias, que venía de las tradiciones. En la Cuba anterior no solo se discriminaba a los negros: también se discriminaba a las mujeres y, desde luego, a los homosexuales…

–Sí, sí. Pero no en la Cuba de la «nueva» moral, de la que tan orgullosos estaban los revolucionarios de dentro y de fuera…

–¿Quién fue, por tanto, el responsable, directo o indirecto, de que no se pusiera un alto a lo que estaba sucediendo en la sociedad cubana? ¿El partido? Porque esta es la hora en que el Partido Comunista de Cuba no «explicita» en sus estatutos la prohibición a discriminar por orientación sexual.

–No –dice Fidel–. Si alguien es responsable, soy yo...

«Es cierto que en esos momentos no me podía ocupar de ese asunto… Me encontraba inmerso, principalmente, en la Crisis de Octubre, en la guerra, en las cuestiones políticas…».

–Pero esto se convirtió en un serio y grave problema político, comandante.

–Comprendo, comprendo… Nosotros no lo supimos valorar… Sabotajes sistemáticos, ataques armados, se sucedían todo el tiempo: teníamos tantos y tan terribles problemas, problemas de vida o muerte, ¿sabes?, que no le prestamos suficiente atención.

–Después de todo aquello, se hizo muy difícil la defensa de la Revolución en el exterior… La imagen se había deteriorado para siempre en algunos sectores, sobre todo de Europa.

–Comprendo, comprendo –repite–: Era justo…

–La persecución a homosexuales podía darse con menor o mayor protesta, en cualquier parte. No en la Cuba revolucionaria –le digo.

–Comprendo: es como cuando el santo peca, ¿verdad?… No es lo mismo que peque el pecador, ¿no?

Fragmento de la entrevista de Carmen Lira Saade
a Fidel Castro: «El mundo mejor del futuro
tiene que ser común para todos», publicada
en el periódico *Granma* el miércoles,
1 de septiembre de 2010

Uno

Las moiras son la personificación del destino. En la mitología griega, se creía que todo ser humano tenía su moira, pero con el paso de los años, el concepto se volvió más abstracto y se convirtió en una divinidad femenina. Tres mujeres cuya función consistía en regular la vida de cada mortal, desde su nacimiento hasta su defunción, impidiendo que cualquier dios interviniese para evitar la muerte de un humano cuando esta era su destino. Hijas de Zeus y de Temis, diosa de la ley, la voluntad y la justicia divina, y hermanas de las horas. Hijas de la noche, pertenecientes a la primera generación divina.

Cada persona tiene su moira. El protagonista de esta historia también la tiene. Pero esto empieza mucho antes de eso. Antes de que Átropo comenzara a hilar la vida de nuestro hombre. Comienza con dos jóvenes enamorados viéndose a escondidas en la oscuridad. Con los labios apretados para que no se les saliera la risa, porque temían alertar a los que estaban en la casa. Él con sus veinte años y ella con catorce, estaban a punto de hacer algo que marcaría sus vidas para siempre, y a pesar de ello, no tenían miedo. En muchas ocasiones habían escuchado hablar de aquello, era algo común en la época. Semanas antes, habían planificado minuciosamente todos los pasos a seguir para lograr que la misión fuese un éxito. No podía haber fallos; de lo contrario, no tendrían otra oportunidad, sus familias se distanciarían y se encargarían de hacerles la vida imposible. Y ellos no pensaban permitirlo.

Jesús y Matilde se conocían desde niños. Jugaban juntos, reían juntos, hasta comían juntos. Sus padres eran vecinos, aunque los separaba casi un

kilómetro de sembradíos de cacao. Era muy importante en el campo que cada familia tuviese su espacio, porque no existe ley en la vida más importante que dejar que cada quien haga lo suyo en su territorio. Así, nadie se metía en la vida de nadie, y todos vivían felices con sus propias reglas. Sin embargo, esa ley no impedía que los chiquillos se encontraran para hacer de las suyas. A pesar de la distancia, las mujeres se las arreglaban para visitarse muy a menudo. Prácticamente todos sus hijos terminaban criándose juntos. Apenas aprendían a dar los primeros pasos, las madres los soltaban por el campo para que exploraran su pedacito de mundo, y surgían sus primeras cicatrices, los raspones de rodillas y las heridas que obligaban a las madres a caminar casi tres kilómetros, en busca del doctor que las cosiera en el portal de su casa, descamisado y aguantando el hilo con los dientes.

Luego, el puñado de niños crecía, y sin ningún tipo de pudor, comenzaban a explorarse entre ellos. Al principio todo parecía un juego, las niñas hacían de mamá y los niños de papá, pero con el paso de los años, el juego se convertía en pura excusa, porque en el fondo buscaban responder todas esas preguntas indiscretas, que ni las madres ni los padres solían responder.

Apenas cumplían los diez años, a las niñas las madres les aconsejaban: «Si te dejas tocar las teticas, te dejas tocar la totica». Mientras que los varones, firmes al patriarcado que siempre se vivió en el campo, estrenaban sus miembros viriles destrozando platanales, gallinas, chivas y llenándose las manos de callos. Pero nunca faltaban los espectáculos nocturnos de *amá* y *apá*. Los que, nueve meses después, traían un nuevo hermano. Y como el cuento de la semillita no duraba para siempre, los chiquillos terminaban rompiendo las reglas.

La madrugada en la que Jesús y Matilde se escaparon juntos, sentían tanto amor entre ellos que no eran capaces de imaginarse una vida sin el otro. Él se acercó, silencioso, a la ventana y le silbó, y ella, al oírlo, apartó la cortina de su cuarto y saltó al exterior. Escudriñó rápidamente la casa, temiendo que el ruido de la caída pudiera despertar a alguien, y fue cuando se percató de que una de sus hermanas la había visto. La pequeña tenía tres

años y se estrujó los ojos como quien no se creía lo que veía, pero con el mismo ímpetu, se dejó caer en la cama, vencida por el sueño. A Matilde el hecho de que su hermanita la delatara no le importó; al fin y al cabo, a la mañana siguiente todos se darían cuenta de su ausencia.

Se echaron a correr atravesando el camino de la Macagua, con más miedo que alegría; y ya en la orilla del río, sin que les interesara el frío que había, ni las viejas supersticiones que advertían de exponer el cuerpo desnudo a la luna llena, se amaron sin tabúes. La operación había sido todo un éxito. Jesús se había encargado de construir una casita con tablas de palma y techo de guano. Junto a Lazarito, su mejor amigo y compinche, tardaron sesenta días en terminarla y ya era lo suficientemente grande como para albergar a la pareja. Eso sí, para aliviar la panza tendrían que ir obligatoriamente a la casa de los padres de Jesús, pero mientras tanto, había bastante monte para eso. Finalmente, vivirían solos.

Muchas parejas ya se habían escapado de sus casas para iniciar una vida juntos, y como era normal, todos sufrían un tiempo: sus padres dejaban de hablarles, los consideraban una vergüenza para la familia; pero terminaban aceptándolos. Era cuestión de tiempo. «¿Quién dijo que había que esperar al matrimonio? ¡Estamos en pleno siglo XX, por Dios!». Y así sucedió.

La rutina los abrazó rápidamente. Jesús sembraba con su padre, y Matilde servía de ama de casa. A los pocos meses, comenzó a atormentar a su esposo con sus repentinos antojos y cambios de humor. Se pasaba el día en la cocina haciendo flanes, dulces de coco y pan de boniato, mientras lloraba –o reía, según estuviera el tiempo–, para luego terminar vomitándolo todo. Sus caderas, cada vez más anchas, y sus pechos, que crecían por minuto, delataron que la guajirita estaba encinta. Cuarenta semanas y dos días después, el amor daba su primer fruto. Un hilo perdido que la primera de las moiras comenzó a tejer y que llegó a este mundo en Guantánamo, en noviembre de 1942: Rivero.

Era delgado y vivaracho, como su padre. Siempre con unos mocos a punto de salírsele de la nariz, que se pasaba limpiándose todo el santo día con las manos. En la mañana, esperaba ansioso su biberón de leche y luego se iba a cazar arañas con un hilo, cangrejos con una piedra y un trocito de

carne, y a destruir nidos de hormigas; hasta que Matilde se cansaba de vociferar su nombre y salía con una ramita de árbol de Júpiter a buscarlo.

–¡Muchacho del diablo! ¡Deja que te coja, carajo!

En esas ocasiones, que pocas no eran, Rivero siempre regresaba a la casa con las canillas rojas y llorando sin consuelo. Día tras día, como una noria imparable, se repetía la historia. Hasta un día. El día en que, como marcaba el destino, el amor entre Jesús y Matilde se acabó. Quizás ya se había terminado antes, pero los estimulaba la rutina, la burbuja de comodidad que se construye cuando pasamos la mayor parte del tiempo con una persona y, hasta cierto punto, dependemos de ella. Esa burbuja reventó cuando, impulsada por los deseos de libertad femenina, Matilde había decidido cargar con su hijo e irse a vivir con su abuela a Santiago de Cuba, para estudiar algo y ganarse su propio dinero. A sus veintidós años de edad, la guajirita deseaba ser alguien en este mundo, y dedicarse a algo más que a criar animales de corral, ser esclava de su propia casa y destruir sus pulmones tras un fogón de leña.

–¡Pero tú estás loca, mujer! ¡Qué estudiar ni estudiar! ¡Quién te dijo que tienes cabeza *pa'* andar estudiando! Las mujeres están *pa'* hacer las cosas de la casa y atender a sus maridos –le había dicho Jesús, claramente en contra de la decisión.

Pero nada pudo hacer cuando el carácter terco y orgulloso de Matilde se puso de por medio. En consecuencia, Rivero (con seis años recién cumplidos) y su madre partieron a Santiago.

Se fueron una mañana de diciembre. Matilde cargaba seis trapos en su maleta: tres eran suyos y tres de Rivero, que casi siempre estaba en ropa interior. No se marchó, por supuesto, sin la bendición de su madre.

–*Amá*, deme su bendición –le había pedido semanas antes– *pa'* que el Señor me acompañe. Y no se me preocupe, que toditos los años recojo mis tres trapos y me vengo *pa'* acá una semanita, a hacerle compañía y ver al viejo.

La madre no pudo negarse. Pero, incitada por una fe religiosa que la había acompañado desde pequeña, hizo que bautizaran a Rivero en la Iglesia católica antes de marcharse. Y así, el muchacho dio sus primeros

pasos en el cristianismo. Una fe tan pura que lo acompañaría en los momentos más difíciles de su vida.

La gran ciudad los recibió dormida en su totalidad. La casita, ubicada en la calle Santa Úrsula, era más larga que ancha, y estaba muy cerca del centro de Santiago. El ruido de los coches que transitaban por la calle venía incluido en la propiedad de la vivienda. La abuela les ofreció un cuarto con todo lo que una persona decente podía imaginar. Muchos años antes, se había comprometido con un guajiro que cultivaba unas pocas caballerías de cacao en Guantánamo. Allí había nacido la madre de Matilde, y allí se había enamorado de su padre. Después de la muerte de su esposo, la abuela de Matilde vendió parte de los bienes que heredó y se compró la casita de Santa Úrsula en Santiago, según ella, para respirar nuevos aires. Sin embargo, ya entrada en la tercera edad, precisó de compañía, y por eso convenció a su nieta de irse a vivir con ella, con la promesa de convertirla en una mujer independiente.

A su llegada, Matilde asistió cada sábado a un curso de costura que ofrecían en una empresa textil. El trabajo estaba asegurado, pues una vez que terminara el curso, se incorporaría a la fábrica. Las jornadas restantes, Matilde le daba con todo al lápiz y al papel para poder sacarse, aunque sea, los estudios previos al bachiller. En aquellos tiempos, las escuelas no estaban a disposición de todos, pero como hablando se entiende la gente, la abuela se encargó de hacer que Matilde fuera a la escuela de adultos y que Rivero se matriculara en el Colegio Hermanos La Salle de Santiago. La madre iba a la escuela, cuidaba de su hijo y ayudaba con los quehaceres del hogar, y Rivero, además de las clásicas letras y números, estudiaba la Biblia y los valores del catolicismo.

Jamás faltaba a una misa el día del Señor. La primera vez que asistió a una, lo hizo acompañado de su madre y de su bisabuela, vestido de camisa blanca bien almidonada y corbata escarlata. Rivero siempre lo recordaría. La catedral basílica de Santiago de Cuba los recibía, con esa arquitectura del siglo XVI que conservaba de cuando era una pequeña ermita rudimentaria dedicada a santa Catalina, construida de guano y madera desde la fundación de la villa Santiago de Cuba, en 1515, hasta que, ocho años

después, en 1522, fue declarada catedral por el papa Adriano VI. Rivero quedaba anonadado cuando veía las dos gigantescas esculturas de mármol que custodiaban la catedral: una era del padre De las Casas, y la otra de Cristóbal Colón. Luego, la familia se situaba en la sillería labrada a mano, todos de pie, y esperaban la llegada del sacerdote mientras entonaban el canto de entrada.

–El canto de entrada une a todos los cristianos, porque a misa vamos personas de diferentes culturas, edades y lugares; y cantamos a una voz, como una familia, la de Dios en la tierra –le había dicho el sacerdote al niño, un día en el que, por curiosidad, le preguntó por qué en misa se cantaba tanto.

Esa primera vez, Rivero no le quitó ojo al clérigo cuando hizo entrada en la asamblea y besó el altar. Hizo la señal de la cruz, imitando a todos los presentes. Cuando llegó la liturgia de la Palabra, escuchó, atento, el canto del aleluya, hechizado por la fe del rebaño.

> Aleluya, gloria, aleluya.
> Cantad alegres, alegres a Dios,
> habitantes de toda la tierra, servid
> a Dios con alegría, venid a su
> presencia con júbilo.
> …
> Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Al final de la misa, el sacerdote dio su bendición y disolvió la asamblea, para que cada uno volviera a sus quehaceres alabando y bendiciendo al Señor.

–Podéis ir en paz. –Fueron sus últimas palabras.

Así transcurrió la infancia de Rivero, entre cantos, misas y libros. Su adolescencia fue igual. Creció jaranero y portento. Terminó sus estudios secundarios con buenos resultados, rodeado de un aura no tanto de conocimiento, sino de muchas ganas de saber. Descubrió, en la escuela, un amor inefable por los números. Le gustaba contar, calcular, jugar con ellos.

Tenía muy claro que deseaba estudiar economía y para lograrlo, tenía que graduarse de bachiller. Fue en 1958 cuando quiso matricularse en un bachillerato ubicado en Altamira, relativamente cerca de su casa. Matilde lo acompañó, convencida de que iba a ser un trámite común, pero no tuvo suerte, porque desde hacía varias semanas habían clausurado todas las escuelas hasta nuevo aviso. La razón tenía nombre: Fidel Castro.

Dos

Desde el año 1953, no se hablaba de otra cosa que no fuese la Generación del Centenario, aquellos jóvenes que habían tenido la valentía de enfrentarse a una dictadura que poca cautela tenía en ocultarle al pueblo las consecuencias de la oposición. Esa generación se convirtió, ese mismo año, en el Movimiento 26 de Julio. El gran líder del movimiento, Fidel Castro, era el que todos esperaban, el mesías que haría de Cuba un mejor país. Su misión: acabar con la dictadura. En su alegato de autodefensa, que había sido publicado de manera clandestina mientras estaba en prisión, dejaba bien claros todos los objetivos que se proponía cumplir una vez que alcanzara el triunfo. Había resumido los males de la Cuba de entonces en seis problemas: el de la tierra, el de la industrialización, el de la vivienda, el del desempleo, el de la educación y el de la salud. A continuación, daba detalles de las cinco leyes revolucionarias que deseaba implementar en la isla: restablecer una Constitución, aprobar una reforma agraria, dar beneficios a los trabajadores industriales y confiscar los bienes de todos aquellos que habían promovido el fraude y la corrupción de los poderes públicos.

Dos años más tarde, todos aseguraban que una embarcación con ochenta y dos expedicionarios había desembarcado por Playa Las Coloradas, para iniciar una insurrección armada que acabaría con la dictadura de Fulgencio Batista y lograría liberar al país de una vez por todas. Pero el famoso Ejército Rebelde no se dio a conocer hasta la primera transmisión de Radio Rebelde, donde, a través de la enérgica voz del Che Guevara, se hizo saber qué pretendía aquel grupo de guerrilleros. La noticia se expandió por el

mundo entero. Muchas personas del campo recibían a los combatientes y les daban techo, comida y descanso en sus casas. Algunos campesinos entregados a la causa se unían al Ejército. Estaban a punto de alcanzar la victoria, solo faltaba dar la estocada final.

El jueves, 13 de noviembre de 1958, Radio Rebelde transmitió las órdenes de Fidel a las columnas insurgentes y al movimiento insurreccional, para impulsar las acciones contra la dictadura. Indicaba que las columnas del Segundo Frente Oriental Frank País, dirigidas por el comandante Raúl Castro, tomaran las posiciones enemigas dentro del triángulo Mayarí-San Luis-Guantánamo; y las fuerzas del Tercer Frente Oriental Mario Muñoz, encabezadas por el comandante Juan Almeida, participaran en estrechar el cerco a Santiago de Cuba y otras ciudades de la zona, con el fin de inmovilizar a las tropas enemigas.

Las fuerzas rebeldes en el norte, el centro y el oeste de la antigua provincia de Oriente, además de hostilizar y tomar los cuarteles enemigos, impedirían la entrada de refuerzos a ese territorio. Mientras, las columnas invasoras del Che Guevara y Camilo Cienfuegos, según la estrategia orientada por el máximo líder, incrementarían la campaña en Las Villas para partir la isla en dos y evitar el acceso de fuerzas de la dictadura hacia la zona oriental. El régimen de Fulgencio Batista tenía los días contados. Entraba en su fase decisiva la Ofensiva Final.

Sin embargo, solo cinco meses antes, parecía que la guerrilla estaba al borde del fracaso cuando la llamada Ofensiva de Verano –diez mil soldados apoyados por tanques, artillería, aviación y la marina– avanzaba contra las posiciones rebeldes defendidas por menos de quinientos combatientes.

En esas jornadas difíciles de junio de 1958, un exiguo grupo de guerrilleros mal armados, que defendían el acceso a la Comandancia Rebelde de La Plata contra cientos de soldados, recibieron la orden de no retroceder ni un paso de Fidel, quien les aseguró que ganar esos combates podía ser el fin de Batista, algo que pudo parecer para algunos un sueño ilusorio. Para entonces, Batista y sus cercanos acólitos consideraban que el fracaso de la huelga del 9 de abril de 1958 y de los planes de insurrección en el llano –gracias, esencialmente, a la fuerte represión y dominio en las

ciudades por el Ejército y los cuerpos represivos– había desmoralizado al movimiento insurreccional y que era el momento de acabar con la guerrilla en la región oriental, desplegando todo el poderoso armamento facilitado por Estados Unidos al Ejército.

Sobre los cielos de la Sierra Maestra volaron por primera vez en la isla los modernos reactores T-33, recién entregados a las fuerzas aéreas del tirano, que bombardearon las zonas liberadas y los humildes caseríos de los campesinos, entre los que causaron un gran número de víctimas.

Pero la derrota definitiva de la llamada Ofensiva de Verano la tuvo el régimen en el campo de batalla, donde las fuerzas rebeldes, en una defensa escalonada, ocuparon puntos estratégicos de la serranía y fueron desgastando, primero, los intentos de tomar posiciones en su campamento principal en La Plata y, al final, derrotaron a unidades completas, como en la batalla del Jigüe. En ese lugar ocurrió la rendición de un batallón completo, lo cual quebró el espinazo del régimen batistiano. El enemigo sufrió más de mil bajas, y no menos de cinco grandes unidades completas de sus fuerzas fueron aniquiladas, capturadas o desarticuladas.

¿Y qué pasaba en las ciudades? Huelgas, represiones y una alta participación de la lucha clandestina. Escuelas y universidades cerradas. Las principales empresas de bienes y servicios, clausuradas. Una ola de terratenientes huyendo de la isla. Partidos políticos haciendo promesas demagógicas. Y, a más de diez mil kilómetros de distancia, una Unión Soviética deseosa de entablar amistad con el Gobierno que, claro estaba, se establecería tarde o temprano.

Con la huida de Batista, el triunfo revolucionario llegó, finalmente, el 1 de enero de 1959. Desde el balcón del Ayuntamiento, frente al parque Céspedes, en Santiago de Cuba, Fidel comunicó que se había logrado la conquista definitiva de la independencia de la patria. Desde su casa, Rivero escuchaba la algarabía. Todos entonaban el himno nacional, corrían como locos para ver a los grandes héroes. Se vivía un ambiente festivo en toda la ciudad. A sus diecisiete años, no se consideraba un amante de la política. Su condición de católico le prohibía empuñar un arma, y en su mente no cabía la posibilidad de matar a alguien. Sabía que el triunfo era un acontecimiento

muy grande, y también sabía que la Iglesia debía tomar partido y situarse en un lado de la balanza. Sin embargo, lejos de preocuparse, se tomó la noticia con tranquilidad. Una semana después, vio en la televisión la famosa entrada de Fidel a La Habana, a lomos de la Caravana de la Libertad.

Se concentraron centenares de miles de personas. Todos les daban la bienvenida a los grandes héroes. En Santiago de Cuba se estableció el nuevo Gobierno provisional, a cuyo mando estaba Manuel Urrutia Lleó. El político, nacido en Yaguajay, había combatido arduamente la dictadura batistiana, y a pesar de que, tras la huida de Batista, estaba exiliado en Venezuela, regresó, el 2 de enero de 1959, para ser nombrado presidente. Su condición de cristiano y el ser considerado una persona muy carismática, que atraía a las masas, le sirvió a Fidel Castro para que Estados Unidos aprobara a Urrutia. Muchos de los otros representantes del Gobierno eran políticos veteranos, incluido el designado primer ministro: el rico abogado José Miró Cardona, que había sido presidente del Colegio de Abogados de La Habana.

El año 1959 fue una completa locura. El nuevo Gobierno provisional dictaba leyes radicales que no solamente se concentraron en nacionalizar empresas, aprobar la ya preludiada Ley de Reforma Agraria o dar el tiro de gracia a los actos corruptos y de autoritarismo de la antigua dictadura, sino que fue protagonista de una campaña que se dedicó a enjuiciar y fusilar a todos los criminales de guerra. O a cualquiera que hubiera sido compinche de Batista. Medidas que estaban lejos de agradar a Urrutia y a Miró, quienes se mostraron reacios a emprenderlas. Apenas había pasado un mes desde su nombramiento como primer ministro, cuando Miró renunció al cargo y en su lugar se eligió a Fidel: el líder indiscutible, el paradigma de la isla.

Aunque era imposible escapar de las noticias y los radicales cambios, para Rivero el año transcurrió con cierta tranquilidad. Comenzó su bachiller en septiembre, cuando las escuelas volvieron a retomar sus quehaceres habituales, aunque no pudo acudir a los cursos diurnos, porque aquello lo agarró con diecisiete, y ya era un año más viejo de lo establecido para

asistir de forma regular; por esa razón, se limitó a ir tres veces por semana, en las noches.

Los estudios ya estaban a buen recaudo, ahora necesitaba trabajar. Y no por necesidad, porque Matilde conservaba un buen estado de salud y aún podía ocuparse de la casa, sino porque, para ella, «un salario más que entrara nunca era mal recibido». La guajirita había conocido al director de la empresa de aprovechamiento y elaboración de madera del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA). El primer encuentro sucedió en la misma fábrica textil y, después de una larga conversación y de utilizar un par de encantos que solo las mujeres saben usar para lograr lo que quieren, lo convenció de ofrecerle un trabajo a su hijo. Una mañana de noviembre, despertó bien temprano a Rivero para que lo conociera en persona. El muchacho dormía plácidamente, cuando un fino chorro de agua fría le empapó el rostro.

Se levantó de un tirón.

–¡¡Coño!!

–Te dije que te levantaras.

–¿Pero por qué tenemos que ir tan temprano? –protestó Rivero mientras se desperezaba, estirando todos los músculos posibles de su cuerpo.

–Los problemas se resuelven temprano en la mañana, *pa'* que te cojan fresquecito.

Rivero siempre escuchaba el mismo sermón. La frase no era de su madre, sino de su abuelo y, al parecer, se había transmitido de generación en generación como una práctica nacida del campo. Se vistió elegante, con traje y corbata, y a la media hora se encontraban frente a la secretaria de la empresa, quien los recibió sonriendo.

–Buenos días, ¿cómo puedo ayudarlos?

–Estamos buscando al señor Callís –respondió Matilde sin perder un segundo.

–Sigan por el pasillo. Al final a la derecha está su oficina.

Encontraron la puerta abierta y, detrás de un escritorio de caoba, estaba sentado el señor Callís. Blanco, bien afeitado y con la camisa abotonada

hasta el cuello y el cabello peinado hacia atrás. Se levantó al verlos y mostró aquellos dientes perlados y parejos que Rivero jamás olvidaría.

–Siéntense, siéntense. Así que este es el jovencito.

–Aquí se lo traigo. Póngamelo a pasar trabajo a ver si se hace hombre.

Callís soltó una estruendosa carcajada.

–Claro, claro. No te preocupes, Matilde, que aquí te lo vamos a tratar bien. Yo hablé con Torriente para que comience a trabajar en los almacenes del puerto.

–¿Y cuándo puede empezar?

–Mañana mismo si quiere. Que se presente a las siete menos veinte y que diga que va de mi parte.

No se habló más. Al día siguiente, estaba Rivero en La Alameda, el puerto de Santiago de Cuba, puntual como solo se es el primer día de trabajo. Torriente se presentó como su jefe y le indicó su labor:

–Aquí, la *pincha* que hay es de estibador –le dijo.

Los estibadores, como titanes del puerto, se ocupaban de la carga y descarga de todos los barcos mercantes. Las grúas trasladaban los contenedores de un sitio a otro. Ya en tierra firme, eran inspeccionados por los controladores y, como un espectáculo de maquinarias pesadas, aparecían montacargas y carretillas elevadoras, que vaciaban, uno a uno, los contenedores. La mercancía se clasificaba, alguna terminaba en grandes camiones de carga que serían los encargados de distribuirla, y la restante se guardaba en grandes almacenes. En uno de esos estaba Rivero. Descargando, contando, organizando.

En las semanas posteriores, el trabajo y los estudios de bachiller gobernaron su vida. Torriente, más que un jefe, se convirtió en el confidente fiel y en el compañero de hazañas de Rivero. En los entremeses de sus quehaceres diarios, descubrieron que compartían mucho más de lo que imaginaban: los acordes del son cubano, los versos de Guillén y el béisbol los unían en una complicidad sagaz. Rivero, devoto de su fe, abrazó la Iglesia con fervor. Se unió a la juventud católica y encontró una hermandad de almas afines. Después de misa, solían ir a comer a algún lugar. Organizaban paseos, excursiones a la playa, cenas de todo tipo, cumpleaños

sorpresa y hasta mudanzas colectivas. Con esa jocosa algarabía que caracteriza a los de su edad, pero siempre con esmerado sacrificio y responsabilidad, daban vida hasta a la más imposible de las ideas que surgían. Algunos proponían, incluso, irse de viaje a la capital y participar en uno de tantos seminarios católicos que se organizaban de vez en vez. Era una oportunidad no solo de involucrarse más en la Iglesia, sino de conocer a las máximas autoridades católicas que, en la época, residían en el país.

El padre Pedro Meurice, canciller del arzobispado de Santiago de Cuba y gran amigo de Matilde, durante una de esas breves cenas a las que era invitado en la modesta casita de Santa Úrsula, mencionó que la Iglesia estaba brindando numerosos cursos de formación. Uno de los más solicitados eran las clases de conducción. Poseer habilidades al volante era una ventaja en cualquier lugar, ya que las empresas siempre andaban en busca de conductores, y aseguraba, así, un empleo estable. Matilde animó a Rivero a inscribirse y, sin titubear, el joven aceptó la propuesta. Unos meses después, ya tenía en sus manos la anhelada licencia de conducir.

Era el año 1961 y el país se encontraba bajo el feroz asedio del Gobierno estadounidense. Casi sin pretenderlo, la incipiente Revolución se había convertido en enemiga de la oligarquía capitalista. En abril del año siguiente, tres aeropuertos cubanos sufrieron un bombardeo que se cobró la vida de siete personas. Fue en ese mismo día cuando Fidel Castro proclamó el carácter socialista de la Revolución cubana. Como respuesta, se desató una serie de actos terroristas, sabotajes económicos y campañas agresivas para desacreditar al Gobierno a escala internacional.

Rivero siempre había mantenido distancia de los asuntos políticos. Un domingo después de misa, dos jornadas después del día de la Anunciación, se detuvo a conversar con el padre Meurice y el tema salió a relucir.

–Le veo cara de preocupación, padre Meurice.

–Y no es para menos. La situación del país no está nada fácil. Agresiones, actos terroristas, bombardeos…

–Una situación verdaderamente alarmante.

–Aunque no es eso lo que más nos preocupa, Rivero.

El muchacho frunció el ceño.

–¿A qué se refiere? –preguntó.

El padre Meurice adoptó una postura muy seria.

–La semana pasada estuve conversando con monseñor Enrique. Los titulares hablan de que Estados Unidos suprimió las compras de azúcar cubano, un mercado que se ha mantenido durante más de un siglo. Ni siquiera en las difíciles condiciones que provocaron las dos guerras mundiales Cuba dejó de exportar azúcar, y además, lo mantuvo a precios muy bajos. Estamos hablando del capítulo fundamental de la economía cubana. Del azúcar depende el sustento de millones de personas.

Rivero no era ajeno a lo que estaba sucediendo. El Gobierno cubano había respondido a la ofensa. Ese mismo año, se habían nacionalizado treinta y dos centrales azucareras, todas las refinerías de petróleo del país y los monopolios de telefonía y electricidad.

–Pero todavía hay más –continuó el padre Meurice–, el Gobierno planea firmar un convenio mercantil con la Unión Soviética. Los soviéticos se van a comprometer a absorber toda la producción de azúcar que antes iba a Estados Unidos y, a cambio, van a suministrarle al país todo lo que necesite: petróleo, piezas de repuesto para las maquinarias, técnicos, obreros, alimentación. Todo.

–Pero eso es bueno, ¿no?

–Es ese el problema. Monseñor Enrique me dijo que un país declarado socialista que, además, se lanza a los brazos de la Unión Soviética, tarde o temprano no va a tener resultados positivos para el pueblo.

El joven reflexionó. No se consideraba un experto en esos temas, ni tampoco se dedicaba a leer sobre teorías políticas o economía. Solo se limitaba a aprender lo que le enseñaban en la escuela y en la iglesia. Sin embargo, había algo que tenía claro: si monseñor Enrique lo decía, debía creerlo.

De manera indirecta, la Iglesia católica había desempeñado un papel fundamental en el triunfo alcanzado. Durante la etapa neocolonial, había logrado enriquecerse, tejiendo relaciones políticas con los distintos

gobiernos. Sin embargo, todo cambió cuando monseñor Enrique Pérez Serantes tomó el arzobispado de Santiago de Cuba, en enero de 1949. El sacerdote vivió en carne propia el golpe de Estado de Batista y vio nacer al Movimiento 26 de Julio. Desde entonces, se encargó de denunciar firmemente cada una de las injusticias, los asesinatos, torturas y represiones cometidas contra los jóvenes rebeldes. Se había ganado el respeto de Fidel y, en general, de la Revolución naciente. El líder religioso y el padre de Fidel Castro, Ángel, eran gallegos; así que, hasta cierto punto, el comandante lo veía como un padre. Tanto era así, que el mismo primero de enero, había comparecido junto a él en el balcón del Ayuntamiento de Santiago.

–Los católicos de Cuba han prestado su más decidida colaboración a la causa de la libertad. Esta es la primera Revolución que se inicia con el total apoyo de la Iglesia –expresó el gran líder revolucionario ese día.

Pero no todo fue alegría. Demasiado pronto surgieron las contradicciones y desavenencias entre ambos líderes. Y todo comenzó en noviembre de 1959, en el gran Congreso Católico Nacional.

Tres

El 21 de noviembre de 1959, Santiago amaneció bajo un cielo encapotado. Las horas se turnaban entre una fina llovizna que a intervalos se sustituía por un aguacero. En medio del bullicio de los creyentes, la imagen de Nuestra Señora la Virgen de la Caridad salió de su lecho en el santuario del Cobre. Fue despedida por su capellán, el padre Mario Carassou Bordelois. Ese día se iniciaría el maratón organizado por la Acción Católica. Una antorcha encendida con las velas del santuario recorrería la isla de oriente a occidente, custodiando con su luz la venerada imagen carnal de María, madre de Jesús, y, con su fuego, calentaría a su paso los espíritus de cada uno de los cubanos, que profesarían su fe y su amor por Dios y la patria. Las campanas repicaron por toda Cuba cuando, siete días después, llegó la Virgen a La Habana. El último de los portadores de la antorcha la colocó en un trípode, justo al frente de la estatua del apóstol cubano José Martí, en el parque Central.

De momento, como un milagro divino, miles y miles de antorchas se encendieron. Un mar de luces iluminaba la capital cubana. Y, en una marcha de devota fe, acompañaron a la patrona de Cuba hasta la plaza Cívica. Entre los líderes religiosos que acompañaron a la Virgen desde su salida, estaba monseñor Enrique. Mientras la imagen de Nuestra Señora hacía el recorrido, miles de personas se reunían en la plaza Cívica. Bajo lluvia. Portaban la bandera cubana, estandartes religiosos, enseñas de muchas congregaciones, asociaciones y cofradías. Un murmullo de oraciones se convertía en la franca expresión de la esperanza, la fe católica, el amor a la Iglesia.

Fidel Castro, así como varios ministros, comandantes y guerrilleros, asistieron a la misa de clausura en la plaza Cívica. A su lado estaba el presidente, Osvaldo Dorticós Torrado. Urrutia había renunciado al cargo cuatro meses antes, y en su lugar había sido electo el abogado, que, sin duda, había resultado más leal a las reformas socialistas emprendidas por el Gobierno.

La plaza estaba colmada por casi un millón de personas. Muchos la consideraron, por años, la más grande muchedumbre jamás reunida en Cuba. Ese millón de personas estaba dispuesto a reafirmar el valor del catolicismo cubano. Monseñor Enrique subió al podio y se dirigió a todos los presentes:

–Cuando la angustia y el tormento tienen aún frescas las rosas de las heridas, esta caridad impone un gesto preciso: amistad, estima, respeto mutuo, una actitud interior de algo continuado, un perdón sin distingos, una reconciliación que se ha de reconstruir día a día y hora a hora sobre las ruinas del egoísmo y de la incomprensión. Si el odio ha dado frutos amargos de muerte, habrá que encender de nuevo el amor cristiano, que es el único que puede limar tantas asperezas, superar tan tremendos peligros y endulzar tantos sufrimientos. Este amor, cuyos frutos son la concordia y la unanimidad de pareceres, consolidará la paz social. Todas las instituciones destinadas a promover esta colaboración, por bien concebidas que parezcan, reciben su principal firmeza del mutuo vínculo espiritual que deriva del sentirse los hombres miembros de una gran familia, por tener el mismo Padre Celestial, la misma Madre, María.

El acto cumbre del gran congreso, el que, nerviosos, esperaban todos los congresistas, el pueblo presente en la plaza Cívica y hasta los que miraban en la televisión o escuchaban en la radio el colosal evento, era el que venía a continuación: el momento de escuchar las palabras que, directamente desde Roma, dirigía su santidad el papa Juan XXIII al pueblo cubano.

–¡Cómo queremos en estos momentos poner a Cuba entera a los pies de su amada Patrona, María Santísima de la Caridad del Cobre, para que reine su amor en el alma de cada cubano, para que bendiga sus hogares, para que brillen, sin nubes, días de paz y tranquilidad sobre esa querida isla! Vuela

de nuestros labios y de vuestras almas a la Reina Celeste esta ferviente súplica, mientras con la efusión de nuestro afecto va a todos vosotros, amadísimos cubanos, nuestra paternal bendición apostólica.

Así concluyó el discurso. Un silencio abrumador envolvió a todos, teñido de confusión y miedo. Los sucesos vividos a lo largo de ese año habían traído consigo muchos cambios difíciles de comprender. El pueblo cubano se encontraba inundado de promesas ambiciosas que, en lugar de inspirar esperanza, generaban angustia. Durante todo el congreso, no fueron pocos los altos dignatarios de la Iglesia que se mostraron preocupados por el giro prosoviético que estaba tomando el Gobierno. La fe católica de los cubanos era fuerte, pero se situaba en el arbitrio individual y personal «aquí en la tierra». Además, no se consideraba que la práctica religiosa fuera antagónica con las ciencias. Por ello, se abrió una senda decisiva para el desarrollo del pensamiento filosófico, científico y social cubano. Los máximos líderes revolucionarios sabían que las mejores disposiciones humanas solamente podían alcanzarse propiciando un radical cambio en los fundamentos políticos. Algo que la Iglesia católica se había resistido a apoyar durante siglos.

Por otro lado, no existía valor cristiano más preciado que la conciencia. Para Fidel Castro, la conciencia lo era todo. Con el paso del tiempo, se convirtió en la columna vertebral de su pensamiento y en la base de la ideología de su Revolución. Para el líder, la conciencia era el arma fundamental para que las fuerzas productivas se desarrollaran. En incontables ocasiones, dijo que el objetivo era crear riquezas con la conciencia, no conciencia con las riquezas. Aunque muchos sabían que, en el fondo, una minoría no cumplía este concepto. El Gobierno luchó por elevar el nivel de vida de la población pero jamás utilizó estas mejoras como motivación. Se creía que si se hablaba solo de nivel de vida, de pura economía, como se hace en el mundo capitalista, el resultado final sería cultivar un egoísmo colectivo, cruel e insolidario, y se olvidaría el interés general y del carácter social del trabajo. La conciencia era la directriz que marcaba con coherencia el progreso de la Revolución cubana desde sus orígenes.

La Iglesia católica no sentía el más mínimo interés por la cuestión de la conciencia en el pensamiento de Fidel Castro, ni por los razonamientos sociales de raíz cristiana de José Martí, ni tampoco, por supuesto, por las disquisiciones filosóficas sobre las posibles conexiones entre el marxismo y la ideología martiana. Pero cuando Cuba se declaró socialista, y además le abrió las puertas al imperio comunista que era la Unión Soviética, la Iglesia puso el grito en el cielo. Esto significaba la nacionalización de la enseñanza, el principal sustento económico de la institución eclesiástica. En la historia mundial, la Iglesia católica siempre había estado del lado del más fuerte, y ahora se veía y se sentía impotente y desprotegida.

Las consecuencias no se hicieron esperar. Desafortunadamente para la Iglesia, nadie podría haber imaginado que aquella memorable noche en la que se celebró el Congreso Católico Nacional marcaría el final de las manifestaciones públicas de los católicos cubanos. El año 1961 fue un año crítico. El Gobierno ordenó miles de detenciones preventivas de altos funcionarios de la institución. Además, desencadenó un hostigamiento a la jerarquía católica, y algunos de sus representantes fueron encarcelados.

Monseñor Enrique no perdió el tiempo. Publicó una docena de pastorales en las que criticaba arduamente los ataques a la libertad de enseñanza, las nacionalizaciones y una reforma agraria que cada año se volvía más exigente y despojaba de tierras a muchos pequeños propietarios. El arzobispo santiaguero, que antes había apoyado tanto a Fidel, se transformó en un férreo opositor al Gobierno. Pero nunca pudo frenar los ataques contra la Iglesia. Una de las estocadas más dolorosas que sufrió fue en septiembre de 1961. El mundo entero supo de lo sucedido cuando un titular del diario *Prensa Libre*, fechado el lunes, 18 de septiembre, se hizo público. En la portada se leía: «EXPULSAN DE CUBA A 136 SACERDOTES».

Cuatro

El padre Meurice se postró frente a la casa de monseñor Enrique una tarde de 1963. El arzobispo lo recibió con la misma cordialidad de siempre. Meurice se había desempeñado como canciller, y ahora, al ser secretario de monseñor Enrique, se dedicaba a absorber todo el conocimiento que este poseía. Había descubierto que tenía un gran interés por los asuntos políticos. La situación que atravesaba el país desde el triunfo revolucionario y todo lo que ello implicaba lo incitaba a investigar más. Por esa razón, buscaba consejo en el monseñor que, con su amplia experiencia, respondía a sus más inquietantes dudas.

Conversaron, ante todo, sobre la expulsión de los sacerdotes. Semanas atrás, el padre Meurice había sido uno de los citados. Una mañana, una patrulla militar lo interceptó y le informó que tenía cuarenta y ocho horas para abandonar el país. Minutos después, asustado, comunicó la noticia a monseñor Enrique, quien le preguntó:

–¿Tú quieres irte de Cuba?

Meurice respondió con un simple:

–No.

–Pues entonces no te vayas –concluyó el arzobispo.

Con el paso de los días, ya fuera por suerte o por olvido, nunca volvieron a molestarlo.

Desde la expulsión de los sacerdotes, la Iglesia había restringido muchas de sus actividades habituales. En la ciudad de Santiago de Cuba, la capital provincial, no había problemas significativos porque los principales oficios religiosos se llevaban a cabo en la catedral. Sin embargo, en los

pueblos más alejados y en otros municipios, hacía falta un sacerdote que oficiara la misa.

—Puede encargarse usted solo de las misas –sugirió el padre Meurice.

–Es lo que había pensado. Pero hablamos de diez municipios en total. ¿Cómo me las arreglo para hacerlo en un domingo?

–No tiene por qué hacerlas los domingos. Priorice Santiago. En los restantes municipios, dedique un día a la semana para cada uno –apuntó el padre Meurice.

–Es una buena idea. Se aleja un poco de las leyes católicas, pero es una medida provisional, hasta que encontremos a quienes puedan encargarse de la tarea.

La idea tomó forma rápidamente.

–Pero aún queda una cuestión por zanjar –continuó el monseñor–. Necesitaría un chofer que me trasladara a los municipios y que me trajera a casa luego de culminar los oficios.

Meurice se quedó pensando durante unos segundos.

–Hace algunos días –comenzó– le mencioné a un joven sumamente responsable. Trabaja en el puerto y su madre es una gran amiga mía. Rivero, ¿lo recuerda? –El arzobispo asintió–. Pertenece a la juventud católica y desempeña un papel muy activo en ella. Forma parte del coro de la iglesia y siempre está dispuesto a ayudar en cualquier momento que se le necesite. Es extremadamente diligente y, sobre todo, sabe conducir.

–Pues localícelo y propóngale el trabajo lo antes posible. No hay tiempo que perder –sentenció el arzobispo.

En esas fechas, Rivero estaba muy ocupado con su trabajo. Después de haber culminado su bachillerato, continuaba trabajando en el puerto, junto a Torriente. Lo habían ascendido a jefe de entrega y sus responsabilidades habían aumentado considerablemente. En muchas ocasiones, le tocaba recibir grandes cargamentos, porque desde que se firmara el convenio mercantil con la Unión Soviética, los barcos no paraban de llegar. Regresaba tarde a casa y no disponía de mucho tiempo libre. Pero jamás fallaba a sus quehaceres católicos. Estaba al tanto de lo que pasaba entre el clero y el Gobierno porque era un tema del que se hablaba mucho en

aquellos días, aunque estas conversaciones solían ser informativas. Nadie se atrevía a criticar abiertamente al Gobierno, a pesar de tener razones de sobra para hacerlo. Cuando el padre Meurice le presentó la propuesta, no dudó en aceptarla, sobre todo al enterarse de que llegaba de manos del arzobispo. Así, comenzaron sus regulares viajes nocturnos.

El trabajo de chofer era sencillo. Recogía al monseñor en la catedral alrededor de las cinco de la tarde y se dirigían hacia la iglesia en la que se daría la misa. Palma Soriano, Contramaestre, San Luis o Songo La Maya. A veces, incluso llegaban hasta Segundo Frente, pero eran pocas, debido a la lejanía.

Rivero entabló rápidamente cierta amistad con el anciano clérigo, que estaba cerca de cumplir los ochenta años. Durante esos trayectos nocturnos, los intercambios de palabras no eran breves ni superficiales, sino que se extendían como las ondas de un caudaloso río. El arzobispo, con su vasta sabiduría y experiencia, no escatimaba en compartir sus pensamientos y reflexiones más profundas con Rivero. Y con el tiempo, los simples viajes se convirtieron en un intercambio de experiencias, una búsqueda conjunta de respuestas en un mundo convulso.

Hablaban de los tiempos de antes, de los recuerdos, que se desvanecen en el olvido, y también de los tiempos presentes, oscuros y enigmáticos. Discutían acerca del futuro incierto de la Iglesia y de la fe. Monseñor Enrique aconsejó mucho a Rivero, lo incitó a estudiar el inglés y el alemán. Según él, conocer las lenguas anglosajonas era un puente de desarrollo asegurado. Era como entrar en una corriente oceánica donde te nutrías no solo de amplio conocimiento, sino donde abrías una oportunidad al trabajo, a una mejora en la calidad de vida y a enaltecer el espíritu. Rivero pensaba que el monseñor exageraba un poco. Pero tomó sus palabras y se presentó en la escuela de idiomas en cuanto pudo.

Si bien antes el tiempo de Rivero era escaso, ahora su agenda estaba más apretada que nunca. Además de cumplir con sus responsabilidades diarias, los sábados por la tarde tenía un compromiso especial: asistir a la escuela de idiomas para recibir clases de inglés. Esa cita se convertía en el

punto culminante de la semana para él, y Matilde no podía evitar reparar en la emoción y el esmero con los que se preparaba para esos encuentros.

Cada sábado, Rivero se arreglaba meticulosamente, se vaciaba el frasco de perfume y elegía sus mejores prendas. Se miraba al espejo, asegurándose de que su apariencia estuviera impecable, y buscaba la aprobación de su madre una y otra vez. Era evidente que había algo más detrás de esa dedicación y ese afán de lucir bien.

La había conocido el primer día de clase. Y aunque solo cruzaban unas pocas palabras, el simple hecho de verla le producía escalofríos. Ella siempre vestía sencillo. Tenía un cuerpo muy delgado que, en ocasiones, cubría con un vestido lila que descansaba sobre sus pantorrillas. El cabello castaño, suelto. Siempre suelto. Rivero se descubría en ocasiones mirando cómo con las manos se lo recogía, y cuando tenía casi ya agarrado el moño, lo dejaba caer. Como una cascada, el cabello caía hasta su espalda. Ella también se había percatado de sus miradas. Y de vez en vez, como quien quiere jugar con fuego, le lanzaba una sonrisa rápida. Fue en un día afortunado cuando Rivero decidió romper el silencio y entablar una conversación con ella. Le preguntó si quería que la acompañara a su casa. La respuesta de la muchacha fue negativa, pero añadió que, si decidía seguirla, no diría nada, y soltó una pequeña carcajada que Rivero guardaría para sí mucho tiempo. Ahí comenzó todo.

Bajaron por la calle Santo Tomás, que, para ser las cinco y media de la tarde, estaba bastante tranquila.

–Me llamo Monina –rompió ella el hielo.

–Yo soy Rivero.

Y hubo un minuto de silencio en el que el muchacho sopesaba qué diría después. ¿Qué tema de conversación podía entablar con ella? Se decidió por el más obvio.

–¿Cómo entraste a la escuela de idiomas?

–Estudio para profesora en la universidad. Saber más de un idioma es una ventaja. Además, el inglés siempre me ha llamado la atención. ¿Y… tú?

–Monseñor Enrique me incitó a que estudiara el inglés porque dijo que te abre muchas puertas.

–¿Hablas del arzobispo?

–El mismo.

–¡Madre mía, hasta eres una persona importante!

Rivero dejó notar un ligero sonrojo.

–No es para tanto. ¿Eres... de Santiago?

–No. Nací y crecí en Manzanillo, vine a estudiar a Santiago hace un par de años y aquí estoy. Pero cada veinticinco días voy a visitar a mis padres.

«Así que de Manzanillo», pensó Rivero.

–Bueno, ya en esta esquina puedes dejar de seguirme, mi casa está al doblar –dijo Monina, sonriendo.

Rivero sintió una ligera decepción. El tiempo había transcurrido demasiado rápido. Apenas había podido saber de ella.

–¿Vives sola? –preguntó.

–No. Con una amiga, viviré con ella hasta que me gradúe. Después, ya veré qué hago. Entonces..., hasta luego, Rivero, fue todo un placer.

Se despidieron con un movimiento, corto y tímido, de las manos.

Rivero se quedó mirando aquel cuerpecito delgado alejarse por la calle San Fernando. Algo se había despertado en él. Una especie de interés inefable por saber todo acerca de Monina. Lo que más le sorprendió fue su independencia. A pesar de aparentar no más de veinte años, vivía con una amiga y había expresado su indiferencia hacia el futuro, con un enigmático «ya veré qué hago». Rivero, en cambio, no gozaba de ese grado de libertad. Aún vivía junto a su madre y su bisabuela, y no le desagradaba en absoluto. De hecho, no podía concebir una vida sin regresar cada noche a su cama, en la casita de Santa Úrsula, hasta esa ocasión, en la que fantaseó con la idea de dormir en la cama de Monina.

Una semana después, cuando terminó la clase, se repitió el encuentro entre ambos. Y a la siguiente, tuvieron dos encuentros más. En poco tiempo, Rivero logró conquistar el corazón de Monina. A ella le atraía aquel muchacho flaco y risueño no tanto por su apariencia física, sino más bien por su personalidad. Rivero se mostraba sociable con todos y se preocupaba por el bienestar de los demás. Disfrutaba de su trabajo y tenía una gran libertad para hacer lo que quisiera, aunque, manteniendo cierto orden. En

sus breves conversaciones mientras la acompañaba a casa, Monina descubrió a un joven jovial, divertido, temeroso de Dios y profundamente devoto de la fe católica. No temía decir la verdad, pero buscaba la manera más dulce de expresar las más crudas. A Monina le encantaba cómo él afrontaba la vida con cierta despreocupación, sin olvidar nunca sus responsabilidades, que cumplía meticulosamente.

Monina había tenido varios noviecitos. En Manzanillo había besado a unos cuantos, pero todo era parte de la calentura de los púberes. Notó que Rivero jamás había estado con una chica. Eso, hasta cierto punto, lo hacía más especial. Por eso, al consultar con la almohada lo que sentía, ambas estuvieron de acuerdo en que él era el hombre ideal.

El primer beso no tardó en llegar. Sucedió de manera similar a las clásicas escenas románticas de las películas. Era un viernes por la noche, aproximadamente a las once y media, y estaba lloviendo. Después de dejar a monseñor Enrique en su casa, Rivero se dirigía a la suya. Sin ninguna razón en particular, decidió cambiar de rumbo. Fue una especie de pálpito, un deseo inexplicable de ver a Monina. Dio media vuelta y tomó un desvío para llegar a San Fernando. Estacionó justo enfrente de su casa y la encontró de pie, en el portal, sosteniendo una sombrilla con ambas manos. Se miraron al mismo tiempo. Y ambos sonrieron. Él se acercó.

–¿Me esperas? –le preguntó.

–Te espero.

Era como si ella hubiera imaginado que él iría a visitarla. Sin pensarlo dos veces, Rivero dejó de lado cualquier inhibición y tomó su rostro entre sus manos, apartando la sombrilla y acercando lentamente sus labios a los de ella.

–Te quiero –le dijo. Y no hizo falta decir nada más.

En ese instante, el tiempo pareció detenerse. El mundo a su alrededor desapareció, dejando espacio solo para el latido de sus corazones y el suave sonido de la lluvia. Sus labios se encontraron en un beso tierno y apasionado. La lluvia continuaba cayendo, pero en ese momento, solo existían ellos dos.

El primero de octubre de 1963, los periódicos publicaron una nota meteorológica que advertía de la inminente llegada del sexto ciclón del año. Desde hacía algunas semanas, aquel fenómeno atmosférico había surgido como una modesta depresión tropical en las islas de Cabo Verde. Tres días más tarde, se había transformado en una tormenta tropical. Para cuando los diarios cubanos anunciaron la noticia, el huracán Flora abatía, con sus fuertes lluvias y vientos de hasta 135 kilómetros por hora, las islas de Trinidad y Puerto Rico. Sin embargo, las fuentes informativas no lo tomaron con la debida seriedad. Todos los medios de comunicación se encontraban enardecidos por la llegada de Valentina Tereshkova, la primera mujer cosmonauta en ir al espacio de la historia, quien se disponía a arribar a Cuba aquel mismo día. La cosmonauta soviética fue recibida con gran pompa por Fidel Castro y una multitud de curiosos que se habían congregado para darle la bienvenida. Al día siguiente, los periódicos volvieron a hablar del ciclón, aunque, aparentemente, no presentaba peligro inminente para la isla de Cuba. En paralelo, miles de imágenes de Valentina Tereshkova invadían las pantallas y ocupaban los titulares de las primeras páginas de los periódicos.

Sin embargo, la situación comenzó a cambiar. En cuestión de horas, el huracán Flora se cernía amenazadoramente sobre las provincias de Camagüey y Oriente. Justo cuando la ilustre visitante, experta en el arte de surcar los cielos en aviones de combate, se dirigía, piloteando su aeronave, hacia Varadero, ya se sentían los efectos devastadores del ciclón. El Flora había llegado a Cuba. Y lo que ocurrió después es una historia muy triste. El fenómeno natural se abalanzó sobre la isla como un monstruo despiadado, arrasando todo a su paso. Durante cuatro interminables días, no paró de llover, los ríos se desbordaron, desde las alturas de la Sierra Maestra descendió un torrente de lodo, los valles se convirtieron en océanos, y el río Cauto, en un «Amazonas embravecido». Aparecieron personas enganchadas a las ramas de los árboles, en las cercas, a kilómetros de sus casas, dondequiera, aparecía gente muerta. Más de mil vidas se perdieron, once mil viviendas desaparecieron por completo y cientos de carreteras y caminos quedaron reducidos a escombros y ruinas.

Los meses posteriores al desastre fueron tiempos de sufrimiento y dolor para todos los cubanos. Gracias a la intervención de la Unión Soviética, no pasó mucho tiempo antes de que decenas de barcos llegaran a los puertos cubanos, cargados de alimentos, medicinas y productos esenciales. Rivero se mantuvo al frente de la tarea de distribución, supervisando y clasificando muchos de los contenedores que llegaban. Casi todos pasaban por sus manos. Torriente lo acompañaba de cerca, dirigiendo sus esfuerzos. Cientos de camiones recogían las mercancías y las transportaban hasta los rincones más remotos de Oriente, para luego ser repartidas entre aquellos que más lo necesitaban. Muchos campesinos, solidarios con la terrible situación que atravesaba el país y habiendo experimentado, ellos mismos, los embates del huracán, ofrecieron generosamente parte de sus propios bienes para ayudar a los más afectados.

Matilde fue directa a su natal Guantánamo, con el alma destrozada por la noticia. Llegó cargada con una maleta de ropa que habían cosido ella y sus compañeras de trabajo, y regresó una semana después, montada en un camión, con la maleta vacía. A Rivero, abrumado por la labor que desempeñaba en el puerto, lo invadió una profunda tristeza que caló hasta lo más hondo de su ser. Familias destrozadas y sumidas en la miseria en cuestión de horas. Ante esa desoladora realidad, no le quedó más remedio que apartarse temporalmente de sus deberes como colaborador de monseñor Enrique y dejar de asistir a la escuela de idiomas. Así pasó casi un año.

Poco a poco, la isla comenzó a recuperarse del desastre, aunque las cicatrices del huracán Flora tardarían mucho tiempo en desvanecerse por completo. La vida en Cuba empezaba a recobrar cierta normalidad y Rivero pudo retomar sus labores habituales. Pero aquel episodio desgarrador dejó una marca imborrable en su memoria y en la de todos los que lo vivieron.

El arzobispo, por su parte, sufrió una de las humillaciones públicas más devastadoras de su trayectoria como máximo representante de la Iglesia católica en Cuba. Sintió una urgencia inquebrantable de adentrarse en la realidad del pueblo, de comprender en carne propia el sufrimiento y las necesidades que habían sido exacerbadas por el reciente desastre que había azotado la isla. Consciente de que las palabras y los informes oficiales no le

bastaban para captar la verdadera dimensión de la tragedia, emprendió un viaje, decidido a escuchar y a ofrecer consuelo y esperanza a aquellos que lo necesitaran. Fue así como, el 23 de noviembre de 1963, Pérez Serantes se desplazó hasta Banes, en Holguín, para presidir una ceremonia de bienvenida a veinte jóvenes de Acción Católica. Acompañándolo en este importante evento se encontraba Enrique Canto, una destacada figura del Movimiento 26 de Julio en Santiago de Cuba, cuyo compromiso con la causa revolucionaria y su participación en las milicias del Escambray lo habían convertido en una figura influyente en la región.

En aquel instante, la Iglesia anhelaba reconstruir su apostolado laico y preservar, aunque fuera mínimamente, los principios fundamentales de la doctrina católica, al tiempo que enfrentaba la amenaza de expropiación de aquellos templos que no fueran utilizados con el fin que el Gobierno considerara adecuado. Era una lucha por mantener viva la fe y proteger los espacios sagrados que habían sido parte integral de la vida y la identidad de la comunidad católica en Cuba.

La celebración transcurrió sin sobresaltos, y el arzobispo pudo compartir palabras de aliento y esperanza con los jóvenes que habían encontrado en Acción Católica un refugio para la fe y un espacio para el compromiso social. Sin embargo, al término del evento, un grupo de agitadores los esperaba a la salida, desatando una tormenta de insultos y amenazas que pronto se transformaron en actos de violencia. Los jóvenes católicos se enfrentaron valientemente a los milicianos cuando estos irrumpieron en la parroquia, causando destrozos y confrontando a monseñor Enrique, gritando: «¡Cura, fascista! ¡Vuelve a tu país! ¡Asesino!». El arzobispo, con la serenidad de quien ha dedicado su vida a la fe y a la compasión, trató de calmar los ánimos, pero la situación se volvió cada vez más tensa. Fue solo con la llegada de los soldados de las Fuerzas Armadas como el asedio llegó a su fin. Con firmeza y autoridad, dispersaron a los manifestantes y, en un gesto inesperado, ofrecieron disculpas al arzobispo por el trato injusto y violento al que había sido sometido. El mensaje, sin embargo, había quedado bien claro.

Cinco

Rivero conducía de regreso a Santiago desde Palma Soriano. Hacía unas horas, monseñor Enrique había dado misa en la iglesia de esa ciudad. Faltaba un cuarto de hora para la medianoche y la luna resplandecía como un reflector gigante sobre la gastada carretera central. Rivero tomó la desviación para adentrarse en la ciudad por la carretera de Siboney. «Mañana toca ir a Mella», pensaba, y una sensación de pereza le invadió el cuerpo. Mella era uno de los municipios que más lejos quedaba de la capital provincial y el solo hecho de tener que viajar en la noche suponía un esfuerzo sobrehumano. Seguramente, regresaría en la madrugada.

Un resplandor le iluminó el rostro y lo sacó de sus pensamientos. Las luces de un coche se reflejaban en su espejo retrovisor. Intentó observar con detenimiento el coche, pero no pudo ver nada, porque la neblina de la madrugada se asentaba en el aire como una cortina blanca. Un pensamiento fugaz se cruzó por su cabeza, como una loca paranoia. No era raro que un coche anduviese a esas horas por las calles. Sin embargo, el coche se movía lentamente, como intentando mantener cierta distancia de Rivero. Una sonrisa leve apareció en su rostro de inmediato. «¡Qué cosas piensas, Rivero! Ni que estuvieras en una película de espías», se reprendió a sí mismo por pensar en tales tonterías. Pero para satisfacer su curiosidad, decidió desviarse del camino habitual, en un intento de poner a prueba sus sospechas. El coche no apareció. «Eso pensé».

Rivero estaba relativamente cerca de su destino final. Se adentró en la avenida 24 de Febrero y avanzó calle arriba. Para su sorpresa, el coche reapareció. Zigzagueaba, juguetón, burlándose de él. El muchacho no tuvo

duda: lo estaban siguiendo. Quizás hubiese sido casualidad que el coche tomara la misma calle, pero la idea venía con una duda: si era así, ¿por qué se había desviado para luego tomar el rumbo habitual, si lo más obvio era tomar el camino más común? Monseñor Enrique dormitaba en el asiento trasero, ajeno a la situación, y Rivero decidió no despertarlo. En cambio, apretó el acelerador, decidido a dejar atrás al perseguidor. El otro coche hizo lo propio y ambos se enfrascaron en una peligrosa carrera por la avenida, compitiendo a velocidades extremas. Rivero, que llevaba la delantera, continuó por la derecha en dirección al hospital infantil La Colonia, mientras el otro coche persistía en su empeño de alcanzarlo. Rivero apretó más aún el acelerador. El estruendoso sonido del motor se amplificó a través de las paredes de las casas que arropaban ambos lados de la avenida. Observó el semáforo que separaba las calles Corona y la carretera del Morro. «Amarillo, no me va a dar tiempo». Tenía que acelerar más. Pisó a fondo y el velocímetro logró marcar los ciento diez kilómetros por hora. La tensión en el aire era palpable. Rivero apretaba el acelerador con determinación, sintiendo cómo el miedo y la adrenalina se entremezclaban en su cuerpo. El semáforo pasó del amarillo al rojo, y con el cambio, un coche surgió repentinamente de la nada. Por un instante, el impacto parecía inevitable, pero Rivero, impulsado por un instinto de supervivencia sobrehumano, pisó el freno con todas sus fuerzas. Los neumáticos chirriaron violentamente, dejando su característico olor a quemado suspendido en el aire. Rivero y monseñor Enrique fueron lanzados hacia adelante con violencia; el primero, golpeándose contra el volante y el segundo, amortiguando el impacto con el asiento de Rivero. Habían logrado detenerse. Rivero sudaba a chorros y, por un momento, el miedo intentó apoderarse de él. Contuvo la respiración, esperanzado de que, quizás así, todo pasaría. El coche perseguidor, que no estaba muy lejos, logró esquivar el obstáculo y continuó su veloz carrera sin disminuir la velocidad. Rivero salió del coche, tratando de fijarse en las características del vehículo. No tardó en reconocer el modelo: un lujoso Volga GAZ-21 de color negro. Su mente comenzó a buscar explicaciones, pero no encontraba ninguna respuesta satisfactoria. Memorizó como pudo la matrícula, y entonces, miró

al asiento de atrás, esperando ver a un monseñor Enrique asustado y confundido; pero el arzobispo, por increíble que pareciese, no se había dado por enterado: dormía.

En las semanas siguientes, Rivero no pudo apartar de su mente aquella escena. Al reflexionar con calma, se percató de un detalle impactante: el coche perseguidor era de lujo, un modelo que solo podía pertenecer a un funcionario de las Fuerzas Armadas o a uno de los pocos hijos de los terratenientes burgueses que aún quedaban en la isla. La razón detrás de aquel espionaje seguía siendo un misterio para él. Cuando esa noche logró finalmente dejar al arzobispo en su domicilio y contarle lo que había sucedido, monseñor Enrique se había quedado pensativo, para luego decirle:

–No te preocupes, Rivero, de seguro se trata de alguien que termina su jornada laboral a la misma hora y casualmente tiene la misma ruta que nosotros cuando regresa a su casa. No te agobies por eso.

Rivero, a pesar de no creer en absoluto esa suposición, era consciente de que contradecir a monseñor Enrique no era algo que se podía permitir . Además, tenía la certeza de que el arzobispo, por increíble que pareciera, no tenía conocimiento de la escena de película de acción en la que se había visto involucrado. Por tanto, optó por guardar silencio y no refutar su argumento.

Después de aquella noche, el Volga nunca regresó. A pesar de los intentos de Rivero por tranquilizarse, la sensación persistente de ser perseguido se instaló en su ser. El misterio seguía sin resolverse, y la incertidumbre y el temor se convirtieron en compañeros constantes de cada uno de sus viajes. Siempre existía la posibilidad de que su seguridad estuviera comprometida, un recordatorio constante de que el peligro acechaba en las sombras. Cada rincón desconocido, cada mirada fugaz de un extraño, avivaba su inquietud. La sombra de la duda se proyectaba sobre su camino, nublaba su confianza en los demás y creaba un ambiente de cautela constante. La paranoia lo sumía en una vigilancia sin descanso. A pesar de sus esfuerzos por encontrar respuestas, el enigma que rodeaba su experiencia en el Volga permanecía sin resolver. ¿Qué había sucedido

realmente aquella noche? ¿Quiénes eran los verdaderos actores detrás de aquella persecución? Las preguntas se amontonaban en su mente, alimentando aún más su sensación de inseguridad y desconfianza.

El viernes, 19 de noviembre de 1965, al llegar a casa, Matilde le mostró a Rivero un documento que cambiaría su vida para siempre.

–Ahí tienes, en la mesa, una citación *pa'* el servicio militar –dijo, sin medias tintas, tendiéndole una tira de papel.

Rivero agarró el documento y leyó:

REPÚBLICA DE CUBA
COMITÉ DE RECLUTAMIENTO MILITAR
COMPAÑERO: Rivero
De acuerdo con lo dispuesto en la Ley n.º 1129 de 1963, que establece el Servicio Militar Obligatorio, por medio de la presente se le comunica que deberá presentarse el próximo día 22 de noviembre de 1965 a las 7 a. m., ante la Comisión de Reclutamiento Militar sita en Ciudad Deportiva.
(Con ropa interior)

De Ud. Revolucionariamente
«PATRIA O MUERTE»
VENCEREMOS
Jefe del Comité Militar

Rivero había escuchado hablar de la Ley 1129 de 1963. Las noticias y los rumores sobre las experiencias negativas que había vivido Cuba desde el triunfo de la Revolución, en 1959, se agolpaban en su mente. La batalla de Playa Girón y la Crisis de los Misiles habían dejado una profunda huella en la memoria colectiva del país. Además, las bandas armadas opositoras que operaban en el Escambray y en otras regiones generaban un clima de tensión y conflicto constante, a pesar de que los actos vandálicos se habían apaciguado después de que las Brigadas de Lucha contra Bandidos

comenzaran la Limpia del Escambray, una acción que perseguía a los militares considerados sediciosos.

Era evidente que se requería una movilización masiva de milicianos para hacer frente a estas amenazas y mantener la seguridad del país. De ahí que se hubiera aprobado la Ley 1129 de 1963, la cual estipulaba el servicio militar obligatorio para todos los hombres entre los quince y los veinticinco años, por un período de tres años.

Rivero padecía de un malestar general al enfrentarse a la idea de ser reclutado. A pesar de contar con veintitrés años y gozar de buena salud, la perspectiva del servicio militar obligatorio no le resultaba atractiva en lo más mínimo. Sin embargo, había un aspecto perturbador que no encajaba en todo este panorama. Normalmente, la citación para el reclutamiento se recibía con al menos una semana de anticipación a la fecha de partida. Sin embargo, en su caso, apenas se le había entregado el aviso con tres días de antelación. La repentina notificación hizo que se sintiera inquieto y desconfiado. El corto plazo para prepararse y asimilar la idea de partir hacia el servicio militar despertó en él un sentido de urgencia y una necesidad imperiosa de encontrar la forma de librarse de esa situación. Su mente se llenó de preguntas y posibilidades, en una búsqueda desesperada de una solución que le permitiera evitar el destino que se le imponía.

Al día siguiente, entró, decidido, en la oficina de Torriente, su jefe y confidente de confianza. Lo encontró sentado tras su imponente escritorio de madera maciza, rodeado de montones de papeles y documentos. Sin perder un minuto, Rivero extendió la citación ante los ojos de Torriente, quien levantó la mirada con sorpresa al ver el papel.

–¡Y ahora esto! –dijo, claramente molesto.

–Necesito que me ayudes a librarme del servicio militar. Escribe una carta. Di que estoy trabajando en el puerto y que, además, soy sostén de mi familia. Seguro que me exoneran.

–Seguramente –dijo Torriente–. Pero mi firma no vale de nada, Rivero, no soy más que el administrador de un almacén. Tienes que ir a hablar con el director. Él es quien tiene que firmar.

–¿Callís sigue como director?

–Por desgracia, se retiró hace dos años, después del Flora. Ahora está un tal Marzán.

Rivero salió de la oficina, dispuesto a buscarlo. Sin embargo, al llegar a la empresa, se encontró con la desalentadora noticia de que el tal Marzán no estaba. Esperó pacientemente durante horas, con la esperanza de que apareciera, pero sus esfuerzos resultaron en vano. La incertidumbre y la preocupación lo invadieron, y sintiéndose acorralado, Rivero tomó la decisión de volver a buscar la ayuda de Torriente, que le firmó la carta, a sabiendas de que su firma no valdría de nada.

Esa noche, asistió al ensayo del coro de la iglesia, buscando un momento de tranquilidad y distracción en medio de la incertidumbre que lo rodeaba, para dejar temporalmente de lado sus preocupaciones. A medida que las voces se elevaban en armonía, encontró un respiro momentáneo y una sensación de comunidad en aquel grupo unido por la música y la fe. Al encontrarse con varios de sus compañeros, notó que muchos de ellos también habían sido citados para el servicio militar obligatorio. Sin embargo, a diferencia de Rivero, y con ese característico sentido del humor y esa capacidad para encontrar alegría en medio de la adversidad que tienen los cubanos, se tomaron la situación con ligereza e hicieron chistes al respecto. Uno de los jóvenes, Lorenzo, se acercó al grupo donde estaba Rivero.

–Oye, Lorenzo –le dijo a uno de los presentes–, ¿a ti no te llegó citación para el servicio?

–Sí, me llegó, pero enseguida llamé a mi tío y me la retiraron hasta nuevo aviso –respondió, en tono de burla.

En ese momento, nadie le prestaría la atención suficiente. Pero años después, Rivero caería en la cuenta de que, al ser pariente de Alfredo Yábar, el entonces ministro de Justicia, había podido zafarse de la obligación de cumplir el servicio militar.

Llegó el lunes, 22 de noviembre, día de Santa Cecilia. Un día marcado en el calendario de Rivero con tinta indeleble. Debía presentarse en la Ciudad Deportiva, según lo indicaba el documento. La expectación y el nerviosismo se apoderaron de él mientras se preparaba para partir. Sin

embargo, antes de emprender ese camino incierto, se despidió de su amada. La noche anterior, consciente de que la separación era inevitable, se acercó a Monina con una mezcla de amor y pesar en su mirada. Los dos habían compartido innumerables momentos en los últimos dos años, y su vínculo se había fortalecido a medida que enfrentaban juntos los desafíos de la vida. Monina, admirada por el trabajo incansable de Rivero en la iglesia, había abrazado el catolicismo y se había convertido en un pilar de apoyo para su familia, acompañándolos en la misa dominical. Además, ella misma había alcanzado su sueño de convertirse en profesora, e impartía clases en una pequeña escuela en la calle E de Sueño, justo enfrente de la Facultad de Medicina de Santiago. Rivero se las había arreglado, de alguna manera misteriosa, para recoger a Monina cada tarde, de lunes a viernes, en medio de sus responsabilidades y compromisos. Con una tristeza palpable en su rostro y los ojos llenos de lágrimas contenidas, Rivero se despidió de su novia, consciente de que estarían separados por un tiempo indefinido. «¿Me esperas?», le preguntó Rivero, antes de perderla de vista, con la voz entrecortada, mientras sus manos se aferraban con ternura a las de Monina. Ella, con una sonrisa radiante que le iluminaba el rostro, respondió: «Te espero, mi amor. Siempre te esperaré».

Matilde acompañó a Rivero a su cita. Llegaron a la Ciudad Deportiva a las siete menos cuarto de la mañana. Un militar, vestido con su imponente uniforme verde olivo y portando una AK-47, custodiaba la entrada. Permitió el paso del muchacho, pero al encontrarse con Matilde, se interpuso en su camino sin tan siquiera mirarla. «Solo los reclutas, señora», pronunció con firmeza. La guajirita se despidió de su hijo con un beso y le otorgó su bendición. Mientras tanto, Rivero miró al militar, quien, con un gesto, le indicó que continuara por un largo pasillo hasta llegar a otra puerta que conducía a las gradas.

La Ciudad Deportiva se extendía majestuosamente a lo largo de la avenida Las Américas y el reparto Sueño. Aunque muchas de sus instalaciones permanecían parcialmente inactivas, había sido escogida como punto de reunión para el reclutamiento y el servicio militar. Aquella mañana, el frío se hacía sentir en el ambiente. Rivero vestía una camisa café

y unos pantalones de corderoy, caminando por el largo pasillo con pasos lentos, quizás esperando, en vano, que algún milagro impidiera que atravesara aquella puerta. Al cruzarla, se encontró con cientos de jóvenes reunidos en las gradas. Al frente, un oficial del Ejército extendió su mano al muchacho, indicándole que debía entregar la citación recibida hacía un par de días. Rivero hizo lo propio, y entre los papeles incluyó la carta firmada por Torriente. El oficial se detuvo brevemente para leer el escrito, luego posó su mirada sobre Rivero, una mirada despectiva y tajante. El joven intentó explicar el contenido de la carta, pero el militar lo interrumpió.

–Sé leer –dijo, mientras doblaba y guardaba el documento–. Pasa, pasa... Ya recibirás respuesta.

Pasó media hora y el estruendoso sonido de varios camiones GAZ-53 irrumpió en el lugar, formando una fila a lo largo de la avenida. Sin perder tiempo, un grupo de oficiales ordenó a los jóvenes congregados en el campo de béisbol que subieran a los vehículos, asegurándose de que los primeros ocuparan los asientos laterales y los demás se acomodaran como pudieran. Diez minutos después, abandonaron la Ciudad Deportiva.

El convoy se dirigió inicialmente hacia los Altos de Quintero, donde hicieron una breve parada, por lo visto, para esperar la llegada de otros vehículos, que no tardaron en aparecer. Uno de los camiones estaba lleno de algarabía. Se escuchaban gritos, risas estridentes y vítores. Un joven que se encontraba junto a Rivero en otro camión se atrevió a preguntarle al militar que custodiaba la puerta sobre el motivo de tanta celebración.

–Esos son unos cuantos maricones que detuvieron los de la Policía hace unos días y estaban en el calabozo de la estación –contestó, despectivo.

Rivero escuchaba, atónito, la fiesta que aquellos muchachos habían montado. Parecían dirigirse hacia el paraíso, completamente ajenos a la triste realidad que los aguardaba.

La marcha continuó a las once de la mañana, sin rumbo claro. Los camiones se adentraron en la carretera central y se dirigieron hacia el occidente. Pasaron las horas. Hubo varias paradas para permitir que los viajeros se aliviaran, pero ya eran las cuatro de la tarde y aún no habían recibido alimento alguno. El sol abrasador los había azotado durante más de

cinco horas y todos se encontraban hambrientos. Rivero, quien esa mañana se había preparado un par de bocadillos, recordó que, además, llevaba una lata de leche condensada en la mochila. Se levantó y alzó la voz para que todos pudieran escucharlo:

–¡Caballeros! El que tenga hambre que se acerque a mí, que yo traje unos bocadillos. Donde come uno, comen dos y tres.

–Yo también tengo unos bocadillos, conmigo pueden contar también –contestó un hombre en el fondo.

Un minuto después, se acercó a Rivero. El hombre era corpulento, muy alto e iba bien vestido. Al verlo, el muchacho le mostró una calurosa sonrisa.

–Gracias por la ayuda, nuestros compañeros estarán agradecidos. Los pobres…, se nota que están muy hambrientos –le dijo Rivero y le estrechó la mano.

–Por nada. Me complace ayudar.

El hombre corpulento sonrió. Después de unos segundos de silencio, decidió presentarse.

–Me llamo Aldo, soy pastor de la iglesia adventista de Veguita de Galo, en Santiago.

–Rivero, un placer. ¿Eres pastor y estás aquí? Ya he hablado con muchos de los compañeros y la mayoría somos cristianos.

–No es casualidad que estemos juntos. –Aldo apoyó una mano sobre el hombro de Rivero y añadió, en voz baja–: Prepárate, Rivero, no es por asustarte, pero lo que tiene preparado esta gente para nosotros no parece ser nada bueno.

Dicho esto, se levantó y ocupó su antiguo puesto. Rivero se preparó, consciente de las palabras de Aldo, que le habían dejado una sombra de preocupación. Se aferró a su lugar y observó, atentamente, a su alrededor. ¿Qué planeaban hacer con ellos? ¿Por qué aún no habían llegado a la unidad militar correspondiente? Era extraño, pues muchos afirmaban que los reclutas nunca eran alejados de la provincia donde vivían.

La marcha continuó sin cesar, siempre rumbo al occidente. A las siete de la tarde, un intenso frío empezó a envolverlos. Aprovecharon la pausa para

detener los vehículos y, finalmente, ofrecerles algo de comida. Mientras tanto, los camiones GAZ-53 se dirigieron a repostar combustible. En ese momento, un hombre se acercó a Rivero y le entregó un bocadillo. Aprovechando la oportunidad, el joven le preguntó dónde se encontraban.

–Estamos en Velasco, a pocos kilómetros de Puerto Padre –respondió el hombre, antes de continuar su camino.

Rivero comprendió entonces que se encontraban en Holguín. Velasco era un pequeño pueblo perteneciente al municipio de Gibara y, como le había mencionado el hombre, se encontraban a escasa distancia de Puerto Padre, en Las Tunas.

Tres horas después, la caravana reanudó su marcha, avanzando hasta llegar a un conjunto de edificaciones rodeadas por una cerca de unos tres metros de alto. Los reclutas fueron bajando poco a poco y los militares ordenaron que formaran frente a uno de los edificios. El firmamento estaba oscuro, amenazando con iniciar un buen aguacero. El silencio era tal que Rivero podía escuchar la respiración de sus compañeros mientras caminaban, uno detrás del otro, mientras iban formando alrededor de la plaza. Solo en una ocasión se interrumpió el silencio, cuando un militar les informó de que estaban en la Unidad 2047, perteneciente a la 8.ª División de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP).

Seis

La fina lluvia caía sobre los casi quinientos jóvenes, mientras un frío insoportable los torturaba desde el inicio de la travesía. La madrugada mostraba un tímido firmamento, oculto tras nubarrones que oscurecían el cielo y escondían las estrellas. El silencio era casi absoluto, solo interrumpido por el sonido seco y corto de las pisadas de los reclutas, agotados y sin ánimo, tomando posiciones. El aire era tan denso que parecía que se pudiera cortar con una navaja. Rivero, presa de la agonía y la desesperación, se sentía asfixiado por la incertidumbre de su futuro.

Una docena de militares se ubicaron al frente de la masa, portando largos fusiles de asalto y abrigados hasta el último rincón de sus cuerpos. Con voces de mando, comenzaron a organizar a la multitud en grupos de ciento veinte hombres, llamados pelotones, dispuestos en orden de altura. Los más altos iban al frente y los más bajos, al fondo. Rivero, de estatura media, fue colocado en el centro del tercer grupo de «elementos», como los llamaban los militares. La temperatura seguía descendiendo, congelando hasta los corazones de los reclutas.

Poco después, llegó una orden para que todos subieran nuevamente a los camiones; se dirigían a un lugar que, según el comentario de un militar, se encontraba cerca del poblado de Florida, en Camagüey. Hasta ese momento, Rivero no tenía una idea clara de dónde se encontraban, y perdió la noción del tiempo hasta que, al fin, la caravana se detuvo, aparentemente, de manera definitiva. El reloj señalaba las tres de la madrugada. A pesar de la penumbra reinante, se podían distinguir a lo lejos vastos campos de caña, algunas construcciones rústicas circundadas por catorce pelos de alambre de

púas, y un cartel en el que se leía «ZONA MILITAR». El sitio era conocido como Mamanantuabo. Los reclutas descendieron de los camiones y, después, ingresaron a un recinto cercado, donde los formaron en tres hileras, antes de llevar a cabo de nuevo la llamada. La expectación y la tensión llenaban el aire, como si todos estuvieran a punto de adentrarse en un territorio desconocido y desafiante. Rivero observó detenidamente el lugar, tratando de captar cada detalle, cada sombra que se movía entre las paredes de aquel misterioso recinto. El sonido de las cámaras fotográficas resonó en la sala mientras, uno por uno, los reclutas eran inmortalizados en una imagen estática. La sensación de ser observados y registrados despertó en Rivero un escalofrío incómodo. Una vez que el proceso terminó, los reclutas fueron conducidos nuevamente a las filas, formados en perfecta alineación frente al edificio principal. Rivero podía sentir la mirada escrutadora de los superiores sobre ellos, que evaluaban cada centímetro de su existencia. Era como si sus vidas se redujeran a una cifra, a una fotografía, a un simple número en un informe militar.

En ese instante crucial, los faros luminosos de un automóvil traspasaron las tinieblas del batallón, iluminando el escenario con una cautelosa delicadeza. El vehículo se acercaba con templanza, como si se adentrara en el campo con la incertidumbre de que algún enigmático ser surgiera de la oscuridad. Rivero, alzando su mirada hacia aquel espectáculo lumínico, sintió que un estremecimiento le recorría la espina dorsal. Aquella matrícula había quedado grabada en su memoria meses atrás, y ahora, frente a sus ojos, reconocía de inmediato aquel distintivo Volga negro que lo había perseguido. Del santuario del automóvil emergió una figura militar ataviada con el color verde olivo, cuya estatura modesta se veía sobrepasada por su corpulencia. Sus hombros anchos y sus brazos alargados indicaban años de experiencia en la contienda. Rivero notó la presencia de una prótesis en su mano izquierda, un testigo mudo de las heridas de guerra que había sufrido. Su uniforme ostentaba con orgullo la insignia del Ejército Rebelde, y en la charretera relucía el rango imponente de comandante. Se erigió con autoridad al frente del grupo, desafiante, mostrando su arma reglamentaria,

con las manos en la cintura. Su voz, llena de prepotencia, resonó en el aire, dirigiéndose con vehemencia a los presentes.

–Mi nombre es José Ramón Silva Berroa, comandante de las Fuerzas Armadas y coronel de la reserva. Antes que nada, se estarán preguntando qué hacen ustedes aquí. Bien, la respuesta es sencilla. En este batallón se encuentran todos aquellos elementos que no han tenido una conducta apropiada en la sociedad. Elementos que no están de acuerdo con el proceso revolucionario que, con tanto sacrificio, el comandante en jefe, Fidel Castro, conquistó. En este batallón están todos aquellos que no cuentan con la hombría suficiente para ser unos revolucionarios dignos. Los que se pasean por ahí, moviendo la cintura y doblando la manita, como si fueran mujercitas. Están los que se piensan que son los reyes de la selva, los que se pasan la vida de vagos, los que incitan al juego, los proxenetas y delincuentes, las lacras de la sociedad. Aquí, en este batallón, están presentes los que piensan que «el Señor» los va a ayudar, que Jesucristo va a venir, y por eso se niegan a coger un arma con sus manos.

El comandante Silva se desplazaba por los cuatro pelotones, mirando, desafiante, a los reclutas. Se detuvo lentamente, pensando cómo continuar su discurso. Luego prosiguió:

–Esas no son las actitudes de un verdadero revolucionario. Un verdadero revolucionario no tiene conciencia. Es capaz de matar hasta a su propia familia en bien de su país y su patria. Abandona todo por el partido y por Fidel. Agradece lo que se le da y obedece, callado y cabizbajo. Por esa razón se encuentran aquí. Porque no cuentan con las condiciones suficientes para pasar el servicio militar en las unidades regulares. El objetivo de nosotros no es maltratarlos. Por el contrario, aquí vinieron a reformarse y convertirse en los revolucionarios que Cuba necesita. Pero, por supuesto, aquellos que no deseen reformarse, los que piensen que todavía pueden salirse con la suya, los que a pesar del esfuerzo de todos los sargentos, tenientes y capitanes que los van a comandar creen que pueden alterar el orden de este batallón serán destinados a los batallones de castigo. Allí, la historia es otra. –Sonrió sarcásticamente–. Aquí, la disciplina militar es clave para convertirse en hombres de bien, y por eso se les exigirá la

máxima expresión de la misma. Porque no son merecedores de otro tratamiento. El trabajo es crucial para su formación…, ya con eso se los digo todo. Para que no tengan que pensar mucho, las principales reglas que no se deben de romper en este batallón son las siguientes. La primera: queda totalmente prohibido mantener algún tipo de contacto con los vecinos de la zona y salir de la Unidad. Tienen prohibido, además, mantener correspondencia con sus familiares, amigos o cualquier conocido en general. Su ubicación exacta es secreto militar, y hasta que se termine el proceso de formación, no se dará a conocer la misma. Para terminar, les sugiero que acaten con obediencia todas las órdenes que se les impongan o, de lo contrario, se tomará como afrenta militar y el caso pasará rápidamente a la corte militar, donde la condena perfectamente puede llegar a ser la privación de la libertad. Dicho lo dicho, por lo demás…, les deseo una buena estancia. ¡Patria o muerte!

–¡Venceremos! –contestaron todos.

La consigna se desvaneció en un aliento cargado de miedo y perturbación. ¿Qué significaban esos «comportamientos indignos»? ¿Qué se ocultaba tras los enigmáticos batallones de castigo? La prohibición de contacto con los seres queridos resonaba en su pecho como un eco doloroso, una sombra de aislamiento que se alzaba, amenazante. ¿Acaso se encontraban prisioneros en aquel agreste lugar? La idea de ser víctimas de un destino siniestro, inmersos en una especie de campo de concentración, como los que habían sido construidos en tiempos oscuros, invadía su mente.

–Andando, al comedor –se les ordenó.

El pelotón, encabezado por Rivero, avanzó con paso corto y cauteloso hacia el recinto del comedor. Uno a uno, los soldados se adentraron en el lugar, formando una larga fila que parecía no tener fin. Rivero, siguiendo el protocolo, tomó una bandeja de aluminio y la depositó con cuidado sobre la meseta de servicio, donde recibió un mendrugo de pan duro y un escueto sorbo de café en un vaso de plástico. Una vez satisfechos los apetitos mínimos, volvieron a alinearse en fila, esta vez encaminándose hacia una especie de almacén improvisado. Allí, los esperaban las asignaciones de vestimenta: dos camisas de mezclilla, dos pantalones azules y uno verde

olivo, junto con la ropa interior acorde y un par de botas negras. Con las prendas entre sus manos, el sargento a cargo del pelotón ordenó llevar a cabo un peculiar conteo. De izquierda a derecha, cada recluta debía pronunciar en voz alta un número, comenzando por el uno, y, una vez alcanzado el final de la fila, se proseguía en el mismo sentido en la siguiente línea. En el momento en que Rivero tomó su turno, el conteo se encontraba en el número 75. Fue entonces, como si formara parte de un extraño rito de iniciación, cuando el joven soldado entonó el siguiente número con determinación:

–¡76!

Desde ese momento, sin ser consciente de ello, fue rebautizado con ese nuevo nombre. Como cuando Matilde quiso buscar una nueva vida y, antes de partir, vio al pastor derramar el agua bendita sobre su niño de seis años, las moiras ahora continuaban tejiendo su destino.

Siete

La campana que indicaba la formación de la mañana sonó estrepitosamente. Rivero no había pegado ojo en las noches anteriores: no podía tener contacto con su familia, no sabía exactamente dónde estaba, y sentía miedo, de esos temores insidiosos que tejen susurros maliciosos en la mente. Esa mañana, el ajetreo era constante, todos se afanaban en vestirse y apenas tenían tiempo de lavarse la cara. Los sargentos desplegaban su frenesí apremiando a los reclutas y los pelotones ajenos avanzaban en filas ordenadas hacia la plaza que separaba el comedor de los albergues, seguidos, unos minutos después, del pelotón de Rivero. Los días eran idénticos, con interminables formaciones para desayunar, para hacer el pase de lista, para almorzar, cenar, bañarse, antes de acostarse y en el momento de transmitir cualquier información.

El comandante de la compañía, de porte desaliñado y descuidado aspecto, se adelantó a la tropa. Días atrás, se había presentado como el primer teniente Armando Rodríguez, un hombre escaso de palabras que pronunció un breve discurso para inaugurar el día. Y no era de extrañar, porque, debido a alguna misteriosa razón, todos los militares disfrutaban dando aquellos tediosos discursos demagógicos, en los cuales nunca faltaban las amenazas gratuitas, que, en vez de estimular a los reclutas, revelaban su ignorancia y su marcada falta de educación. Los pelotones se dirigieron al comedor y Rivero tomó el desayuno sin demasiado entusiasmo, sintiendo que la comida se le atascaba en la garganta, víctima de sus inquietudes. Tras un largo esfuerzo, pudo ingerir algo para calmar el hambre. Más tarde, como cada día, tocaban las clases de infantería, que se

extendían durante toda la mañana, divididas en dos turnos de hora y media cada uno, con escaso respiro en un único receso de treinta minutos. En aquel ámbito, no solo se impartían las enseñanzas básicas relacionadas con el manejo de las armas, sino que también se dedicaba un considerable tiempo a estudiar las estrategias y la organización del Ejército norteamericano, el «eterno enemigo de la Revolución cubana». Así que los pelotones se encaminaban hacia unas rústicas aulas, una especie de chozas redondas con techo de hojas de palma, asientos de madera y sin paredes laterales, donde esperaba, ansioso, el sargento Alcides.

–64, siéntense aquí. 52, ¿tú eres mongo? ¿No les estoy diciendo que de uno en uno y en fila? ¡Vamos, vamos! ¡*Arrempújense* bien *pa'* que quepan, que no tengo *to'* el día *pa'* esta *mariconá'*!

Alcides era un ser despreciable y encarnaba la personificación del desdén. Un individuo carente de toda cultura, corroído por un complejo de inferioridad atroz, que se deleitaba en maltratar a todos los que estaban a su alcance. Descargaba su ira y amargura sobre los reclutas, como si fueran meros recipientes de su frustración. Su carácter agriado había germinado a raíz del escaso respeto que sus superiores le dispensaban, porque lo consideraban más un lleva y trae que un auténtico militar.

–Copien ahí –dijo, con marcado desinterés–: Fusil AK-47, de fabricación soviética, calibre 7,62 milímetros, es el arma insigne de las Fuerzas Armadas cubanas. Tiene un alcance máximo de tres mil metros, mortal-peligroso, mil quinientos.

Rivero, en particular, mostraba una especial animosidad por Alcides. Principalmente, porque el sentimiento era recíproco. El sargento no dejaba escapar oportunidad alguna para humillarlo públicamente y someterlo a múltiples ultrajes. En cierta ocasión, le espetó, sin titubear: «No me gusta tu flojera, 76. Deja de rezar tanto, que al final, todos vamos a acabar en el infierno».

–¡Aguanten! –continuó Alcides–. *Cambeen* ahí, que me equivoqué: alcance máximo, seiscientos cincuenta metros, mortal-peligroso, trescientos.

Todos hacían su mejor esfuerzo por contener las carcajadas por sus aportes al diccionario. *Arrempújense* y *cambeen* no eran las únicas palabras que se inventaba. Solía llamar *endomen* al abdomen, y *tarrazón* a una infidelidad.

La oficialidad y el mando militar que presidían sobre los reclutas de la UMAP eran una muestra de la más baja calaña. Junto al jefe de compañía y el sargento Alcides, destacaba la presencia del segundo jefe de compañía, un sargento mayor de apellido Del Toro, que asumía, en ocasiones, el papel de político. Los líderes de los dos primeros pelotones eran el teniente de milicias Maqueira y el teniente Rodríguez. Estos últimos, a diferencia del resto, al menos se preocupaban por su porte y aspecto, un rasgo del cual podían jactarse. En cuanto al primer teniente, Armando Rodríguez, solo se dejó ver frente al batallón durante la primera semana; después, perdió todo contacto y la Unidad quedó bajo la supervisión del sargento mayor Del Toro.

Las contradicciones entre los reclutas y el mando militar de la Unidad surgieron desde la llegada. El batallón, conformado por una diversidad deslumbrante, era un calidoscopio humano en sí mismo. Un gran grupo profesaba fervientemente su fe religiosa, provenientes de la Iglesia católica, metodista, bautista, adventista, pentecostal y también de los testigos de Jehová. Fueron estos últimos quienes protagonizaron los primeros desencuentros. Al momento de repartir los uniformes, los testigos de Jehová dejaron claro y decidido que solo vestirían las prendas verde olivo si se les obligaba a firmar un documento que los catalogara como reclusos. Además, se negaban a entonar el himno y a saludar la bandera, actos que eran considerados graves indisciplinas por parte de la jerarquía militar. Sin embargo, la jefatura se mantuvo firme y no cedió terreno ante sus peticiones, forzándolos a vestir el uniforme entre una lluvia incesante de insultos. Los adventistas del séptimo día también se encontraron en desacuerdo con las altas esferas del mando. Era de conocimiento común que ellos descansaban los sábados, de acuerdo a sus creencias. Al principio, la jefatura militar accedió a sus demandas y les permitió descansar en esos días. Entonces, se los podía encontrar reunidos en grupos, orando y

entonando cánticos en voz baja, en un ritual que emanaba paz y devoción. Entre los reclutas, otro grupo que se encontraba en la UMAP era el de los homosexuales, quienes experimentaban un trato especialmente difícil y hostil. Los militares exhibían su homofobia con orgullo, sometiendo a estos jóvenes a numerosas humillaciones y vejaciones, desplegando un desprecio notable hacia ellos. A su vez, otro segmento dentro de la UMAP estaba compuesto por individuos considerados vagos, delincuentes y contrarrevolucionarios, quienes también eran objeto de un tratamiento riguroso, con castigos severos. Aunque, sinceramente, estos últimos no podían generar problema alguno, debido a la vigilancia constante a la que eran sometidos.

El sufrimiento más angustiante para el resto de los reclutas no radicaba simplemente en el trabajo arduo o en vestir un uniforme impuesto. Lo más doloroso era el rechazo por parte de todos. Desde su llegada, se les había prohibido mantener contacto con sus seres queridos, y a los vecinos que vivían cerca de la Unidad se les negaba cualquier tipo de relación con los reclutas. Estos vecinos, que a menudo desempeñaban funciones dentro de la Unidad, se vieron privados de interactuar con los reclutas. Aunque muchos de ellos expresaron su desacuerdo, la jefatura militar explicó que todos los que estaban en la UMAP eran considerados «lacras sociales» y, por lo tanto, no tenían derecho a comunicarse con personas de bien. Según su visión, un verdadero revolucionario no encajaba en esas características.

Por otro lado, el supuesto secreto militar que rodeaba la ubicación precisa de los reclutas se convirtió rápidamente en un secreto a voces dentro de la UMAP, porque apenas dos semanas después de su llegada, uno de los soldados de guardia en la entrada informó al cuartel general de que una señora preguntaba por su hijo, Ramiro Mayol. Nadie supo nunca cómo la mujer había logrado dar con la ubicación de su hijo, pero a pesar de los intentos por negarle el acceso, ella afirmó que no se movería de allí hasta ver a su muchacho.

Rivero, presente en el momento en que el soldado dio la noticia, fue el encargado de localizar a Ramiro. Era un domingo febril, a pesar de estar en pleno diciembre, por lo que supuso que lo encontraría ocupado lavando sus

prendas. Preguntó al sargento instructor de su pelotón y se sorprendió al descubrir que Ramiro pertenecía a su misma compañía. Echó a andar rumbo al albergue y lo halló inclinado, enfrascado en la minuciosa tarea de lustrar las botas.

–¿Ramiro Mayol? –preguntó el número 76.

–¿Sí?

–Lo mandan a buscar de la jefatura, su madre vino a visitarlo.

Ramiro, quien no había volteado su rostro al escuchar a Rivero, se giró rápidamente al mencionar a su madre y se puso en marcha hacia el cuartel general sin dudarlo. Rivero lo siguió de cerca. La madre, al verlo, lo abrazó con fuerza y, sin pedir permiso, lo tomó del brazo y lo llevó fuera del lugar. Rivero observó cómo se sentaban en una rústica mesa de madera bajo un árbol, cerca de los albergues, seguramente para conversar en privado, y desde la lejanía, notó cómo la mujer deslizaba un paquete de galletas de sal debajo de la mesa, mientras Ramiro, disimuladamente, lo ocultaba dentro de sus pantalones. «Si lo cogen», pensó. En los albergues, estaba estrictamente prohibido comer, y si algún superior descubría que alguien guardaba comida, podía imponer castigos tanto al propietario como a toda la compañía. A pesar de eso, habían pasado tan solo unos pocos días y nadie tenía comida excepto ahora, por supuesto, Ramiro. Sin embargo, a medida que avanzaran las jornadas, todos aprenderían que las reglas están hechas para romperse, y con la escasa comida y las exigencias del trabajo al que serían sometidos, sería imposible sobrevivir sin tener al menos algún bocadillo para merendar.

Rivero veía a Ramiro y a su madre conversar y vio una oportunidad de comunicarse con sus seres queridos. Echaba mucho de menos a su madre, y ni hablar de Monina, así que, sin perder tiempo, se dirigió rápidamente hacia su albergue y, con un lápiz casi gastado y una hoja de papel, redactó una breve carta, donde puso, entre otras cosas, dónde estaba (o dónde creía que estaba) y, carta en mano, se apresuró a buscar a la madre de Ramiro Mayol para confiarle aquel mensaje y esperar que, de alguna manera, lograra hacerlo llegar a sus seres queridos. Siguiendo su instinto, recorrió el

camino hasta el lugar donde los había visto sentados, bajo el abrigo de aquel árbol.

–Muy buenos días, señora, disculpe por interrumpir este momento, pero necesito pedirle un favor.

Ramiro se sintió un poco incómodo con la interrupción. Sin embargo, su madre se dirigió a Rivero con mucha amabilidad.

–¿En qué te puedo ayudar, mijo?

–Ninguno de mis familiares sabe dónde estoy. De hecho, ninguno de los familiares de mis otros compañeros lo sabe tampoco.

–¿Cómo es eso, Ramiro?

–Dijeron que no podíamos tener contacto con el exterior. Que era un secreto militar –contestó Ramiro.

–Pero ¡cómo les van a impedir que se comuniquen con sus familiares!

–Mamá, es que ni siquiera sé qué hago yo aquí. Supuestamente, debería estar en alguna unidad de Puerto Padre, pero no aquí.

–Todo esto es por tu culpa, Ramiro. Te dije perfectamente que no podías andar por ahí hablando del Gobierno y de Fidel, y gritando que son asesinos, sabiendo todo lo que está pasando. Tu padre está muy molesto contigo.

–Mi papá seguramente tiene que ver con esto, él siempre…

–Perdone que interrumpa nuevamente –dijo Rivero, que escuchaba en silencio–. La razón verdadera por la que he venido aquí es porque me gustaría que le enviara esta carta a mi familia, en Santiago de Cuba, para que sepan dónde estoy y así puedan visitarme.

–Claro, claro, mijito, dame la carta y la dirección, que yo se la mando. Y si alguno de tus compañeros desea hacer lo mismo, yo, con gusto, los ayudo. Nadie tiene el derecho de apartarlos de esa forma y prohibirles la comunicación con sus seres queridos.

–Muchas gracias. Preguntaré a mis compañeros y los enviaré para que le entreguen las cartas.

–¡No! –dijo la señora y continuó, casi susurrando–. Mejor, recógelas y tráemelas tú. No vaya a ser que sospechen. Si estos militares no quieren que

nadie sepa dónde están, por algo será. No es bueno que, desde los primeros días, estén desobedeciendo sus órdenes.

–Eso haré. De verdad, muchas gracias –dijo el muchacho, y añadió–: Por cierto, me llamo Rivero.

–Mirta –dijo la señora–, pero todos me dicen Mirtica.

Al cabo de una hora, Mirtica salió de la Unidad portando consigo decenas de cartas de los reclutas a sus familiares. Más que cartas, eran diminutos telegramas mal escritos que, en su mayoría, comenzaban con la misma frase: «Hola, mamá, estoy bien de salud». Antes de salir, Mirtica ocultó el pequeño bulto de papeles entre los senos, por si le revisaban el bolso, y se despidió de Ramiro con un beso, para luego irse sin mirar atrás. Esa noche, luego de la cena, Ramiro y Rivero se sentaron bajo un frondoso árbol al lado del albergue. Fue en ese lugar donde el número 76 decidió compartir su historia, desvelando los entretelones de monseñor Enrique, el intrigante espía del Volga y su relación con el comandante Silva. Por su parte, Ramiro también abrió su corazón y reveló su propia historia.

Originario de Holguín, provenía de una familia de intelectuales burgueses. Su padre había sido miembro de uno de los partidos políticos más influyentes durante la época de la dictadura de Batista: el Partido Socialista Popular (PSP). Era un hombre con ideas de izquierda muy radicales, y Ramiro creció inmerso en un ambiente de admiración hacia la Unión Soviética y hacia su líder, Lenin. Sin embargo, algo cambió en él tras el triunfo de la Revolución cubana, en 1959.

–Fue un tac, asere –le dijo a Rivero–. No fue el socialismo en primera instancia lo que me decepcionó, sino cómo se interpretó. Nacionalizaciones, despojo de tierras, odio al que abandonara y al que creyese otra cosa, al que expresara otra idea que no fueran las que designaran correctas los líderes del partido.

Rivero le contó de sus conversaciones con el padre Meurice y lo que monseñor Enrique le contaba. Claramente, ambas cuestiones tenían una relación serendípica.

–Bróder, en el Escambray yo vi cómo fusilaban a decenas de militares que no estaban de acuerdo con las nuevas leyes. Esos que llamaron

sediciosos y que, en realidad, solo buscaban ser escuchados –contó Ramiro.

Rivero no estaba muy de acuerdo con él en ese aspecto. Había oído que muchos de esos rebeldes también habían asesinado, robado y saqueado a numerosos campesinos, que se habían negado a prestarles ayuda. Monseñor Enrique le había dicho, en una ocasión, que aquello había sido una guerra civil, pero nadie se atrevió jamás a admitirlo. Aun así, prefirió quedarse callado. Ramiro, por su parte, siguió hablando.

–Mi verdadero sueño algún día es irme *pal'* carajo de esta isla. En un futuro, un país gobernado de esta forma no va a llegar a nada. Y se sabe por experiencia que, tal y como están las cosas, no van a cambiar en un buen tiempo. Prefiero irme y empezar desde cero que ver a mi gente hundirse en la miseria.

Ramiro, al igual que muchos cubanos en aquellos tiempos, había estado cerca de tomar la gran decisión de abandonar la isla en septiembre de 1963. Pero Mirtica le imploró que lo pensara bien, y como no cedió, la madre optó por la persuasión: «Si te vas del país me mato, ¿oíste?», le había advertido. Entonces, resignado, se quedó. En aquellos años, numerosos cubanos optaron por dejar el país debido a las múltiples desilusiones causadas por el Gobierno en desarrollo y su falta de eficiencia en la gestión. Entre el 59 y el 65, alrededor de seis mil personas habían intentado cruzar el estrecho de Florida en embarcaciones improvisadas. La primera invitación llegó el 29 de septiembre de 1964, cuando, en uno de sus interminables discursos, Fidel declaró que cualquiera que quisiera marcharse al «paraíso yanqui» podía hacerlo, pero por sus propios medios. Tanto quienes huían como aquellos que iban a rescatarlos en alta mar serían considerados por el Gobierno como «gusanos» y «cobardes sin conciencia patriótica». Además, a las máximas autoridades les convenía su partida, pues los preferían fuera del país. Antes de exiliarse, se les exigía renunciar por escrito a todas sus propiedades en Cuba. Por esta razón, la decisión de abandonar la isla no solo significaba dejar atrás a los seres queridos, las costumbres y los bienes materiales, sino también condenarse a no poder regresar jamás. Así recordaba Ramiro que había dicho Fidel en el 61:

–El que abandona el país hoy es un miserable, a esos no les debemos dar chance nunca más de volver a este país, a esa gente hay que quitarle la ciudadanía porque esa gente algún día va a mendigar aquí, a las puertas de Cuba, que la dejen regresar. Cuando los médicos, ingenieros, arquitectos, profesores y muchos otros vengan a tocar a las puertas de este país, pidiendo que los dejemos entrar, ese es el momento en que tenemos que ser duros. A esa gente le diremos: «No, ustedes dejaron de ser cubanos hace mucho rato, porque cuando nuestro país estaba luchando contra el extranjero poderoso, ustedes se fueron. Ustedes no son cubanos, cubanos son los que defienden esta revolución».

Al burguesito, esas palabras no le importaron en absoluto. Se convirtió en un abierto opositor. Comenzó a manifestarse en las universidades, en las plazas, parques e instituciones sociales y, a pesar de ser apresado en varias ocasiones, las influencias de su padre lograron protegerlo y que saliera impune. Con el tiempo, su relación se fue deteriorando. Ramiro intentaba abrirle los ojos a su padre sobre las injusticias y los abusos del Gobierno, pero su padre defendía las acciones de este, argumentando la campaña de alfabetización y la reforma agraria como logros positivos. Ramiro estallaba en ira y lo daba por perdido. Ahora, sabía que el estar aislado en una unidad militar en Camagüey, donde la ubicación era un secreto militar y donde, nada más llegar, los había recibido un comandante a decirles que los consideraban escoria y lacras sociales, era el resultado o bien de que las influencias de su padre no llegaban tan lejos, o de que él, en esta ocasión, no había intercedido por su hijo.

–Estamos perdidos, Rivero. Tú, que crees en Dios, reza para que de esta salgamos vivos.

No fue hasta las tres semanas de la llegada cuando, finalmente, permitieron que los reclutas escribiesen sin restricciones a sus familiares, con la condición de poner como remite un apartado de correos en el poblado de Florida, Camagüey. En realidad, se encontraban en Mamanantuabo, un pueblo cercano, perteneciente al municipio Esmeralda y ubicado cerca de

Ciego de Ávila. El número 76 se enteró, a través de Ramiro, de que la razón por la cual se había permitido la comunicación entre reclutas y familiares habían sido las numerosas quejas que se habían presentado contra los militares. Los padres desconocían el paradero de sus hijos y exigían tener información al respecto, por lo que la jefatura no tuvo otra alternativa que aflojar la cuerda.

A pesar de que todavía no cumplían el primer mes desde su llegada a la UMAP, ya conocían todos los rincones de la Unidad. Constaba de dos edificaciones principales. Una era el albergue del pelotón número 1, donde descansaban el teniente Maqueira y el sargento mayor Del Toro, junto con los cocineros y la guarnición del campamento. La otra era un dormitorio compartido por los pelotones 2 y 3, bajo la atenta mirada del teniente Rodríguez y el sargento Alcides. Entre estos dos bastiones se alzaba una tercera estructura, un local que albergaba la oficina del primer teniente Armando Rodríguez y su modesto cuarto, que, en ocasiones, también servía al sargento Del Toro. Al fondo, a unos ciento cincuenta metros de distancia, se erguía una cuarta edificación, que se reservaba para la cocina-comedor. Los albergues contaban con lavaderos, discretamente ubicados en la parte trasera, mientras que, en los confines más alejados de la Unidad, se encontraban cinco letrinas rústicas, las cuales fueron reemplazadas, con el tiempo, por unas de ladrillo, con modestas puertas de madera. Todo este paisaje se extendía en un terreno de unas cuatro hectáreas y media, cercado celosamente, como un recordatorio constante de la cautividad.

La electricidad era un lujo esquivo en aquel lugar. Tan solo una planta eléctrica, alimentada con petróleo, iluminaba los rincones del baño, la cocina-comedor y el despacho de la jefatura. Cada recluta, entonces, debía arreglárselas como pudiera para contrarrestar las noches oscuras e interminables. El número 76 tuvo un golpe de suerte en esa empresa, porque un día, mientras desechaba la basura, tropezó con los restos de un quinqué, y con un pedazo de botella de cristal que improvisó como bombilla, un poco de combustible extraído furtivamente de la planta eléctrica y mucha astucia, pudo iluminarse. Las noches caían como un

manto denso sobre la Unidad. Cuando se daba la orden de silencio, las luces debían apagarse, sumiendo a todos en una afonía espeluznante.

Con el transcurrir del tiempo, las actividades se multiplicaron. Además de las clases de infantería, los reclutas se vieron envueltos en trabajos correccionales que incluían podar campos de hierba, limpiar los albergues e incluso sembrar. La principal meta era aprovechar toda esa fuerza de trabajo en la zafra azucarera. Pero la zafra comenzaba a principios de año. Muchos homosexuales, entonces, fueron destinados a la cocina como ayudantes, o a la lavandería. Y no fueron pocas las veces que Rivero sorprendió a Alcides abandonado a los placeres que los pobres muchachos le brindaban. Quizás por deseo, o por miedo.

«¡Qué *tarrazón*!», pensó el número 76, incapaz de creerlo.

Ocho

A finales de enero de 1966, la zafra comenzó con fuerza. Las intensas jornadas de trabajo comenzaban a las siete de la mañana, y podían extenderse hasta las ocho de la noche, o incluso más. Desde su inicio, los reclutas se adentraron en un torbellino de trabajo que no dio tregua. La recolección de la caña, siempre considerada una labor ardua, adquiría tintes extenuantes cuando se realizaba de manera manual. La etimología misma de la palabra «zafra», que, se dice, proviene del árabe y significa «viaje», parecía presagiar el arduo recorrido que los temporeros realizaban en cada cosecha. El proceso, aunque aparentemente sencillo, demandaba un esfuerzo descomunal: los campos eran incendiados estratégicamente, como si se tratara de un combate medieval, para facilitar la recolección. Luego, como una ola de machetes enérgicos, cientos de reclutas se abalanzaban sobre los cañaverales para cortar la dulce gramínea, vestidos con camisa, y llevando siempre más de una consigo, ya que el rocío de la mañana y la incursión en los campos los empapaban de tal manera que parecían haber sido azotados por un aguacero de mayo. Conforme los meses avanzaban, el trabajo se volvía más implacable. Las temperaturas se elevaban hasta niveles sofocantes, las hojas afiladas de la caña herían las manos y la exposición constante al bagazo, aquel residuo fibroso, causaba estragos en los pulmones y las vías respiratorias, dejando a muchos reclutas enfermos. Sin embargo, nadie se detenía. Rivero culminaba las jornadas laborales con la ropa llena del líquido característico que suelta la gramínea cuando es cortada, y que en Cuba se conoce como guarapo. El agua, el guarapo y el polvo, mezclados con el sudor, conferían a las camisas de los reclutas una

rigidez que recordaba al almidón, como si estuvieran engomadas por el esfuerzo vertido en cada surco de caña.

Al inicio de la zafra, los familiares pudieron visitar con cierta frecuencia los confines de la Unidad Militar, traspasando los límites impuestos inicialmente. Entonces, los reclutas esperaban ansiosos la llegada de sus seres queridos, un encuentro que solo se les permitía una vez al mes, casi siempre los domingos. En esas jornadas, una multitud se congregaba a las puertas de la Unidad, en busca de un breve y preciado tiempo con los que habían dejado atrás, y por unas efímeras horas, los reclutas dejaban de ser simples cifras para volver a ser los que siempre habían sido. Bajo la mirada vengativa de la jefatura militar, los testigos de Jehová sufrieron las consecuencias de los disturbios que habían protagonizado al inicio de aquella desventurada experiencia. Como un acto de represalia, se les prohibió recibir visitas durante un prolongado período de tiempo. La mano dura de las autoridades no dejaba lugar a la clemencia.

La primera semana de febrero, Del Toro mandó a construir una pequeña choza para que, durante las visitas, familiares y reclutas pudiesen verse sin la necesidad de acceder al interior de la Unidad Militar, porque según él, las zonas militares no eran de libre acceso. Y lo peor es que hasta cierto punto, tenía razón, aunque en realidad, todos sabían que la jefatura no deseaba que los familiares viesen las penosas condiciones en las que los reclutas vivían. Para construir el rancho, destinaron al 85, al 23 y al 50, pertenecientes al pelotón de Rivero. Eran unos seminaristas que tenían cierta experiencia en la carpintería y la construcción, y que Rivero conocía como García, Zayas y Fumero. El primer domingo de visitas, Matilde y Monina fueron a ver al número 76, después de casi dos agotadores meses sin recibir más noticias que aquellas breves cartas que podía enviar cuando el tiempo se lo permitía. La madre, al observar a Rivero demacrado, barbudo y descuidado, no pudo contener su reproche frente a todos. Después lo alimentó, llenando su boca de colosales cucharadas de arroz con pollo, tal y como lo hacía cuando era un vejigo. Continuó con un breve monólogo sobre la importancia de la buena nutrición cuando se hacen trabajos de mucho esfuerzo, y finalmente, fingió marcharse molesta. Rivero quedó desconcertado; sin embargo,

Monina, en una de sus cartas, le confesó al número 76 que aquella misma noche, mientras regresaban a Santiago, se había deshecho en lágrimas al constatar las malas condiciones en las que lo había encontrado. A medida que el tiempo avanzaba, la correspondencia entre ellos mejoraba, aunque aún persistía un único impedimento: los frecuentes retrasos en la entrega de las cartas.

La alimentación era decisiva, y marcaba el ritmo de los reclutas en la zafra. Cuando esta arrancó, los alimentos dejaron de ser producidos por la Unidad, que le cedió la responsabilidad a la granja cañera. Cada tarde, un tractor tirando de una carreta llegaba para alimentar a los reclutas. Los cocineros, conscientes del compromiso que les incumbía, iniciaban su jornada mucho antes y se levantaban en plena oscuridad, pues a las cinco de la mañana debían tenerlo todo listo para el desayuno. Por lo general, tras la formación matutina, se repartía un escaso sorbo de café diluido, más parecido a un tinte de agua con azúcar, y el desayuno consistía en un pedazo de pan acompañado de chorote, una bebida elaborada con maíz tostado y molido, cocinada normalmente con leche y azúcar, pero que misteriosamente llegaba a la boca de los reclutas sin leche y sin azúcar. El almuerzo variaba según la disponibilidad del almacén, lo cual suponía un desafío, tanto para prepararlo como para distribuirlo, y se trasladaba sin protección alguna contra el polvo y la suciedad de los caminos. Las porciones se daban a ojo de buen cubero y, como ya era común, los homosexuales se encargaban de ese tipo de tareas. De este modo que, si les caías bien, salías por la puerta ancha; de lo contrario, te partía un rayo. En consecuencia, muchas veces sobraban alimentos, lo que daba lugar a una especie de segundo llamado para comer, una oportunidad adicional que los reclutas apodaron como «reenganche».

Pero la época del «reenganche» pronto llegó a su fin, porque, a mediados de febrero, una gran cantidad de personal que no formaba parte de las UMAP se unió a la zafra: controladores de vuelo, médicos, oficiales de Policía, maestros, contadores y abogados; y con su llegada, las sobras de alimentos desaparecieron. Así pues, los reclutas se vieron obligados a depender de las escasas despensas que les llevaban sus familiares para

calmar su hambre, y que, clandestinamente, guardaban bajo sus prendas en los albergues. Cuando la escasez se hizo realmente palpable, los cocineros desplegaron su imaginación para crear platos singulares: los fideos se molían como sustituto del arroz; los chícharos se mezclaban con boniatos, yuca e incluso sardinas; las sopas se reducían a poco más que agua con condimentos, y crearon el conocido dulce de harina que, en realidad, era salado. No existía atenuante para dejar de trabajar y solo en días de intensas lluvias, cuando un aguacero torrencial hacía imposible que el personal accediera a los campos debido al pésimo estado de las vías, se les permitía ausentarse de las tareas de la caña. Aun así, a los reclutas se les asignaban labores más cercanas, y los ponían a desyerbar o a preparar las herramientas para el próximo día.

Apenas un mes después de iniciada la zafra, los problemas comenzaron a surgir nuevamente. Hasta ese momento, a los adventistas les habían permitido no laborar los sábados. Pero la exigencia de la zafra se interponía en su camino, y la jefatura decidió poner fin a esta excepción. La noticia llegó de forma abrupta y sin posibilidad de negociación, pronunciada por la autoridad rígida del sargento mayor Del Toro, en una fría mañana de martes. El silencio se apoderó de los rostros de los reclutas, pero en sus ojos se reflejaba una mezcla de enfado y frustración, pues se sentían privados de la oportunidad de llegar a un acuerdo. Rivero conocía a uno de los feligreses adventistas: Aldo. Recordaba su hospitalidad cuando, durante el viaje a Camagüey, había brindado parte de su comida a sus hambrientos compañeros. Desde entonces, todos lo respetaban. Por eso, Ramiro y Rivero comenzaron a preocuparse cuando Aldo les comentó su postura.

–No vamos a trabajar los sábados –dijo–. Nos estamos matando, trabajando como esclavos en esa zafra, y para una condición que ponemos, no la aceptan. Estamos cansados.

–Escúchame, Aldo. Intenta hablar con ellos. Si desobedeces una orden, las cosas no les van a ir bien –le aconsejó Ramiro.

–Que sea lo que Dios quiera.

Ramiro siempre había detestado esa frase. Le parecía una actitud pusilánime dejar el destino a manos de un ser que jamás habían visto. Pero

no decía nada. Como una especie de agnóstico, valoraba y respetaba las distintas creencias religiosas desde una perspectiva cultural. Ante situaciones como esta, prefería mantenerse en silencio y ofrecer su ayuda a sus amigos, en la medida de lo posible. Aunque sabía que Aldo estaba asumiendo un riesgo significativo y comprendía que su acto de desobediencia conllevaría graves consecuencias.

Finalmente, llegó el tan esperado sábado, y los hermanos adventistas se reunieron en oración, como solían hacerlo. El grupo no superaba los veinte reclutas, por lo que, inicialmente, nadie notó su ausencia. Sin embargo, Del Toro se percató de ello y fue a buscarlos, acompañado por varios hombres, con una ira desbordante. Los encontró cantando «alabanzas sin cesar». Aldo protagonizaba el canto, y antes de que culminara la última frase, «ofrezcámosle con fe nuestro canto, con amor», vio a Del Toro. En aquel instante, el peso de la opresión y la violencia se cernieron sobre el grupo de hermanos adventistas. Del Toro, encarnación misma de la tiranía y la arbitrariedad, emergió con una ferocidad despiadada y, como un cazador que se abalanza sobre su presa, aferró con fuerza la camisa de Aldo y lo precipitó con violencia al suelo. Ante el impacto del recluta, se hizo el silencio por un breve instante. Luego, la atmósfera, antes serena y colmada de fervor religioso, se convirtió en un campo de batalla. Como si hubiese revuelto un nido de avispas, los demás hermanos se lanzaron en un intento valiente por proteger a su líder espiritual. Sin embargo, la superioridad numérica y el abuso de poder los inmovilizaron, reduciéndolos a testigos impotentes de la violencia desatada. Los veinte fieles fueron detenidos y trasladados al temido batallón de castigo, incluido Aldo, que, mientras era conducido hacia la oficina de la jefatura, abandonó momentáneamente su papel de adventista y estalló en un grito desafiante, lanzando todo tipo de afrentas contra Del Toro. El castigo más leve que les impusieron fue darles una sola comida al día, abandonándolos a sufrir de penuria y hambre. Sin embargo, incluso en medio de la escasez y la desesperanza, la solidaridad entre ellos persistía. Compartían cada bocado, cada sorbo, en un acto de hermandad que les otorgaba fuerza y les recordaba que no estaban solos en su sufrimiento. El confinamiento en prisión se convirtió en su amarga

realidad. Sin poder ver a sus seres queridos, los hermanos adventistas sufrían en el aislamiento, desprovistos de consuelo y apoyo. Estaban solos, sin el alivio y la esperanza que brindaban los lazos familiares. La angustia y la incertidumbre los abandonaban al agobiante silencio, y se aferraban a su fe y resistencia interior para encontrar consuelo en los momentos más oscuros.

Cuando, el último domingo del mes, la multitud de visitantes llegó apresuradamente para visitar a los reclutas, la noticia de lo acontecido con los adventistas provocó que desataran una protesta enérgica ante aquella medida tan injusta tomada por el mando militar. Era evidente que los sábados los adventistas nunca trabajaban, por lo que encarcelar a veinte hombres por seguir su fe era un acto de discriminación religiosa flagrante. La indignación se hizo pública y muchos visitantes decidieron expresar su descontento a través de cartas de protesta. ¿Cómo era posible que se privara de su libertad a estos hombres por practicar su religión? Era un atropello a la diversidad religiosa. Ramiro transmitió estas preocupaciones a su madre, quien, a su vez, las compartió con su padre. Ellos sabían que esto no podía quedar así, y se preguntaban cómo terminaría esta situación. La incertidumbre se desvaneció cuando, una semana después, apareció el Volga, y el comandante Silva salió del vehículo con su actitud soberbia y prepotente. Sin detenerse, atravesó la jefatura militar y se dirigió directamente a la oficina del sargento mayor Del Toro, donde, a los pocos minutos, apareció Aldo esposado, reflejando en su rostro la resignación y el descontento.

–La cuestión es la siguiente –dijo Silva, sin dar más rodeos al asunto–, vamos a darles los sábados para que hagan sus cosas, y a cambio, recuperarán ese día perdido trabajando los domingos.

La solución no convenció del todo al adventista. Sabía que la injusticia cometida contra sus hermanos no podía quedar impune. Habían sido discriminados, encarcelados y agredidos, y lo mínimo que esperaba era una sanción para aquellos responsables, incluido Del Toro. Pero comprendió que no tenía opción. Estaba frente a una orden, y aceptarla sin más era la única alternativa que le quedaba. Y así lo hizo. Los adventistas comenzaron

a adaptarse a la nueva dinámica impuesta por la jefatura militar, trabajando arduamente los domingos para poder dedicar los sábados a sus prácticas religiosas. Pero la situación distaba mucho de ser ideal. El sargento mayor Del Toro demostró su desprecio hacia ellos al negarles cualquier tipo de alimento los sábados, argumentando que, si no trabajaban, no merecían comer. A pesar de los intentos por eliminar esta medida injusta, fue una batalla perdida.

En los días posteriores a la liberación de los adventistas, Rivero y Ramiro notaron un cambio notable en la actitud de sus compañeros. Había un sentimiento palpable en sus miradas, una mezcla de temor y desesperación. «¿Qué es ese sentimiento que percibo en las miradas de estos muchachos?», se preguntaba Rivero. Ramiro pareció leer sus pensamientos.

–Míralos –dijo con un nudo en la garganta–, están muertos de miedo.

Y estaba en lo cierto. La indignación y la impotencia los invadían al contemplar el alto precio que habían pagado los adventistas por mantener su fe, enfrentando no solo la discriminación, sino la violencia física. Porque aquellos dos jóvenes jamás olvidarían cuando Aldo se descamisó esa noche y vieron, en su torso desnudo, aquellos horrorosos moretones.

En abril de 1966, la zafra llegó a su fin. Durante la formación del mediodía, el teniente Maqueira sorprendió a los reclutas entregándoles un folleto peculiar. Se trataba de una publicación que había sido elaborada por un grupo de periodistas que recientemente habían visitado la Unidad Militar para escribir un artículo sobre las UMAP. Ramiro, emocionado, había deseado formar parte de ese grupo de entrevistados, pero, lamentablemente, ya se había seleccionado a otros reclutas para esa oportunidad. Su deseo de expresar sin reservas sus pensamientos y opiniones quedó frustrado. Ahora, finalmente, tenían en sus manos la primera publicación que hablaba sobre ellos, y tanto Rivero como Ramiro sabían que se enfrentarían a un relato lleno de mentiras y falsedades. Sus sospechas fueron confirmadas.

El documento tenía fecha del 27 de marzo de 1966. El reportaje formaba parte de la revista *Verde Olivo* y estaba firmado por el periodista Luis Pavón, con fotografías de Leonel Gil. Unas grandes letras daban nombre y portada al artículo.

¿QUÉ ES LA UMAP? EL SERVICIO MILITAR
EN UNIDADES DE AYUDA A LA PRODUCCIÓN

En la primera página, Rivero leyó en voz alta uno de los párrafos de la primera página: «En el primer grupo de compañeros que han ido a formar la UMAP se han incluido algunos jóvenes que no habían seguido la mejor actitud ante la vida; jóvenes que, por mala formación –en la generalidad de los casos, no imputable a ellos–, habían tomado una senda equivoca ante la sociedad; con el fin de ayudarlos a encontrar un camino acertado...».

–Jóvenes, dicen –dijo Ramiro con tono burlón–. Si aquí hay hombres de incluso cuarenta años. Pastores y feligreses que ya tenían su vida hecha.

Rivero siguió leyendo: «No se llega a obtener éxitos en un trabajo como este sin dificultades. Y han sido muchas las que ha habido y todavía algunas se presentarán en el futuro. Estas unidades son nuevas, producto de la Revolución, porque solo la Revolución socialista podrá emprender esta tarea.

»Sobre la marcha, las dificultades se van venciendo. El método ya hemos señalado cuál ha de ser: disciplina, trabajo, estudio, atención médica cuando hace falta, trato humano y correcto.

»Y ya, en solo varios meses de creadas, se van viendo éxitos notables, y también deficiencias, que rápidamente han sido superadas».

Mientras Rivero leía aquel folleto lleno de falsedades, su mente se inundó de recuerdos dolorosos. Revivieron todas las humillaciones que habían soportado durante su tiempo en la UMAP. El discurso arrogante y deshumanizante de Silva la primera noche resonaba en su cabeza, recordándole cómo habían sido catalogados como seres inferiores. La injusta encarcelación de Aldo y los demás adventistas, la forma en que Alcides había abusado de un joven homosexual indefenso, las numerosas

ocasiones en las que habían sido llamados «lacras sociales» y la privación de comunicación con sus seres queridos.

Lo peor era lo que había después. Ramiro tomó el folleto.

–Mira la foto, socio, es Jorgito –dijo asombrado–, ¡clase de descarado que es!

Rivero reparó en la foto de Jorge Hernández, que había sido entrevistado y pintaba la UMAP como un hotel de lujo.

«… En la UMAP no estamos castigados: estamos produciendo…».

Las últimas páginas estaban repletas de caricaturas. Una de ellas mostraba a un hombre borracho que le pasaba el brazo por encima a un gusano, y de él se desplegaba una burbuja de texto en la que ponía: «No será revolucionario, pero es chévere de verdad». Gusano, desde los inicios de la Revolución, era el mote con el que eran llamados todos los opositores del Gobierno, los que se iban de Cuba, o simplemente, los hijos de los burgueses, que vivían de los negocios de sus padres.

–Parece mentira que se cometan tantas injusticias aquí dentro y que estos periodistas tengan el descaro de decir que las UMAP no son unidades de castigo. Hasta nuestros superiores están aquí por castigo –dijo Rivero.

–Para que veas, asere. Esto es lo más que puedes esperar de esta Revolución.

Aunque el número 76 recordaba esos breves momentos de descanso y distracción en medio del infierno de la UMAP, no podía evitar sentir la amargura que se acumulaba en su interior. Sí, había ocasiones en las que seleccionaban a algunos reclutas con talento musical y los llevaban a pequeños poblados para predicar una alegría falsa. También se celebraban competencias de pelota que, por un instante, les brindaban un respiro y los unían como equipo. Pero ¿qué sucedía con la otra cara de la moneda?

Las humillaciones, los golpes y los batallones de castigo eran una realidad constante en su día a día. La discriminación por orientación sexual y por religión creaba un ambiente de miedo y sometimiento. Rivero no podía evitar pensar en los homosexuales que, por temor, se veían obligados a soportar los abusos de Alcides. ¿Y qué decir de los jefes mencionados en el artículo? Casillas, Reinaldo Mora y Sandino eran nombres desconocidos

para la mayoría de los reclutas. Nunca habían aparecido en aquel infierno. Solo el comandante Silva se había hecho presente en un par de ocasiones, pero su presencia solo traía amenazas y un abuso descarado de su poder.

Ramiro tenía la sangre hirviendo mientras reflexionaba sobre todo aquello. Sabía muy bien que, al final, todas aquellas actitudes eran parte de un complot organizado para deshacerse de aquellos que obstaculizaban los objetivos de Fidel Castro. Tres años atrás, había presenciado un evento crucial en la Universidad de La Habana. La fecha, grabada en su memoria con claridad, era el 13 de marzo de 1963. En las escalinatas de la universidad, Fidel había pronunciado un discurso por el sexto aniversario del asalto al palacio presidencial, liderado por el gran líder universitario, José Antonio Echeverría. Ramiro escuchaba las palabras del comandante, atónito y cautivado.

–Hoy voy a hablar de otros que, invocando a Dios, quieren hacer contrarrevolución –había dicho el comandante–. De un tiempo acá, las actividades de dos o tres sectas religiosas, fundadas, precisamente, en Estados Unidos, y que han sido utilizadas como vanguardia de penetración en América Latina… Sectas fundadas y subsidiadas por los imperialistas. Porque a los tiburones del imperialismo, señores, no les importa Dios, ni la religión, ni nadie, porque no tienen más Dios que su oro y sus ganancias. Predican que la bandera no debe jurarse, y les dicen a los padres: «No mandes a los niños a las escuelas el viernes, para que no juren la bandera». ¿Y es que nuestra patria (patria que ha tenido que luchar tanto por su independencia y por su bandera, patria que ha dejado tantos héroes en el camino, patria que, por su destino, ha dado la vida de tantos jóvenes, de tantos trabajadores, de tantos campesinos, de tantos hombres y mujeres dignos) puede tolerar que nadie predique esa irreverencia contra la patria, esa irreverencia contra la bandera? ¿Y qué tiene que ver eso con la religión? ¿Qué tiene que ver eso con los sentimientos religiosos de nadie? Y son tres, principalmente, esas sectas, los principales instrumentos hoy del imperialismo, y son: los testigos de Jehová, el bando evangélico de Gedeón y la Iglesia pentecostal.

Ramiro se transportó en el tiempo y se recordó frente a aquel tumulto de abucheos como si estuviera presente en ese mismo instante. La multitud que lo rodeaba estaba compuesta en su mayoría por jóvenes universitarios, y sus voces de descontento resonaban en el aire. ¿Cómo podían ser tan ingenuos? ¿Acaso podían creer con tanta facilidad que el acto de jurar lealtad a una bandera era un símbolo que todos debíamos respetar ciegamente? ¿No entendían que la verdadera libertad radicaba en la posibilidad de elegir nuestras propias creencias, sin discriminar a quienes optaban por caminos diferentes?

El líder añadió:

–Hay otro mal al que iba a referirme, que es el del vago, el lumpen. Hijos de burgueses, que ni estudian ni trabajan. ¿Qué esperarán? ¿Que vuelva el capitalismo para vivir de vagos? ¿Qué sueñan? ¡No sé qué soñarán, porque ahora los imperialistas parece que no los quieren recibir, no quieren recibir a los burgueses en Miami ni en Estados Unidos! ¡Qué curioso! La Revolución resistió el drenaje, la campaña colosal por llevarnos a los técnicos del país, haciendo campañas contra la Revolución con la emigración que salía. Ahora, claro está, si quieren vivir aquí, no puede ser de vagos. Aquí hay que trabajar. Que la Revolución no tiene ninguna obligación de tolerar vagos, no tiene ninguna obligación de tolerar parásitos; la Revolución sostiene al joven, al enfermo, al inválido, al viejo, todo para ellos; son los únicos que tienen derecho a vivir del trabajo de los demás: los niños, los enfermos, los inválidos y los ancianos. Pero ¿vagos?, ¿vagos, viviendo de los demás? ¿Por qué? ¿Creen, acaso, que nuestro proletariado va a estar dispuesto a romperse la vida trabajando en nuestras fábricas y en nuestros campos produciendo para ellos? ¿Qué derecho tienen? ¡Ningún derecho! Y que se despabilen, y que anden derecho, y que sepan que aquí tienen que trabajar para vivir.

»Por ahí anda un espécimen, otro subproducto que nosotros debemos combatir. Es ese joven que tiene dieciséis, diecisiete, quince años, y ni estudia ni trabaja. Entonces, andan de lumpen: en esquinas, en bares, van a algunos teatros y se toman algunas libertades. Claro que no chocan contra la Revolución como sistema, pero chocan contra la ley y, de carambola, se

vuelven contrarrevolucionarios. Mucha de esa gente está en esos sitios: en los billares, en las esquinas, en los bares. Muchos de esos pepillos vagos, hijos de burgueses, andan por ahí con unos pantaloncitos demasiado estrechos; algunos de ellos, con una guitarrita, en actitudes "elvispreslianas", han llevado su libertinaje a extremos de querer ir a algunos sitios de concurrencia pública a organizar sus *shows* feminoides por la libre. La sociedad socialista no puede permitir ese tipo de degeneraciones. ¿Jovencitos aspirantes a eso? ¡No! "Árbol que creció torcido...", ya el remedio no es tan fácil. No voy a decir que vayamos a aplicar medidas drásticas contra esos árboles torcidos, pero ¿jovencitos aspirantes? ¡No!

Las palabras del discurso resonaron en la memoria de Ramiro como una revelación impactante. Todo cobraba sentido ahora. El odio despiadado hacia aquellos que no compartían la misma visión que el Gobierno, el desprecio hacia los religiosos y los homosexuales, el afán de humillarlos y marginarlos de la sociedad; todo esto era claramente el motivo detrás de la creación de las UMAP. Ramiro sentía un nudo en la garganta al contemplar la magnitud de la injusticia que se perpetuaba en aquel lugar. Aquellos jóvenes, cuyas vidas habían sido truncadas por las decisiones de unos pocos, se enfrentaban a un oscuro y angustiante futuro. La esperanza parecía desvanecerse con cada día que pasaba. Las UMAP se habían convertido en un sombrío símbolo de represión y control. Detrás de los muros y alambradas, aquellos jóvenes sufrían inimaginables penalidades físicas y emocionales. La deshumanización era palpable, y cada día se convertía en una prueba de resistencia y supervivencia.

Cuando Fidel pronunció aquel discurso, había declarado que no tomaría medidas drásticas, pero ¿quién podía saber si, con el paso de los años, se habría sentado a la mesa con un grupo selecto de oficiales del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas y habrían decidido tomar cartas en el asunto? La triste realidad era que quinientos jóvenes se encontraban ahora confinados en un espacio de apenas cinco hectáreas, atravesando el peor momento de sus vidas.

Nueve

A principios de mayo de 1966, el número 76 intuyó que finalmente podría disfrutar de un merecido descanso. Las jornadas extenuantes de la zafra habían hecho estragos en su cuerpo, como un cáncer terminal que se apodera de cada fibra. Dolores musculares latentes lo acosaban, el agotamiento acumulado empezaba a cobrar su precio, y las noches lo envolvían con jaquecas incesantes. Los meses recientes habían absorbido hasta la última gota de su energía, y ahora, finalmente, experimentaba un instante de calma, como quien encuentra una tregua al calmar un dolor inmenso con uno menor.

El sonido de la campana de la jefatura resonó en el aire, y los reclutas se dirigieron, obedientes, al comedor, formando filas frente a los albergues. La formación del mediodía estaba a punto de comenzar y el sargento mayor Del Toro los aguardaba, impaciente. A su lado se encontraba un hombre vestido impecablemente, con un uniforme militar, una rareza en aquel rincón olvidado. Este se presentó como el teniente coronel Higinio Rodríguez y fue el primero en tomar la palabra.

–El Instituto Nacional de Recursos Hidráulicos, en conjunto con las Fuerzas Armadas, ha destinado a un pelotón para asistir en la construcción del embalse de Caonao –dijo.

Hubo un murmullo entre las filas del batallón. Del Toro mandó a callar y añadió:

–Los reclutas que sean mencionados, que den un paso al frente.

Los llamados se sucedieron por números. La lista no parecía extensa, a juzgar por lo que pudo observar Rivero, y al ascender a los veinticinco

reclutas, la burbuja de tranquilidad del muchacho se desplomó al escuchar su número: «¡76!». El mundo pareció colapsar a su alrededor. Justo cuando empezaba a acomodarse, se veía arrojado, una vez más, hacia un destino incierto. Con palpable desánimo, se puso al frente del batallón, junto a los demás reclutas, buscando la mirada de Ramiro. No pasó mucho tiempo antes de que descubriera que su amigo también estaba incluido en el grupo: «¡61!». Ramiro se llevó una mano a su cabeza y pareció estar a punto de protestar, pero antes de que pudiera hacerlo, sus ojos se encontraron y Rivero le suplicó silenciosamente: «¡No lo hagas!». Con resignación, Ramiro se unió al grupo. La cifra total del nuevo pelotón ascendía a treinta y dos reclutas. ¿Cómo habían sido seleccionados? Nadie lo sabía con certeza. Tal vez fue el azar, o quizás la voluntad divina, o incluso las moiras. Las malditas moiras.

–Recojan sus cosas y estén atentos a las órdenes –dijo Del Toro–. Se van hoy mismo.

Le dieron el último adiós a la Unidad 2047 bajo un oscuro crepúsculo. Antes de partir, Rivero aprovechó la oportunidad para despedirse de sus compañeros más cercanos, en especial, de Aldo.

–Cuídate, hermano, que Dios te bendiga –le dijo el pastor.

Rivero abrazó a Aldo y respondió con una palabra que había trascendido a lo largo de los siglos, una palabra heredada por los cristianos del judaísmo. Ese acrónimo del Talmud que se traduce como «Dios, Rey en el que se puede confiar»:

–Amén.

Un camión los condujo hasta las cercanías de Caonao, un poblado que se encontraba en las inmediaciones de Esmeralda. El lugar era una extensión de llanos donde se diseminaban unas pocas chozas y una modesta bodeguita que abastecía a los escasos doscientos habitantes del lugar. El nuevo pelotón, compuesto por treinta y dos reclutas, fue transportado unos cuantos kilómetros más al sureste, donde se erigía un vasto ranchón, que sería su hogar durante un largo tiempo. El comedor se situaba en las afueras del albergue y consistía en unas mesas de madera dispuestas al aire libre. Los asientos rudimentarios estaban fabricados con troncos de árboles

cortados en trozos iguales. No importaba si era de día o de noche, se comía al aire libre.

Al amanecer del día siguiente, sin perder un solo instante, los reclutas se lanzaron de lleno al trabajo. La presa de Caonao se erigía, majestuosa, extendiéndose a lo largo de unas cien hectáreas en la llanura conocida como Sabana Nueva, a escasos kilómetros del municipio de Florida. Los treinta y dos reclutas se arrodillaron frente a aquella colosal construcción, que ya mostraba su progreso notable. Según los informes, los cimientos de la presa habían sido colocados en el año 1960, y ahora llegaba el momento de cubrir con rajón las fisuras que aún se vislumbraban en sus paredes de piedra seca. El rajón, trozos de piedra con aristas afiladas, se convertiría en el material imprescindible para rellenar y fortalecer la estructura.

Desplegados en distintos puntos de la cortina, obreros y reclutas se entregaron con una dedicación inquebrantable. Los ritmos de trabajo se entrelazaban en un baile coordinado, en un esfuerzo conjunto por dar vida a la imponente obra. Y mientras el sol ascendía en el horizonte, aquellos hombres, unidos por la fuerza de la necesidad, avanzaban sin tregua. Una sorprendente mejoría se hizo notar en las condiciones de vida de los reclutas. Al ser apenas treinta y dos, la comida alcanzaba para todos, sin que hubiera escasez. Los obreros, por su parte, compartían su propio espacio para comer y descansar. Y para asombro de los reclutas, el agua de la propia presa les brindaba el líquido vital para beber y lavar sus ropas, un pequeño alivio en medio de aquel arduo trajinar.

Pero la verdadera bendición llegaba con los familiares, quienes ahora contaban con una libertad inesperada. Aunque el transporte los dejaba en el poblado de Las Parras, y debían caminar más de tres kilómetros a pie, no importaba el día ni la frecuencia, ya no había restricciones para las visitas. Bajo el ardiente sol del mediodía, esos seres queridos caminaban con la ilusión de reencontrarse con sus reclutas.

Por desgracia, la felicidad no duró demasiado. A mediados de mayo, una tempestad desató su furia sobre aquel lugar, regalando una lluvia incesante que golpeaba con fiereza. El caprichoso mal tiempo se cobró su tributo al provocar el derrumbe de una sección en construcción de la cortina

de la presa. Afortunadamente, ningún ser humano resultó herido o perdió la vida en ese incidente, pero el trabajo se volvió aún más arduo. Los reclutas se vieron envueltos en una carrera contrarreloj, reparando los daños bajo la mirada impasible de una noche que los sorprendía sin piedad. Bañados por un diluvio que caía sin tregua, enfrentaron el desafío de reconstruir con hormigón las partes afectadas. En medio de ese torrencial, que les obsequió una plaga de mosquitos gigantes y un lodo que entorpecía cada paso, transcurrió una semana eterna. Rivero, milagrosamente resistente, aguantó el embate con entereza, pero Ramiro no corrió con la misma suerte. Tres días después de que la tormenta se desatara, despertó envuelto en una fiebre abrasadora y temblores de frío. Fue llevado de urgencia al hospital más cercano, y Rivero quedó sin su compañero inseparable. Un par de días después, una carta escrita con puño y letra de Ramiro llegó a manos de Rivero, anunciando que había sido diagnosticado con dengue y que se encontraba en proceso de recuperación. Cuando finalmente cesaron las inclemencias del tiempo y la cortina de la presa fue restaurada, todos supusieron que el trabajo volvería a su rutina habitual. Sin embargo, durante la formación vespertina, el teniente coronel Higinio Rodríguez dejó en claro que, a pesar de la calma que retornaba y de los esfuerzos de reparación, aún quedaba mucho trabajo por hacer. Por lo tanto, las jornadas laborales se extenderían hasta altas horas de la noche. Rivero, quien había adquirido una pizca de la valentía y la franqueza de Ramiro, no pudo contener su descontento y decidió expresarlo públicamente:

–¡Estuvimos una semana trabajando en condiciones inhumanas, sometiéndonos a aguaceros, mosquitos y suciedad! ¡Al 61 le dio dengue! ¡Y todos estamos cansadísimos! ¡Lo menos que nos merecemos es que se nos trate con un poco de humanidad!

El comentario audaz de Rivero fue recibido con una mirada de desprecio por parte del teniente coronel Higinio Rodríguez. En ese instante, comprendió que había cometido el error más grave de su vida. Dos días después, el político de la compañía, un hombre que ostentaba su poder en los entresijos de la jerarquía del pelotón, se aproximó a él.

–¡76! –dijo, resoplando–. ¿Qué pasó que la jefatura ha decidido llevarte ante la corte militar?

A Rivero se le unieron el cielo y la tierra. Una sonrisa se le dibujó en el rostro, casi como un gesto irónico ante la absurda situación.

–¿Qué dice?

–Estás demostrando ser una basura, sonriendo de esa forma tan sarcástica. Te manifestaste en contra de las órdenes dadas por el jefe de pelotón y eso se ha considerado como un acto de sedición.

¿¡Un acto de sedición!? No lo podía creer.

Rivero le explicó al político la historia, esperando aclararlo todo. No podía creerlo, ser llevado a corte militar podía provocar que lo trasladaran al batallón de castigo, su peor pesadilla y un lugar en el que jamás pensaba poner un pie. Jugaba con desventaja, porque, precisamente, el teniente coronel Higinio era el presidente de la corte. Cuando terminó de hablar, el político se dirigió a él con una amabilidad que lo asustó.

–Yo seré tu defensor en la corte, que se celebrará esta noche, después de la comida.

Y se fue, sin más.

Rivero quedó consternado, regresó ese miedo aterrador que había sentido cuando recibió, de manos de Matilde, la citación que lo condenó a las filas de las UMAP. Regresaron también las imágenes de la espalda de Aldo, llena de moretones, y el miedo se intensificó. Fue al albergue, agarró papel y lápiz y comenzó a escribir una carta dirigida a la única persona que creyó que podría ayudarlo a salir del problema: el padre Meurice.

Desde la partida de Rivero hacia Camagüey, el padre Meurice había mantenido una comunicación activa con él, y había intentado, en innumerables ocasiones, sacarlo de la UMAP. Uno de sus intentos, el que tuvo más probabilidad de éxito, fue cuando acudió a ver a monseñor Enrique, a pedirle ayuda. Para aquel entonces, el arzobispo luchaba contra los achaques de la vejez que, de un momento a otro, se habían agravado. Rivero no podía ser reemplazado en su función como chofer, y monseñor

Enrique, sin más opción, se resignó a su fracaso. Cuando el padre Meurice fue a pedirle ayuda, el arzobispo hizo lo posible por mover sus fichas. Se lanzó a escribirle al mismísimo ministro de las Fuerzas Armadas cubanas, Raúl Castro, denunciando la injusticia flagrante que suponía la existencia de las UMAP y exigiendo que los jóvenes reclutas fueran destinados a unidades regulares, de acuerdo con la ley establecida. La carta no recibió respuesta. Por lo menos, no física o verbal. Pero, en las semanas posteriores, monseñor Enrique sintió la verdadera fuerza del poder del Estado sobre él. Los muros del silencio y la indiferencia se alzaron en torno a monseñor, aislando sus palabras y su lucha en un vacío aparentemente insuperable. Los hilos invisibles del poder se movían con destreza, asegurándose de que su voz no fuese escuchada.

Los disgustos se sumaron a la interminable lista de agravios. Uno de los más dolorosos lo recibió de manos de la propia jerarquía eclesiástica, en la que el arzobispo se sentía como un fósil. Al parecer, le informaron que la Conferencia Episcopal, a espaldas de la Junta, había autorizado a un prelado para continuar, de forma experimental y por un tiempo, con un organismo distinto. Esto ocurrió apenas unos días después de que se celebrara con gran entusiasmo una asamblea nacional en la que se elogió ampliamente a Acción Católica. En el fondo, circulaban cada vez más rumores sobre la intención de reemplazarla por otra entidad nacional que cumpliese con el segundo Concilio Vaticano y, por supuesto, más afín a las nuevas directrices de la Revolución cubana. Monseñor Enrique estaba convencido de que los obispos dieron su permiso con la mejor intención, creyendo que era un beneficio para la Iglesia, pero él no lo veía de la misma manera. Para él, esta decisión se había tomado de manera unilateral, sin consultar a la Junta. En una de sus muchas cartas a monseñor Evelio, arzobispo de La Habana, expresó su descontento con lo que consideraba una medida demasiado radical y por la falta de unidad existente entre las máximas autoridades religiosas.

Por otro lado, los bajos índices de feligreses católicos y el elevado número de protestantes provocaron que la nueva sociedad se convirtiese en un lugar hostil y desconocido para monseñor Enrique, un mundo para el que

no había sido formado y en el que su viejo estilo sacerdotal estaba superado por los acontecimientos. Tres palabras describían la vida del arzobispo: vejez, enfermedad y decepción. Así, no sorprendió a nadie que, en julio de 1966, presentara su renuncia ante Pablo VI. El padre Meurice lo acompañó en este triste trámite y, en el camino, recibió de boca de su gran amigo las palabras más dolorosas que un sacerdote puede escuchar.

–En mi concepción, uno es obispo para toda la vida, porque al pronunciar los votos nos unimos en matrimonio con la diócesis. Pero ya no puedo más.

La verdadera sorpresa llegó un par de meses más tarde, cuando Pablo VI rechazó su solicitud de renuncia. El pontífice argumentó que la negativa se debía a las condiciones especiales que enfrentaba la Iglesia cubana y al prolongado servicio del anciano prelado. Sin embargo, le adelantó que, durante 1967, se nombraría a un obispo auxiliar, una figura que no implicaba su sucesión, pero que le permitiría seguir al frente de la archidiócesis «hasta que Dios lo dispusiera».

Pero eso ocurrió después. Tres meses antes, Rivero aún estaba sentado en su litera, escribiendo la carta que, creía, lo salvaría de la corte militar. Arropado por la penumbra del albergue, se debatía en un torbellino de emociones. El sudor perlaba su frente y sus manos temblaban mientras sostenía el lápiz sobre el papel. La angustia le oprimía el pecho, como una garra afilada que se aferraba a su corazón. La incertidumbre de enfrentar la corte militar lo atormentaba, como una sombra ominosa que se cernía sobre su existencia. La idea de ser juzgado por aquellos que ostentaban el poder, encabezados por el teniente coronel Higinio Rodríguez, provocaba un miedo indescriptible en Rivero. Sabía que las posibilidades de un juicio justo eran escasas, pues el propio presidente de la corte era el mismo hombre que le había dirigido una mirada despectiva cuando se atrevió a quejarse públicamente. En la soledad de su litera, se debatía entre el deseo de luchar por su inocencia y la desesperación de sentirse impotente ante el poder opresivo. Temía las consecuencias de enfrentarse a un sistema que parecía estar en su contra. La sombra de los abusos y maltratos sufridos por sus compañeros en las UMAP se alzaba como una advertencia en su mente,

recordándole los peligros que podrían acecharlo si caía en desgracia. Finalmente, la incertidumbre y el agotamiento emocional le hicieron ceder. Sintió que su voz se perdería en el vacío, que su destino estaba sellado y que cualquier esfuerzo sería en vano. Con un gesto de resignación, Rivero dejó caer el lápiz y abandonó la carta a medio escribir. Los tres garabatos que quedaron impregnados en el papel reflejaban su propia rendición. Se entregó a la suerte con la misma incuria con la que había enfrentado tantas situaciones en su vida. Ya no había nada más que pudiera hacer.

No llegó a ser juzgado.

A las seis de la tarde, apareció un camión, procedente de la agrupación de Esmeralda. Un funcionario del área de personal llegó con un listado de los reclutas que debían ser trasladados, con sus pertenencias, de manera urgente (como siempre), y entre esos números, como una sentencia pronunciada en un susurro, se encontraba el número 76.

El teniente coronel Higinio, con su aire altanero y despiadado, intentó averiguar las razones detrás de aquel traslado urgente, pero el funcionario, impasible, le recordó que eran órdenes directas de la jefatura, sin más detalles que ofrecer. El poder del teniente coronel, tan inquebrantable hasta ese momento, se veía desafiado por fuerzas desconocidas, superiores a su mando.

Rivero, aún aturdido por la noticia, recogió precipitadamente sus pertenencias, sintiendo cómo la presión acumulada se liberaba en breves suspiros. La oportunidad de escapar de las garras del teniente coronel se presentaba ante él como un milagro que amenazaba con esfumarse en cualquier instante. En el momento en que el camión cobró vida y se alejó del campamento, no pudo evitar dirigir una mirada atrás, y allí, en la distancia, creyó verlo. Aquellos ojos enrojecidos por la rabia y la impotencia del teniente coronel Higinio, que parecían arder con la llama de una venganza frustrada porque su víctima se le escapaba, y no había poder en la tierra que pudiera retenerla.

Quizás fue la euforia del momento o la alegría que se desbordaba en su ser al haber escapado por un hilo del abismo que representaba para él la corte militar, pero en ese instante, a Rivero ya no le importó adónde lo

llevarían, cuál sería su destino. Por primera vez en mucho tiempo, se permitió descansar en un sueño reparador, entregándose a un letargo plácido y sin preocupaciones. Cuando despertó, algunas horas más tarde, se encontraba en la ciudad de Camagüey, acompañado de un grupo de reclutas, cerca de cuarenta almas que, al igual que él, habían sido recogidas en diferentes unidades a lo largo del tortuoso camino. Fueron conducidos hasta la Ciudad Deportiva, donde recibieron alimento, un pequeño bálsamo para sus cuerpos cansados y sus estómagos famélicos.

Finalmente, fueron reunidos en una amplia sala, donde un militar, rígido y austero, aguardaba de pie al frente. Las miradas expectantes se posaban en el oficial, quien, con voz firme y autoritaria, comenzó a explicarles lo que se avecinaba.

–¡Atención todos! Les vamos a hacer entrega de un pase de quince días. Una vez que se cumpla el tiempo estipulado, es de suma importancia que vuelvan a sus unidades correspondientes, si no…

Rivero no escuchó nada más. La noticia purgó su cuerpo de cualquier dolencia y la alegría que sintió en ese momento fue incomparable. Además del pase, les hicieron entrega de diez pesos para costearse el regreso a la Unidad. A medianoche, abordaron un ómnibus que procedía de la capital, y que los llevaría a Santiago. Cinco horas más tarde, al abrir los ojos, Rivero vislumbró su amada ciudad desde lo alto de la loma de Quintero. Sus ojos se humedecieron con lágrimas de emoción, y rápidamente despertó a sus compañeros, quienes, al comprender la magnitud del momento, estallaron en un aplauso unánime. Habían dejado atrás los trabajos forzados, el maltrato y las humillaciones. Ahora, durante quince gloriosos días, descansarían.

A las seis de la mañana, cuando la rutina aún despertaba las calles, Monina se dispuso a enfrentar otro día de trabajo. Mientras la cafetera estaba al fuego, se apresuró a cambiarse de ropa. Fue entonces cuando el insistente llamado a la puerta rompió el silencio. Monina abrió la puerta, confundida, esperando que fuese algún transeúnte buscando una dirección cercana. Pero se encontró con la visión de Rivero, radiante y lleno de ilusión. Era el hombre al que amaba con la pasión desbordante que solo se

vive una vez en la vida. La sorpresa fue tan grande que se quedó atónita, esperando a que Rivero la abrazara. Pero él no se lanzó hacia ella con efusión ni se dejó llevar por el deseo de sus brazos, como había imaginado desde el momento en que recibió la noticia del tan ansiado pase. En cambio, al contemplar el rostro luminoso de Monina, soltó su maleta y, como si estuviera poseído por una locura amorosa, se arrodilló en el umbral de la puerta y le extendió la mano con una sonrisa que resplandecía.

–¿Quieres casarte conmigo?

Diez

En la mañana del miércoles, primero de junio de 1966, día de San Justino, las campanas resonaron con un tañido solemne en la hermosa iglesia de Santa Lucía, enclavada en Santiago de Cuba. Aquel majestuoso edificio, testigo del paso del tiempo y custodio de la fe de generaciones, se erguía como un símbolo de eternidad en medio de la ciudad. Su apariencia exterior, con sus imponentes paredes laterales y sus modestas ventanas dispersas, podría engañar a los ojos poco entrenados, pero su interior revelaba una belleza que trascendía lo terrenal. Al cruzar las puertas de aquel recinto sagrado, se desplegaba ante los fieles una escena de serena grandiosidad. Las estatuas, discretamente ubicadas, conferían una atmósfera de devoción humilde. La ebanistería, sencilla pero elegante, y la cuidada iluminación dibujaban un aura celestial. Ocho majestuosas columnas doradas, enfrentadas unas a otras, parecían postrarse en reverencia. Y al fondo, en su posición imperturbable, una Virgen de lágrimas doradas contemplaba con serenidad a un Cristo crucificado, como si velara por el destino de aquellos que ingresaban en su morada sagrada. Rivero, conmovido por la solemnidad del lugar, sentía que pisaba tierra santa. En ese momento, acompañada por su padre, vio entrar a Monina por la imponente puerta de la iglesia, vestida de blanco, radiante y majestuosa. Sus pasitos cortos y alegres evocaban el mismo caminar que Rivero había admirado tantas veces al despedirla, en la calle de San Fernando. Todos los invitados se pusieron de pie, maravillados por la belleza de la novia, mientras los acordes de la marcha nupcial se deslizaban suavemente desde un altavoz. Rivero, parado junto al altar, no podía apartar la mirada de su

amada. En un fugaz instante, su mirada se desvió hacia los rostros de los presentes y se encontró con los ojos llorosos de Matilde, y con Ramiro, su amigo, sonriente y recuperado del dengue, irradiando una felicidad contagiosa. Pero lo que más conmovió a Rivero fue el padre Meurice, quien, pese a que normalmente era párroco en la iglesia de Vista Alegre, había decidido ir a aquella pequeña iglesia a sellar la unión de su querido siervo. El padre permanecía de pie, lágrimas rodando por su rostro, como testigo silencioso y compasivo de aquel amor que florecía ante sus ojos.

La ceremonia transcurrió sin demora. El tiempo pareció detenerse mientras Rivero y Monina, unidos por un lazo invisible pero poderoso, se tomaban de las manos y pronunciaban con voz firme y vibrante esas palabras mágicas: «Sí, quiero». En ese preciso instante, el corazón de Rivero latió con una intensidad que parecía sacudir su ser por completo, como si el universo entero se sumara a la cadencia de su amor. Cada sílaba que salió de sus labios estuvo cargada de promesas y sueños compartidos, de la certeza de que juntos podrían enfrentar cualquier adversidad que la vida les deparase. Sus miradas se entrelazaron en un abrazo invisible, como si sus almas se reconociesen y se fundieran en una sola. Los presentes, testigos privilegiados de aquel acto de entrega y compromiso, no pudieron contener la emoción. Sus aplausos y vítores resonaron en la iglesia. Aquellos que habían compartido la angustia y el sufrimiento junto a Rivero en la despiadada UMAP se regocijaron con él en su momento de gloria. Cada aplauso fue un tributo a la resiliencia y al triunfo del amor sobre la adversidad, una victoria sobre el miedo y la opresión que acechaban sus vidas. En medio de la algarabía, Rivero y Monina se abrazaron.

Los recursos eran limitados, pero eso no impidió que la pareja recibiera con gratitud y alegría las felicitaciones de todos. Luego se fueron a pasar su luna de miel. Lo hicieron en el motel Versalles, uno de los mejores de Santiago de Cuba, que se había inaugurado hacía solo cinco años. Esa misma noche, tuvieron una hermosa cena romántica acompañados de los hermosos vitrales del restaurante, dispuestos en forma de equis por todas las ventanas. Conversaron como dos almas cómplices, más que como los amantes apasionados que eran. Aunque Monina solía contar en sus cartas

los avatares cotidianos, las noticias destacadas y los asuntos del hogar, esta vez Rivero anhelaba adentrarse en los más mínimos detalles de la vida de su amada. Deseaba conocer cómo se sentía impartiendo clases en la escuelita de la calle E, la forma en que sus alumnos se desenvolvían, cuáles eran sus asignaturas más destacadas y su comportamiento en el aula. Ansiaba conocer los diálogos que entablaba con su madre, Matilde, durante sus visitas y los temas que abordaba en las conversaciones con su bisabuela. Rivero parecía un niño curioso. Monina, por su parte, compartía sus experiencias con una sutileza que parecía explicarle a un niño cómo se forma una estrella, sin tener que referirse a la singularidad gravitacional o las nubes moleculares. Le contó de una mañana en la que había preparado una sorpresa especial para sus pequeños aprendices. Les había llevado un libro de cuentos y, al comenzar la clase, había leído en voz alta una historia sobre un pequeño pez que soñaba con volar en el cielo, imitando a las aves. A medida que Monina narraba el cuento, los niños escuchaban, atentos, permitiendo que su imaginación se elevara y que los personajes cobraran vida en sus mentes. De repente, en medio de la narración, Monina hizo una pausa dramática y lanzó una pregunta desafiante a sus alumnos: «¿Qué creen que sucederá a continuación? ¿Qué hará el pequeño pez para cumplir su sueño?». Las respuestas emergieron con entusiasmo, como una lluvia de creatividad, desde la idea de unas alas mágicas hasta la asistencia de un sabio delfín. Pero uno de los niños dio una respuesta que jamás imaginaría. El niño levantó la mano, con cara de confusión, y dijo que, si el pez era cubano, era imposible que pudiese volar. Monina, sorprendida por la profunda observación del niño, indagó sobre las razones detrás de su afirmación. El pequeño respondió que su padre le había dicho que en ese país les cortaban las alas a aquellos que soñaban en grande. Este comentario resonó en Monina de una manera especial. Por un instante, una sombra de tristeza y preocupación se dibujó en su rostro, como una nube pasajera en un cielo despejado. Reflexionó unos instantes y decidió aprovechar la oportunidad para impartir una lección valiosa a sus alumnos.

–Es cierto, en Cuba hay muchos obstáculos que, a veces, parecen cortar nuestras alas –confesó–. Pero ¿sabes qué?, a pesar de todo, siempre hay

espacio para soñar y luchar por lo que creemos justo. A veces los sueños se convierten en alas que nos llevan a lugares inimaginables. No dejemos que nadie nos corte esas alas, ni los límites ni las dificultades. Sigamos soñando y volando alto.

A Monina se le hacía un nudo en la garganta mientras contaba aquella historia.

–Me acordé de ti –le reveló a su esposo–, encerrado en esa Unidad Militar, sufriendo todas esas injusticias y vejaciones. En un instante, tomé conciencia de la lucha que enfrentabas, de tu espíritu indomable y de cómo te han arrebatado la libertad de volar como el pez en el cuento.

Rivero tomó sus manos y la miró con ojos enamorados, reflejando destellos brillantes teñidos con los colores de los vitrales que los rodeaban.

–Sin embargo –le dijo–, también me di cuenta de la fuerza de mis propios sueños y de la necesidad de seguir luchando por un futuro mejor. Por un futuro contigo.

Al finalizar la velada, envueltos en la suave penumbra de la habitación, se entregaron por completo el uno al otro. En ese instante mágico, el tiempo pareció detenerse, se permitieron explorar los límites de la pasión y la intimidad. Cada caricia y cada susurro se convirtieron en una melodía envolvente que solo ellos podían escuchar. Los días pasaron con rapidez, como si el reloj mismo se hubiera rendido ante su amor desbordante. Durante cuatro días de ensueño, disfrutaron de una luna de miel que les brindó un refugio de placer y complicidad. Cada instante juntos se tornó un tesoro inigualable, y sus besos se entrelazaron con risas y confidencias.

El pase de Rivero llegaba a su fecha límite, y pronto debería regresar a la UMAP. El martes 8 de junio de 1966 regresó a la imponente Ciudad Deportiva, donde el destino lo esperaba, con su habitual implacabilidad. Sin titubeos, entregó el documento del pase. Al ingresar a una sala abarrotada de reclutas, la solemnidad del momento se hizo palpable. Uno a uno, les fueron entregado un carnet azul, en cuyas letras impresas se leía con crudeza: «MINISTERIO DE LAS FAR: UMAP». El carnet mostraba aquella

fotografía que le habían tomado la noche de noviembre de 1965, cuando sus sueños aún parecían intactos, antes de ingresar a la Unidad 2047, en Mamanantuabo. Luego, los reclutas fueron llamados nuevamente y se formaron en nueve grupos distintos. Un susurro de incertidumbre se deslizó entre ellos mientras esperaban instrucciones. Pronto, se les entregó un documento que sellaría su próximo destino: el central Brasil. A pie de página, una inscripción escrita a mano, como una sentencia, dictaba: «Este soldado ha sido ascendido a cabo por su buen comportamiento». A partir de ese momento, Rivero se convertía en portador no solo de su propia vida, sino también de la de los demás reclutas, que se unirían a las filas con el segundo llamado, programado para julio de 1966.

Con la carga de responsabilidad sobre sus hombros y el peso de las incertidumbres que acechaban su camino, el número 76 se preparaba para enfrentar el duro desafío que le deparaba el destino. Ramiro estaba a su lado, como en los últimos meses, apoyándolo como solo él sabía hacerlo. La felicidad, por desgracia, no duraba para siempre y ambos jóvenes debían enfrentar nuevamente su triste realidad. Los días por venir estarían marcados por el sacrificio, la camaradería forjada en la adversidad y la lucha constante por sobrevivir en un entorno que parecía desafiar los límites de la cordura.

Once

El imponente central Brasil se alzaba, majestuoso, en medio de los campos cubanos, sus chimeneas expulsaban el humo blanco que anunciaba la actividad frenética de la producción azucarera. Con una capacidad de molienda que ascendía a la asombrosa cifra de trece mil doscientas toneladas de caña diarias, era considerado el gigante de los centrales azucareros en Cuba. Sin embargo, a pesar de su magnitud, su rendimiento industrial se mantenía por debajo de la media nacional, un detalle que sus administradores buscaban mejorar incansablemente.

El central era mucho más que una imponente estructura de acero y maquinaria. Controlaba vastas extensiones de tierra, abarcaba más de mil quinientas caballerías y empleaba a más de nueve mil trabajadores durante la zafra azucarera. Su influencia se extendía por los alrededores, dejando su huella en la economía y la vida cotidiana de la región. Tal era su alcance, que incluso poseía su propio aeropuerto, un testimonio de su importancia en el panorama cubano.

Desde su fundación, en 1921, el central Brasil se había convertido en un símbolo de poderío y producción. Entre los últimos en ser construidos durante la República, no solo se erigía como el mayor de Cuba, sino como el más grande del mundo. En honor a sus raíces aborígenes, fue bautizado con el nombre de Jaronú, un tributo a los ancestros que alguna vez habitaron aquel territorio.

La casa de ingenio del Brasil, un imponente edificio de tres pisos construido en acero, dominaba el paisaje. El flujo de la producción azucarera se movía de un departamento a otro, siguiendo los pasos

marcados por la gravedad, cada etapa de la elaboración en perfecta sincronía. No se limitaba solamente a la actividad industrial. Junto al central, se levantaba un batey, un pueblo que se destacaba por su comodidad y trazado urbano ejemplar. Con una extensión de seiscientos metros de largo por trescientos de ancho, el batey se distribuía en dieciocho cuadrículas perfectamente diseñadas. Era un lugar donde los trabajadores y sus familias encontraban un hogar, un refugio en medio de los cañaverales y las jornadas laboriosas.

Tras el triunfo de la Revolución cubana, en 1959, el central pasó a formar parte del patrimonio nacional, al ser nacionalizado por el Gobierno de Cuba. De esta manera, adoptó el nombre de central Brasil, en honor a su grandeza y a su historia vinculada a la producción azucarera.

La Unidad a la que fueron trasladados presentaba una apariencia desalentadora. Era una estructura de madera pintada con cal, construida sobre pilotes debido a la zona pantanosa en la que se encontraba. No había barracas, como se esperaba, sino un gran local dividido, que no tenía puertas. Aquel lugar podía parecer cualquier cosa, menos un campamento. Pasaron aproximadamente tres días en ese sitio, rodeados de lodo y agua putrefacta, antes de ser trasladados a la jefatura del área del central Brasil, ubicada a unos diez kilómetros de distancia.

En la jefatura del área, perdieron el tiempo durante una semana antes de ser llevados al campamento definitivo, distante unos doce kilómetros del central. Estaba rodeado de extensos campos de caña y tenía tres barracas. Un edificio aparte albergaba el comedor, la cocina y el almacén. La jefatura se ubicaba un poco apartada de estas instalaciones. Al fondo del campamento se encontraban las letrinas y las duchas. Aunque había electricidad, no contaban con agua corriente, que se suministraba en pipas. Para bañarse y lavar la ropa, debían acudir a un canal cercano donde fluía agua salobre. Mientras se llevaban a cabo las tareas de construcción de un pozo y un tanque elevado, que resolverían el problema del agua, los reclutas se veían obligados a utilizar aquel canal para sus necesidades de higiene. Y por si eso fuera poco, todo seguía cercado, como si el alambrado quisiera

recordarles constantemente su condición de prisioneros en aquel entorno hostil y precario.

La zafra había cedido su paso hacía ya tres meses, y con ello, el frenesí laboral del central se había disipado considerablemente. El despertar llegaba, con puntualidad, a las cinco de la mañana, cuando los reclutas se congregaban para saborear un sorbo de café reconfortante y, después del desayuno, se preparaban para abandonar el campamento, ya fuera a pie, para aquellos destinos cercanos, o por carreta, para aquellos más distantes. El objetivo era claro: debían estar en el área de trabajo, a más tardar, a las siete de la mañana. La jornada se extendía hasta el mediodía. Una vez de regreso en el campamento, se tomaban un respiro para el almuerzo y un breve descanso, para luego sumergirse en clases de infantería o instrucción política. En algunas ocasiones, el campo volvía a reclamarlos, aunque la jornada laboral solía terminar por completo a las cinco y media de la tarde. Sin embargo, algunos reclutas debían regresar pasadas las siete, por no cumplir con la exigencia de los jefes. El domingo era el único día exento de trabajo, y cada uno lo utilizaba a su manera: algunos recibían visitas, otros se dedicaban a labores de lavado, y algunos, simplemente, descansaban, anhelando un respiro fugaz de la ardua realidad.

Dentro de aquel microcosmos de vidas fusionadas por la adversidad, Rivero fue testigo de una situación novedosa: la gran cantidad de robos. Bajo su criterio, aquellos reclutas provenientes de las prisiones del Ministerio del Interior, el MININT, se encontraban implicados en estos actos delictivos, que ocurrían cuando ocupaban el rol de cuarteleros, es decir, cuando permanecían en el campamento en compañía del oficial de guardia.

El llamado de julio trajo consigo una mezcla ecléctica de vidas, unidas por la adversidad y destinadas a enfrentar juntas el férreo control de las UMAP. Desde distintos rincones de la isla, como Guanabacoa, San José, La Habana, Holguín y Guantánamo, los reclutas llegaron con sus historias individuales y sueños aún no extintos.

Dentro de aquel crisol de personalidades, emergían jóvenes sedientos de conocimiento, deseosos de desafiar los límites impuestos sobre ellos. También había trabajadores que llevaban consigo el orgullo de su oficio,

dedicados y comprometidos, a pesar de las circunstancias. No faltaban los artistas con almas creativas, dispuestos a enfrentarse a la represión con su arte. Cada uno de ellos se encontraba en una encrucijada constante: resistir y mantener su esencia o ceder ante la maquinaria de uniformidad y sometimiento que las UMAP representaban.

Para Rivero, el segundo llamado implicaba un cambio en el panorama opresivo que lo rodeaba. En su nuevo papel de cabo, se alejaba del bullicio del batallón principal y se adentraba en las tareas relacionadas con la correspondencia. Recogía cartas dirigidas a los reclutas en el apartado de la oficina de correos del central, y encontraba un pequeño respiro en medio de las miradas inquisitivas de los sargentos, que gobernaban con mano de hierro sobre los nuevos reclutas. Aunque el trato seguía siendo despiadado, Rivero sabía que aquel privilegio le otorgaba cierta libertad y la oportunidad de mantener cierta distancia del escrutinio constante.

En los escasos momentos de esparcimiento, los domingos, los cabos tenían la oportunidad de acercarse al central y disfrutar de una breve tregua. Algunos incluso se aventuraban a asistir al cine del batey y, así, evadir, aunque fuera temporalmente, la dura realidad que los rodeaba. En ocasiones especiales, se les permitía visitar una playa ubicada más allá del central, en la costa norte. Estas pequeñas excursiones brindaban una sensación fugaz de libertad y alegría, un oasis en medio del desolado panorama que era su vida cotidiana.

Rivero recordaba una de esas escapadas con especial regocijo. Salieron temprano en dirección a Jigüey, una playa ubicada a unos once kilómetros de Jaronú, el pueblo donde se encontraba el central Brasil. A las ocho de la mañana, un camión los transportó hasta el pintoresco pueblecito pesquero. Llegaron poco después del alba. Los recibió una áspera playa, y sus olas, casi inexistentes, dibujaban un espejo en el que se reflejaban las escasas construcciones de la zona.

Rivero y Ramiro, maravillados por el paisaje, notaron que había llovido recientemente. El aire era pesado y un silencio sepulcral envolvía el lugar, sin un solo ruido que rompiera la monotonía del momento. El aroma a mar y el petricor los invadieron y, por un instante, creyeron flotar en el aire.

Todo parecía estar suspendido en el tiempo, en una atmósfera de quietud absoluta, como si el mundo se resumiese en ese paisaje, en esa fragancia.

–¿Vienen a pescar chamacones?

Rivero dio un respingo y buscó con la mirada el origen de la voz que los abordaba. Un pescador se acercaba a ellos con una sonrisa.

–Los entiendo –continuó el pescador–. La primera vez que vine a esta playa también me quedé así, *boquiabiertado*.

El pescador parodió la cara de susto de Rivero y la ocurrencia logró arrancarles unas carcajadas a ambos jóvenes. Se presentaron y el pescador los invitó a sentarse en los dientes de perro para mostrarles en qué consistía la pesca.

–Me llamo Eddie, *pa'* servirles. Vivo aquí hace casi medio siglo. Me enamoré de mi mulata y, desde entonces, no pienso en otra cosa que no sea verla feliz todos los días.

–Esas historias de amor me tienen hasta aquí –dijo Ramiro señalándose la frente–. Aquí, mi amigo Rivero no piensa en más nada que en su esposa. Se casaron hace poco.

–Vaya, socio, ¡felicidades! Yo no tuve que casarme con mi mulata, esas cosas de papeles y abogados…, jamás me llevé bien con eso.

Estuvieron en silencio un rato.

–¿Son militares, ustedes? –preguntó Eddie.

–Algo así –contestó Rivero y no dijo una palabra más.

–No le haga caso a este cabeciduro –lo excusó Ramiro–, a veces piensa más que José Martí.

Pasaron el día entero charlando con el viejo pescador. Ramiro incluso se atrevió a ayudarlo en su labor de pesca. Eddie les contó cómo había conocido a Minerva, su amada mulata, y cómo se la había llevado de los brazos de su padre, más de cuarenta años atrás. Desde entonces, habían vivido juntos en las orillas del Jigüey, y la única tristeza que Eddie le reprochaba al Señor era no haberles concedido descendencia.

En un momento, Ramiro divisó a lo lejos un bote navegando, mientras otro pescador lanzaba una red al mar.

–¿Tiene un bote usted, abuelo?

–Sí, tengo. Pero soy pescador de orilla, ya no estoy *pa'* andar tirándome al mar.

–Si yo tuviera un bote como el suyo, remaría hasta la Florida.

Un silencio se apoderó de ellos, como si contuvieran la respiración. Rivero abrió los ojos y miró a Ramiro con asombro: «¿Estás loco?».

–No deberías decir eso en voz alta tan a menudo, socio –le requirió Eddie–, tú sabes lo que les pasa a los gusanos en este país… Miren, ¿qué les parece si vamos *pa'* mi casa y la mulata les brinda un cafecito y así regresan contentos?

Aceptaron.

Minerva los atendió con la amabilidad que solo los más humildes saben tener. No solo bebieron café, sino que pudieron hasta comer de la pesca del día. El ocaso comenzaba a teñir el cielo y debían regresar. Unos minutos antes de anunciar su partida, Eddie se dirigió a Ramiro.

–¡Salvaje! A ti, que te gusta la historia, ven, que te voy a enseñar la caja de aparejos de plata que me dio mi abuelo. Me contó que se los había robado a un nacional en la guerra civil española, y mira dónde fue a parar, al fondo del *soberao*.

Ambos se alejaron, dejando a Rivero solo por unos instantes, con sus pensamientos habituales. Cuando regresaron, se despidieron de Eddie y volvieron a la Unidad Militar.

A las tres semanas de su llegada al central Brasil, un grupo de cabos procedentes de la Unidad La Violeta, también ubicada en Camagüey, se unieron a Rivero y Ramiro. Fue en una noche, reunidos todos en el albergue, cuando escucharon una historia que se grabaría en lo más profundo de sus seres, una narración desgarradora que resonaría en sus vidas para siempre. El cabo Pepe Yanes, quien había formado parte de La Violeta, contó cómo los homosexuales eran sometidos a un tratamiento médico en un intento de «curar» su condición sexual.

–Primero los clasificaban en cuatro categorías, según su grado de afocancia: A-1, A-2, A-3 y A-4 –relató Pepe.

La palabra «afocancia», lejos de tener una raíz médica, era más bien un cubanismo. Una expresión que se vinculaba estrechamente con el concepto de «foco» y se utilizaba para describir, de manera peyorativa, a personas excéntricas y estrafalarias. Pepe explicó que los homosexuales «revolucionarios» eran aquellos que no mostraban su orientación sexual de manera evidente, mientras que los considerados «afocantes tipo 4» eran aquellos que exhibían abiertamente su homosexualidad y no tenían compromiso revolucionario. Rivero cayó en la cuenta de que, cuando Pepe mencionaba a los homosexuales «revolucionarios», seguramente se refería a aquellos jóvenes que no tenían intención de abandonar la isla. Porque todos los que estaban allí sabían que jamás los considerarían verdaderos revolucionarios. Después de todo, ¿por qué estaban en las UMAP?

–El proceso de clasificación era difícil –prosiguió Pepe– y todo dependía de su participación social. Si no estudiaban ni trabajaban, eran clasificados como A-4, pero si eran activos y tenían una actitud favorable hacia la Revolución, se les asignaba la categoría A-1. Era un criterio subjetivo, en cierta medida.

Todos escuchaban el relato, incrédulos. ¿Cómo era posible que se llevara a cabo semejante aberración? ¿Hasta qué punto llegaban los niveles de discriminación? Pepe también compartió que, al principio, los homosexuales estaban dispersos en todas las unidades, pero cuando el equipo de psicólogos decidió separarlos según las categorías establecidas, surgió un problema grave: separaron a los que tenían una relación amorosa.

–Muchos huían para encontrarse con sus amantes, se robaban los caballos de la Unidad... ¡Se formó tremendo relajo! –concluyó Pepe, y el horror se reflejaba en sus ojos.

El relato se volvió aún más perturbador cuando mencionó los experimentos y pruebas que los psicólogos realizaban, con la intención de cambiar la orientación sexual de los reclutas.

–Los sujetaban y les administraban inyecciones que les provocaban vómitos, y justo cuando empezaban a sentir náuseas, les mostraban fotografías de hombres vestidos y desnudos, para eliminar sus deseos y

generar aversión. Luego les aplicaban otra inyección que aliviaba su malestar, para posteriormente mostrarles imágenes de mujeres desnudas.

Rivero sabía que el uso del electroshock no era ajeno a los métodos de tortura empleados durante el régimen de Batista, al igual que la tortura del frío, donde los prisioneros eran encerrados en cámaras a temperaturas extremadamente bajas. El cabo continuó con su relato, revelando más atrocidades.

–Cuando comenzaron a recibir tratamientos hormonales y choques eléctricos, como parte de esos experimentos para «convertirlos en hombres», muchos fingían progresos con el único objetivo de que los médicos redujeran las sesiones o las suspendieran por completo. Cambiaban su forma de gesticular, intentaban corregir su voz, modificaban su forma de caminar y sus movimientos, todo para simular el modelo de masculinidad que esperaban ver.

»Lo más gracioso vino después, cuando un tal teniente Lavandeira, psiquiatra a cargo de los interrogatorios, comenzó a hacerles preguntas personales a los reclutas confinados. Los muchachos querían cooperar, pero las entrevistas se convirtieron en un espectáculo. Lavandeira les preguntaba: «¿Cómo te sientes cuando estás con un hombre?», «¿Te duele?», «¿Tienes erección cuando estás con una mujer atractiva?». Asere, ¿tú te imaginas que te empiecen a hacer esas preguntas? El asunto se le complicó a Lavandeira cuando el equipo de especialistas reunió a cerca de ciento veinte jóvenes, y algunos de los más valientes se rieron de él en su cara. Enfurecido, comenzó a gritarles: «¡Sean hombres, cojones! ¡Compórtense virilmente, *partía'* de maricas!». Después de eso, lo apartaron del caso.

Nadie podía creer lo que escuchaba. Ramiro, aunque con reservas, creía en parte la historia de Pepe, ya que los experimentos e investigaciones psicológicas y psiquiátricas eran prácticas comunes en los gulags soviéticos, que habían aplicado técnicas de reconversión sexual y habían llegado incluso a emplear a prostitutas con ese propósito. Después de la muerte de Stalin, en 1953, se inició un proceso de desmantelamiento de algunos de esos campos, y aunque más de cuatro millones de prisioneros

fueron liberados del gulag, la represión, vigilancia y encarcelamiento se intensificaron para los homosexuales. Al parecer, las regulaciones estalinistas se mantuvieron por temor a que, una vez liberados, pudieran «contaminar» nuevamente a la sociedad. En la década de 1960, las detenciones y encarcelamientos se dispararon en el marco de una campaña de «legalidad socialista». Durante este período, se incrementaron los exámenes forenses y se desarrollaron nuevas técnicas de identificación: se medían los músculos de los esfínteres anales para evaluar su dilatación, se realizaban análisis químicos en los penes mediante exudados y se calculaban los niveles de excitación a partir de masajes en la próstata.

En medio del círculo de curiosos que se habían agrupado a escuchar la historia, Rivero notó que algunos temblaban de miedo. Se preguntaba qué horrores estarían pasando por sus mentes en ese momento. Era comprensible sentir temor, ya que la realidad de los abusos y las prácticas inhumanas de las UMAP eran aterradoras. Era consciente de que, aunque en su compañía no había homosexuales, cualquiera podría enfrentar situaciones similares, simplemente por atreverse a expresar opiniones contrarias a las autoridades militares.

Pepe relató esa historia solamente en aquella ocasión, y después, entre todos, decidieron no volver a hablar del tema, por razones de seguridad. Algunos días más tarde, en medio del caos reinante debido a los robos, Pepe le entregó a Rivero una sortija para que la cuidara. Sin embargo, cuando llegó el cambio de vestuario, tuvo mala suerte y le dieron un calzado de una talla mayor a la que usaba, que, sumado a la humedad constante en los campos por las frecuentes lluvias, le originaron unas llagas en los pies que se infectaron tanto, que tuvo que ser enviado a la enfermería de la agrupación en Esmeralda y casi pierde un pie. Durante un tiempo, no tuvieron más noticias suyas, hasta que, finalmente, regresó para recoger su sortija y presentar a la jefatura un documento que certificaba que había sido trasladado a otra Unidad.

Doce

A fines de septiembre, un inquietante contratiempo azotó la cocina. Los víveres escaseaban día tras día y los reclutas se veían privados de raciones, que eran cada vez más reducidas. Mientras tanto, los cocineros se afanaban en inventar nuevas recetas, francamente, más repugnantes que apetitosas. Rivero, siempre consciente de la situación, se dedicó a observar con detalle el ir y venir de los alimentos en el almacén, especialmente los viernes, días en que se distribuían los suministros para el fin de semana. En sus atentas vigilancias, descubrió una conducta sospechosa entre algunos miembros de la jefatura. Se percató de que, antes de marcharse a sus hogares en el batey del central Primero de Enero, estos individuos se apropiaban de considerables cantidades de víveres, que incluían arroz, latas de conservas e incluso huesos. El patrón se repetía sistemáticamente cada fin de semana, y Rivero comenzó a hilvanar los hechos: si la escasez en la cocina coincidía con la partida de los miembros de la jefatura y el desvío clandestino de los suministros hacia sus casas, era lícito suponer que estaban perpetrando un robo descarado. Rivero consideró intervenir, pero, claro está, por un lado, el solo hecho de albergar la certeza de que los involucrados en el saqueo eran, precisamente, los miembros de la jefatura, suponía una injusticia grave y una traición a la confianza depositada en ellos, pero, por otro lado, Rivero se encontraba en una posición peligrosa, pues denunciarlos podía exponerlo a represalias y poner en riesgo su propia seguridad.

Decidió, en consecuencia, compartir la situación con Ramiro, y ese burguesito agotado por la corrupción constante y los robos incesantes quiso hacer justicia. Optó por escribirle una carta al capitán Nuno, líder de todas

las unidades establecidas en el territorio de Esmeralda y, después de unos días de incertidumbre, durante los cuales ni siquiera sabía si el capitán había recibido la carta, llegaron dos *jeeps* UAZ. De entre los vehículos descendió Nuno, imponiendo su autoridad a cada paso que daba. Sin demora alguna, indagó por el paradero de la cocina y el comedor, y se encaminó a inspeccionarlos. Lo que sus ojos presenciaron allí confirmó lo que había leído en aquella carta varios días atrás: uno de los cocineros estaba triturando fideos para presentarlos como arroz en la comida de la tropa.

–¿Qué cojones pasa aquí? ¿Qué clase de invento asqueroso es este? –preguntó, sorprendido el capitán.

–Capitán, es que el arroz ya se acabó, este mes la Unidad no recibió su asignación completa y por eso nos quedamos cortos de suministros –respondió un tembloroso cocinero.

El capitán Nuno no se dejó engañar. Se dirigió al jefe de abastecimiento, para confirmar que la Unidad sí había recibido su asignación completa de alimentos y que, en realidad, se estaban robando la comida de los reclutas. La indignación del capitán resonó en cada rincón, reprendió severamente a la jefatura del campamento por sus corruptas acciones, y a pesar de que optó por mantener en secreto el nombre de la persona que había proporcionado la información, la revelación provocó una conmoción sin precedentes en la Unidad, que convocó a todo el personal para expresar su descontento. Sin embargo, en un acto de cautela, decidieron no tomar represalias, por temor a que el mismo informante volviese a actuar.

La verdadera respuesta de la jefatura marcó un punto de inflexión en la historia de nuestros dos amigos. En el interior de la Unidad, se dedicaron a intentar descubrir quién había revelado aquella información y para ello, designaron al teniente Rodríguez, político de la Unidad, quien se entregó en cuerpo y alma a esta tarea. De forma sutil, inició una investigación entre los reclutas, con especial atención en aquellos que laboraban en la cocina. Sin embargo, nadie parecía saber nada. Durante los días en que se producían los desvíos alimentarios, todo el personal se sumergía en sus ocupaciones, sin prestar la menor atención a los sucesos circundantes, por lo que no habían percibido nada fuera de lo común. Los cocineros se agitaban, esparciéndose

por toda la Unidad, comentando las pesquisas que el teniente Rodríguez llevaba a cabo, hasta que Samuel, uno de los cabos que, junto a Pepe, provenía de La Violeta, aportó una novedad relevante a la investigación. Afirmó haber visto a Rivero cerca del comedor un viernes; además, recordó que solía ausentarse habitualmente en las tardes de esos mismos días. La información no tardó mucho en llegar a oídos del teniente Rodríguez, y así, Rivero se alzó como el principal sospechoso.

El teniente no actuó de inmediato. Decidió, sin razón aparente, esperar un par de días, e interceptó a Rivero una tarde después de comer.

–Cabo, acompáñame un momento, quiero hacerte unas preguntas –le dijo.

Seguidamente, lo llevó al edificio de la jefatura, lo invitó a sentarse y apenas Rivero hizo lo propio, cerró de un golpe la puerta y una expresión de amargura y enfado le cubrió el rostro.

–Voy a ser claro y directo –le espetó–. Sé que fuiste tú quien envió la carta al capitán Nuno. Carta que nos jodió bastante, porque ha manchado el expediente de esta Unidad y, principalmente, el de los oficiales que estamos al mando.

–¿A qué se refiere teniente? –le dijo Rivero–. No sé de qué carta me está hablando.

–No te hagas el chivo con tontera, a mí no me vengas con cuentos. El cabo Samuel me contó que los viernes, cuando se hacía el desvío en la cocina, tú te dedicabas a merodear por la zona buscando quién sabe qué. Te enteraste de lo del robo y, como una mujercita chismosa, fuiste a darle la queja a un pez gordo.

Rivero comenzó a ponerse nervioso.

–Teniente, de verdad le digo que no sé de qué me habla, yo los viernes me dedicaba a hacer lo que todos: lavar, descansar, a veces hasta organizar la correspondencia, pero yo le juro que…

–¡A mí no me jure nada, carajo! –le gritó Rodríguez–. Ya me confirmaron que por las tardes te desaparecías del albergue y nadie te volvía a ver hasta la noche. ¿Sabes lo que va a pasar ahora? Que te voy a hacer la vida un yogur, te voy a llevar a juicio y te voy a mandar al batallón de

castigo, así tengas la fe más grande del mundo o seas el mismísimo Jesucristo. Ya de por sí eras una lacra social, ahora, chivato además; sumas el peor de los defectos a tu lista.

Una vez más, Rivero se veía al borde del colapso. Sus manos comenzaron a temblar. «¿Otra vez?», se preguntó, siempre los problemas lograban encontrarlo a pesar de que tenía razón en quejarse y luchar por que fueran un poco más justos y humanos no solo con él, sino con toda la tropa, pero siempre terminaba en aprietos. Anteriormente, cuando estaba en la presa Caonao, había logrado zafarse de las garras del teniente coronel Higinio Rodríguez, pero no creía que ahora tuviera la misma suerte. Estaba perdido y no podía hacer nada para defenderse.

El teniente Rodríguez movía, frenético, las manos, lanzaba improperios a Rivero y lo amenazaba. Entonces, un golpe sordo derribó la puerta. Rodríguez se volteó rápidamente y vio a Ramiro, que entraba en defensa de su amigo.

–¡Suéltalo, pinga!

–¡Apártate, cabo, que este *singao'* chivato va a saber lo que es bueno!

–¡El que mandó la carta fui yo! ¡Fui yo!

Al escuchar sus palabras, el teniente Rodríguez miró a Rivero y este, a su vez, a Ramiro. En ese instante, alertados por el escándalo, llegaron un puñado de oficiales que, como perros de caza, gruñendo y a punto de atacar, esperaban la siguiente orden de Rodríguez.

–Llévense a este –dijo, señalando al burguesito–, yo ya tengo lo que quería.

Ramiro estuvo tres días retenido mientras Rodríguez se dedicaba a informar al jefe de compañía sobre la confesión, a iniciar el proceso judicial y a organizar la corte militar. Todos los miembros de la jefatura sabían que el verdadero motivo era vengarse del informante que se había cargado el prestigio de la Unidad y los había puesto en una situación vergonzosa frente al capitán Nuno. Pese a ello, para iniciar un proceso judicial «legal», dijeron que Ramiro había sido descubierto *in fraganti*, intentando escapar de la Unidad. La falta era grave y, en consecuencia, se llevaría a la corte militar para procesarlo por intento de fuga, desacato a la autoridad militar,

indisciplina y desobediencia e incluso sedición. El tribunal militar fue conformado por un panel de oficiales superiores, encabezado por el mismo jefe de la compañía, el primer teniente Torres, que ya sabía, antes de tomar asiento, cuál iba a ser su sentencia.

El proceso comenzó con la presentación de los cargos contra Ramiro. El teniente Rodríguez, como testigo clave, fue llamado a declarar:

–Fui informado de la situación y rápidamente me dirigí al lugar –relató Rodríguez–. Allí encontré al cabo Ramiro tratando de huir y, cuando intenté detenerlo, mostró una actitud violenta y desafiante. Faltó gravemente al respeto a sus superiores y hasta me amenazó con reincidir en su conducta.

–¿Qué tiene que decir respecto a las afirmaciones del teniente Rodríguez? –le preguntó a Ramiro el primer teniente Torres.

–Esas acusaciones son completamente falsas –contestó–. El teniente Rodríguez ha mostrado un claro resentimiento hacia mí desde hace tiempo. Esto no es más que una estrategia de venganza personal para perjudicarme.

–Aquí todos sabemos que el cabo es una persona que tiene una lengua venenosa y destaca por quejarse con frecuencia de todo lo que tiene que hacer. Claramente, su mejor opción es culparme –se defendió Rodríguez.

Durante el juicio, se llamó a declarar a varios testigos, incluyendo a Samuel, quien corroboró el relato de Rodríguez y mintió al decir que Ramiro le había confesado sus intenciones de escapar. Otros reclutas fueron llamados a testificar, e intentaron defender al burguesito, alegando que, en su actividad en la Unidad, mostraba un buen comportamiento, pero no fueron más allá, porque sabían las consecuencias que podría traer consigo respaldarlo, y nadie deseaba hacerle compañía a Ramiro. Finalmente, la injusticia habló más alto.

–Después de revisar las pruebas y escuchar los testimonios, el tribunal ha llegado a la conclusión de que el cabo Ramiro es culpable de los cargos presentados en su contra. En consecuencia, será destinado al batallón de castigo por un período de seis meses y este tiempo puede ampliarse, o bien reducirse, en dependencia de su comportamiento.

A pesar de los esfuerzos de la defensa y los testimonios conmovedores de los compañeros de Ramiro, el tribunal militar no fue persuadido por sus

argumentos. Esa misma tarde, fue enviado al infame batallón de castigo. Rivero estaba conmovido, a duras penas pudo despedirse de su amigo minutos antes de que se lo llevaran.

–Tú siempre defendiéndome y mira lo que te pasa –le reprochó.

–Eres una persona especial, Rivero –le contestó Ramiro–, pero aún te falta fuerza interior. Crees demasiado en Dios y poco en ti mismo. Pese a eso, te quiero como a un hermano, porque tienes un corazón que no te cabe en el pecho.

De sus ojos se asomaron, casi imperceptibles, unas lágrimas de dolor.

–Cuídate mucho, mi amigo, intenta sobrevivir en ese infierno, sé que eres fuerte y que lo conseguirás –dijo Rivero.

–Lo haré. Y no te preocupes, que en unos meses volveremos a vernos. ¿Quieres saber algo? A pesar de que salí perdiendo en esta historia, me alegro de que se hayan jodido, por ladrones. A esos no los ascienden ni a cojones.

Ambos soltaron una carcajada cómplice. Luego, un par de escoltas se llevaron a Ramiro hacia el lugar que ningún soldado quería pisar, al mismísimo infierno, al batallón de castigo.

No tardó mucho en llegar. Situado a unos siete kilómetros del central Brasil, el batallón de castigo se alzaba como una edificación pequeña que albergaba a no más de ciento cincuenta soldados confinados. Los recibió un cartel en el que se podía leer: «EL TRABAJO OS HARÁ HOMBRES». Ramiro fue desterrado a una estrecha celda, rodeado de paredes descascaradas y sucias, sin otra cama más que el duro y frío suelo y sin otro baño más que un hoyo en una esquina. El olor a humedad y a falta de higiene impregnaba el aire, sumándose a la sensación de desesperanza que lo envolvía. El tintineo de las cadenas y el sonido de las puertas cerrándose con fuerza resonaban constantemente, recordándole su encarcelamiento. La tenue luz de la luna se filtraba a instantes por la ventana de su celda y apenas conseguía disipar las sombras inquietantes que se proyectaban en las paredes. En ese lugar, reinaba un miedo constante. Temía los abusos físicos y emocionales que tanto él como sus compañeros podían sufrir a manos de los guardias o de otros prisioneros. La sensación de injusticia y rabia crecía

en su interior, sabiendo que había sido condenado sin recibir un juicio justo ni el debido proceso legal. No obstante, la sensación de impotencia se mezclaba con un ferviente deseo de escapar y recuperar su libertad. Aunque era consciente de que cualquier intento solo empeoraría su situación, la determinación de resistir y luchar estaba arraigada en su interior.

Rivero, por su parte, revivía las últimas palabras de su amigo, su último consejo. Se sintió mal porque dormiría mejor que Ramiro, si es que este podía dormir esa noche. Se culpaba por no haberlo defendido como correspondía, por no haberse enfrentado a Rodríguez y desafiar, así, su propio destino. Estaba seguro de que, al menos juntos, podrían apoyarse mutuamente en ese tenebroso lugar. No había hecho lo suficiente y estaba harto de su inacción. Pero no se permitió llorar, porque sintió que Ramiro se decepcionaría de una actitud tan cobarde. Estaba harto de quedarse inmóvil, dependiendo de la suerte y esperando que cada día pasara sin que nadie lo perturbara o que los disturbios se alejaran. Debía rescatar a su amigo, debía sacarlo de allí. Con ese pensamiento en mente, se sentó en la cama, como lo hacía cada noche, para revisar la correspondencia. Tomó una hoja de papel y, con determinación, escribió una carta a la madre de Ramiro, Mirtica, para informarle de lo sucedido. Acto seguido, escribió otra, esta vez, dirigida al capitán Nuno: «Estimado capitán Nuno, solicito su ayuda para ser trasladado a la agrupación de Vertientes. Tan pronto como sea posible».

Trece

Ramiro se encontraba allí, aprisionado en los estrechos confines de su celda de seis metros cuadrados, luchando denodadamente por enmascarar su dolor. El calor opresivo se cernía sobre él, envolviéndolo en una bochornosa humedad que parecía penetrar hasta lo más profundo de su ser. Ligado a esa opresión, se aferraba a la catarsis que encontraba al recostarse boca abajo en el suelo húmedo, sumergiéndose en un intento desesperado por hallar una especie de amnesia estival que lo liberara, aunque fuera por breves momentos, de su horroroso confinamiento.

En medio de aquel espacio claustrofóbico, buscaba refugio en la oscuridad de su celda, donde la tenue luz que se filtraba por una pequeña rendija apenas lograba disipar las sombras ominosas que se dibujaban en las paredes desconchadas. La soledad se volvía su compañera más fiel, acompañada del silencio, roto solo por sus propios suspiros entrecortados. De vez en vez, una brisa fugaz osaba meterse por la ventana, trayendo consigo los murmullos de voces lejanas y el susurro de la vida, que continuaba más allá de aquellos muros inhóspitos. Ramiro cerraba los ojos con ímpetu, anhelando aferrarse a esos efímeros destellos de libertad que lograban alcanzarlo, ansiando ser parte de aquel mundo exterior que parecía haber quedado atrás.

La vida cotidiana en el batallón de castigo difería en gran medida de la de la Unidad Militar. A los soldados confinados se les imponían labores forzadas como una parte inherente de su sentencia. Tareas de limpieza, mantenimiento de las instalaciones, trabajos manuales desgastantes y rutinas agotadoras conformaban el sombrío panorama de su condena.

Aquellas actividades, lejos de ser meramente una forma de castigo, buscaban inculcar disciplina y, al mismo tiempo, asegurar el funcionamiento eficiente de la Unidad. Sin embargo, era innegable que, en realidad, constituían solo una fachada más de la opresión que reinaba.

El peso de las leyes y restricciones a las que estaban sometidos los prisioneros en el batallón de castigo era aplastante. Cada norma debía ser cumplida escrupulosamente, sin margen para el menor error o desobediencia. Las reglas se volvían una jaula de hierro que aprisionaba aún más a aquellos que ya se encontraban privados de su libertad. El más mínimo desliz, la más insignificante falta, acarreaba consecuencias aún más severas.

Los castigos que presenció Ramiro se grabaron a fuego en lo más profundo de su ser. Todos los prisioneros eran sometidos a innumerables humillaciones. Los obligaban a soportar la mirada despiadada del sol, a contar hormigas, los sumían en el absurdo y denigrante trabajo de llenar depósitos de agua valiéndose de tapones de botellas, o a caminar descalzos sobre pedazos de vidrio. Los despertaban golpeándolos con el lateral de los machetes. Pero eso solo era el preludio, la antesala de la crueldad que aún aguardaba. Cuando el cansancio se adueñaba de los castigados y sus cuerpos no podían ofrecer más, los oficiales les hacían experimentar la más siniestra de las torturas. Excavaban un hoyo en la tierra y los enterraban hasta el cuello, y los abandonaban allí, reducidos a la condición de meros objetos inmóviles. Aquellos que alguna vez habían sido seres humanos, ahora se convertían en mudos testigos de su propia humillación, condenados a contemplar el mundo desde una desgarradora perspectiva. Y luego estaban las noches. Interminables noches de sollozos y gritos de auxilio que se alzaban en el aire, una horrorosa sinfonía que traspasaba las paredes y se desvanecía en la oscuridad. Una sinfonía que solo se apagaba cuando llegaba el oficial de guardia, con su figura acechante y amenazadora, y recorría las celdas como un depredador en busca de su presa, dejando en su estela una atmósfera cargada de miedo.

Los golpes no faltaban en el orden del día. El recuento de las palizas lo perdió en la vorágine del sufrimiento cotidiano. La desnudez era una forma

de vulnerabilidad expuesta a la violencia desatada. Los instrumentos de tortura, desde los más rudimentarios hasta los más refinados, eran empleados sin piedad, como si el dolor infligido fuese el único medio de mantenerlos sometidos. ¿Cuántas veces le habían escupido a la cara? Ramiro sentía cómo la saliva se le pegaba en el cuerpo y le tatuaba el desprecio, la rabia, el odio, marcándolo como un paria. Lo habían obligado a beber de su propia orina, a revolcarse en su propia mierda. Pero el castigo más cruel para Ramiro no residía únicamente en el dolor físico, sino en la impotencia de presenciar los maltratos infligidos a sus compañeros de infortunio. Contemplar los rostros de aquellos muchachos atormentados, con los ojos desorbitados de miedo, el rastro de lágrimas y sangre marcando sus mejillas, sus voces –apenas un susurro desgarrado– suplicando clemencia, era un tormento inaguantable.

Padeció incontables jornadas de dolor. En ocasiones, los días se desvanecían, uno tras otro, amalgamándose en una sucesión vertiginosa que parecía no tener fin. Pero había días en que las horas se alargaban, como si el tiempo mismo se hubiera estirado, en complicidad con su sufrimiento. Cada instante se convertía en una eternidad penosa, arrastrándose con parsimonia como un reptil despiadado. Cada nueva aurora anunciaba un ciclo perpetuo de angustia, una tortura que se extendía como un castigo eterno, sin respiro ni tregua. El aire irrespirable, viciado por el hedor a desolación, se aferraba a sus pulmones como una plaga. Las sombras danzaban en las paredes, una macabra coreografía que parecía burlarse de su desgracia. Al inicio, su espíritu se debilitó ante el embate implacable de la adversidad. Con el transcurrir de los días, cuando el tiempo se evaporó en la espiral de su martirio y su cuerpo se convirtió en un lienzo lúgubre de magulladuras, la sensibilidad abandonó sus sentidos. Entonces dejó de importarle lo que pudiera depararle el futuro y su esperanza se disipó, como una vela consumida por la inclemencia del viento. Los latigazos de la incertidumbre azotaron su mente, sus pensamientos se agolparon como enjambres de abejas furiosas, ya no distinguía entre la vigilia y el sueño, entre la realidad y la ensoñación. Su existencia se desvanecía en los límites

borrosos de la conciencia, atrapada en un laberinto oscuro donde la huida parecía una quimera distante.

Pero llegó.

Y llegó en brazos de la persona que jamás Ramiro pudo haber imaginado. Porque así es el destino, el gran mago de nuestras vidas, capaz de conjurar las sorpresas más inimaginables en los momentos menos esperados, revelándonos que, en su misterio, se esconden los hilos invisibles que dan forma a nuestra vida. Ramiro también tenía sus propias moiras, y seguramente, enredando sus hilos, lograron que aquella carta que escribió Rivero a Mirtica, contándole las terribles noticias del encarcelamiento de su hijo, llegaran a manos de su padre, Pedro Mayol. Aquel hombre, con una determinación que había nacido de inexplicables decisiones, tomó entre sus manos el delicado documento y antes de desdoblarlo y adentrarse en el abismo de las palabras escritas, supo, con la certeza de un presentimiento, que eran malas noticias las que lo esperaban. Pero, en lugar de dejarse llevar por la desesperación, encontró refugio en la calma, en ese rincón de su ser que le dictaba que, ante las adversidades, era imperativo compartir la carga con aquellos que eran parte de su vida. Buscó a Mirtica, cuyo semblante se iluminó con una mezcla de curiosidad y preocupación al percibir la seriedad que se reflejaba en los ojos de su esposo. Sin pronunciar una sola palabra, él le entregó la carta, cediéndole la responsabilidad de ser la primera en desentrañar los misterios escritos en su interior. Con una mano temblorosa, Mirtica recibió aquel legado de tinta impregnada en papel y comenzó a deslizar sus ojos por las palabras de Rivero. A medida que avanzaba en la lectura, su rostro permaneció imperturbable, sin dejar escapar ni un asomo de sorpresa o angustia. Su semblante sereno, inmutable, llevaba la marca de una madre que había conocido las pruebas más duras que la vida puede lanzar. Con cada línea que se deslizaba entre sus dedos, se forjaba una coraza invisible, una fortaleza que se erguía ante la adversidad. Una vez que llegó al final de la carta, Mirtica guardó aquel papel doblado en su regazo y alzó la mirada hacia su esposo, clavando en él su determinación.

–Tenemos que hablar –susurró, dejando que el peso de sus palabras flotara en el aire, cargado de un significado que ambos entendían.

Era el momento de revelarle un secreto que Ramiro, en una carta anterior, le había confiado. Un secreto que, en aquel instante, cobraba una relevancia aún mayor, debido a las circunstancias que envolvían a su hijo. Pedro Mayol, consciente de la trascendencia del momento, fijó la mirada en su esposa, dejando que sus ojos se encontraran mientras ella comenzaba a contar lo que había ocurrido meses atrás, cuando Ramiro y Rivero cruzaron caminos con Eddie, el viejo pescador.

–A ti, que te gusta la historia, ven, que te voy a enseñar la caja de aparejos de plata que me dio mi abuelo. Me contó que se los había robado a un nacional en la guerra civil española, y mira dónde fueron a parar, al fondo del *soberao* –le había dicho Eddie al burguesito aquel día.

El viejo pescador observaba con atención al joven mientras este exploraba las pequeñas figuritas de plata entre sus dedos. Desde la ventana de madera, el sol lanzaba sus últimos rayos, como un suspiro dorado antes de desvanecerse en la penumbra. Eddie señaló el horizonte, abriendo las puertas de la imaginación.

–Así que quieres ir a la Florida en bote, ¿eh, salvaje? El camino es largo, ¿sabías? –le preguntó a Ramiro.

–Habla como si supiese llegar.

El viejo pescador guardó silencio, como si sopesara las palabras que iba a pronunciar. Y, en lugar de responder directamente, decidió tejer una historia en el aire, una historia que mezclaba realidad y fantasía. Narró la leyenda de un antiguo faro, perdido en una isla remota, cuya luz destellante poseía el poder de atraer a los navegantes perdidos y convertir sus sueños en realidad. Mencionó los desafíos sobrehumanos que aguardaban en el camino hacia aquel faro encantado, las tempestades descomunales y las criaturas marinas que desafiaban toda lógica. Pero también habló de los valientes que, con coraje y determinación, habían superado los obstáculos y habían visto sus sueños hechos realidad. Al concluir su relato, el viejo

marinero clavó sus ojos sabios en los de Ramiro, como si intentara transmitir un mensaje más profundo, oculto entre las palabras de su fábula marina.

–El faro encantado, en realidad, existe en cada uno de nosotros. Basta con tener la valentía de navegar en las aguas de la incertidumbre y luchar contra las olas del miedo. Solo aquellos que se atrevan a perseguir sus sueños pueden encontrar la verdadera felicidad.

–¡Qué clase de muela, abuelo! –dijo Ramiro, después de soltar una carcajada–. ¿No tenías otra forma de convencerme?

–La gente empatiza más con historias conmovedoras –dijo el viejo–. Dime: ¿estás dispuesto?

–Sí, abuelo, no me había ido antes por mi madre, pero ya este país me queda corto. Siento que, allá afuera, el mundo avanza, y este pedazo de tierra parece decidido a quedarse clavado en el pasado. Es una sensación extraña.

–Pues ya te toca, hijo…, ya te toca.

En aquel momento, Rivero permanecía ajeno a la historia que se urdía a sus espaldas, sin sospechar siquiera del pacto secreto que Ramiro y el viejo pescador, Eddie, habían entrelazado aquella tarde. Lo que para ellos era una historia fantástica se convirtió en un llamado silente, una invitación velada para cumplir el anhelo más profundo del burguesito: abandonar la isla y buscar nuevos horizontes. Entre las sombras de la intimidad, Ramiro compartió sus intenciones con su madre, trazando juntos los planes clandestinos que harían realidad aquel deseo de libertad. En las semanas subsiguientes, Ramiro buscó la manera de llegar a Jigüey para afinar los detalles con Eddie. Mirtica, por su lado, asumió la responsabilidad de financiar los gastos necesarios.

Lo primero, como en toda empresa, fue conocer los obstáculos que los aguardaban. Desde la orilla hasta la costa de la Florida se extendía una distancia de aproximadamente seiscientos kilómetros, lo que auguraba un viaje de cinco a siete días, si la suerte les sonreía y el clima no se volvía en su contra. Eddie poseía ya una embarcación, pequeña pero resistente, capaz de ofrecerles la estabilidad necesaria para enfrentar las turbulentas aguas. El

siguiente paso crucial consistía en adquirir provisiones y equipo. Conscientes de que el viaje requeriría resistencia y perseverancia, los tres se dedicaron a reunir alimentos no perecederos, agua potable y otros suministros esenciales. Además, se aseguraron de contar con remos de repuesto y cuerdas, garantizando, así, su seguridad durante la travesía. Eddie también instruyó al burguesito en las técnicas adecuadas de remo y navegación, sumergiéndose en el estudio de las rutas marítimas, las corrientes oceánicas y las condiciones meteorológicas. Analizaron las mareas, los vientos y las predicciones atmosféricas, y trazaron una ruta que maximizara su seguridad y eficiencia. Pero la participación de Eddie no se limitaba a lo técnico. Su apoyo emocional y su incansable aliento resultaron fundamentales para mantener la confianza de Ramiro. El viejo pescador le recordaba constantemente la importancia de resistir, incluso cuando el trayecto se tornara arduo y desalentador. Mirtica, entre tanto, trataba de persuadirse a sí misma de que era la mejor decisión que su hijo podía tomar, a pesar de los riesgos que entrañaba el viaje. El único reproche que se permitió reclamarle fue el de no haber compartido sus planes con Rivero.

–Es mejor que Rivero no lo sepa, mamá –le dijo Ramiro con prudencia–. Recuerda aquella frase de José Martí que me enseñabas de niño. ¿Cómo decía?

–«En silencio ha tenido que ser... porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas» –respondió Mirtica, rememorando las sabias palabras del poeta.

Así, paso a paso, el plan cobraba cada vez más forma. Aunque la fecha exacta de partida aún no había sido decidida, Ramiro suponía que, en noviembre o diciembre, la Unidad Militar otorgaría otro pase, que aprovecharía para lograr su objetivo. Además, la temporada de tormentas tropicales ya habría concluido, lo cual les ahorraría una preocupación en el camino. Sin embargo, nadie hubiera imaginado que, dos meses antes, desterrarían al burguesito al batallón de castigo, condenándolo a padecer las penas de los infortunados que caían en las fauces del maltrato militar. Pedro Mayol, aquel exmilitante del PSP, escuchaba atento las confesiones de Mirtica, quien vomitaba todas las verdades que le habían ocultado,

consciente de su oposición a los planes de su hijo. Sin embargo, Pedro se cuestionaba por qué su esposa le revelaba esos secretos en aquel preciso momento. Aunque conocía la respuesta, prefirió callar y permitir que concluyera su relato, a la espera de que ella misma formulara su petición. Fue entonces, en ese instante de solemnidad, cuando Mirtica, con una voz firme, suplicó a su esposo que intercediese por última vez por la vida de su hijo. Le rogó que hiciese todo lo posible por rescatarlo de aquel lugar de castigo y permitirle partir en busca de su anhelado sueño. El tiempo apremiaba y su intervención sería crucial para cambiar el destino de su muchacho. El padre, con el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, miró a su esposa, consciente de que era el momento de tomar decisiones difíciles y de enfrentar las consecuencias de sus acciones. Con una determinación férrea, se levantó de su asiento y, como un hombre dispuesto a desafiar todas las barreras impuestas, partió en busca de la libertad de su hijo, así le costase la vida.

Catorce

Absorto en la desesperada tarea de liberar a su hijo del oscuro abismo del batallón de castigo, Pedro Mayol se encomendó a una empresa aparentemente imposible. Consciente de su posición política, que le otorgaba cierta ventaja, y respaldado por sus contactos entre las filas de las Fuerzas Armadas, se dispuso a utilizar todos los medios a su alcance para lograrlo. Con papel y pluma en mano, escribió una carta dirigida al entonces jefe supremo de la División de las UMAP, Quintín Pino Machado. En dicha misiva, y con la minuciosidad de un orfebre, delineó los detalles más escabrosos de la situación que envolvía a su hijo, resaltando las circunstancias injustas que habían llevado a su condena. Con habilidad persuasiva, expuso las argucias y artimañas utilizadas para inculpar a Ramiro de intento de fuga y agresión a un superior, haciendo énfasis en la falta de pruebas y en el trato inhumano al que había sido sometido. Lanzó un grito desgarrador en busca de justicia y suplicó la intervención de Pino para rectificar tan vil situación. Sin embargo, la suerte no se mostró favorable en esta ocasión, pues, pocos días después, llegó a sus manos la respuesta desoladora del líder. En ella, alegaba haber estudiado detenidamente el caso y defendía la decisión unánime de la corte militar de procesarlo. Enfatizó, además, que los cargos eran considerados faltas graves, y su intervención se presentaba como una posibilidad remota e inalcanzable. Aquellas palabras golpearon las esperanzas de Pedro Mayol. El primer intento y, quizás, el más efectivo, había fracasado. Su influencia política, al parecer, no poseía el alcance de antaño. Pero sabía que no podía permitirse el lujo de rendirse. En ese momento, un antiguo camarada y

exmilitante del PSP, el mayor Tomás Ayala, surgió en su memoria como un faro de posibilidades. Ayala no solo ostentaba una posición de influencia dentro del sistema militar, sino que también residía en Camagüey, lugar donde estaba recluido Ramiro. Renacida la ilusión de obtener ayuda, Pedro decidió emprender el viaje para visitar a su viejo amigo.

El encuentro fue una velada íntima y cargada de nostalgia, donde rememoraron tiempos pasados, cuando sus sueños de un país mejor y sus ideales los unían en una lucha conjunta.

–¿Te acuerdas del día en que Chibás se pegó el tiro? –le preguntó el mayor en medio de la conversación–; en ese entonces, ustedes, los del PSP, estaban enredados con la VI Asamblea Nacional.

–¿Que si me acuerdo, Ayala? Algunos dicen que se disparó para llamar la atención, después del discurso que dio, condenando al ministro de Educación por ladrón.

–Era un buen líder. Era un tipo…, ¿cómo decirte?... Que sabía en qué momento decir las cosas. Buen orador, ¿tú me entiendes?

–Bueno, el comandante Fidel también es un hombre que sabe hacer eso muy bien.

Y tenía razón Pedro Mayol. Aquel acontecimiento trascendental, conocido como el «último aldabonazo», marcó el cierre de los discursos apasionados de Eduardo Chibás, líder revolucionario y fundador del Partido del Pueblo Cubano, también llamado Partido Ortodoxo. Fue en las entrañas de esta agrupación política donde germinaron los sueños indomables de un joven Fidel Castro. Chibás, con su convicción antiimperialista, se destacaba, en una época en la que todos los partidos progresistas compartían esa misma lucha. Sin embargo, su enfoque se centraba en un propósito vital: erradicar la corrupción que corroía los cimientos de la sociedad. Domingo tras domingo, su voz resonaba a través de los micrófonos de un programa radial, denunciando despiadadamente el desvío de fondos públicos, los robos descarados y los sobornos urdidos por altos funcionarios del Gobierno. La popularidad de Chibás creció como la espuma de un mar embravecido. Sus lemas –«Vergüenza contra dinero» y «Prometemos no robar»– se incrustaron en el imaginario colectivo. El

símbolo de su partido, aquella humilde escobita que barría los males de la inmoralidad pública y la corrupción rampante, se convirtió en un ícono de esperanza para un pueblo sediento de cambio. Sumado a su destacada trayectoria en la izquierda revolucionaria y su papel crucial como ministro en el Gobierno de Grau San Martín, en el cual pasó de ser un ferviente aliado a un opositor implacable, Chibás se perfilaba como el candidato favorito para las elecciones de 1952. Sin embargo, el destino tejía sus hilos oscuros. En ese fatídico día, cuando pronunció su «último aldabonazo», el líder valiente señaló con vehemencia al ministro de Educación por el robo descomunal de las arcas nacionales. Se le habían prometido unos documentos que sustentaban las acusaciones de malversación de fondos destinados al desayuno escolar, pero estos documentos nunca llegaron a su poder. En una trampa urdida por manos invisibles, Chibás se encontró acorralado. Fue en su propio programa radial donde, consumido por la desesperación y la impotencia, decidió poner fin a su existencia, con un disparo mortal. Once días después, cuando su cuerpo yacía en el lecho de la eternidad, Cuba experimentó la explosión de una manifestación popular sin precedentes, la más grande de la época, y, en un clamor colectivo, el pueblo cubano expresó su dolor y su indignación, reafirmando su compromiso con los ideales por los que Chibás había luchado incansablemente.

–¿Por qué te dio por hablar de Chibás, Ayala? –preguntó Pedro Mayol.

–Porque, aquí, entre nosotros, Pedro, yo sabía que Chibás era comunista, pero, mi hermano: ¿hacer negocios con los soviéticos, como lo está haciendo Fidel? Y no me malinterpretes, tú sabes que yo soy revolucionario, pero, simplemente, te hago la pregunta porque eres mi socio. De todas formas, si Chibás no se hubiese pegado ese tiro, ¿quién sabe lo que hubiese pasado?

–Así mismo. Y luego está el proceso Escalante.

–¡Coño, Pedro! ¡El proceso Escalante! Y ese casi te salpica.

Era un suceso reciente, un capítulo marcado por la victoria de la Revolución, cuando el PSP comenzó a ubicar a sus propios adeptos en posiciones clave, incluso dentro de los cuerpos armados. Esto generó la relegación de combatientes probados, bajo el pretexto de que carecían de un

alto nivel político; en otras palabras, porque no abrazaban el marxismo. Fue en el año 1961 cuando el PSP, el Movimiento 26 de Julio y el Directorio Revolucionario, las tres principales agrupaciones que habían luchado contra la tiranía batistiana, se fusionaron para dar lugar a las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI). Sin embargo, algunos miembros del PSP, liderados por su secretario de organización, Aníbal Escalante, pretendieron imponer el estalinismo en el seno del nuevo movimiento. Con una materialidad más extrema que la del propio Marx, llegaron incluso a censurar a un mártir, José Antonio Echeverría. En un acto de conmemoración a su muerte, al leer su testamento político, omitieron deliberadamente dos oraciones que hacían referencia a Dios. Fue el 13 de marzo de 1962, un año antes de que Fidel mismo arremetiera en el palacio presidencial contra los jóvenes de actitudes «elvispreslianas». Dos semanas después, en una comparecencia televisiva, el líder máximo lanzó un ataque frontal contra los que denominó «sectaristas». La respuesta fue tan contundente que Escalante, con el rabo entre las piernas, emprendió un viaje hacia la meca de su religión política, la Unión Soviética, donde permanecería durante dos años. Esta situación alarmó a los líderes soviéticos, quienes temían perder las buenas relaciones con Cuba y, además, comenzaban a temer una posible invasión estadounidense. En medio de esa crisis, la Unión Soviética envió más misiles antiaéreos en abril, junto con un regimiento de tropas regulares. El despido de Escalante quizás fuera un factor motivador detrás de la decisión soviética de instalar aquellos misiles nucleares en Cuba en 1962. Tal vez les preocupaba que la ruptura de Fidel Castro con Aníbal Escalante augurara un acercamiento cubano a la República Popular China, y por ello buscaron solidificar la relación soviético-cubana a través del programa de bases de misiles. Sin embargo, lo que es indudable es que esos misiles solo trajeron consigo una marea de problemas.

–¿Por eso te fuiste, Pedro? ¿Por eso abandonaste las filas de las ORI? ¿Por el proceso Escalante?

–Me fui quizás por lo mismo que se fue el Che.

El mayor Ayala sonrió.

–No deberías andar diciendo esas cosas por ahí, Pedro, te puedes buscar tremendo lío.

Lo cierto era que la noticia había causado una enorme sensación en el mundo. Ya era bien sabido que, de la noche a la mañana, el Che había desaparecido de la vida pública, y nadie sabía dónde estaba. Tan solo hacía unas pocas semanas, en octubre de 1966, Fidel Castro, durante el acto de presentación del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, había dado lectura a una carta, escrita en enero de ese año por el médico argentino, donde renunciaba a su condición de cubano y anunciaba su partida para buscar «nuevos campos de batalla». Una carta que culminaba con cuatro palabras que se convertirían en un lema irremplazable de la Revolución, así como el famoso «patria o muerte», aquella frase, escrita de puño y letra por el Che Guevara, que dictaba: «HASTA LA VICTORIA SIEMPRE»

Lo cierto era que al médico argentino no se le había hecho mucho caso en los aspectos económicos. La mayoría de las medidas que intentaba instaurar se ponían en práctica de manera errónea, bien a propósito o porque eran malinterpretadas. Una de las más comunes, y que marcó un antes y un después en la sociedad cubana, fue la eliminación de los estímulos materiales. En realidad, el Che nunca había propuesto tal medida y, en una ocasión, incluso declaró que no negaba la necesidad objetiva de los estímulos materiales, aunque no pretendía usarlos como el instrumento primario de estimulación, sino, más bien, incrementar gradualmente la cantidad de bienes de consumo disponibles para la población, para evitar la dependencia exclusiva de estos incentivos. La triste verdad se alejaba mucho de esta visión. Detrás de esta distorsión se escondía un hecho inherente: proyectos tan radicales de transformación social como los que impulsó la Revolución cubana estaban apoyados en un armazón ideológico destinado a modificar el curso de la economía y la política. Y la prioridad recaía inevitablemente en la segunda. Los programas masivos de movilización laboral voluntaria que se desplegaron a lo largo de los años sesenta no eran solo esfuerzos para reorganizar la fuerza laboral, sino también para alimentar el respaldo popular hacia el grupo dirigente. Se

buscaba fortalecer el sistema político mediante la acción de transformación social.

En medio de estos pensamientos, Pedro Mayol no podía evitar reflexionar sobre las palabras de su hijo. Aquel joven valiente, que había abrazado los ideales revolucionarios con fervor y que ahora se encontraba atrapado en un injusto batallón de castigo. Su lealtad se había ido apagando conforme crecía. Y había comenzado a manifestarse en las escuelas y ante el Gobierno, donde, muchas veces, Pedro tuvo que meter su mano para sacarlo del apuro. La lealtad de Pedro Mayol hacia Fidel Castro seguía intacta, pues consideraba que el líder cubano había cumplido con muchas de las promesas hechas durante la lucha revolucionaria. Sin embargo, ahora su mente divagaba buscando respuestas, y lo que encontraba, sin embargo, eran nuevas dudas. Aquella Revolución en la que había depositado todas sus esperanzas, ¿acaso no tenía, también, un lado oscuro? Pedro Mayol siempre había sido cauteloso con los norteamericanos, desconfiando de su ambición de poder y su histórica tendencia a interferir y controlar los asuntos de otros países. Pero ahora se encontraba enfrentando la dura realidad de que quizás el Gobierno de Fidel Castro también estaba mostrando señales de autoritarismo y opresión. Pedro Mayol se encontraba en una encrucijada moral, debatiéndose entre su lealtad hacia el proceso revolucionario y su preocupación por los actos injustos que estaba presenciando. No podía negar que la situación de su hijo era una muestra clara de las injusticias que se estaban cometiendo. Sus ideales y su confianza comenzaban a tambalearse, pues la Revolución que había abrazado parecía estar oscureciendo la luz que una vez irradió. «Al parecer, "patria o muerte" tiene un significado demasiado literal», pensó.

El silencio, como un bálsamo reparador, envolvió a Pedro Mayol y al mayor Ayala, otorgándoles un respiro necesario en medio de la tensa conversación. Pero la seriedad pronto se apoderó de Pedro cuando decidió compartir el verdadero propósito de su visita. Entonces, relató la difícil situación de su hijo en el batallón de castigo, revelando los obstáculos infranqueables que habían encontrado al buscar justicia. Incluso su pasado como militante del PSP había sido en vano. Tomás Ayala escuchaba

atentamente cada palabra. Sin embargo, al principio, dudó de las palabras de su amigo.

–Pero eso es imposible –dijo, levantando los brazos, como a quien le narran un cuento surrealista–, hasta hace poco yo mismo vi en la *Verde Olivo* que a los que estaban en las UMAP les daban de todo.

En realidad, pensó Pedro Mayol, Ayala tenía, en parte, razón. Unos meses atrás, se había publicado, en la revista *Verde Olivo*, un artículo donde se afirmaba que a los confinados se les proporcionaban artículos esenciales, como utensilios de cocina y motocicletas, y que tenían derecho a vacaciones. Además, en el artículo se enfatizaba el aspecto humanitario del experimento, para contrarrestar las versiones que vinculaban a las UMAP con los trabajos forzados y el trato inhumano. Para ello, se difundieron varios testimonios que respaldaban las afirmaciones. Uno de ellos, Pedro Amén González, un joven de diecisiete años de origen acomodado, contaba que, antes de ingresar a las UMAP, vivía una vida de diversión y desenfreno. Sin embargo, después de las primeras jornadas de trabajo en las UMAP, su actitud cambió y el joven ratificaba que ahora veía todo de manera diferente. Valoraba el trabajo duro y se sentía capaz de realizar cualquier tarea. Afirmaba que, cuando cumpliera con el servicio militar, no podría evitar pensar en el trabajo. Además, elogió a los oficiales de las unidades y expresó su deseo de emularlos, resaltando la influencia positiva que habían tenido en él. A pesar de esto, Pedro Mayol reparó en que todos estos testimonios se insertaban en una narrativa que oscilaba entre la culpa y el perdón, en la que aquellos jóvenes reconocían sus errores, expresaban arrepentimiento y demostraban su deseo de cambiar y redimirse ante las autoridades. Ahora, ¿realmente era verdad? Según Mirtica, que era la persona más involucrada en las UMAP a la cual Pedro podía confiarle sus dudas, eran puras mentiras. La esposa del exburgués le había relatado incluso aquel primer encuentro con su hijo, donde los militares los llenaban de amenazas y predicaban que la ubicación de los reclutas era secreto militar, y que solo gracias a su amiga Altagracia, que trabajaba en el comité de reclutamiento, pudo averiguar dónde había sido enviado Ramiro, en noviembre de 1965. De esa forma, detalle a detalle, Pedro le contó lo que

sabía al mayor Tomás Ayala, que finalmente, comenzó a percibir la gravedad de situación y la urgencia de tomar medidas drásticas para resolverla.

–Si Quintín te dijo que no, solo hay una única solución a esto, Pedro –dijo el mayor, y tomó aire para pronunciar las siguientes siete letras–: Soborno.

Aquella palabra azotó el rostro de Pedro Mayol como una bofetada cruel. Era una palabra que atacaba directamente los ideales por los que una vez había luchado, una palabra que evocaba una sensación horrible en su interior. Sin embargo, la naturalidad con la que surgió de los labios de su amigo indicaba que no había otra opción y, además, insinuaba que podría haber una posibilidad de éxito. Pedro, luchando contra su propia moralidad, se vio obligado a considerarla.

–¿Qué tienes en mente, Ayala?

El mayor, con voz confidencial, mencionó al teniente coronel Espinoza, un hombre con influencias y contactos en el batallón de castigo. Según Ayala, Espinoza tenía la capacidad de hablar con los reclusos con total libertad, y eso podía abrir una puerta de esperanza. Era conocido por su afición a los placeres mundanos y su falta de escrúpulos, debilidades que podrían ser aprovechadas. El mayor se comprometió a hablar con Espinoza y concertar una cita para que Pedro Mayol pudiera encontrarse personalmente con él.

Mirtica, mientras tanto, se adentraba en un viaje hacia Jigüey, con el único propósito de encontrarse con Eddie. Su corazón latía, acelerado, mientras observaba el paisaje deslizarse rápidamente a través de la ventanilla del ómnibus. En cada parada, escrutaba los rostros de los pasajeros, preguntándose si alguno de ellos compartía su suerte. ¿Cuántos de ellos estarían escapando de la opresión, en busca de un futuro mejor? Sus pensamientos se entrelazaban con las voces estridentes de los vendedores ambulantes y el persistente ruido de las ruedas del vehículo aplastando la carretera. Llegó a su destino y se dirigió apresuradamente hacia el modesto hogar de Eddie. El atardecer lucía, ostentoso, sus colores en el cielo. La vieja puerta de madera crujió al abrirse, revelando el rostro

curtido por el sol y el mar del viejo pescador. Con una sonrisa cansada, Eddie recibió a Mirtica. En la intimidad de la sala, ella compartió las noticias sobre Ramiro. Cada palabra estrujaba el corazón del viejo pescador, que, consciente de que el tiempo apremiaba, sabía que debían adelantar los planes para la anhelada salida. Se sumergieron entonces en un mar de análisis y estrategias, donde cada detalle de la travesía fue minuciosamente examinado, los riesgos, calculados y todas las posibilidades, consideradas. El tiempo se agotaba y no podían permitirse ni un minuto de descanso.

–¿Cómo van a sacarlo, Mirtica? –preguntó Eddie.

–No lo sé. Espero que Pedro pueda averiguar cómo.

Al amanecer del siguiente día, el exburgués fue recibido por el teniente coronel Espinoza. El ambiente se cargó de una tensión palpable mientras ambos hombres se enfrentaban en una conversación que podría cambiar el destino de Pedro y de su hijo. Con determinación y sin rodeos, el exmilitante del PSP expuso la desesperada situación y el objetivo por el cual había solicitado aquella cita clandestina. El militar, astuto y ya familiarizado con los juegos de poder, dejó claro que estaba al tanto de los motivos de la reunión. Sin perder tiempo, puso sobre la mesa su precio, como un comerciante en un mercado negro de influencias. Las negociaciones se llevaron a cabo en la más absoluta intimidad. «Esto lo hago por Ayala, que es mi amigo de toda la vida», confesó Espinoza, sabiendo muy bien que la oportunidad de extraer un generoso beneficio económico de un hombre de buena posición había sido un regalo caído del cielo. Pedro Mayol no se detuvo demasiado a cuestionar las implicaciones morales y éticas de aquel pacto. Su única preocupación era que el teniente coronel cumpliera su promesa y que no apareciera al día siguiente un oficial de la Policía para arrestarlo por intento de soborno. Así, aceptó el precio, consciente de que estaba jugando una apuesta arriesgada en el tablero de la vida. La suerte estaba echada, las fichas se habían movido y ahora solo quedaba esperar y confiar en que el destino les otorgara una carta favorable

en ese juego donde las reglas eran difusas y el precio a pagar podría resultar más alto de lo imaginado.

–Una última cosa, don Pedro –dijo el teniente coronel Espinoza–, ¿cómo le hago saber a su hijo que es usted quien me envía? Porque supongo que desconfiará.

Pedro Mayol lo pensó por unos instantes. «Una palabra clave». Y entonces, como un relámpago, vino a su mente la frase perfecta.

Un par de días después, la noticia llegó a oídos de Ramiro de la manera menos esperada. El teniente coronel Espinoza, en un inusual gesto de cercanía, se presentó en la celda donde el joven se encontraba, tumbado en su rústica cama de cemento. La confusión se adueñó de Ramiro al ver la imponente figura del militar; la mera presencia de Espinoza generaba un murmullo inquietante entre los demás prisioneros, quienes especulaban sobre el propósito de su visita. Ramiro, en su ingenuidad, supuso que tal vez se trataba de un traslado, ya que no era habitual que un oficial de su categoría merodeara por aquellos inhóspitos pasillos. Pero la realidad que se revelaría en los siguientes instantes era mucho más intrigante y decisiva para su destino. Espinoza, consciente de la necesidad de discreción y privacidad, ordenó a los demás oficiales que abandonaran la celda. Ramiro aguardaba impaciente a que el militar rompiera el silencio y revelara el verdadero propósito de su visita.

–Te traigo un recado importante, Ramiro –dijo Espinoza, casi susurrando.

–¿Qué tipo de recado? –preguntó el burguesito.

Sentía un ardor inusual en la garganta, seguramente porque hacía mucho tiempo que no salía de su boca otra cosa que no fueran gritos.

–Uno que te envía un viejo pescador diciendo que te espera en el faro encantado.

Espinoza, al escuchar las palabras clave que le había dado Pedro Mayol días antes, no se había cortado al admitir que le parecía ridículo, pero el exburgués le había respondido: «Haga lo que le digo, él entenderá».

Los ojos de Ramiro estallaron en luz. ¿Había escuchado bien? Se levantó de un tirón y miró fijamente a Espinoza.

–Te escucho.

–Bien, el oficial de guardia va a dejar entreabierta la reja de la celda para que puedas salir. Eso tiene que ser a medianoche, que es cuando hay cambio de guardia y todos están más distraídos. Cuando salgas, dirígete a la segunda posta, allí escondido en la maleza hay un camino que te lleva a la carretera principal. Cuando llegues, te van a estar esperando.

–¿Cuándo va a ser eso?

–Pasado mañana.

El plan sonaba arriesgado y había muchos factores que podían salir mal, pero Ramiro estaba dispuesto a correr ese riesgo, con tal de recuperar su libertad. Espinoza se despidió sin más y Ramiro pasó las siguientes horas debatiéndose entre arriesgarse o no hacer nada. El día del escape finalmente llegó, el ambiente se envolvió con una tensión palpable y una expectación cargada de esperanza. Bajo el manto de la oscuridad, mientras la luna se ocultaba tímidamente entre nubes fugaces, Ramiro sintió cómo el oficial giraba sigilosamente la cerradura de su celda, y actuaba como si nada estuviera sucediendo. Fue entonces cuando el joven soldado, conocedor de los riesgos y con el corazón palpitando en su pecho, decidió deslizarse cautelosamente fuera de los confines de su prisión. Cada movimiento, cada paso, estaba impregnado de un latido acelerado que resonaba en la quietud de la noche. Ya no había marcha atrás. Los pasillos del batallón de castigo parecían susurrarle palabras de aliento mientras avanzaba con una cautela milimétrica. Las sombras se abrazaban a su figura, ocultándolo de las miradas vigilantes, y cada puerta que se abría ante él se convertía en un rayo de esperanza en medio de la opresiva oscuridad. Reconoció a cada oficial que lo había maltratado, cada rincón donde había sufrido los abusos y cada lugar en el que había derramado lágrimas de impotencia. Sigiloso y resuelto, se dirigió hacia la segunda posta, aprovechando siempre el abrazo de la noche. La maleza espesa cedía ante sus pasos decididos, mientras el sendero, apenas visible, lo guiaba hacia la carretera principal. En un giro sorprendente del destino, divisó a un solo oficial en la posta, ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor mientras disfrutaba de un cigarrillo. En el momento en que el oficial entró en la garita, tal vez para sumirse en una

breve siesta, Ramiro atravesó los límites de aquella unidad penitenciaria. El crujir de las hojas secas y el susurro del viento se fundían con sus pensamientos en un patakí de libertad. Cada paso lo acercaba más a la ansiada liberación. Los árboles parecían interrogarlo con sus ramas extendidas, mientras las sombras se estiraban y retorcían a su paso. Ramiro no se dejó amedrentar. Su determinación era más fuerte que cualquier sombra de duda o temor. Llegó a la carretera principal, un umbral que marcaba el límite entre su antiguo encierro y la promesa de un nuevo comienzo. En la distancia, divisó un vehículo que aguardaba pacientemente. Caminó lento, aún desconfiando, hasta que la puerta se abrió y una figura familiar se reveló en el asiento del conductor.

Pedro Mayol, con una sonrisa cargada de alivio, lo abrazó con fuerza. En ese abrazo, sincero y profundo, se selló el encuentro, trascendiendo el tiempo y el sufrimiento acumulados. En ese instante, Ramiro supo que había dejado atrás el oscuro encierro, que sus pasos, valientes y decididos, lo habían conducido hacia la anhelada libertad.

–¿Tú? ¿Papá? ¿Tú estás detrás de todo esto? –preguntó Ramiro.

–Discúlpame, mijo, tenías tanta razón. ¡Mírate, coño! ¡Mira lo que han hecho contigo!

Los ojos de Pedro Mayol se humedecieron y comenzaron a brotar dolorosas lágrimas. Descubría ahora, ante la luz ámbar de los faros del coche, los horrores que había sufrido su hijo. Lo delgado que estaba, lo descuidado y sucio que se veía.

–No pasa nada, papá. Estás aquí, y eso es lo importante.

Pedro Mayol se enjugó las lágrimas y volvió a la realidad.

–Tenemos que irnos de aquí ya. Espinoza me dijo que podía sacarte, pero que tenía que dar la alarma de fuga para no sufrir consecuencias por parte de la jefatura.

–Pero ¿adónde vamos?

–Lejos de aquí, hijo, muy lejos.

Juntos, padre e hijo se adentraron en la noche, dejando atrás los pesares y los recuerdos amargos como una sombra que se desvanece. Cada paso resonaba con la fuerza de una decisión valiente y el latir inquebrantable de

su determinación. El firmamento estrellado parecía celebrar su huida, iluminando el camino con destellos de esperanza. Bajo su guía celestial, marcharon hacia un horizonte desconocido, pero lleno de promesas. Llegaron a Jigüey cuando la madrugada y el sereno ya cubrían el mundo con su manto oscuro y misterioso. Allí, Eddie, Mirtica y la mulata los esperaban con los brazos abiertos, anhelando ese reencuentro que parecía imposible. Los abrazos se hicieron eternos. Mirtica, en medio de su emoción, prefirió sumergirse en la certeza de que su hijo estaba vivo y a salvo, dejando que las lágrimas fueran testigos silenciosos de su desahogo, aunque, en la intimidad de la casa, en lo más profundo de su corazón de madre, el dolor seguía latente al recordar la horrible imagen de Ramiro en aquel estado deplorable. Eddie y el burguesito se prepararon para partir en el bote, cargado de provisiones para el arduo viaje que los esperaba. Ahora, todo dependía del primer paso que dieran juntos, el primer paso hacia la libertad que tanto ansiaban. El bote se desprendió lentamente de la seguridad de la tierra firme, adentrándose en las aguas oscuras y misteriosas del mar, sin otros testigos más que Mirtica, que agitaba su mano delicada y fuerte, Pedro Mayol, que sonreía nostálgico, y la mulata, cuyos gruesos lagrimones caían con fuerza en el suelo pedregoso. La luna, cómplice de su fuga, se ocultó tras un nubarrón, brindándoles la intimidad necesaria para que sus sueños no fueran descubiertos por miradas indiscretas. A medida que se alejaban, Ramiro creyó ver una luz dorada que se encendía en el horizonte, como un faro mágico que los guiaba hacia una nueva vida. «Allá está el faro encantado», pensó, con determinación. «Allá me espera una mejor vida, lejos de esta mierda de país».

Era noviembre de 1966, Eddie remaba en silencio, y pocas horas después de la partida, cuando los primeros rayos de luz adornaron la aurora de aquel primer amanecer de los diez que vivirían en alta mar, se volvió hacia su compañero y, con una voz llena de emoción contenida, le dijo:

–¡Ahora sí, chamaco! ¡Ahora sí somos libres!

Quince

Rivero se encontraba atrapado en un laberinto de incertidumbre. Los días transcurrían sin novedad, como un eterno vaivén en el que el tiempo parecía detenerse. Ansiaba desesperadamente recibir una señal, una palabra que le confirmara que Ramiro estaba a salvo. Pero el silencio sepulcral que envolvía su existencia solo alimentaba sus miedos y lo sumergía en un mar de interrogantes sin respuesta. Las noches eran especialmente crueles y, en la soledad de su celda, se veía acosado por imágenes y recuerdos fragmentados de su amigo. Revivía los momentos que pasaron juntos, la complicidad en sus miradas, la fortaleza que Ramiro siempre demostraba. Sin embargo, también se veía invadido por el temor camuflado en los ojos del burguesito, esa mirada que transmitía un sentido de peligro inminente. La carta que había enviado a Mirtica en septiembre de 1966 parecía haberse perdido en un precipicio oscuro y sin retorno. No había recibido respuesta alguna, ni un atisbo de confirmación de que su mensaje hubiese llegado a su destino. Por su mente transcurrían un sinfín de posibilidades aterradoras. ¿Qué le habría ocurrido a Ramiro? ¿Estaría a salvo en aquel infierno al que lo habían arrojado? Noche tras noche, lo asaltaban la inquietud y las pesadillas. Los sueños se convertían en espejos distorsionados de su angustia. Despertaba, sudoroso y agitado, con el corazón palpitando, desbocado. Se debatía entre la desesperación y la esperanza, entre el temor de enfrentar la verdad y el anhelo de que todo fuese solo un mal sueño.

A finales de noviembre, en la mañana de un día soleado y apacible, un camión arribó a la Unidad Militar. Un oficial, que se presentó como el sargento Bolaños, citó a Rivero y a otros tres soldados más a la jefatura.

Reunidos en el área de personal, Bolaños anunció que serían trasladados a la jefatura de la agrupación de Esmeralda, desde donde partirían hacia su nuevo destino: Vertientes. Rivero quedó perplejo, pues comprendió que su solicitud de traslado, que enviara a Nuno dos meses atrás, había sido aprobada. Al finalizar la reunión, le entregaron una carta que debía presentar en Vertientes como señal de su llegada. Rivero sabía que no podía perder ni un instante, así que emprendió el viaje enseguida. El camión lo condujo primero a la jefatura de la agrupación de Esmeralda y desde allí, continuaron su travesía hasta el entronque de la carretera central con la de Vertientes. El paisaje que se desplegaba frente a los ojos de Rivero era cautivador. Los campos de caña recién cortados se extendían hasta donde alcanzaba la vista, como un mar dorado acariciado por el sol del mediodía. El calor agobiante se adhería a su piel, pero su mente estaba ocupada en lo que le depararía su nueva morada. Finalmente, llegó a Vertientes y se dirigió al Comité Militar. Allí entregó la carta que le habían dado en la jefatura de Esmeralda y, a cambio, le facilitaron una carta de presentación dirigida al capitán Domingo, el jefe de la Unidad que se encontraba en la carretera de Camagüey a Nuevitas, cerca del aeropuerto. Rivero sentía una mezcla de ansiedad y expectativa, mientras se adentraba en aquel complejo militar imponente, con sus edificios de gran panel soviético. Le asignaron una habitación con agua, corriente y electricidad, un privilegio que nadie daba por sentado. Cada día, Rivero se levantaba con la sensación de haber encontrado un oasis en medio de aquel mundo militar. El comedor, ubicado en el edificio contiguo, era el escenario de encuentros entre los soldados. Los momentos de camaradería y risas eran una válvula de escape en medio de la monotonía de su labor. Rivero formaba parte de una Unidad que se dedicaba a la producción de vigas pretensadas en una planta de prefabricados. Su tarea consistía en cubrir los moldes con un producto grasiento, una labor minuciosa pero necesaria para garantizar la eficiencia en la producción.

Con la experiencia acumulada, las jornadas laborales no resultaban tan abrumadoras ni agotadoras para Rivero como lo habían sido en el pasado. Sin embargo, el trabajar sin descanso durante todo el día despertaba, en él y

en sus compañeros, un hambre voraz. Como leones hambrientos, acudían al comedor y devoraban grandes bocados de comida para saciar su ávido apetito, como un ritual, dejándose llevar por el instinto primario de supervivencia. Pero las noches tenían un atractivo especial. Después de la formación de las ocho de la noche, un grupo de soldados se aventuraba hacia la periferia de la agrupación, en busca de algo que les brindara un respiro, una pequeña dosis de alegría en medio de aquel mundo militarizado. Rivero, en un principio, prefería descansar y recuperar fuerzas para el día siguiente. Sin embargo, un sábado, movido por la curiosidad, decidió adentrarse en aquel mundo desconocido. El grupo se aglomeraba en torno a un pequeño escenario improvisado. En el centro, como un tesoro oculto entre las cabezas, se encontraba un muchacho delgado, de gafas redondas, que cantaba, armado con una guitarra. Rivero se acercó y su corazón le dio un vuelco al reconocer la melodía que inundaba el aire. Era el sonido inconfundible del *feeling*, ese género musical que se había apoderado de la isla y que había conquistado los corazones de todos los cubanos.

El *feeling* había nacido décadas atrás en el barrio de Cayo Hueso, en el corazón de La Habana, cuando un grupo de compositores e intérpretes se reunía en la residencia de Ángel Díaz para compartir su arte y crear melodías que conmovieran el alma. Desde entonces, se había extendido con una popularidad arrolladora, incluso trascendiendo las fronteras de Cuba, para ser acogido por otros países como Puerto Rico y México. En cada rincón de La Habana se escuchaban los mismos versos –«palabras, aléjate de mí con tus palabras, aléjate bien pronto de mi vida, y busca un corazón que las reciba»–, acompañados con aquella «Noche cubana», de César Portillo. Todos iban escoltados por una guitarra, ese irreemplazable y legendario instrumento de la trova cubana que permitía mágicamente al cantante expresar a plenitud, con total libertad, lo que sentía. Pero habían pasado veinte años de aquel *feeling* y el público cubano, con ese oído musical tan exquisito y refinado, y casi sin saberlo, pedía cambios, arrastrado por la alegría del triunfo revolucionario y también por aquella beatlemanía que se había extendido por el mundo, a ritmos de «Love Me

Do», «She Loves You» o «I Want to Hold Your Hand». Entonces, había aparecido, como por arte de magia, ese chiquillo flacucho que, influenciado por paradigmáticos artistas cubanos como Los Compadres y la orquesta Almendra, había logrado crear su propio estilo. Sentado con la guitarra sobre las piernas, en medio de aquel círculo de embelesados espectadores, estaba Pablo Milanés.

La voz de Pablo Milanés despertaba un sinfín de emociones en el corazón de los cubanos, una chispa de esperanza que muchos anhelaban desde hacía mucho tiempo. Sus melodías y letras penetraban en lo más profundo de sus almas a través de una nueva forma de expresión, un nuevo estilo que marcaba la diferencia. Desde su debut en el St. John Club, entonando los versos de «El día», de Luis Demetrio, nadie podía imaginar que aquel joven trovador de veintiún años se convertiría en un referente indiscutible de la canción cubana. Sin embargo, la vida de Pablo había dado un giro inesperado en julio de 1966, cuando fue convocado a cumplir el servicio militar en el segundo llamado de las UMAP. Apenas tuvo tiempo para despedirse de su esposa y de su madre antes de ser llevado a la agrupación de Vertientes, donde fue recibido por una multitud de militares armados y amenazantes, como ocurría en todas las unidades. Al principio, Pablo se sentía comprometido con la causa revolucionaria y con el deber de cumplir con el servicio militar. Sin embargo, pronto se vio envuelto en un ambiente lleno de horrores e injusticias que nunca habría imaginado. Mientras la venda de sus ojos iba cayendo, él buscaba refugio entre las páginas de algunos libros que sus amigos más cercanos pudieron llevarle. Uno de ellos, titulado *Un día en la vida de Iván Denísovich*, que contaba un escalofriante testimonio de la crueldad sufrida por millones de deportados en los campos de trabajo soviéticos, le recordaba la importancia de mantenerse firme y luchar por la justicia, incluso en los momentos más oscuros. A pesar de las dificultades, Pablo jamás permitió que la tristeza lo consumiera. Buscaba cualquier oportunidad para desarrollarse como artista, para alimentar su pasión y tejer cada fibra de su ser, que lo llevaría a cumplir su gran sueño de revolucionar la música. Tenía la certeza de que aquella pesadilla terminaría algún día, y cuando llegara ese momento,

seguiría adelante, porque aún le quedaba mucho por hacer. Pero, a medida que pasaban los meses, el peso de la opresión se le hacía cada vez más insoportable. Las humillaciones y maltratos infligidos por aquel sistema represivo habían calado en lo más profundo de su ser, erosionando su espíritu y llenándolo de desesperanza. En un momento de debilidad y desorientación, sucumbió ante la presión y colaboró en la escritura de una obra teatral junto a su amigo, Ricardo Barber. Una obra que ensalzaba a sus opresores y traicionaba, en consecuencia, su propia esencia y sus convicciones más íntimas. La repercusión fue abrumadora y, pronto, llegaron en avalancha las invitaciones para presentarla en otras unidades. Sin embargo, Pablo y Ricardo, atormentados por su equivocación y por la conciencia de haberse vendido a la opresión, decidieron no volver a representarla. Inventaron excusas y pretextos, buscando esquivar cualquier oportunidad de repetir aquel acto de traición. La vida en la Unidad se volvía cada vez más insostenible para el trovador. Cuatro meses después de su llegada, la desesperación y la angustia lo consumieron y así se lo hizo saber a su esposa, Olga, en una carta desgarradora donde dejó fluir toda su tristeza y desolación. Le contó que las humillaciones y el maltrato habían penetrado en su ser hasta lo más profundo, amenazando con extinguir su espíritu y su cordura. Temía que sus fuerzas se quebraran por completo y se viera arrastrado hacia la locura, si pasaba un día más en aquel lugar. La desesperación de Olga fue inmensa al leer aquellas palabras cargadas de dolor y, consciente de que no podía permitir que su amado esposo se hundiera en la oscuridad, decidió actuar. Reenvió la carta al comandante Juan Almeida, un alto dirigente de las Fuerzas Armadas, buscando su intervención y ayuda para rescatar a Pablo de aquel tormento. Almeida, unos días más tarde, se comunicó con la madre de Olga, llamando a la calma y aconsejándole que orientara al muchacho a no cometer locura alguna, y prometiendo una visita personal a la Unidad tan pronto como fuera posible.

Así se encontraba Rivero, hundido en aquel encuentro musical con el trovador. Las notas de «Mis veintidós años» resonaban en el aire, esa canción que, sin que nadie aún lo supiera, había iniciado una nueva etapa

musical en Cuba, conocida posteriormente como la «nueva trova». El mes de diciembre se desvanecía lentamente, cediendo el paso a la llegada de la Navidad, donde la fe católica de Rivero cobraba una fuerza renovada. En cada acorde y cada verso, la música se convertía en su plegaria, en su forma de comunicarse con lo divino, donde encontraba un refugio para su alma atribulada. El lamento melancólico de la voz de Pablo se fundía con los acordes de su guitarra, y del conjunto germinaba una emotiva sinfonía que trascendía el tiempo y el espacio. Rivero dejó que la música lo envolviera.

El auditorio se sumió en un silencio expectante cuando el último acorde se esfumó. Y el trovador, con su magnética presencia, capturó la atención de todos.

–Esta canción la compuse recientemente y la titulé: «Catorce pelos y un día», como los catorce pelos de alambre que nos rodean y que nos impiden avanzar y estar con quienes queremos. Quiero, por otro lado, invitarlos a hacer una recolecta, así que todo el que quiera donar, aunque sea un medio, que se lo dé, aquí, a mi amigo Lengua.

El ambiente se llenó de una energía solidaria, y aquellos que tenían algo que ofrecer se acercaron a Lengua para dejar su aporte. Mientras tanto, Pablo volvió a tomar el instrumento con delicadeza, sus manos comenzaron a deslizarse con destreza sobre los trastes y su voz llenó cada rincón del lugar. Rivero se abandonó a la magia de la música, y dejó que la guitarra de Pablo, puente entre el artista y su público, se le clavara en el corazón.

> Catorce pelos y un día me separan de mi amada,
> catorce pelos y un día me separan de mi madre,
> y ahora sé a quién voy a querer
> cuando los pelos y el día los logre dejar.

¡Esos cuatro versos decían tantas cosas! Mostraban, en su brevedad, todas las experiencias vividas en aquel año de sufrimiento y lucha. Eran un eco de las verdades más crudas, un grito contenido que expresaba la rabia, la impotencia y la esperanza de todos aquellos jóvenes confinados en las UMAP. Las imágenes se agolpaban en la mente de Rivero: el recuerdo de la

persecución del Volga; la figura imponente de monseñor Enrique y del padre Meurice; la majestuosidad de la Ciudad Deportiva, testigo mudo de tantos sufrimientos y resistencia; el recibimiento del comandante Silva en la Unidad 2047; los moretones de Aldo y las agotadoras jornadas de la zafra azucarera, donde los cuerpos se desgastaban mientras los sueños de libertad se mantenían vivos. La presa Caonao y la enemistad del teniente coronel Higinio, que casi lo había condenado al batallón de castigo. El central Brasil y el espanto del juicio que lo separó de Ramiro, ese golpe demoledor que resquebrajó su espíritu, pero no su determinación. Aquella canción era un himno de resistencia y de unidad, un canto de esperanza que sí lograba escapar de las barreras impuestas por aquel sistema opresor. Más tarde, Rivero regresó a su habitación con la melodía tatuada en su mente y en su corazón, recordando las voces unidas, cantando a susurros. Pero todos sabían que en sus ojos brillaba el fuego resiliente, el reclamo de la lucha por la libertad y la dignidad humana, un grito mudo de rebeldía y unión, como una forma de decir: «No estamos solos, somos muchos los que anhelamos un país mejor».

Esa misma noche, finalizado el recital, Pablo Milanés escapó de la Unidad. Lo hizo porque corrían rumores de que se iba a celebrar una reunión donde se admitiría que todo aquello era un error, porque no podía ser posible que estuvieran recluidos cientos y cientos de jóvenes en esas desastrosas unidades del terror, porque ya la existencia de las UMAP se había hecho pública en el mundo entero. Y todo gracias a Paul Kidd, un reportero canadiense que había recorrido Cuba durante doce días, desde finales de agosto hasta principios de septiembre de 1966 y que publicó, el 9 de noviembre de ese año, un artículo en *Deseret News*, que dio a conocer a la palestra internacional la existencia de las UMAP, un escrito cuyo título ya mostraba la intención sensacionalista del autor: «Castro's Cuba: Police Repression is Mounting». Desde una perspectiva que buscaba encontrar similitudes con el estalinismo, Kidd expuso datos sin revelar sus fuentes, incluyendo la impactante cifra de treinta mil reclutas agrupados en todo Camagüey. A pesar de sus expectativas de una represión más severa, el periodista se sorprendió al poder recorrer la isla con total libertad, visitar los

campos y tomar fotografías. El artículo de Paul Kidd provocó un gran revuelo, poniendo en entredicho la integridad de la Revolución y manchando la reputación de las UMAP. Ante el hecho, las especulaciones entre los reclutas se avivaron, alimentando la esperanza de que pronto serían disueltas las unidades, y que aquel oscuro capítulo de sus vidas llegaría a su fin.

Aquella noche, Pablo Milanés y su amigo habían organizado aquel recital clandestino en la Unidad Militar, donde lograron mantener en secreto su plan y convocar a una audiencia selecta. Entre las donaciones generosas de los asistentes, reunieron una suma de dinero suficiente para cubrir los gastos de transporte y escapar de aquel infierno. Entonces, ya en la madrugada, se lanzaron a la huida, caminando toda la noche, enfrentando el cansancio y los temores que los acechaban. Cada paso era un acto de valentía; cada momento de descanso, una oportunidad para recobrar las fuerzas y continuar. Fue al amanecer, cuando el sol asomaba tímidamente por el horizonte, cuando llegaron, exhaustos, a Sancti Spíritus. Horas más tarde, Pablo estaba en La Habana. Y cuando su esposa lo vio, despeinado, sucio y con la lengua más blanca que un papel, solo pudo llevarse las manos a la cabeza, para luego gritarle: «¡¿Pero qué tú haces aquí, muchacho?!».

Durante unos pocos días, pudo disfrutar de un merecido descanso, alejado finalmente del agobio de la Unidad Militar de Vertientes. Sin embargo, la preocupación de su madre por su seguridad y el temor a las represalias no le dejó más opción que enfrentar su destino y entregarse. Decidió buscar nuevamente a Almeida, con la esperanza de que el comandante intercediera por él, pero no tuvo suerte. En lugar de obtener impunidad, fue enviado a la prisión de La Cabaña esa misma tarde, donde quedó confinado durante aproximadamente un mes.

La Navidad llegó, por fin. Rivero conservaba el recuerdo del trovador como un inmenso tesoro. Y no fue el único. Poco antes de fin de año, mientras una luna llena envolvía, impávida, cada rincón de la Unidad, Rivero avanzaba con cautela hacia el lugar donde un joven testigo de Jehová había sido cruelmente castigado. La escena era desgarradora, con el recluta colgado de un palo, expuesto a los implacables mosquitos, que lo

acechaban sin piedad. Conmovido, se acercó sigilosamente, llevando consigo un poco de agua para aliviar su sed. Su corazón latía con fuerza, consciente de que estaba desafiando las reglas. Sin embargo, no podía quedarse de brazos cruzados. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, pudo escuchar la melodía que escapaba de los labios del testigo de Jehová: «Catorce pelos y un día… me separan de mi amada». Y Rivero descubrió una lágrima recorriendo sus mejillas. Esa lágrima solitaria, testigo de su dolor y su esperanza, brilló en medio de la oscuridad como una pequeña llama de resistencia. Era el símbolo de todas las lágrimas derramadas por los que sufrían en silencio. No se avergonzaba por ello, al contrario, era un acto de liberación, una rendición momentánea al peso de las emociones que llevaba consigo. Al mismo tiempo, se preguntaba dónde estaba Dios, que permitía que este joven sufriera, que él mismo sufriera, que Ramiro, su amigo, sufriera. En medio de la noche silenciosa, con la canción de Pablo impregnando el aire y la presencia invisible de aquellos que luchaban a su lado, Rivero se permitió, por primera vez desde que pisara las UMAP, llorar de dolor.

Dieciséis

El padre Meurice se acomodó en el antiguo escritorio de madera mientras sus pensamientos quedaban envueltos en la bruma de la epifanía que marcaba el inicio de un nuevo año. Era enero de 1967 y las responsabilidades de monseñor Enrique, dictadas por las decisiones del papa Pablo VI, se multiplicaban. Ese año, en particular, debía llevar a cabo un anuncio crucial: la designación de un arzobispo auxiliar para compartir las responsabilidades de la diócesis. Dos nombres destacaban como favoritos para el puesto: el camagüeyano Francisco Oves, con una historia marcada por su expulsión de Cuba en 1961 y su posterior readmisión en 1965, a petición del representante de la Santa Sede, Cesare Zacchi, y el propio padre Meurice. Sin embargo, en medio de este dilema, el canciller santiaguero parecía más absorto en un intento de comprender la tumultuosa trayectoria social de Cuba desde aquel trascendental triunfo de 1959 hasta la fecha presente. La máquina de escribir, dispuesta a perforar el folio con ideas, cobró vida bajo sus dedos, y las teclas empezaron a repicar.

> El viajero que arriba a la tierra de Cuba se encuentra inmediatamente asediado por una impresión angustiosa, una sensación que se ciñe sobre el país desde todos sus flancos. Cuba, ese rincón enclavado en un mundo hostil, pareciera estar cercada, aislada, como una nación que ha sido condenada por fuerzas más allá de su control. A pesar de llevar consigo un espíritu de lucha que desafía lo imaginable, la sombra de un país sitiado se palpa en el aire, se siente a cada paso, es parte del día a día. Aunque la llama de la contrarrevolución no amenaza seriamente con incendiar el terreno de una sublevación interna, los cubanos saben que la balanza internacional puede inclinarse en cualquier momento, y que el espectro de una intervención militar directa en su territorio nunca

queda del todo desvanecido. Así, el país yace en estado de alerta perenne, sus recursos movilizados masivamente, siempre preparado para enfrentar el peligro que acecha desde el exterior. En este panorama, lo que más sorprende es la capacidad de adaptación que exhibe la población ante esta realidad ineludible. La vida sigue su curso como siempre: los cabarets y restaurantes bullen de actividad, el espíritu festivo que caracteriza al pueblo persiste con viveza y alegría. En resumen, los cubanos, y me refiero a la gran mayoría de ellos, han aprendido a vivir en peligro. Sin embargo, aquel que confunda esta proverbial alegría con debilidad estaría completamente equivocado. Cuba, en la actualidad, es una tierra de ciudadanos armados, con el Ejército mejor preparado y equipado de toda América Latina. El servicio militar obligatorio se extiende hasta los veintisiete años, una práctica que abarca a todos, incluso a las mujeres. Todos aprenden a manejar un arma, y la movilización, tanto del Ejército regular como de las milicias populares, puede ser activada en un abrir y cerrar de ojos. El pulso de esta nación se siente, latente de preparación constante, una respuesta unificada ante las amenazas que acechan desde fuera. Es como si cada cubano llevara consigo un escudo invisible, una armadura de determinación y unidad que se ha forjado en el fuego del desafío continuo. La vida cotidiana, a pesar del peligro que se cierne, no se doblega. Los cubanos son maestros en el arte de vivir con una sonrisa a pesar de la incertidumbre, con una resiliencia que habla de una fortaleza innegable. En medio de la adversidad, han tejido una trama de resistencia que va mucho más allá de la superficie, una determinación que se alza como un monumento a la capacidad humana de sobreponerse a las circunstancias más desafiantes.

Es innegable resaltar que la educación inculcada en los niños y jóvenes se cimenta firmemente en los pilares del marxismo-leninismo. Una generación en pleno proceso de formación, con edades que fluctúan entre los quince y los veinticinco años, ha tenido el privilegio de experimentar de manera intensa los cambios revolucionarios, absorbiendo profundamente la visión socialista del ser humano y de la sociedad que la Revolución promueve. Estos jóvenes han sido impregnados con un alto grado de politización, manifestando una inclinación revolucionaria arraigada. Tal orientación es una consecuencia lógica del enfoque constante tanto en la educación como en la propaganda del Gobierno revolucionario, enfocado en la creación de una nueva sociedad y en la gestación de un nuevo tipo de ser humano, sustancialmente diferente de aquel que imperaba en la Cuba prerrevolucionaria. La noción del «hombre nuevo» fue legada a la sociedad cubana por el icónico Che Guevara, un visionario que aboga por una Revolución de raíces profundas, capaz no solo de transformar las estructuras sociales y políticas, sino también de transmutar la esencia misma del ser humano.

Según esta visión, el «hombre nuevo» va más allá del egoísmo y del consumismo, rasgos típicos del capitalismo. Este individuo estaría dispuesto a sacrificar sus intereses personales por el bienestar colectivo, sería valiente, solidario, comprometido con la justicia y el avance de su sociedad. Para llevar a cabo esta tarea, el Partido Comunista Cubano se entrega con fervor, a través de la Juventud Comunista y los Comités de Defensa de la Revolución. Esfuerzos que buscan moldear a la juventud, no solo como instrumento de continuidad del sistema, sino como agentes de cambio, portadores del fuego revolucionario y custodios de un ideal que busca redefinir la noción misma de humanidad. La educación, la propaganda, el compromiso y la orientación política se entrelazan para dar forma a una generación que, bajo el ala protectora del hombre nuevo, pretende dar luz a una Cuba también nueva, arraigada en los principios de justicia y equidad que la Revolución persigue.

Los jóvenes se entregan, en cuerpo y alma, a la causa revolucionaria, trabajando incansablemente día y noche, en todas las horas y en cada rincón donde sea necesario. Son, de hecho, líderes en potencia, dotados de un espíritu laborioso que asombra. Movidos por un fuerte sentido de misión, viven una vida austera, rozando casi lo que podríamos llamar puritano, aunque esto parezca contrastar con el reconocido grado de alegría de la vida cubana. Son estos jóvenes quienes asumen la ardua tarea de adentrarse en los campos para alfabetizar, quienes se sumergen de lleno en las labores agrícolas, y quienes realizan esfuerzos adicionales más allá de lo requerido. Su compromiso es profundo y genuino, caracterizado por la entrega total a la causa revolucionaria, que persigue cambiar el curso de la historia cubana. La juventud comunista se convierte, así, en un bastión de la transformación, encarnando los valores del trabajo duro, la dedicación a la comunidad y la voluntad inquebrantable de avanzar hacia un futuro más equitativo y justo. Su labor es fundamental, y representa no solo el futuro de Cuba, sino también la esencia misma del cambio que la Revolución persigue instaurar. Aquellos jóvenes, sin embargo, que no desean sumarse al cambio son objeto de críticas crueles, de ostracismo y humillación. Esta actitud, tan evidente en las UMAP, castiga a muchos jóvenes religiosos por su negativa a portar armas, basando su decisión en los dictados de su fe. El peso de esta disidencia se ve reflejado en diarios, revistas y caricaturas humorísticas, que a menudo no escatiman en burlas y señalamientos despectivos hacia quienes se oponen al rumbo impuesto. Estos siervos no conformes, en ocasiones marginados y ridiculizados, enfrentan una lucha en varios frentes. En un sistema en el que la conformidad es premiada y la disidencia es castigada, se ven desafiados a mantener sus principios y creencias, a pesar de las presiones sociales y políticas.

Lo que resulta innegable en una sociedad como esta es que no existe lugar para la ociosidad. Todos deben estar comprometidos en la construcción del socialismo. Es imperativo recordar que Cuba es aún un país con recursos limitados, y esta condición se ve agravada por el bloqueo que enfrenta. La imagen actual de Cuba dista mucho de la opulencia; la racionalización y la escasez son realidades palpables. No se encuentran vitrinas abarrotadas de ropa ni estantes llenos de alimentos y bebidas en los supermercados, como sucede en Europa. A tan solo diez kilómetros de La Habana comienza un mundo diferente, los bateyes recuerdan a las chozas africanas y el arduo trabajo agrícola se realiza a mano. Ningún cubano que haya dedicado tiempo a cortar caña puede dudar del subdesarrollo de su país, aun si personalmente tiene acceso a publicaciones como *L'Express* cada semana o lee en varios idiomas. Es importante recordar que esta escasez afecta a todos por igual. La austeridad en bienes de consumo se aplica a todas las capas de la población, lo que, inevitablemente, conduce al racionamiento de alimentos y ropa. Cuba no es, ciertamente, un paraíso para los consumidores de la clase media alta. Más bien, se vive con frugalidad, haciendo malabarismos con los recursos disponibles. No existe una clase ociosa y privilegiada que se beneficie de los recursos del país, sino un sistema que aspira a eliminar las divisiones de clase. Podemos opinar a favor o en contra, pero su existencia es incontestable. No quiero decir con esto que en Cuba se hayan erradicado por completo las diferencias de clase, ni que la lucha de clases haya sido definitivamente eliminada. Lo que quiero expresar es que las diferencias de clase más notorias han sido niveladas en la medida en que las circunstancias históricas y sociológicas lo han permitido. De hecho, las antiguas clases privilegiadas ahora se encuentran al margen del proceso revolucionario, viven en el exilio o en prisión.

Es vital subrayar que, en el curso del proceso revolucionario desatado en Cuba a partir de 1959, ha sido indispensable aplicar medidas de represión contra los elementos opuestos a la Revolución. En Cuba no se tolera la libertad de conspirar contra el sistema revolucionario. Esto es un hecho incontrovertible. Además, es válido afirmar que, como ocurre en cualquier proceso revolucionario, la represión de los adversarios de la Revolución se intensifica a medida que crece la amenaza de un retroceso en el proceso revolucionario. Tras la invasión de Playa Girón y la Crisis de Octubre, la necesidad de represión ha ido decreciendo, al sentir una menor amenaza interna. Los Comités de Defensa de la Revolución y el Ministerio del Interior tienen la responsabilidad de vigilar y reprimir cualquier actividad contrarrevolucionaria. En Cuba, no existe un sistema de democracia representativa. Más bien, prevalece una dictadura de orientación izquierdista, liderada por el Comité Central del Partido

Comunista de Cuba y su primer secretario, el comandante Fidel Castro. Se trata de una dictadura que cuenta con un sólido respaldo popular y que, dadas las circunstancias de un país sometido a bloqueo y constantemente amenazado, se ve compelida a llevar a cabo una activa lucha contra los enemigos, tanto internos como externos, de la Revolución.

Por otro lado, la gran mayoría de los intelectuales en Cuba no se sienten alienados de la sociedad en la que viven, sino que se identifican con ella. Naturalmente, existen excepciones. Algunos no han logrado aceptar plenamente la transición hacia el socialismo y han optado por abandonar el país. Otros, debido a su formación ideológica, no pueden expresar desacuerdo abierto con la Revolución, pero, aun así, han decidido quedarse en Cuba. Uno de los aspectos atrayentes de la Revolución cubana ha sido su apertura hacia la creación artística y literaria sin imponer criterios predefinidos, como los del «realismo socialista». En Cuba, los intelectuales no deben ajustarse a patrones rígidos de expresión artística o literaria. Pueden experimentar, explorar las formas más diversas de expresión. Existe una única restricción: no escribir en contra de la Revolución. Fidel Castro dejó esto perfectamente claro con sus palabras a los intelectuales: «Dentro de la Revolución, todo. Fuera de la Revolución, nada». Por lo tanto, se puede afirmar que no hay libertad para escribir en contra de la Revolución. Sin embargo, existe libertad para evaluar críticamente ciertos aspectos, pero siempre desde una perspectiva revolucionaria.

Cuba permanece en el Caribe. Ningún esfuerzo logrará hacerla desaparecer como por arte de magia. Representa una nueva forma de sociedad que, a pesar de sus desafíos internos y externos, solo podría ser destruida mediante una invasión masiva liderada por Estados Unidos. La Cuba socialista es un hecho arraigado en el Caribe, al igual que la China socialista lo es en Asia. Ignorar este hecho y continuar con el aislamiento y el bloqueo al que se somete a la isla solo sirve para hacerla más ingeniosa y fortalecer su determinación para resistir.

El padre Pedro Meurice detuvo el ritmo constante de las teclas, su mirada se posó sobre los folios que yacían aún aprisionados entre los rodillos de la máquina de escribir. Un momento de reflexión se apoderó de él, como un interludio en la melodía de su tarea. Finalmente, con gesto decidido, los folios se deslizaron de sus manos y se hundieron en la cesta de la basura.

El tan anhelado pase, ese boleto de libertad que se esperaba para diciembre de 1966, se esfumó en la nebulosa de las promesas incumplidas. Era un juego irónico del destino que justo en el día de la Epifanía, cuando Jesús se revela en forma humana, Rivero estuviera inmerso en pensamientos que nunca se materializaron, en sueños que quedaron suspendidos en el aire. Los primeros días de enero habían pasado como un torbellino, pero, al menos, encontró el consuelo de reunirse con Monina y su madre, quienes lo visitaron recién comenzado el año y le llevaron las primeras noticias del año nuevo. A mediados de enero, hizo acto de presencia en la Unidad de Vega 2 de Vertientes una de las figuras más representativas de la Revolución. Llegó, como ya era costumbre entre los militares de su rango, en un *jeep* UAZ, y descendió del vehículo aquella figura menuda de tez pálida, gafas y tupido bigote: el capitán Felipe Guerra Matos.

Guerrita, un hombre enraizado en la clase media de Manzanillo, trazaba su linaje a través de un padre terrateniente con vastas extensiones de tierra, un patrimonio que en aquellos días se consideraba una riqueza considerable. Su historia pública comenzó a escribirse tras el histórico desembarco del Granma, aquel 2 de diciembre de 1956. Ya antes, había colaborado activamente con el Movimiento 26 de Julio en Manzanillo. Los días posteriores al desembarco llevaron al pueblo el eco de la tragedia que envolvía a los rebeldes. «No quedó ni uno vivo», decían las lenguas más afiladas. Sin embargo, en el albor de su destino, Guerrita recibió una noticia que supondría un cambio trascendental: Celia Sánchez, una de las líderes del movimiento, se ocultaba en el refugio de uno de sus camaradas. Esa misma noche fue a verla y la verdad brotó de los labios de la heroína: Fidel no había perecido y los rebeldes resistían, a pesar de las penurias sufridas, a pesar de aquella emboscada en Alegría de Pío, aún fresca en la memoria. La misión que le encomendó Celia a Guerrita fue de carácter urgente: debía conseguir fondos para apoyar a los valientes expedicionarios. Y el muchacho, con su amplia red de contactos entre los terratenientes, se convirtió en el tejedor detrás de las sombras, el hilo conductor que proporcionaba logística vital a los rebeldes: refugio, sustento, transporte. En innumerables ocasiones, se forjaron decisiones cruciales en su presencia y,

un año después, en 1957, Guerra Matos asumió la tarea trascendental de guiar a Herbert Matthews, el periodista del *New York Times* responsable de los reportajes que catapultaron a Fidel Castro hacia la atención mediática en Estados Unidos, hasta el campamento del Ejército Rebelde en la Sierra Maestra. Con la victoria revolucionaria, Guerrita asumió el timón de Deportes, fundamental en la erradicación de la liga profesional de béisbol cubano y en la gestación del «deporte revolucionario». A lo largo del tiempo, se ganó el tesoro más preciado: la confianza inquebrantable de Fidel Castro, y surgió como una figura prominente, uno de los pilares esenciales en los albores de la Revolución emergente.

Rivero observó cómo Guerrita se dirigía a la jefatura, acompañado de un séquito de cuatro hombres. «¿Qué estará haciendo allí?», se preguntó. No supo la verdadera respuesta a esa pregunta hasta luego de treinta años. En ese instante, sin embargo, decidió que era momento de actuar y sacar esa parte audaz que el carácter de Ramiro le había dejado. La semana anterior, había recibido una carta de uno de sus compañeros de la Unidad 2047, Rogelio, al que todos conocían como el Flaco. En la carta, le comentó a Rivero que en julio de 1966 había sido trasladado a la Unidad de Nuevitas, que, a diferencia de las otras unidades, estaba regida por una regulación que convertía a los reclutas en trabajadores asalariados de la construcción, donde los escasos siete pesos que se les daban normalmente a los soldados ahora se habían convertido en un monto que alcanzaba, al menos, para cubrir necesidades básicas. En la carta, además, el Flaco mencionaba que se había concedido el pase correspondiente a fin de año, que tenía una duración de diez días.

Decidido, Rivero buscó al capitán Guerra Matos y lo interceptó mientras este inspeccionaba la limpieza de los albergues. La sorpresa fue evidente en el rostro del capitán, quien se preguntaba por qué un soldado se le acercaba sin seguir el procedimiento reglamentario común de solicitar audiencia previamente. Rivero le ofreció un saludo militar impecable y se dispuso a ser directo.

–Capitán, soy el cabo Rivero, y me dirijo a usted sin el conducto reglamentario porque necesito ser trasladado a la Unidad de Nuevitas.

Las cejas del capitán Guerra Matos se elevaron en sorpresa. ¿Había escuchado bien?

–¿Bajo qué justificación debe ser usted trasladado a una Unidad distinta cuando aquí necesitamos más personal que en Nuevitas? –preguntó el capitán, evaluando cuidadosamente las palabras de Rivero.

–La cuestión, capitán, es que yo soy un hombre casado, sostén de mi familia, y además… –mintió– mi esposa está embarazada. Me informaron de que en Nuevitas podemos trabajarle a las FAR, y vivir de la construcción. Así me gano unos pesos, que nunca están de más.

Guerrita escrutó a Rivero durante unos segundos, luego hizo un gesto para buscar al jefe de la Unidad, que corrió al llamado de su superior.

–Domingo –ordenó el capitán–, confecciona la documentación necesaria para el traslado de este cabo a la Unidad de la fábrica de cemento en Nuevitas. Que se ejecute mañana temprano para que se presente allí de inmediato.

Con un apretón de manos, Guerrita se despidió y se alejó en su *jeep* de la Unidad. Al día siguiente, un soldado informó a Rivero de que debía recoger los documentos del traslado en la jefatura, donde el jefe de la Unidad se los entregó personalmente. Rivero estaba contento, pero todavía quedaba el último paso.

–Teniente Domingo –dijo–, ¿podría otorgarme los diez días de pase que están siendo concedidos? Ya en Nuevitas los dieron, y no creo que me los den si acabo de llegar.

El jefe de la Unidad observó a Rivero y una sonrisa se escapó de sus labios.

–Santiaguero, es verdad que tú eres un tipo inteligente.

Luego, se volteó hacia el escritorio detrás de él y ordenó a un soldado que estaba sentado allí:

–Hazle un pase por diez días al soldado y entrégale el dinero para el viaje de ida y regreso.

El pase destapó una catarsis, días de unión con la familia y recarga de energías que se arremolinaban en Rivero. En contadas ocasiones, consiguió avistar al padre Meurice, quien parecía cada vez más desbordado por sus propias ocupaciones. En las jornadas restantes, se dedicaba a charlar con su esposa, dejándose sumergir en la chispa que, cuatro años después, aún se mantenía destellante, igual que aquel día en la calle de San Fernando, cuando aquella figura delgada lo envolvió en un hechizo irrompible.

Fue en una tarde en la que la tranquilidad reinaba, acostados juntos, compartiendo sus secretos más íntimos, cuando un estruendoso portazo sacudió los muros, cortando de raíz el silencio con una rudeza sorprendente. Monina se puso de pie para franquear la puerta, con Rivero pisándole los talones, el corazón marcando un ritmo acelerado mientras esperaba, ansioso, a que el intruso se revelara. Finalmente, la puerta cedió y la identidad del visitante quedó al descubierto. Rivero se encontró momentáneamente sin palabras, como si las emociones agolpadas en su pecho le hubieran robado el habla. En el umbral de la modesta vivienda en Santa Úrsula estaba Mirtica, y en sus ojos se distinguía una mezcla embrollada de vergüenza, nostalgia y dolor, todo entrelazado en una sola mirada.

–¡Ay, mi muchacho! –exclamó–, tenemos que hablar.

Si, en otras circunstancias, alguien hubiera osado contar semejante historia, Rivero no lo hubiese creído. Pero allí estaba él, las palabras de Mirtica aún reverberando en su mente, enfrentando la inquebrantable realidad de la huida de Ramiro. La noticia de que su amigo de batallas y confidente de sueños había escapado de los batallones de castigo y se había lanzado al incierto mar en un bote improvisado dejó a Rivero en un estado de asombro indescriptible. Cada sílaba pronunciada por Mirtica había sido como un latigazo que le recordaba la fragilidad de los lazos que creía inquebrantables. En su interior llegó a sentir incluso rabia, un sentimiento contradictorio que chocaba con la admiración por la audacia de Ramiro. ¿Cómo era posible que le hubiese ocultado sus propósitos? Él había estado presente en aquella jornada, y no se dio por enterado de los planes entre Ramiro y el viejo pescador. ¿Por qué el silencio tortuoso de Mirtica, incluso

mientras su amigo sufría incontables penas en los batallones de castigo de Jigüey?

La noche caía en una calma tensa, mientras Rivero se sumía en su propia introspección. Se preguntaba sobre las decisiones que había tomado en el pasado y las que aún tenía que tomar. Recordaba los momentos en que él y Ramiro hablaban de sus inquietudes y esperanzas, las risas y los susurros de rebelión que se alzaban en las noches de reclusión. La brisa nocturna acariciaba su rostro, sufría por dentro, pero pensaba. Sobre todo, pensaba. Apreciaba a Ramiro por su audacia, pero también se daba cuenta de que sus circunstancias eran diferentes. Su compromiso con Monina, su responsabilidad como esposo y su rol como cabeza de familia. «No –pensó–, yo no podría haberlo hecho». La admiración se mezcló con la sensación de haber tomado la decisión correcta, aunque esto no lo librara de los cuestionamientos. A pesar de todo, al menos se consolaba en la idea de que quizás su amigo estuviera vivo y comenzando su vida en otro país. Y sí, era un impulso desiderativo, quizás, el que convertía la incógnita en esperanzada afirmación, porque, desde su salida, no se había sabido nada de él. Ni Mirtica, ni Pedro Mayol, ni la mulata de cabello encrespado sabían de su paradero, ni de aquellas olas que habían acogido su valentía y lo habían llevado a un dudoso final, en ese mar que también había sido testigo de sus sueños.

Diecisiete

Rivero se presentó, por última vez, en la jefatura de la Agrupación de Vertientes, en febrero de 1967. El oficial al mando –que, por alguna razón, no era aquel Domingo sumiso que había conocido sino un primer teniente de apellido Maquintoche, que al parecer lo sustituía mientras este disfrutaba de sus vacaciones– lo recibió con una mirada fría y un apretón de manos protocolario. La conversación fue breve y más bien pragmática. Rivero explicó las órdenes que había recibido para su traslado inmediato a Nuevitas, impartidas por el capitán Felipe Guerra Matos. Sin más dilación, el propio primer teniente preparó la documentación necesaria para el traslado.

Al día siguiente, con todas sus pertenencias dispuestas en una maleta de madera, Rivero partió hacia su nueva ubicación y, unas horas más tarde, pudo finalmente distinguir las edificaciones que conformaban la agrupación Senado, en Nuevitas. Esta nueva agrupación se diferenciaba de las demás por el peculiar régimen de trabajo que seguían los reclutas. Aquí, trabajaban en la construcción y tenían la oportunidad de cobrar como albañiles, lo que marcaba una diferencia sustancial en sus ingresos. La agrupación Senado se componía, principalmente, de dos unidades: la planta de prefabricado de Camagüey, donde se elaboraban paneles de cemento utilizados en la construcción de viviendas y edificios, y la fábrica de cemento. El personal de ambas unidades era inmenso, una amalgama de reclutas del servicio militar y decenas de ingenieros y albañiles civiles, que trabajaban normalmente en las fábricas. A su llegada a la Unidad asignada a la fábrica de cemento, Rivero recibió una bienvenida que distaba mucho de sus

experiencias previas en las UMAP. Un oficial con charreteras que ostentaban su grado de teniente de milicias y que se presentó como Rigoberto Noa lo recibió con una sonrisa cálida y una cordialidad que era un raro hallazgo en aquel entorno. Noa lo guio hasta su oficina, donde se ocuparon de completar la documentación necesaria para validar su presencia en la Unidad y su rol como trabajador, aunque aún regido por las leyes militares del servicio militar. Al final de la entrevista, el teniente de milicias Rigoberto Noa le entregó una tarjeta que le permitiría acceder al comedor obrero y, acto seguido, ordenó a un soldado que acompañara a Rivero hasta su dormitorio, donde le proporcionaron una cama, una almohada, sábanas, pasta dental y jabón. Este dormitorio, observó Rivero, estaba ubicado algo alejado de las instalaciones de trabajo, pero más cerca del mar, lo que le brindaba la consoladora idea de que, al menos, tendría una vista agradable mientras realizaba sus tareas.

Rivero tuvo el lujo de disfrutar una placentera noche de sueño, ya que, a su llegada, las autoridades aún no habían determinado su ubicación ni sus tareas. Sin embargo, la mañana siguiente marcó el inicio de su rutina en la agrupación Senado. A las seis en punto, una estridente campana llenó el aire de ruido, llamando a la acción a todos los reclutas y trabajadores civiles. Rivero se dirigió al comedor, donde compartió el desayuno con los obreros que habían llegado.

Mientras saboreaba la comida, un oficial se acercó a él, rompiendo el silencio matutino.

–¿Tú eres Rivero, el que llegó nuevo ayer? –preguntó el oficial, y Rivero asintió.

–Sí, soy yo.

–Te mandan a buscar de la oficina de gerencia. Es para que te den la ubicación. Vete apenas termines, ¿okey? –ordenó el oficial antes de retirarse.

Rivero obedeció y se encaminó hacia la oficina de gerencia, donde encontró a otro recluta que también esperaba su destino. Ambos ingresaron y se toparon con un hombre vestido con un uniforme de trabajo, que se presentó con una mano amistosa y los invitó a tomar asiento.

–Me llamo Eduardo Galán y soy el capataz de la obra. Vinieron para que les diera la ubicación, ¿no?

Ambos jóvenes asintieron.

–Bueno, ahora mismo hace falta gente para palear el túnel de salida del agua de refrigeración de las calderas. Así que, por ahora, los voy a mandar para allá.

Eduardo Galán acompañó a Rivero y al otro recluta hasta la ubicación designada, un canal de aproximadamente ocho metros de profundidad, al que se accedía mediante unas plataformas de madera. El capataz les explicó en detalle la tarea: debían retirar todo el fango acumulado en el canal utilizando palas y las plataformas. De esta manera, el fango se elevaría desde el fondo del canal hasta la superficie, donde sería recogido con carretillas manuales. Rivero se puso a trabajar con determinación, aunque pronto descubrió que la tarea requería un esfuerzo sobrehumano para arrojar el fango hasta la primera plataforma, que se encontraba a unos dos metros de altura.

El mediodía llegó como un alivio cuando Eduardo Galán ordenó a los trabajadores dirigirse al comedor. El almuerzo, igual al de los trabajadores civiles en cantidad y calidad, fue bienvenido. Además, se les informó de que tenían derecho a una merienda a media mañana o por la tarde, dependiendo de la situación del trabajo. Sin embargo, abandonar sus puestos para obtener la merienda significaba retrasar la labor, por lo que acordaron entre ellos que un solo trabajador se encargaría de recogerla para el grupo, para evitar pérdidas de tiempo.

Regresaron a la faena después del almuerzo y Rivero continuó con su labor hasta las cinco de la tarde, hora en que finalizaba la jornada de trabajo. En ese momento, todos los reclutas del servicio militar se dirigieron a sus dormitorios, se ducharon y disfrutaron de algunas horas de tiempo libre antes de la cena, programada para las siete de la tarde. Fue entonces cuando Rivero notó que la famosa cerca de alambre de púas que había grabado en su memoria, la misma que mencionaba en su canción Pablo Milanés, ¡no estaba! El área de los dormitorios y la obra no estaba cercada físicamente, aunque en realidad, todos conocían sus límites y nadie se

aventuraba a cruzar la invisible frontera. De este modo, muchos optaban por quedarse en el comedor, donde charlaban, jugaban al parchís o a las cartas, o simplemente conversaban cerca de los dormitorios hasta que, alrededor de las nueve menos cuarto, se realizaba la formación de la noche. Finalmente, alrededor de las diez, se daba la orden de silencio, que marcaba el final de otro día.

Así transcurrieron varios días, en los cuales Rivero se mantuvo atrapado en la misma rutina agotadora, hora tras hora. Al concluir la segunda semana, su espalda comenzó a dar señales de agotamiento. El dolor, compañero constante, se intensificó y se volvió implacable. Era como si cada palada de fango se hubiera convertido en un peso descomunal que oprimía su espalda, desgarrando sus músculos y tirando de cada vértebra. Tomó conciencia de que no podía continuar desempeñando su función y fue a ver directamente a Eduardo Galán para pedirle que lo reubicara.

–Pero ¿de verdad que no hay ningún otro lugar donde pueda trabajar? –preguntó Rivero–, es que le juro que mi espalda no aguanta más, si sigo en esto van a tener que recogerme en camilla y voy a terminar en una silla de ruedas.

–Por ahora, la orden que tenemos es no moverlos. De todas formas, ¿qué más sabes hacer?

Rivero sopesó sus opciones, y decidió, nuevamente, mentir.

–Mire, yo tengo conocimiento en leer planos y trabajé como cabillero en numerosas ocasiones. Seguro que algo de eso necesitan ustedes también.

El capataz quedó pensativo unos segundos, en total silencio. Entonces dijo:

–Creo que puedo resolver tu problema.

Eduardo Galán condujo a Rivero a otra zona de la obra, considerablemente distante del túnel fangoso donde había estado trabajando durante casi tres semanas.

–Este es el almacén de materias primas –dijo el capataz–. Como ves, se está encofrando el techo y si tienes conocimiento como dices, puedo enchufarte. Pero te advierto que aquí la *pincha* es más dura, y si te rajas, lo

siento mucho, pero no voy a poder ayudarte más porque me voy a buscar problemas con los militares. Es todo lo que puedo hacer por ti.

Entonces, el capataz con un gesto llamó a un hombre que, por la autoridad en su paso y la forma en que supervisaba la obra, parecía ser la máxima autoridad de esa área. Lo llamó Pancho, le presentó a Rivero, dándole instrucciones para su reubicación y luego se marchó.

Pancho condujo a Rivero a un pequeño almacén, de donde extrajo un juego de ganchos para amarrar cabillas, que ofreció al muchacho. Luego, señaló hacia lo alto del edificio en construcción, una estructura que se alzaba, imponente, hacia el cielo.

–Sube allá arriba, busca a Osmany y dile que te mando yo –dijo.

Rivero avanzó con determinación hacia la entrada del edificio en construcción. Sin embargo, en cuanto divisó el acceso a la azotea, una ola de inquietud recorrió su espalda. La altura era vertiginosa, unos quince metros por encima del suelo, y el único camino que conducía a su destino era una escalera de madera que, en lugar de ofrecer seguridad, parecía balancearse al capricho del viento, como un péndulo oscilante. Un pensamiento atravesó su mente: «No hay vuelta atrás». Tragó saliva, sintiendo un nudo en la garganta, y finalmente, con valentía, dio el primer paso. Cada peldaño que ascendía parecía una pequeña victoria sobre el miedo que amenazaba con paralizarlo. La escalera crujió y se balanceó como un columpio, desafiando su determinación. Mantuvo los ojos fijos en sus pies, evitando mirar hacia abajo, y concentró su mente en el propósito que lo había llevado hasta allí. Con cada paso, el temor cedió terreno ante la necesidad de cumplir con su labor. Finalmente, después de lo que le pareció una eternidad, alcanzó la azotea. Una vez en la cima, encontró al tal Osmany, quien le asignó una tarea en el tejado, y Rivero, con el corazón aún latiendo con fuerza por la tensión de la escalada, se preparó para enfrentar el nuevo desafío que lo aguardaba en las alturas.

«La mentira tiene patas cortas», reflexionó Rivero, consciente de la artimaña que había empleado para cambiar de tarea. Pero no tenía intención de ser atrapado en el engaño. Con el manojo de ganchos en mano, se encaminó hacia su nuevo puesto de trabajo, aparentando un interés

meticuloso por las distancias entre las cabillas de carga. Su mirada, sin embargo, estaba puesta en sus compañeros, quienes ya se habían familiarizado con la faena. Observó cómo tomaban un trozo de alambre y lo doblaban casi a la mitad, creando una especie de gancho improvisado. Luego, con destreza, pasaban el alambre entre la unión de las dos cabillas y lo doblaban hacia arriba. Finalmente, con la ayuda del gancho, apretaban firmemente la unión. Rivero decidió probar, aunque su primer intento no fue tan exitoso. Sin embargo, sabía que la práctica era la clave. Con cada práctica , su destreza mejoraba. Al final de la jornada, se sintió satisfecho consigo mismo. Había superado la barrera inicial y ahora se consideraba todo un experto en la tarea que le habían encomendado. Aquella pequeña mentira, al menos por el momento, había funcionado a su favor.

Al siguiente día, Rivero se vio obligado a enfrentar nuevamente la temida escalera. Mientras la miraba con cierto recelo, reflexionó: «Compadre, ¿no crees que debe de existir algún otro acceso? Solo tienes que buscarlo y lo encontrarás». Así que, después de concluir su almuerzo, decidió emprender la búsqueda de una alternativa. Exploró las construcciones cercanas a la nave de materias primas y, finalmente, su esfuerzo rindió frutos. En el área de los hornos, un espacio considerablemente más largo que la nave de materias primas, descubrió una escalera de construcción sólida. La única desventaja era la considerable distancia entre la nave y el área de trabajo de Rivero.

Para llegar a su puesto de trabajo, tenía que subir unos setenta escalones, sin duda, una vía mucho más segura que la escalera de madera. Luego, debía atravesar el bullicio de trabajadores laboriosos, lo que le tomaba al menos veinte minutos en total. Sin embargo, Rivero consideró este sacrificio como necesario. Era preferible invertir más tiempo en llegar a su destino que arriesgar su vida en la endeble escalera anterior. La seguridad y la integridad valían el esfuerzo adicional.

A medida que los días se deslizaban uno tras otro, las semanas y los meses seguían su implacable curso como si el mismísimo Cronos hubiera acelerado el tiempo a propósito. Rivero, por primera vez en dos años, se encontraba libre del yugo opresor de las humillaciones militares que había

padecido en el pasado. Ahora, se alejaba de las injusticias, los maltratos, las vejaciones y los oprobios que las UMAP representaban en su mente.

Con el tiempo, había desarrollado una resiliencia que le permitía sobrellevar la situación. Sin embargo, de vez en cuando, su mente viajaba hacia las profundidades de su experiencia pasada. Pensaba en todas las personas que había conocido, en aquellos que le habían arrebatado por no encajar en el molde que la Revolución deseaba. Recordaba esa primera noche, al comandante Silva, al repugnante Alcides y a Aldo. Su mente regresaba a su primer encuentro con Ramiro y Mirtica, recordaba la amistad que había surgido en aquellos tiempos de disturbios y cómo habían arrancado a su amigo por defender sus derechos. Rivero se detenía en el momento en que su nombre cambió, dejando atrás al joven católico para ser el número 76, «escoria», «lacra social» o «elemento». En lo más profundo de su ser, sentía que, cada día, ese joven católico se desvanecía y solo podía percibir los últimos estertores de su inocencia, cuestionando cómo era posible que aislaran a cientos de jóvenes para convertirlos en «verdaderos revolucionarios». ¿Qué significaba ser un «verdadero revolucionario»? ¿Acaso implicaba humillar, rechazar, despreciar y agredir a quienes pensaban diferente? A medida que el tiempo avanzaba, las moiras tejían sin descanso, y Rivero sentía que su vínculo con Dios se desvanecía. Reflexionaba sobre esto y comprendía que, debido al constante estrés, al miedo y la ansiedad, le resultaba imposible analizar con claridad su situación. Las circunstancias habían alterado su ser. Hacía dos años que no asistía a misa ni sentía la emoción de observar la imagen de Jesús con ojos brillantes. La Biblia permanecía cerrada, y las oraciones, olvidadas. El deseo de agradecer a un Dios que parecía haberlo abandonado se había desvanecido, reemplazado por una sola palabra: miedo. Miedo al rechazo, al encierro, a la humillación, al escupitajo en la cara sin poder responder. Miedo a ayudar a otros, a luchar, a morir. Sabía que todos los que habían pasado por las UMAP compartían ese miedo y que lo seguirían sintiendo durante mucho tiempo. Aunque le dolía, Rivero comprendía que debía aceptar las consecuencias de haber sido parte de uno de los procesos de control social más grandes de la historia. Aun así, encontraba cierto

consuelo en su rutina diaria, en la falsa comodidad de su puesto como cabillero y en la posibilidad de visitar Nuevitas los domingos y distraerse un poco, y en recibir todas las semanas la visita de su esposa. Se sentía dispuesto a construir una nueva versión de sí mismo con los fragmentos de alma que le quedaban, como lo habían hecho sus coterráneos a lo largo de la historia, y como lo siguen haciendo, a pesar de las vicisitudes. Sabía que su madre y Monina estarían allí para ayudarlo. Con una expresión de resignación y liberación, murmuró: «Esto es una pinga», permitiéndose disfrutar de decir algo grosero por primera vez, quizás como un rito de despedida de aquel Rivero que, en realidad, ya no existía.

Dieciocho

Tras la celebración del Domingo de Resurrección, el 26 de marzo de 1967, la archidiócesis cubana se congregó en un almuerzo que tuvo lugar en el arzobispado santiaguero. Allí estaban monseñor Enrique y el padre Meurice, quienes compartían su tiempo con otros miembros de la Iglesia, como el padre Pastor González, el padre Antonio Iglesias, el padre José Conrado Rodríguez y monseñor Zacchi. El arzobispo santiaguero, con su característico andar pausado y expresión serena, se movía entre los distintos grupos de conversación. Participaba en cada diálogo con la misma elegancia con la que dirigía su rebaño espiritual. Cuando sus piernas demandaban un breve reposo, se refugiaba en el abrazo de un mullido sillón que parecía haber sido confeccionado exclusivamente para su comodidad. «Parece que lo trajeron solo para mí», reflexionaba, con picardía.

Fue durante uno de estos momentos de pausa cuando el padre Pastor González, con una sonrisa que denotaba curiosidad, se aproximó al monseñor.

–Permítame preguntarle, monseñor –inquirió, con su característica gentileza–, ¿ha decidido ya a quién nombrará como arzobispo auxiliar?

Monseñor Enrique respondió con una sonrisa socarrona, consciente de que el padre Pastor estaba ávido de detalles. Conocía bien la amistad cercana que González compartía con Francisco Oves, uno de los candidatos más mencionados como «favoritos para el puesto» por otros miembros de la Iglesia.

–Puede que el elegido sea aquel a quien le di la primera comunión. O quizás sea alguien a quien he ordenado –respondió el monseñor con una

pizca de ironía gallega.

El padre González no era el único que buscaba desentrañar el misterio de la elección del arzobispo. Sin embargo, el monseñor evitaba con elegancia proporcionar detalles concretos, aunque era consciente de la importancia y urgencia de esta decisión. Los días pasaban, pero la respuesta seguía siendo un enigma sin resolver. En realidad, el dilema más profundo subyacía en la necesidad de tomar una decisión que no debilitara aún más la Iglesia en un momento tan crítico. El arzobispo sentía que el peso de esta elección recaía sobre él y la incertidumbre desempeñaba un papel crucial en su demora.

Por otro lado, el padre Meurice, secretario de confianza del arzobispo, no se sentía abrumado por estos asuntos. Sus días se sucedían entre las tareas que requería su cargo y, en sus escasos momentos de ocio, se sumergía en la escritura en su antigua máquina de escribir. La mayoría de sus creaciones terminaban en la papelera, pero su pasión por plasmar sus pensamientos seguía inquebrantable. A finales de junio de 1967, se preparaba para viajar a La Habana con la misión de entregar importantes documentos a la nunciatura. Mientras organizaba su modesto equipaje, recibió una llamada de monseñor Enrique, quien le solicitó que lo visitara antes de emprender su viaje. Cuando el padre Meurice entró en la habitación del arzobispo, lo encontró sentado en su cama y una extraña sensación recorrió su columna vertebral. Era como la ansiedad de la espera ante el resultado de una cirugía de alto riesgo en un hospital. El arzobispo, sin dirigirle siquiera una mirada, hizo un gesto con la mano y señaló el suelo.

–Arrodíllate ahí –le ordenó el monseñor.

El padre Meurice obedeció, y en ese breve silencio que siguió, pudo escuchar la fatigada respiración del arzobispo. «Estás agotado, mi amigo», pensó el padre Meurice.

–Cuando estés en la nunciatura, asiente ante todo lo que te propongan –le instruyó monseñor Enrique.

El padre Meurice se sintió intrigado por estas palabras. ¿Qué significaban? ¿Acaso sería sometido a un interrogatorio en la capital? ¿No

iba solo a entregar documentos? A pesar de las dudas, se encontraba allí, postrado ante su eterno compañero, consejero, superior y amigo. Era su mentor, un regalo divino al que le debía gratitud de por vida. ¿Cómo podría siquiera pensar en desobedecerlo? Su única respuesta fue:

–Por favor, deme su bendición.

Partió esa misma noche, con el traqueteo del automóvil acompañando sus pensamientos inquietos. La «proposición» que había aceptado considerar ocupaba todo su ser mientras las ruedas giraban incesantemente, rodando hacia un destino que aún no podía comprender del todo. Durante las doce horas de viaje, aquel pensamiento lo persiguió como una sombra fiel, mezclándose con la oscuridad de la carretera hasta que, finalmente, la aurora emergió en La Habana, pintando de tenues colores el horizonte. Sin perder un instante, se dirigió directamente a la parroquia del Sagrado Corazón de Los Pinos. Aquella iglesia, cuyos cimientos se habían asentado en el municipio de Arroyo Naranjo, siempre había ejercido una extraña fascinación en Meurice. Desde que la primera piedra fuera colocada por el cardenal Arteaga, el 6 de junio de 1941, la majestuosidad de aquel edificio se alzaba como un guardián silencioso de los secretos y las historias que fluían, como ríos subterráneos, en las almas de la comunidad. Sus paredes, vestidas de un blanco impoluto, eran bañadas por los dorados rayos del amanecer y parecían retener en su estructura la memoria de los cuentos olvidados que el viento susurraba en su oído. El padre Meurice traspasó el umbral de la iglesia y, de inmediato, el aire se impregnó con el aroma a incienso y madera antigua. Los bancos, marcados por generaciones de fieles devotos, parecían hacer eco al anuncio de la llegada de un personaje de importancia en aquel sagrado recinto. Sus ojos se posaron en el altar, un retablo celestial adornado con imágenes de santos venerados. Las miradas de aquellas figuras parecían seguirlo, prometiendo protección y consuelo. El Sagrado Corazón de Jesús, resplandeciendo en su gloria, se alzaba como faro espiritual, y desde el fondo de la iglesia, emergió el padre Antonio Iglesias para recibirlo.

–¡Bienvenido, Pedro! –lo saludó–, no perdamos tiempo, vamos a la nunciatura, que todos nos están esperando allá.

Las manecillas del reloj avanzaron y, al filo de las tres de la tarde, el coche se detuvo frente a la nunciatura. Dentro, en el Salón Azul, aguardaba monseñor Zacchi.

–Finalmente, Antonio, pensé que nunca llegarían. Siéntense, siéntense.

–Traigo conmigo los documentos que pidió –se apresuró a decir el padre Meurice, mientras se disponía a sacarlos y entregárselos al monseñor.

–Dejemos eso para después, canciller. Siéntese, por favor.

Meurice obedeció.

–No sé si monseñor Enrique te comentó acerca de la propuesta que vengo a hacerte hoy. Espero que no te tome por sorpresa, dada la trayectoria que has tenido desde que formas parte de la diócesis de la Iglesia. La cuestión es que se te ha designado para ocupar el cargo de arzobispo auxiliar y, por tanto, trabajarás mano a mano con Pérez-Serantes en sus funciones.

El padre Meurice palideció. En su mente no abrigaba expectativas sobre un nombramiento en particular; más bien, contemplaba la posibilidad de una oportunidad para viajar a Europa y completar sus estudios. Ahora la propuesta se presentaba como un balde de agua fría y, por una parte, estaba contento por la confianza y orgulloso de su labor, pero, por otro lado, sentía que era demasiada responsabilidad y, por tanto, tendría que postergar sus investigaciones durante un tiempo, un tiempo que podría ser demasiado extenso.

–Agradezco mucho la propuesta, monseñor Zacchi –dijo por fin–. Estoy feliz por la confianza que se deposita en mí al ofrecerme este cargo, y por supuesto que me gustaría desempeñar mis funciones de la mano de monseñor Enrique, a quien considero un gran amigo y mentor. Pero sería para mí de gran ayuda que me otorgara un día para pensármelo bien.

La propuesta sorprendió a monseñor Zacchi, quien hizo un gesto que el padre Meurice juraría de por vida que era de indignación. Aun así, accedió.

–Sin embargo –añadió el monseñor–, no te permito que salgas, bajo ningún concepto, de la nunciatura, porque hasta en estos asuntos que son tan trascendentes el diablo suele meter sus narices.

Con estas palabras, el monseñor se levantó y abandonó la habitación, dejando a Meurice sumido en un torbellino de pensamientos. En medio de esa tempestad interna, luchó por encontrar la tranquilidad necesaria para tomar la decisión que cambiaría su vida, pero no encontraba la paz que, según él, requería a la hora de afrontar un desafío de semejante magnitud. Se encontraba sumido en una vorágine de pensamientos, mientras observaba a través de la ventana de su habitación, en la nunciatura. La noticia del nombramiento como arzobispo auxiliar lo había sacudido como un terremoto, y ahora enfrentaba una encrucijada en su vida que le exigía una profunda reflexión. Por un lado, se sentía honrado y agradecido por la confianza depositada en él por la Iglesia. Había dedicado años de su vida al servicio religioso y al estudio de la teología. Su compromiso con la causa religiosa y su profundo amor por Cuba lo habían llevado a tomar un rol activo en la diócesis. Además, trabajaría directamente con el arzobispo. Era una oportunidad única para marcar una diferencia en un momento crítico para la sociedad cubana. Sin embargo, los puntos negativos eran igualmente evidentes. El cargo de arzobispo auxiliar conllevaba una responsabilidad abrumadora. La Iglesia, en medio de la agitación social y política de la época, necesitaba líderes fuertes y visionarios. Aceptar el nombramiento significaría posponer indefinidamente su investigación sobre la sociedad cubana y, lo que era más doloroso, dejar atrás esas cuartillas que siempre intentaba escribir y que parecían escapársele, como sueños fugaces. Meurice era consciente de la agitación en la sociedad cubana. Las tensiones políticas y sociales se palpaban en el aire. Había presenciado las luchas y los sufrimientos de su pueblo, y sentía la urgencia de contribuir a un cambio positivo. Su pluma se había convertido en su arma, su medio para expresar las injusticias y dar voz a los marginados. Y luego estaba la cuestión de su fe. Durante sus años de servicio en la Iglesia, había experimentado momentos de duda, momentos en los que se preguntaba si Dios escuchaba las súplicas de su pueblo o si permanecía en silencio ante el sufrimiento. La aceptación del cargo sería un compromiso profundo con su fe y con la Iglesia, un paso que lo llevaría a enfrentar desafíos que no podía ni siquiera imaginar. Mientras observaba el paisaje cubano a través de la ventana, sabía

que debía tomar una decisión. Aceptar el cargo significaría sacrificio, renunciar a su investigación y enfrentar responsabilidades abrumadoras. Rechazarlo, por otro lado, le permitiría seguir escribiendo y explorando las profundidades de la sociedad cubana, pero también significaría renunciar a la oportunidad de marcar una diferencia real en un momento crítico. La noche lo sorprendió agotado y con una jaqueca imposible de aplacar.

–Pedro, ¿todavía pensando? –le dijo monseñor Zacchi mientras entraba en la habitación. Tomó asiento y puso una mano en el hombro de Meurice–. Escucha, hijo, si yo, sin ser cubano, he renunciado a una carrera en el cuerpo diplomático del Vaticano, para quedarme como un oscuro encargado de negocios en esta isla, por amor a esta Iglesia y a este pueblo, ¿cómo tú, que eres cubano e hijo de esta Iglesia, te vas a negar a sacrificarte por su gente?

En ese momento de claridad, las palabras de monseñor Zacchi llegaron a lo más profundo del corazón del padre Meurice. Recordó entonces las enseñanzas de monseñor Enrique, quien le había revelado que ser obispo era un compromiso de por vida, un matrimonio sagrado con la diócesis, con la Iglesia, con el pueblo y con la fe misma. Era un llamado a servir y a guiar. El amor ardiente que sentía por la Iglesia, el pueblo y la fe, así como su profundo respeto por monseñor Enrique, se alzaron como pilares indestructibles en su alma. No podía fallarles, ni a ellos ni a sí mismo.

–Tiene razón, monseñor Zacchi. Acepto el nombramiento.

Al día siguiente, regresó a su ciudad natal, Santiago de Cuba. La noticia de su aceptación del cargo de obispo auxiliar se extendió como un reguero de pólvora. Al comunicar la noticia a monseñor Enrique, este estalló de alegría y emoción. Sus fuertes manos se alzaron en júbilo mientras exclamaba, con voz potente. Olga Ros, la secretaria administrativa del arzobispado, también se unió a la celebración. Con lágrimas en los ojos, besó las manos del padre Meurice. Era el 27 de junio de 1967.

Diecinueve

Un abrasador domingo de julio en el año 1967, Rivero se subió al ómnibus en Nuevitas con el inconfundible uniforme verde olivo que había sido su compañero en los últimos meses. Su estancia en la agrupación Senado había transcurrido sin pena ni gloria, disipándose entre las tareas diarias. Durante aquellos largos meses, había experimentado un cambio notorio en su vida. La rutina, en apariencia tediosa, comenzó a revelar sorpresas que nunca habría imaginado. Desempeñándose como cabillero, encontró un verdadero sentido de propósito en su trabajo. Sus manos, que anteriormente habían sido forzadas a realizar tareas degradantes, ahora trabajaban con diligencia y habilidad. No solo se ganó el respeto del capataz, sino que su destreza y ética laboral llamaron la atención de Alfonso Ramos, sargento de plana mayor de la Unidad Militar, quien era el encargado de los reclutas que estaban allí. Rivero se convirtió en un trabajador ejemplar, dedicado a sus labores con una pasión que sorprendió a todos. Cada día, se levantaba antes del amanecer y se entregaba al trabajo con una energía incansable. La confianza que ganó en poco tiempo no solo le permitió realizar su tarea con mayor autonomía, sino que también le otorgó un respiro en cuanto a las humillaciones y el maltrato al que había estado sometido en el pasado. Como si fuera un milagro, los abusos comenzaron a desvanecerse gradualmente, como si la agrupación hubiera decidido darle una tregua. En lugar de ello, sintió un trato más equitativo por parte de sus superiores. Las tensiones que antes plagaban su existencia se disiparon poco a poco. Con su modesto salario, había logrado enviar una remesa a su familia en Santiago

de Cuba, que permitía que la casita en Santa Úrsula, que tanto añoraba, se mantuviera en pie.

Las UMAP, que una vez habían sido un lugar de tormento, se transformaban en un espacio en el que Rivero podía encontrar un atisbo de paz, aunque ahora, mientras se dirigía a Camagüey, se preparaba para dar el último golpe, que lo liberaría de una vez por todas del yugo militar y le permitiría decir adiós a las temidas Unidades Militares. La oportunidad se había presentado unas semanas atrás, cuando, durante una formación matutina, se anunció que aquellos trabajadores que sustentaban económicamente a sus familias podrían gestionar su baja del servicio militar de manera más expedita. Quienes se encontraran en esta situación, debían presentarse personalmente en la jefatura para discutir su caso con el jefe de la Unidad. Rivero no lo dudó ni un instante y se dirigió de inmediato allí, para explicarle su situación al jefe. Este, con una actitud más indiferente de lo habitual, prometió que se resolverían los trámites de su baja a la brevedad. Rivero, rebosante de alegría, escribió una carta a Mirtica ese mismo día, narrándole los acontecimientos y pidiéndole que se mantuviera al tanto en el Comité Militar de la zona. Sin embargo, el jefe de la Unidad no proporcionó más información y, tres días antes de su viaje a Camagüey, Rivero había recibido una carta de su madre en la que le anunciaba que los documentos de su baja estaban en camino y que pronto recibiría noticias al respecto. Aun así, la ansiedad lo carcomía, porque sabía que, en asuntos militares, la brevedad no era una virtud común, y un domingo, durante un permiso, decidió aventurarse a la capital provincial para visitar a unos tíos abuelos de su madre que vivían allí, y de paso quedarse a comer.

El ómnibus finalmente llegó a su destino, y al descender, Rivero se sintió golpeado por la intensa ola de calor que emanaba del pavimento. Recordó las palabras de su abuela, quien solía decir que los domingos eran los días más calurosos. Se dirigió entonces al reparto Vigía, y fue recibido por los familiares. Comió, bebió y echó a andar al Comité Militar para intentar agilizar sus trámites. Por desgracia, no contó con suerte, porque la oficina, pequeña y mal pintada, estaba cerrada. Rivero maldijo para sus

adentros, pero sabía que no había más nada qué hacer, debía regresar con el rabo entre las piernas. Eran las cinco de la tarde, y, mientras aguardaba en la desolada terminal, observó a un militar uniformado, pelirrojo y de baja estatura. Aunque sabía que eran muchos los trabajadores y reclutas que estaban con él en Nuevitas, podía asegurar que jamás lo había visto. Movido por la curiosidad, y para matar el tiempo en lo que llegaba el ómnibus, Rivero fue a saludar.

–¿Qué tal estamos, compañero? –le dijo.

El pelirrojo militar respondió con un apretón de manos y una sonrisa igualmente afable.

–Pues muy bien. ¿Nos conocemos de algo?

–Lo dudo, pero veo que también te diriges a Nuevitas. Yo soy Rivero, un placer.

–Joaquín Barba, jefe de personal de la agrupación Senado, y sí, también me dirijo a Nuevitas.

La revelación del cargo de aquel pelirrojo hizo que Rivero sintiera un vuelco en el estómago. Se preguntó si podría tener tanta suerte en esta vida.

–¡Qué coincidencia! –exclamó Rivero–. Justamente esta mañana fui al Comité Militar, pero estaba cerrado. Vine porque me dijeron que los trámites para mi baja estaban listos y quería resolverlo lo antes posible..., ya sabes –dijo, inclinando la cabeza con picardía.

–Ah, bueno, casualmente llevo yo para allá eso mismo. Hay unos cuantos nombres aquí, vamos a mirar a ver si el tuyo está.

Juntos, inspeccionaron los documentos durante unos minutos, y allí, en letras impresas, el nombre de Rivero confirmó su suerte.

–Parece que la fortuna está de mi lado –murmuró.

La situación ahora era decisiva. Debía persuadir a Joaquín Barba para que lo acompañara inmediatamente a cualquier oficina con una máquina de escribir y lo ayudara a tramitar su baja, con firma incluida. Si lo lograba, a la noche siguiente estaría comiendo con su familia. Rivero utilizó todas sus dotes, habló de sus problemas, compartió sus inquietudes y solo le faltó suplicar, pero el pelirrojo Joaquín Barba se mantuvo inflexible.

–Discúlpame, mi hermano, pero de verdad no puedo hacer nada por ti. No es de mi incumbencia la firma de ese documento, eso es cosa del jefe de la división. Lo que sí puedo hacer es agilizar lo tuyo. Haz lo posible por presentarte el martes que viene a Minas, que es donde radica la jefatura de la agrupación –en ese momento, se sacó del bolsillo una tarjeta que llevaba su nombre y, a pesar de que estaba un poco maltratada, Rivero se dio cuenta del relieve que descubría la presencia de un sello seco en el centro de la tarjeta–, enséñale esto y dile que vas de mi parte, ¿okey?

La emoción de Rivero era palpable. La libertad estaba al alcance de su mano, y podía sentir su dulce sabor. Se repetía a sí mismo: «Aguanta un poco más, cojones, ya estás a punto de salir de esta pesadilla».

Esa misma noche, ingresó apresuradamente a la imponente oficina del sargento de plana mayor, Alfonso Ramos, con una ansiedad palpable en su voz. Le relató, con fervor, lo que estaba en juego, cómo la oportunidad de liberarse de aquel uniforme, de las humillaciones y los sinsabores, se presentaba ante él como un regalo de los dioses. Los ojos de Rivero brillaban, llenos de la esperanza de una pronta reunión con su familia y la promesa de noches tranquilas junto a su esposa, lejos de los tormentosos pensamientos que lo habían acosado durante dos largos años. Alfonso Ramos, un militar con un corazón más grande de lo que indicaba su rango, dejó que las palabras de Rivero empaparan el aire de la oficina. Sus arrugas, marcadas por los años de servicio parecían ablandarse mientras el muchacho hablaba. Conmovido por la determinación y el deseo genuino de aquel joven, el sargento de plana mayor le puso una mano en el hombro.

–Fíjate lo que te voy a decir, santiaguero. Te voy a dar un pase sin fecha para que puedas utilizar el tiempo que necesites para resolver tu problema, pero eso sí: necesito que el miércoles por la tarde estés aquí para que me eches una mano en la preparación de la documentación y el cronograma de trabajo de la jefatura, porque el miércoles viene para acá nada más y nada menos que el comandante Almeida.

Rivero sintió un alivio abrumador, como si una pesada carga se hubiera levantado de sus hombros. Una sonrisa de gratitud se dibujó en su rostro.

–Trato hecho.

Y se dispuso a salir de la oficina, pero en el umbral de la puerta se giró para añadir:

–Muchas gracias, de verdad.

La tenue luz del amanecer del martes 11 de julio de 1967 comenzó a iluminarle el rostro cuando despertó. Sabía que este día era importante, uno que había estado esperando con anticipación. Con un entusiasmo palpable, se levantó de la cama y se preparó para el día que tenía por delante. Tenía que desayunar temprano y, luego, dirigirse al poblado de Nuevitas, desde donde tomaría un ómnibus a Camagüey. Su destino final era la central de la agrupación Senado, donde radicaba la jefatura principal de la Unidad. Sin embargo, al llegar a la entrada de la agrupación, la escena que se presentó ante sus ojos lo tomó por sorpresa y lo hundió en una momentánea decepción. Solo había tres militares en el lugar, y al explicarles el propósito de su visita y entregarles la tarjeta que le había dado Joaquín Barba, le informaron de que la mayoría del personal se encontraba participando en un ejercicio y desconocían la hora de regreso. Le sugirieron que esperara pacientemente un rato, pero las horas pasaron y la situación no cambió.

–Bróder –le dijo uno de los militares–, yo te recomiendo que mañana vayas a Minas, porque seguro allá es que están los de personal, aquí no los vas a encontrar hoy, y esa gente no pone el huevo, anda viajando todo el tiempo, capaz que no vuelvan por lo menos en un mes y pico.

Rivero, al borde de la desesperación, no sabía qué decisión tomar. Al final, se decantó por regresar a Nuevitas y plantearle la situación a su jefe. Pidió, antes de partir, la dirección donde supuestamente estaban los de personal en el poblado de Minas, y luego fue a la terminal, cansado y decepcionado, y tomó el ómnibus que lo llevara de regreso al campamento. Ya casi en la noche, después de un día entero sometido al estrés y la ansiedad, no podía creer que la oportunidad que durante tanto tiempo había esperado se le escaparía de las manos. Cabizbajo, cruzó el umbral de la puerta de la jefatura y se encontró a Alfonso Ramos, quien se sorprendió al verlo.

–Santiaguero, ¿tú no andabas resolviendo lo de la baja?

Y Rivero le contó lo sucedido, las dificultades que se había encontrado, la decepción que sentía y, sobre todo, le contó la recomendación del militar acerca de ir a Minas a buscar a los de personal, que seguramente estaban en ese poblado. Ramos escuchó, atento, hasta el final. Luego se levantó y, firme, dictó su sentencia.

–Rivero, continúa con tus gestiones, pero mañana miércoles por la tarde yo te necesito aquí, porque Almeida tiene que ver esto impecable. Si no crees que vas a estar a tiempo, es mejor que lo dejes, por el contrario…, procede lo antes posible.

Rivero sabía que era su última palabra, el ultimátum, su única opción. No durmió en toda la noche, su mente trabajaba a toda velocidad, sopesando cada posibilidad, evaluando cada riesgo. En esta encrucijada, la única carta que le quedaba por jugar era encontrar a los de personal. Tenía que conseguirlo, no importaba cómo.

Al amanecer, cuando los primeros destellos del sol acariciaban el horizonte, Rivero ya estaba en pie. No había desayunado, no había necesidad de ello. Su corazón latía con fuerza, y el nudo en su estómago le recordaba la urgencia de su misión. No podía permitirse un solo error. Sin embargo, desde el principio, las cosas parecían conspirar en su contra. El ómnibus en el que confiaba para llevarlo a su destino se retrasó considerablemente. Luego, en el camino, se encontraron con un accidente que provocó un inmenso embotellamiento de tráfico. Para empeorar las cosas, el autobús sufrió un pinchazo. Rivero estaba al borde del desespero. ¿Cómo podía ser que todo saliera mal en un día tan crucial? Finalmente, llegó al punto en el que la carretera de Camagüey se cruzaba con la de Minas. Saltó del autobús, sudoroso y exhausto, y sin detenerse, echó a correr en la dirección que le habían proporcionado. El reloj ya marcaba casi las diez de la mañana, y la presión en su pecho aumentaba con cada paso. Llegó al local, sudoroso y agotado, pero ni siquiera el kilómetro y medio que había corrido fue suficiente para hacer desaparecer la alegría que sintió cuando, justo a la entrada, se encontró con el rostro pálido y pecoso de Joaquín Barba. Al verlo, el pelirrojo sonrió.

–¡Coño! Ya sabía yo que nos ibas a localizar. Menos mal que lo hiciste hoy, porque mañana nos vamos a mover otra vez y no sé *pa'* dónde vamos.

–¿Qué pensabas? –dijo entonces Rivero–. ¿Que te me ibas a escapar?

Joaquín lo condujo a la oficina y, después de tomar asiento, sacó dos sobres de su buró. El contenido de uno de ellos era el tan ansiado documento, el mismo que habían visto en Camagüey, pero esta vez, con la firma del representante de la agrupación Senado. El otro sobre contenía las instrucciones claras: debía entregarse al Comité Militar en Santiago de Cuba. Sin perder tiempo, el pelirrojo atrapó una hoja bajo los rodillos de la máquina de escribir y comenzó a confeccionar el documento de baja que representaba la liberación de Rivero. La maquinaria de la oficina, con su característico tictac constante, marcaba el ritmo de una nueva vida que estaba a punto de comenzar.

Comité Militar Reg. Stgo-Cobre-Caney
Julio 12 de 1967
«AÑO DEL VIET NAM HEROICO»
Del: Jefe Comité Militar Reg. Stgo.-Cobre-Caney
Al: Delegado Provincial Ministerio del Trabajo
Asunto: Presentación de Desmovilizado.
Ref: Sold. UMAP. Rivero.

Por este medio, comunicamos a Ud. que el exsoldado de referencia hubo de causar baja de las FAR mediante la Orden Directa 128-67 de las UMAP y que el mismo hubo de ser desmovilizado «POR SER ÚNICO SOSTÉN FAMILIAR», habiendo mantenido en su trabajo una actitud correcta.

Cuando el compañero de mención hubo de ser reclutado, se encontraba trabajando en la Unidad 601/205, con un haber de $ 134.00 bruto, en la ciudad de Santiago de Cuba.

Con saludos revolucionarios,

«PATRIA O MUERTE»
VENCEREMOS
Cap. Joaquín Barba
Jefe de Personal del Comité Militar
Reg. Stgo.-Cobre-Caney

Mientras Joaquín Barba deslizaba su muñeca y la tinta de la pluma dejaba su marca en el papel, Rivero se sentía como si el alma le fuese a estallar en el pecho. Aquel trazo de tinta, aquella firma en el documento, representaba la culminación de un largo y arduo viaje, un viaje lleno de obstáculos, humillaciones y luchas. Los recuerdos afloraron como fantasmas en su mente. Recordó los días oscuros, los momentos de desesperación, las lágrimas calladas en la soledad de la noche. Recordó las veces que había sido humillado, maltratado y menospreciado. Pero también recordó su determinación, su valentía, su perseverancia.

Rivero correspondió a Joaquín Barba, con una mirada cargada de gratitud. Aquel pelirrojo, con su firma, había sido su salvador, el hombre que le devolvía la libertad. Regresó a Nuevitas, porque aún tenía un último compromiso que cumplir con Alfonso Ramos, quien había sido más que un jefe en estas últimas horas; había sido un aliado, un amigo. En el campamento, Rivero mostró los documentos de la baja al sargento de plana mayor. La cara de Ramos se iluminó con una sonrisa sincera y le dio un apretón de manos, expresando, así, su felicitación. Luego, con prisa, le encomendó la tarea de ordenar toda la documentación y actualizar el cronograma de tareas del jefe de la Unidad con base en los documentos traídos por la jefatura de la agrupación. Rivero aceptó la tarea con dedicación. Durante toda la tarde, se sumergió en su trabajo. Cada papel, cada informe, cada detalle, era una pieza del rompecabezas que estaba resolviendo para el bienestar de su jefe y de la Unidad. Finalmente, cuando el sol descendió y el cielo se tiñó con los últimos estertores del ocaso, Rivero culminó su labor. Se acercó a Ramos, quien aún estaba ocupado en sus asuntos.

–Jefe, yo me voy a quedar aquí hasta que llegue el comandante Almeida, así que no se preocupe, si me necesita, llámeme –dijo Rivero.

Se dirigió al dormitorio, con el corazón pesado pero decidido. Miró por última vez a sus compañeros, quienes le dedicaron gestos de apoyo y despedida. Con la melancolía llenando cada rincón de su ser, comenzó a repartir sus pertenencias, compartiendo con generosidad lo poco que tenía, incluyendo la veterana maleta de madera que lo había acompañado a lo

largo de esta desventura. Era un acto simbólico, la entrega de un pasado que estaba dispuesto a dejar atrás. Luego, se despojó del uniforme verde olivo, una prenda que había representado tanto tiempo de su vida que ahora quedaba en el pasado. Con cuidado, dobló cada pieza y la colocó en un rincón de su taquilla, como si estuviera guardando los recuerdos de una etapa que deseaba olvidar. Se vistió con la ropa de civil que había mantenido guardada durante tanto tiempo, y que, debido a la falta de uso, olía a polvo y abandono. En ese momento de despedida, el albergue parecía estar enfrascado en una atmósfera de nostalgia y expectación. Los compañeros de Rivero lo observaron en silencio, comprendiendo la importancia del momento. Sin embargo, la tranquilidad se rompió abruptamente cuando sonó la orden de firmes. Todos los presentes en el albergue guardaron silencio de inmediato y se pusieron en esa posición, obedeciendo, con disciplina militar. La puerta se abrió y el comandante Juan Almeida Bosque hizo su entrada, una figura imponente y respetada, un veterano del Ejército rebelde, conocido por su famosa frase de resistencia: «¡Aquí no se rinde nadie!»

El comandante escudriñó los rostros de los reclutas con detenimiento, hasta que su mirada se detuvo en Rivero. Le dirigió la palabra con calma:

–Soldado –dijo con seriedad–, ¿cuál es la causa por la que usted está vestido de civil?

Rivero, sin titubear, respondió:

–Disculpe, comandante. Me estaba despidiendo de mis compañeros porque me dieron la baja del servicio militar, y pronto me voy para mi casa.

El comandante asintió y, con un gesto amable, dijo:

–Ah, entiendo. Está de suerte, entonces. Espérenos a la salida para que se traslade con nosotros hasta Camagüey.

Rivero se despidió por última vez de sus compañeros en aquel albergue. Salió de allí para dirigirse al *jeep* donde viajaba Almeida. La caravana se puso en marcha sin demora, mientras el cielo se teñía de tonos oscuros al caer la noche. Observó las siluetas de algunas de las edificaciones de la fábrica que habían sido su hogar durante los últimos meses. Era su adiós a

las UMAP, su último recuerdo de un lugar donde había sufrido, luchado y, finalmente, triunfado sobre la adversidad. Ahora, al fin, era libre.

Veinte

Las pesadillas son el eco de nuestros miedos más recónditos, la expresión silenciosa de nuestras ansiedades y angustias. Emergen en la oscuridad de la noche, cuando las sombras se alzan como espectros inquietantes y la luna se convierte en testigo de nuestros tormentos. En su danza perturbadora, desenmascaran nuestras vulnerabilidades. Nos revelan verdades que preferiríamos ignorar, pero que, sin embargo, son ineludibles. ¿Será que las moiras se encargan de escribir los guiones de nuestras pesadillas? Esas traviesas tejedoras de quimeras urden sus hilos invisibles en los recovecos más profundos de nuestro ser, desplegando ante nosotros un universo retorcido, ajeno a toda lógica y razón. En su teatro de lo absurdo, somos actores sin libre albedrío, atrapados en escenas grotescamente reales. ¿Acaso no es en las pesadillas, en esos ensueños macabros, donde la mente se atreve a explorar lo que, a la luz del día, se niega a ver? ¿Quiénes somos, entonces? Nos convertimos en exploradores de nuestro propio abismo, en peregrinos de nuestros miedos más grandes. En ese rincón oscuro de la mente, la realidad se distorsiona, y las leyes del mundo se quiebran. Enfrentamos monstruos que no son otra cosa que reflejos deformados de nosotros mismos, criaturas que personifican nuestros peores temores. Y cuando despertamos, cuando emergemos de ese abismo onírico, llevamos con nosotros una parte de esas sombras, una enseñanza velada en el misterio de la noche. Y aunque deseemos desterrarlas, no podemos evitar contemplarlas con asombro, porque en ellas encontramos fragmentos de nuestro ser que, de otro modo, permanecerían ocultos en el laberinto de nuestra psique.

Rivero tenía miedo. Lo sabía por sus pesadillas. Porque temía dormir cada noche y encontrarse con el rostro ensangrentado de Aldo, con las formaciones, los gritos, los golpes, los catorce pelos, el machete y la caña de azúcar, la guitarra de Pablo Milanés, la imagen del joven testigo de Jehová amarrado al palo siendo comida de los mosquitos mientras cantaba, las horrorosas historias del electroshock, la afocancia y, sobre todo, encontrarse con Ramiro, con el recuerdo de su amigo, perdido en el tiempo, en el mar Caribe, a noventa millas de La Habana. Cada vez que cerraba los ojos, los recuerdos lo azotaban, mancillaban su mente hasta el punto de que despertaba exaltado y sudoroso, para luego descubrir a su lado una Monina asustada, calmándolo con un tibio beso, peinando sus cabellos con las manos: «Ya está, ya está, fue una pesadilla». Rivero la escuchaba decir, pero, en el fondo, sentía su corazón latiendo con el mismo miedo. Durante el día, nadie hablaba de aquellas pesadillas, no se atrevían a preguntarle a Rivero qué veía. Para él era mejor así, porque tampoco se veía capaz de explicarlo; lo único que podía asegurar era que tenía miedo. Quizás por eso se alejó de la Iglesia, incluso cuando el propio padre Meurice, ya nombrado arzobispo auxiliar y con miles de quehaceres, lo buscó y le preguntó por qué no acudía a misa los días del Señor. «Discúlpeme, Meurice, pero ya no estoy para esas cosas», le dijo Rivero. Pero eso ya lo sabían todos, lo sabían desde hace mucho.

El mes de octubre de 1967 había iniciado con una noticia de impacto para el país. El Che había sido fusilado en la escuela de La Higuera, en Bolivia, después de casi un año de contienda. Una vez más, la Revolución perdía a uno de sus grandes defensores. Muchos lloraban la muerte del guerrillero heroico, y en la televisión, Fidel Castro daba su último adiós al médico argentino marcando con fuego una frase que quedaría grabada para siempre en la mente de todos los niños cubanos: «SEREMOS COMO EL CHE». Al mismo tiempo, se entonaba aquella canción tan conocida de Carlos Puebla que, aunque había sido compuesta en mayo de ese año, salió de las playas de Varadero para recorrer el mundo, al compás de sus versos: «Aquí se queda la clara, la entrañable transparencia, de tu querida presencia, comandante Che Guevara». Muchos se preguntaban por qué el Che debía

ser el modelo del revolucionario. Existían otros héroes, como José Martí o Antonio Maceo, o los jóvenes Antonio Guiteras y Julio Antonio Mella, paradigmas de la juventud y la historia de la isla. Aunque en ese entonces, existían también otros dogmas y otra forma de ver Cuba. Mientras tanto, en la otra cara de la isla, cien mil cubanos se preparaban para coger uno de aquellos *freedom flights* que llegaban casi a diario al aeropuerto de Miami. En esos vuelos se separaban cientos de familias. Se iban los padres, o los hijos, o los primos, o todos; pero siempre alguien se quedaba, quizás esperando tiempos mejores, con la fiel esperanza de que la isla volviese a ser lo que un día fue. Sin embargo, a tan solo ocho años del triunfo revolucionario, Cuba había suprimido casi la totalidad de las empresas privadas, y el tiro de gracia lo daría en marzo de 1968, con aquella «ofensiva revolucionaria» mediante la cual se nacionalizaron cincuenta mil pequeñas empresas. Fidel iba con todo.

Otros miles de cubanos, los que no podían acceder a los *freedom flights*, se embarcaban en navíos rústicos para aventurarse a navegar hasta la Florida. Y con ellos, se iba toda su vida. El país, entonces, se dividía en dos bandos: por un lado, estaban los «buscalibertades», los que daban al país por destruido y presentaban los más desastrosos pronósticos con respecto a la economía, la política y el Gobierno en general; por el otro lado, estaban los defensores de la nueva Revolución socialista, admiradores de Fidel Castro, que marchaban decididos a construir el socialismo, y militaban en los Comités de Defensa de la Revolución, los que gritaban «¡pim, pom, fuera, abajo la gusanera!» en todos los actos políticos que, con el tiempo, se hacían más comunes en escuelas y centros laborales, los que acusaban a los intelectuales de tener problemas político-ideológicos. En consecuencia, comenzaba a gestarse un odio intenso e imparable, una ola de rencor por los que se iban y también por los que se quedaban. Un rencor que se volvía más fuerte con el paso del tiempo.

Pero todavía quedaba un grupo más, los jóvenes. La Juventud Comunista se extendía como una plaga en todas las universidades y ocupaba la mayor parte de la masa estudiantil del país. Casualmente, en el mes de octubre, una avalancha de «estudiantes revolucionarios» se habían

dedicado a cazar a unos cuantos «elementos» que, por sorpresa, aparecían poniendo carteles clandestinos y escribiendo en diarios caseros cuentos y poemas con un exceso de idealismo que rozaba el peligro. Los habían escogido minuciosamente, para luego humillarlos en las asambleas estudiantiles, frente a sus profesores y compañeros, que no entendían cómo ni por qué esos estudiantes, en su mayoría con un alto grado de productividad académica, se habían desviado hacia los caminos del imperialismo. Todos esos jóvenes, uno a uno, habían sido confinados en las UMAP. Rivero, de vez en vez, pasaba por la Ciudad Deportiva y observaba los camiones que se iban llevando a aquel puñado de muchachos que, como le había ocurrido a él hacía dos años, iban a pasar los peores meses de sus vidas. La impotencia lo superaba, principalmente porque ni siquiera después de abandonar las filas de las UMAP había sido capaz de zafarse de la mancha que habían dejado en su vida. Muchas habían sido las desilusiones de los últimos meses, y por esa razón, se había lanzado al abandono.

La primera de ellas ocurrió una semana después de la baja. Rivero se despertó bien temprano, y se dirigió al Comité Militar de Santiago de Cuba, donde lo recibió Tomás Bastos, un militar que se desempeñaba como jefe del Comité. El militar se detuvo a examinar minuciosamente el documento de la baja, y sin dirigirle la mirada al muchacho, tecleó unas líneas en su máquina de escribir y le pidió que entregara el carnet expedido por el Ministerio de las Fuerzas Armadas. Cuando terminó, le hizo entrega de un documento donde se acreditaba que había sido desmovilizado por completo de las FAR-UMAP, y de una carta de presentación dirigida al delegado provincial del Ministerio del Trabajo, y le dio claras instrucciones de presentarse en la dirección provincial del Ministerio, con el objetivo de reincorporarse al trabajo. Bastos hizo dos copias, que firmó con su nombre y apellidos y, acto seguido, se despidió amablemente y le indicó con un gesto a Rivero que abandonara la oficina.

Esa misma tarde, Rivero se dirigió a la dirección provincial, que estaba abarrotada de gente. No distinguió a ninguno de sus compañeros, ni a ningún otro joven que tuviese indicios de haber pasado por las UMAP, así

que supuso que las personas que ocupaban la sala estaban allí por otras gestiones. En la recepción, vio a una joven y se dirigió a ella con amable sonrisa. Ella al verlo, hizo lo propio.

–¿En qué puedo ayudarlo? –preguntó la joven.

–Buenos días, vengo a ver al delegado para mi reincorporación laboral –contestó Rivero, mientras le hacía entrega de la carta de presentación expedida por el Comité Militar.

La recepcionista leyó el documento rápidamente, lo suficiente como para que cambiara el semblante de su rostro, y sin decir una palabra, se dirigiera a una oficina ubicada a sus espaldas. Rivero no entendía nada, pero como se había acostumbrado a esos desaires repentinos, se limitó a esperar. La recepcionista salió al rato, le devolvió el documento a Rivero y le dijo:

–El delegado dice que no puede atenderlo en estos momentos, que vuelva mañana por la mañana.

Dicho lo cual, se apartó del buró y volvió a la oficina sin dar más explicaciones.

Desconcertado, Rivero tomó el documento y regresó a casa. Las cosas no salían como había imaginado. Después de abandonar las UMAP y tras varios días de descanso, había llamado al puerto, en busca de Torriente, y por desgracia había descubierto que a su jefe y también queridísimo amigo lo habían trasladado a otra provincia, y a pesar de que muchos de los trabajadores que aún quedaban lo conocían, los intentos por reintegrarse fueron en vano; los cupos laborales se hallaban completos. Matilde intervino y consultó al padre Meurice sobre la posibilidad de que su hijo retomara el trabajo de chofer. La respuesta fue afirmativa, pero Rivero, esta vez, se mostró reacio a revivir esos capítulos del pasado. Agradeció, pero declinó la oferta, consciente de que ciertos caminos, una vez recorridos, no podían ser desandados sin dejar cicatrices.

Al alba siguiente, Rivero enfrentó nuevamente la recepción, donde la joven desapareció como de costumbre, esta vez prolongando su ausencia durante una hora entera. Cuando finalmente regresó, condujo a Rivero a la

oficina donde aguardaba un hombre de semblante serio, quien se identificó como Rolando Barocela.

–Siéntese, Rivero –invitó Barocela, y el joven obedeció, entregándole la carta de presentación, ansioso por abordar su reintegro laboral.

Sin embargo, Barocela rechazó con disgusto el documento.

–No se moleste en entregarme ese papel –dijo–. No tiene ningún significado para mí.

La incredulidad invadió a Rivero. ¿Qué pensaba ese hombre? A pesar de su creciente impaciencia, Rivero, consciente de que llevaba (como siempre) las de perder, contuvo su descontento.

–Señor Barocela –intentó, manteniendo la cordialidad–, antes de mi reclutamiento, trabajaba en el puerto como jefe de entrega, colaborando estrechamente con los estibadores. Lo único que pido es ser ubicado en ese mismo puesto, o al menos...

–Señor Rivero –lo interrumpió Barocela–, ¿cree que está en condiciones de solicitar algo? Dada la razón de su baja, es uno de los enviados a las UMAP y, por ende, los únicos puestos disponibles para usted son en agricultura o construcción, ninguno más.

–¿Qué está insinuando, señor Barocela? ¡No tiene derecho a confinarme a la agricultura o la construcción cuando le estoy diciendo que estoy capacitado para un puesto mejor! –Rivero, lentamente, se levantó de la silla, elevando la voz–. ¡Considero una falta de respeto y una actitud discriminatoria que se me trate así cuando no he cometido ningún delito para ser enviado a las UMAP!

–¡No tiene el derecho de hablarme de esa manera! –vociferó Barocela–. ¡A mí no me interesan sus problemas ni sus aspiraciones! Ya le he dicho sus opciones: agricultura o construcción. Si no acepta ninguna, no hay más que hablar.

–¡Esto es una injusticia!

–¡Salga de mi oficina!

–¡Esto no quedará así, sé lo que tengo que hacer! –exclamó Rivero al salir, mientras Barocela lanzaba un despectivo «¡váyase *pal'* carajo!».

Rivero abandonó la oficina como un torbellino. La furia ardía en su interior, sentía cómo la sangre fluía con rapidez por sus venas y las sienes le palpitaban con intensidad; la indignación ardía en sus entrañas, como un fuego que no encuentra límites. La injusticia de aquel encuentro resonaba en sus oídos y, mientras abandonaba el edificio, las palabras despectivas de Barocela retumbaban en su cabeza como un eco persistente. Caminó de regreso a casa con la mirada perdida en el horizonte, arrastrando consigo el peso de la frustración y la impotencia. El sol del mediodía, por momentos oculto entre las nubes, proyectaba sombras intermitentes sobre su rostro, reflejando la tormenta que rugía en su interior. En su mente, se entrelazaban los recuerdos de las UMAP y el presente injusto que enfrentaba. Los meses de humillación y sufrimiento se sentían lejanos, pero aún palpables. La libertad, aunque saboreada, todavía estaba amenazada por las secuelas de aquel oscuro capítulo. Había salido de las UMAP, pero ellas no habían salido de él, y le brindaban, ahora, las huellas de la discriminación y el maltrato.

Veintiuno

Durante varios días Rivero analizó qué medidas tomar para que el director provincial del Ministerio del Trabajo, Rolando Barocela, no se saliese con la suya.

Finalmente, después de deliberar con meticulosidad, decidió redactar una carta, dirigida al entonces ministro del Trabajo, Jorge Risquet Valdés. En esa misiva, plasmó los maltratos y discriminaciones sufridas bajo la mano de Barocela, exponiendo con desgarradora sinceridad la desgastada realidad que enfrentó. La esperanza se aferraba a sus palabras, esperando una respuesta que pudiera alterar el rumbo injusto de su destino. Los días, sin embargo, transcurrieron con indiferencia, y la respuesta se desvaneció en la quietud del silencio. Rivero, atrapado en la red de la incertidumbre, experimentaba la desesperación como un nudo en el estómago. Matilde no lo presionaba, deseaba que su hijo se tomara un merecido descanso después de dos años sufriendo en aquel horroroso lugar, pero el muchacho quería trabajar inmediatamente y no tenía excusa para andar de vago. Tenía veinticinco años, una esposa y una casa que mantener, y el hecho de pasarse los días de un lado para otro de la casa lo irritaba. No podía esperar un día más, debía buscarse un trabajo cuanto antes.

Una tarde, mientras disfrutaba de su habitual café después del almuerzo, recibió la visita de uno de los nuevos vecinos, que se había mudado hacía unas pocas semanas al barrio.

–¡Antonio! ¡Qué placer verte, hermano!

–¡Oye! ¡Qué buena vida la tuya, eh! ¿Cuál es el secreto?

–Buena vida, dices. Si lo que estoy es obstinado de estar sentado aquí.

Antonio Ávila desbordaba risas ante las ingeniosas ocurrencias de Rivero. Era un cincuentón de apariencia lozana y fornida, con una cabellera blanca y pulcramente corta, que acentuaba la elegancia que vestía hasta para visitar a sus vecinos. Rivero, atraído por ese aire de simpatía y preparación, lo idolatraba. Hacía ya tres décadas que Antonio, licenciado como arquitecto, halló un próspero empleo en la sucursal de Planificación Física de Oriente. Tenía una esposa, joven y esbelta, que se había casado con él a los dieciocho años, cuando Antonio contaba con cuarenta y cinco. Ahora, con veintitrés, Amanda se había licenciado de profesora de primaria y daba clases en la misma escuela que Monina, que se encargó de desvelarle, desde el primer día, los secretos de la profesión. Con el tiempo, la amistad floreció, y cuando Amanda supo de la venta de una casa cercana a la de su gran amiga y compañera de trabajo, acudió velozmente a persuadir a su amorcito para que se mudaran. Desde el casamiento, la pareja vivía con los padres de Amanda, y ella deseaba levantar vuelo lo antes posible, porque sus padres tenían la costumbre de opinar demasiado sobre su vida y sus decisiones, a pesar de que Antonio, hombre de principios, había dejado claro que, siempre y cuando aportara a la casa, no deseaba injerencias en su vida. Aunque nunca había sido hombre de poco dinero, porque contaba con suficiente para darse una buena vida, era un poco tacaño y le gustaba gastar lo justo y necesario. Al principio, se negó a comprar la casa, bajo la justificación de que no poseía suficiente dinero para hacerlo. Amanda se desilusionó y casi lanzó la toalla, pero casualmente, por aquellas fechas, el padre de Antonio murió, y antes de abandonar este mundo, dio instrucciones a su hijo de que una vez muerto, buscara debajo del suelo del armario de su habitación, puesto que ahí estaba toda la fortuna que había logrado recaudar a lo largo de su vida. Antonio dudó por un instante, pensando que su padre se había vuelto loco, pero obedeció, y después de levantar las ocho losas de granito, se encontró con tanto dinero que no pudo negarse a comprar la casa.

Rivero y su vecino sostuvieron una animada charla, en la que el joven compartió las penurias de su búsqueda laboral, incluida la desagradable

historia con Barocela, cuyo relato le resultaba, ya, insípido. Antonio, atento oyente, concluyó con una pregunta intrigante:

–Ven acá, chamaco, ¿qué tal se te da dibujar?

El joven, desconcertado ante la inesperada pregunta, respondió:

–No soy un pintor profesional, pero, en mis años de juventud católica, hice un curso de dibujo técnico.

–¿Dibujo técnico para planos de casas o algo por el estilo? –indagó Antonio.

–Más bien para cosas pequeñas, como juguetes de madera, escritorios... Pero ¿a qué viene la pregunta, Antonio?

–Pues resulta que quizás te pueda resolver una *pincha* en mi trabajo. Están buscando dibujantes. Normalmente, deberían tener el título, pero te digo, con lo que sabes es suficiente. Estoy seguro de que lo harás bien. ¿Te interesa?

–¡Claro que sí! –exclamó Rivero, emocionado.

–Pues bien, hablaré con el jefe y te avisaré para que vayas.

–Muchas gracias, Antonio. Te estaré agradecido toda la vida.

Las risas de Antonio resonaban sin cesar y Rivero, a pesar de las adversidades, no dejaba de pensar que la vida le sonreía de nuevo. La promesa de una oportunidad laboral se vislumbraba como un destello de esperanza en el horizonte de su incierto futuro.

Rivero estaba nervioso. Era su primer día de trabajo como dibujante en la empresa de planificación física. La entrevista había ido muy bien, Antonio lo había ayudado, presentándolo como el joven más capaz y responsable que había conocido jamás. El jefe, Manuel Miyar Barruecos, director de la sucursal, se había comportado como todo un caballero, dándole la enhorabuena y aclarándole al arquitecto que depositaba toda su confianza en él. Al llegar, el administrador le dijo que la jefa del Departamento de Personal de la Delegación del Ministerio de la Construcción tenía interés en conocerlo, pues había recibido información de su paso por las UMAP y

quería tener su propio criterio al respecto. Rivero fue inmediatamente a entrevistarse con ella.

–Hay algo que me gustaría preguntarte, si no te molesta –le dijo aquella mujer rubia, mientras lo invitaba a sentarse en uno de los butacones de la oficina–. Me han informado de que estuviste en las UMAP. ¿Es cierto?

–Sí, es cierto. Estuve en las UMAP entre noviembre de 1965 y julio de 1967.

–¿Y por qué estuviste allí? ¿Qué hiciste?

Rivero se quedó pensando, pues ni él mismo sabía la verdadera respuesta.

–Soy católico, y creo que por eso me enviaron a las UMAP. Allí había muchos cristianos, testigos de Jehová…

–También homosexuales, delincuentes y contrarrevolucionarios, ¿verdad?

–Sí…, también había muchos inocentes –dijo Rivero, mirando fijamente a los ojos de aquella mujer–, jóvenes ingenuos que, como yo, sufrieron muchos maltratos.

–¿Qué tipo de maltratos?

–Pues nos hacían trabajar de sol a sol, sin descanso ni alimentación adecuada. Nos golpeaban, nos insultaban, nos humillaban. Nos obligaban a renunciar a nuestra fe. Nos vigilaban constantemente y nos castigaban por cualquier cosa. Fue un infierno.

Rivero se sentía mal recordando aquellos momentos. La jefa de personal lo observaba, mientras el muchacho miraba al suelo.

–Lo siento mucho, Rivero. ¿Cómo lograste salir de allí?

–Soy el sostén de mi familia, pude librarme por eso.

Hubo un silencio sepulcral, de esos silencios donde la información se va digiriendo poco a poco. Finalmente, la mujer se levantó y ofreció una amable sonrisa a Rivero.

–Me alegro de que no te hayas dejado vencer, Rivero. Eres un ejemplo de fortaleza y dignidad. Te admiro mucho. Quiero que sepas que aquí tienes un lugar donde te valoraremos y te respetaremos. No te vamos a juzgar por tu pasado, sino por tu presente y tu futuro.

–Muchas gracias, de verdad.

–Gracias por haber atendido mi solicitud. Me has permitido tener un criterio propio en cuanto a aquellas personas que fueron llamadas al servicio en las UMAP.

Dicho lo cual, Rivero se despidió y se marchó. Miyar lo esperaba, ansioso, en la oficina.

–Buenos días, Rivero –le saludó cordial el jefe–. Estarás nervioso por tu primer día. No te preocupes, que te voy a asignar a una persona que te guiará y te enseñará los procedimientos. Se llama Laura y es una de las mejores dibujantes que tenemos. Ella te explicará todo lo que necesitas saber. Pero ¡ojo! ¡No te confíes! Aquí se trabaja duro y se exige calidad. Tendrás que adaptarte rápido y aprender mucho. ¿Estás preparado?

–Sí, señor. Estoy dispuesto a dar lo mejor de mí.

–Muy bien, me gusta tu actitud.

Rivero asintió y siguió al jefe hasta su mesa, donde le presentó a Laura, una mujer joven y simpática que se encargó de mostrarle, con paciencia y detalle, todos los aspectos del trabajo de dibujante de planes urbanos. Cómo crear los diseños, los formatos que debían seguir para presentarlos, los símbolos que representaban los diferentes elementos urbanos, las escalas que debían respetar para mantener las proporciones, y muchos otros conceptos técnicos que Rivero desconocía. Pero no solo eso, también le transmitió su pasión por el dibujo y su visión creativa de la planificación física. Le explicó cómo interpretar las necesidades y los deseos de los clientes, cómo adaptarse a las características y los problemas de cada ciudad, cómo buscar soluciones innovadoras y sostenibles que mejoraran la calidad de vida de las personas y el medio ambiente. Le mostró ejemplos de proyectos exitosos que habían realizado en la empresa, y lo invitó a participar en algunos de los que estaban en curso. Rivero se sintió fascinado por el mundo de los planes urbanos, y se esforzó al máximo por aprender y mejorar. Practicó, con ejercicios que le ponía Laura, y recibió sus correcciones y consejos con humildad y agradecimiento. Poco a poco, fue ganando confianza y habilidad, y sus dibujos fueron adquiriendo más calidad y personalidad. Después de unas semanas, ya era capaz de

desempeñarse con total desenvolvimiento en su puesto. El jefe quedó impresionado con su progreso y le felicitó por su trabajo. Antonio también se mostró orgulloso de su amigo y lo animó a seguir así. Laura, por su parte, le expresó su satisfacción y su cariño, y le dijo que ya no era su tutora, sino su compañera y su amiga.

Mientras el tiempo disolvía los últimos meses del año 1967, Rivero se sumergía en su papel como dibujante. Aunque su labor se inclinaba más hacia la asistencia, había perfeccionado las tareas que le correspondían. Participaba activamente en numerosos proyectos, centrados principalmente en dos puntos cruciales: la construcción de viviendas y la expansión de la ciudad hacia las zonas periféricas. Ambos aspectos constituían piezas fundamentales en los esfuerzos del país desde el triunfo de la Revolución. Así, habían surgido diversas comunidades y repartos notables, tales como 30 de Noviembre, Santa Bárbara y Versalles. Simultáneamente, se habían ejecutado iniciativas para erradicar barrios insalubres, como la Manzana de Gómez, cerca del cementerio Santa Ifigenia, y dar lugar a una nueva comunidad llamada el Reparto Nuevo Vista Alegre. Estas viviendas, aisladas con patio y jardín, seguían el diseño de la ciudad tradicional, organizada en manzanas, con amplias vías y servicios primarios. Sin embargo, la mayoría de estos planes y medidas para la construcción de viviendas no alcanzaron las metas deseadas.

Con la llegada de los soviéticos y la integración de Cuba en el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) en 1963, la Unión Soviética donó una planta de producción de grandes paneles de viviendas prefabricadas, equipada con tecnología avanzada, para mitigar los estragos causados por el ciclón Flora. Esta planta, instalada en Santiago para atender las necesidades de la región suroriental del país, construía casi dos mil viviendas al año. Comenzó a operar en 1965, tras un riguroso proceso de adaptación de los componentes constructivos y esquemas tipológicos a las condiciones geológicas, medioambientales y de vida de la sociedad cubana. Así nació el Distrito José Martí, ubicado hacia el norte de la ciudad.

Los proyectos en los que Rivero trabajaba estaban estrechamente vinculados a estos paneles soviéticos. Durante los meses siguientes, se

dedicó con ahínco a uno de los proyectos de expansión que vería la luz en la siguiente década: una comunidad cercana a Vista Alegre, antaño hogar de grandes mansiones pertenecientes a empresarios burgueses, como la antigua casa de los Bacardí. El objetivo era transformar los alrededores de Vista Alegre en dos nuevas comunidades. Una de ellas, llamada Rajayoga, surgiría en la siguiente década y estaría compuesta principalmente por estos edificios de paneles soviéticos, diseñados para resistir los frecuentes sismos que afectaban a la ciudad.

A finales de diciembre, Rivero recibió una citación de la Dirección del Trabajo. La idea de regresar a ese lugar y enfrentarse a Barocela no lo entusiasmaba en absoluto. No obstante, al presentarse en las instalaciones, le informaron de que había una plaza preparada especialmente para él en el puerto de Santiago, como jefe de entrega. El joven ponderó la oferta con detalle. Recordó que Torriente ya no trabajaba allí, habían pasado dos años desde la última vez que puso un pie en ese lugar, y, además, se encontraba muy satisfecho con su nuevo trabajo. Como resultado, rechazó la propuesta. Pero, sorprendentemente, durante toda la primera mitad de 1968, continuaron insistiendo, hasta que, claramente molesto, Rivero solicitó que no lo importunaran más.

Veintidós

En el año 1968, los vientos del destino soplaron con fuerza sobre el castrismo y marcaron un capítulo crucial en la historia cubana. Fue un año de definiciones, cuando los lazos totalitarios de la Revolución se apretaron con determinación y dejaron la isla inmersa en un mar de cambios y desafíos. La ola de transformaciones desencadenadas por la ofensiva revolucionaria dejaron una huella imborrable en la vida cotidiana de los cubanos. Pequeños negocios privados, los últimos resquicios de autonomía económica, fueron absorbidos por el voraz abrazo del Estado, llevando a la población a depender exclusivamente de las decisiones gubernamentales, incluso para las tareas más simples, como remendar unos zapatos desgastados. En aquellos días tumultuosos, Fidel Castro, imbuido por una mezcla de fervor revolucionario y delirio utópico, se erigía como un profeta que canalizaba los espíritus de Lenin y el Che Guevara. En sus discursos, entre movilizaciones multitudinarias, deliraba con visiones de la abolición del dinero, el trabajo voluntario, la forja del «hombre nuevo», la moral comunista y la condena al «diversionismo ideológico». La Brigada Che Guevara, siguiendo la iniciativa del máximo líder, desató su furia sobre los bosques cubanos, empleando buldóceres y dinamita para despejar tierras destinadas al cultivo de la caña. El Cordón de La Habana no escapó a esta vorágine transformadora, y vio desaparecer sus arboledas para dar paso al cultivo de café caturra. La ciudad quedó desprovista de sombra y frutas, y sus habitantes, como los brotes de cafeto que no prosperaron, se vieron achicharrados por el sol, mientras bandadas de pájaros desplazados oscurecían el cielo, recreando una escena casi cinematográfica, aunque más

surrealista que amenazadora, porque en lugar de atacar, se limitaban a cagar en las cabezas de los habaneros. En abril de ese año, el padre Meurice despedía a su querido amigo y mentor, monseñor Enrique, que moría, callado y sereno, acompañado de un desfile que ocupó ocho largas calles, donde cientos de feligreses escoltaron los restos del arzobispo hasta el cementerio, mientras resonaban las antífonas y los salmos, previamente ensayados.

Cuba, a pesar de la inicial inclinación hacia el maoísmo, se alineaba cada vez más con la Unión Soviética. La invasión soviética de Checoslovaquia, justificada por Fidel Castro el 23 de agosto de 1968 como necesaria para proteger al socialismo de sus enemigos imperialistas, marcó un punto de no retorno en la relación entre la isla caribeña y el gigante comunista. La reciprocidad no se hizo esperar: el Gobierno soviético renovó su compromiso de ayuda militar ante cualquier amenaza estadounidense y, como un sello de esta alianza, el vicepresidente, Vladímir Nóvikov, viajó a La Habana para firmar un tratado comercial permanente entre la Unión Soviética y los países del CAME con Cuba.

En el ámbito cultural imperaban el dogmatismo y la intolerancia. La consigna «dentro de la Revolución», proclamada por Fidel en junio de 1961, se volvía un estrecho corsé para los creadores. Octubre de 1968 fue el epicentro de la tormenta cultural, cuando la concesión de los premios de poesía Julián del Casal a Heberto Padilla por *Fuera del juego* y de teatro José Antonio Ramos a Antón Arrufat por *Los siete contra Tebas* desató la ira de las autoridades, que consideraron ambas obras como contrarrevolucionarias. Heberto Padilla ya estaba en la mira de los comisarios desde meses atrás, cuando participó en una polémica con Lisandro Otero en *El Caimán Barbudo*, una revista cultural de la juventud que promovía y difundía la labor creadora de los jóvenes intelectuales en la isla. En ese debate, advirtió sobre los peligros de la interferencia estatal en la cultura, tomando como referente los sucesos en la Unión Soviética y la Europa del Este. A pesar de las intensas presiones, el jurado de poesía –conformado por José Lezama Lima, José Z. Tallet, Manuel Díaz Martínez, el peruano César Calvo y el británico John Michael Cohen– mantuvo su

integridad y otorgó el premio a Padilla por su calidad literaria. Esto provocó una asamblea convocada por la dirigencia de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, presidida por José Antonio Portuondo y Félix Pita Rodríguez, donde se esgrimió la acusación de una supuesta conspiración de intelectuales contra la Revolución. Aunque los autores no recibieron el premio ni el viaje a Moscú, las obras ganadoras fueron publicadas con un prólogo donde se afirmaba que esa poesía y ese teatro servían a los enemigos de la Revolución, y que sus autores eran los artistas que necesitaban para alimentar su caballo de Troya. A pesar de ser publicados, ambos libros fueron retirados de las librerías.

Desde las páginas del periódico *Juventud Rebelde* hasta los ataques provenientes de la revista *Verde Olivo*, dirigida por el teniente Luis Pavón, la arremetida contra los escritores se intensificó. Artículos rabiosos tachaban a Cabrera Infante y a Virgilio Piñera de autores irrelevantes. Los escritores como Antón Arrufat, Virgilio Piñera, César López, José Lorenzo Fuentes, Rogelio Llopis, José Rodríguez Feo, entre otros, fueron el blanco de los ataques desde *Juventud Rebelde* y *Verde Olivo*. El resultado de la arremetida fue desastroso: se creó y aprobó, en el Congreso de Escritores y Artistas de 1968, una declaración de principios que definió aún más el papel del escritor en Cuba, afirmando que este no solo debe apoyar la Revolución, sino contribuir a ella utilizando la literatura como herramienta. Durante más de catorce años, obstruyeron la puesta en escena de la obra de Antón Arrufat, condenada a un ostracismo despiadado, y tres años después, en el año 1971, Heberto Padilla y su esposa, Belkis Cuza, se verían tras las rejas durante treinta y siete días, a consecuencia de exaltar en su obra el individualismo frente a las demandas colectivas de un país en pleno desarrollo histórico y por exponer, también, su idea del tiempo como un hecho recurrente, como un círculo que se repite, en lugar de como una línea ascendente. Durante la reclusión, muchos aseguraron que Padilla estaba siendo víctima de numerosas torturas, correspondientes a un proceso de reeducación. Y para sorpresa de todos, al salir de prisión, Padilla entregó una declaración de autocrítica donde confesaba los cargos que se le imputaban y se autodefinía como un contrarrevolucionario, sutil, insidioso y

maligno. Acusó a otros escritores, incluida su propia esposa y los instó a seguir su ejemplo de adaptarse a la sociedad revolucionaria. Ante la confesión, varios intelectuales insinuaron que aquel discurso, en realidad, había sido la única forma de salvar el pellejo, y lejos de resolver la tensión entre los escritores e intelectuales cubanos, generó preocupación de que el Gobierno cubano hubiera comenzado a organizar eventos que recordaban a aquellos juicios de Moscú de Stalin, en la Unión Soviética.

Sin embargo, pese a los juicios, la censura y las nacionalizaciones, junio de 1968 se inauguró con una noticia alentadora: la revista *Verde Olivo* publicaba una carta abierta destinada a los jóvenes que iban a ser desmovilizados del servicio militar obligatorio, firmada por el ministro de las FAR. En el mensaje, se reconocía que, en algunas instancias, no se habían empleado los métodos más apropiados, y se instaba a los jóvenes a compartir sus problemas y dificultades. Este acto marcó la última ocasión en que una publicación oficial admitió que los métodos empleados por los oficiales no eran los más adecuados. Tras una minuciosa depuración, liderada principalmente por el capitán Felipe Guerra Matos, las UMAP fueron oficialmente disueltas mediante la Ley 051-68.

Rivero comía sin apuro cuando le llegó la noticia de primera mano. Monina se le acercó, silenciosa y expectante, extendiéndole la revista, ya abierta en la página correspondiente. Al verla, Rivero no pudo contener las lágrimas. «¡Hasta aquí llegaron los números 76!» pensó, entre alegre, nostálgico, lacerado y temeroso. Ella, sentada a la mesa, observaba a ese hombre que, desde hacía dos años, era su esposo y a quien amaba con todo su ser. No lograba comprender los extremos a los que habían llegado a afectarle las UMAP, principalmente porque no hablaba de ello. Durante esos dos largos años, habían vivido tanto y a la vez tan poco. El reclutamiento de Rivero había sido el mayor obstáculo para los planes que tenían desde que eran novios. A pesar de su marcada madurez y su corazón de oro, las UMAP lo habían transformado en un hombre de dos caras. Por un lado, mostraba ser un cabeza de familia comprometido con el bienestar de su esposa, de su madre y de la bisabuela que los había acogido desde su infancia y que contaba con más años que un calendario. Era un hombre decidido a avanzar,

sin importar las dificultades, resiliente, sabio, perspicaz y centrado. Pero, por otro lado, había una cara que intentaba fingir que no existía: la de un hombre asustado, marcado como uno de esos «elementos» reclutados por las UMAP. Un hombre que había perdido aquella fe católica que cultivó desde que fue a misa por primera vez, hacía casi dos décadas. Un hombre acusado de ser un contrarrevolucionario, un despojo de la sociedad y un mal ejemplo para las nuevas generaciones, sin ninguna prueba que respaldara esas denuncias. Eso también lo atormentaba: el no conocer las razones por las que todos aquellos jóvenes fueron maltratados. Cuando estaban en la cama, Monina lo tenía más cerca, y Rivero se abría y mostraba esa alma desnuda por efímeros instantes, liberando la presión, poco a poco. Ella intentaba curar sus miedos con tibios besos y caricias consoladoras. Luego terminaban haciendo el amor, pero ya no de la manera arrebatadora y apocalíptica de las primeras veces. Esta vez, el acto se convertía en un consuelo. Él la exploraba y conocía, en cada ocasión, un lugar novedoso e interesante, y ella se dedicaba a contar los lunares de su pecho, su respiración, cansada pero incesante.

Ahora, con esa revista entre sus manos, parecía más feliz, como si la noticia del desmantelamiento de las UMAP le hubiera causado un enorme alivio. «¡Cómo no!», pensó ella y vio el momento de darle otra noticia, una que guardaba desde hacía al menos un mes. No habría otra oportunidad.

–Hay otra cosa de la que quiero hablar, Rivero.

Él apartó la vista del papel y la miró, confundido.

–¿Qué pasa? –preguntó.

–Estoy embarazada.

En ese instante, sin saberlo, Rivero se convirtió en el hombre más feliz del mundo.

Nadie había podido sospecharlo, ni siquiera Matilde, y mucho menos él, quien, ajeno a la realidad que germinaba en el vientre de su amada, se había dedicado en cuerpo y alma a su labor como dibujante en aquellos proyectos de construcción que, poco a poco, iban modelando la ciudad. El prodigioso inicio de aquella historia se había revelado una mañana cuando Monina, sin razón aparente, se sintió diferente. No hubo vómitos que delataran el

embarazo, ni mareos que presagiaran su existencia. Fue más bien un susurro, un instinto maternal que brotaba de su interior. Consultó con el médico, le hicieron los exámenes pertinentes, y en efecto, tenía dos meses de embarazo. Durante las cuatro semanas siguientes, cargó con el dulce secreto, un complot entre ella y el ser que crecía a pasos agigantados en su seno.

En el ocaso de aquella caliente tarde de verano en Santiago de Cuba, cuando los días se estiraban como un chicle y el aire vibraba con la promesa de lo inminente, Monina y Rivero comenzaron, sin saberlo aún, un viaje que cambiaría sus vidas para siempre. El anuncio de la llegada de un nuevo ser los envolvió en la dicha de la maternidad. Monina cantaba canciones suaves al pequeño ser que crecía en su vientre. Sus melodías tejían un lazo invisible entre madre y bebé, como si intentara enseñarle que esa voz sería la encargada de guiarlo en su travesía terrenal. Matilde, la abuela en ciernes, desplegó sus habilidades de costurera con devoción. Aguja en mano, creó pequeñas prendas que acompañarían los primeros pasos del bebé. La noticia de que la criatura sería una niña fue recibida con alegría desbordante, mientras la casa se llenaba de colores y el palpitar de la espera. Rivero, embargado por el orgullo de ser padre, compartía la noticia entre los vecinos y los compañeros de trabajo. Prometía ser un padre de oro, rompiendo por un instante las cadenas de los miedos arrastrados desde los días oscuros de las UMAP. En las noches, sosegado con las experiencias que cargaba en su interior, hablaba con la panza de Monina y le susurraba a su pequeña promesas de amor y protección. Los meses avanzaron hacia el inevitable encuentro con la nueva vida, y el tiempo, cómplice de este milagro cotidiano, dejó su huella en Monina, en su cuerpo, que se curvaba con la gracia de la maternidad, y en Rivero, cuyos miedos cedían ante el resplandor de convertirse, finalmente, en padre. Y mientras Santiago de Cuba seguía su ritmo cadencioso, la familia de la casita de Santa Úrsula se tejía a sí misma, con cada día de espera, como una hermosa tela bordada con el amor familiar.

Finalmente, como un regalo cósmico, en la primera luz de enero de 1969, llegó al mundo aquella niña pequeña, delgada y vivaracha como su

padre. Matilde lloró de alegría. Monina, cansada pero llena de amor, miró a la pequeña que yacía en sus brazos y supo que no existiría momento más mágico e inolvidable en su vida. En honor a la fuerza y la luz que la niña traería consigo, la llamaron Pilar, como la columna que sostiene los sueños y las esperanzas de aquellos que la rodean.

Veintitrés

Los meses se deslizaron con la rapidez efímera que solo el inescrutable transcurrir del tiempo puede desplegar con la maestría que define su esencia. Para Rivero, Monina y la pequeña Pilar, el tiempo adquirió nuevos matices. Transformó sus vidas en una trama de sucesos donde la rutina se convirtió en el lienzo cotidiano de la familia. Los días estaban ahora marcados por risas de juegos infantiles y cantos de cuna, y Monina, convertida en madre, hallaba en las pequeñas acciones diarias una nueva cadencia, una melodía tierna que rompía la aparente monotonía. Observaba la velocidad a la que Pilar crecía, cómo aquella chiquilla con el cabello encrespado corría desnuda de un lado a otro de la casa luego de bañarse, o cómo esperaba, ansiosa, a su padre cuando regresaba del trabajo. A veces Rivero se sentaba con ella y le enseñaba sus dibujos, y Pilar, siempre curiosa, intentaba en vano trazar líneas rectas con el cartabón. Los padres la observaban y solo pensaban en cómo cada momento desde el nacimiento se iba convirtiendo en un recordatorio de la fugacidad del tiempo. Cada día, cada risa, cada descubrimiento eran como páginas añadidas al libro de la vida familiar. La transformación gradual de los días se tornaba en semanas y meses, y Rivero, antes atrapado en los días oscuros de las UMAP, ahora encontraba en la diversidad de las experiencias familiares una suerte de redentora paleta de colores. La familia se sumergía en la cotidianidad, explorando nuevas experiencias y encontrando un equilibrio entre la estabilidad familiar y la riqueza de la diversidad que la vida les ofrecía. El tiempo se revelaba como un aliado, impulsándolos a aprovechar los instantes, recordándoles que cada día albergaba la posibilidad de la

renovación y el descubrimiento. La aparente brevedad de los meses no solo marcaba el paso del tiempo, sino también la importancia de los pequeños detalles.

La década de los setenta se desplegó con una fuerza arrolladora, que se imponía con desmesura. Cuba, enraizada en un régimen político robusto, se veía fortalecida por el respaldo masivo de la Unión Soviética. Como parte de un pacto tácito, los soviéticos compraban el azúcar cubano a precios que se oponían a la lógica del mercado y enviaban petróleo a tarifas que desafiaban las leyes de la OPEP. La isla, gracias a esta alianza, emergió como una fuerza militar imponente en Latinoamérica, eclipsando incluso a naciones como Brasil y México. Ante estos hechos, se anunciaba uno de los retos más ambiciosos emprendidos desde el triunfo de 1959: la zafra de los diez millones. El 27 de octubre de 1969, en un extenso discurso en el teatro Chaplin de La Habana, Fidel Castro proclamaba la etapa masiva de la zafra de los diez millones de toneladas que tendría lugar al año siguiente. Aseguró que el país tenía caña suficiente para lograr el objetivo y respaldó su propuesta con una interminable cantidad de cifras. Y para asegurar la adhesión de la población al sacrificio que se le exigía, apeló a conceptos como la disciplina, la vergüenza y el control sobre los trabajadores. Entonces, una vez puestos los puntos sobre las íes, comenzó la cuenta regresiva. Desde finales de 1969 hasta alrededor de la mitad del año siguiente, se logró implicar a la sociedad cubana hasta niveles insospechados. Una desorbitada cantidad de ciudadanos estuvo disponible en función del gran objetivo. Todo el archipiélago cortaba, contaba, preveía y soñaba con alcanzar la ansiada cifra, que en aquel entonces representaba un récord masivo para la producción mundial de sacarosa. En las calles, gigantescos carteles mostraban el CALENDARIO DE LOS DIEZ MILLONES, en las revistas se leían los poemas del Indio Naborí y los numerosos artículos que analizaban el progreso de la zafra; en las calles, en los noticieros y en la radio, no se hablaba de otra cosa. Cientos de miles de cubanos fueron movilizados para cortar caña y se lanzaban hacia los cañaverales, orgullosos de portar su carnet de machetero, donde cada día se anotaba minuciosamente la cantidad de arrobas cortadas por cada trabajador. El

propio Fidel dedicó numerosas jornadas de cuatro horas a cortar caña. «¡Los diez millones van!», repetía la propaganda, y de ahí surgió la famosa orquesta salsera Van-Van, que, encabezada por el gran Juan Formell, llenaba con contagiosa alegría los cañaverales cubanos. Aunque la Revolución insistía en un símil entre la labor en la zafra y la de los guerrilleros en la trinchera, arma en mano, en la práctica, la zafra fue una actividad militarizada en la que cada voluntario vivió sometido a un régimen de semiesclavitud a lo largo de doce horas diarias, seis días a la semana, mal alimentado bajo un clima despiadado. No fueron pocos los que sufrieron de su inexperiencia en el campo y terminaron cortándose de gravedad con el machete; y algunos otros se hirieron deliberadamente para escapar de lo que llamaban «el infierno» de los cañaverales. Los juicios, donde condenaban a veinte o treinta años de cárcel a aquellos jóvenes por el solo hecho de que durante un fin de semana habían ido a ver a su familia, a su madre, a su novia, y donde eran juzgados por un consejo de guerra por el delito de deserción, eran una de las muchas formas de demostrar la verdadera cara de aquella zafra. La única salida que les quedaba a aquellos jóvenes era aceptar el plan de rehabilitación y volver al cañaveral con el rabo entre las piernas. Con los años, se sabría que aquella zafra se volvió algo más que toneladas o economía: se volvió una prueba, una cuestión moral para Cuba. Lo sorprendente era, más bien, el hecho de que los voluntarios participaban convencidos de que el logro ayudaría a la futura independencia económica de Cuba. Por eso, lloraron como niños cuando, en mayo de ese año, Fidel comunicó que el objetivo no se alcanzaría. Al bajar, decepcionado, de la nube y regresar junto al pueblo a la cruda realidad, se percataron de que durante esos meses todo lo demás había pasado a un segundo plano. Gran parte de las demás actividades productivas se vieron enormemente afectadas al quedar a medio gas, y como consecuencia, la economía cubana sufrió ese año un gran retroceso. La zafra culminó, pese a todo, con una recolecta de ocho millones y medio de toneladas, y 1970 se declaró como el Año de la Productividad.

En el año 1972, nació el segundo hijo de Rivero y Monina: Orestes. A sus tres años, Pilar ya mostraba los rasgos inconfundibles de su padre, pero el pequeño Orestes, en cambio, portaba la herencia materna, con su rostro fino y el cabello oscuro como el nocturno firmamento. Cuando dio sus primeros pasos, los padres se dieron cuenta de que, aunque en lo físico se asemejaba a Monina, en lo esencial heredaba la inquieta y risueña naturaleza de su padre. Mantenerlo quieto era una tarea imposible; Orestes, siempre travieso, buscaba incansablemente la forma de eludir la mirada atenta de su madre y desplegar sus travesuras. En medio de ese año, una triste noticia estremeció la apacible casita de Santa Úrsula: la anciana de la casa, abuela de Matilde y bisabuela de Rivero, se despidió de este mundo. Su partida fue serena, sin sufrimientos ni dolores. Una mañana, Matilde la descubrió sin vida en su lecho, sosteniendo una amapola en la mano y abrazando una fotografía de su difunto esposo. En lugar de lágrimas, Matilde esbozó una sonrisa. «Vaya dramatismo, abuela», pensó, reconociendo que se había ido en paz, convencida de haber vivido una vida plena y de haber tomado el timón de sus propias decisiones. Pocas semanas después, en un giro caprichoso del destino o quizás por una mala jugada de la fortuna, sepultaron a Jesús, el progenitor de Rivero, que se rompió el cuello tras una caída desde un barranco en un estado de embriaguez descomunal. Rivero no pudo hallar rastro de tristeza en su corazón; había compartido tan poco con su padre que apenas lo conocía. A lo largo de su existencia, los encuentros con él habían sido escasos. No guardaba recuerdos felices ni tristes, solo algunas conversaciones banales que, más que interesantes o curiosas, eran advertencias de José hacia su hijo, avisándole de que los hombres solo acompañan a sus mujeres a la iglesia y que aquellos que se entregan a rezos y cánticos terminan desviándose hacia caminos indeseados. «Y eso no te conviene –sentenciaba– porque singarse a una mujer es la mayor bendición que Dios nos ha dado». Y acababa con una estruendosa carcajada que culminaba en un fuerte ataque de tos. La muerte de Jesús, no obstante, conmovió a Matilde, sensibilizada por la situación familiar de su difunto esposo. Cediendo a las súplicas de la exsuegra, decidió partir a Guantánamo para apoyar a sus exsuegros en un tiempo que se alargó más de lo previsto.

En este lapso, encontró de nuevo el amor en los brazos de un carnicero local. Y el amor los unió de tal manera que permanecieron juntos hasta que la muerte los separó.

Después de la partida de su madre y de su bisabuela, la responsabilidad de la casita de Santa Úrsula recayó en Rivero y su familia. La ausencia de la ayuda de su suegra obligó a Monina a abandonar su labor en la escuela y dedicarse por completo a los quehaceres del hogar, malabares que debía realizar con dos niños a cuestas. Rivero, con la carga de sostener todo el hogar con su salario, asumió el peso de esta nueva realidad. Sin embargo, en 1973, la sucursal de Planificación Física donde trabajaba experimentó un cambio drástico. Toda la sucursal, junto con su plantilla, fue integrada a un sector de las Fuerzas Armadas Revolucionarias denominado Grupo de Construcciones Militares. Este nuevo destino se dedicaría a la construcción y remodelación de unidades, barrios y hospitales militares. Cada trabajador fue convocado ante el Comité Militar para incorporarse a la nueva plantilla y, por consiguiente, recibieron un carnet y firmaron documentos que los vinculaban a una organización militar, sometiéndose, de esta forma, a sus leyes. Rivero, al presentarse ante el Comité Militar, vio cómo un sargento escudriñaba minuciosamente su expediente, pero en lugar de expedirle el carnet o hacerle firmar la documentación, el sargento solicitó amablemente que regresara al día siguiente. Rivero obedeció y fue recibido nuevamente por el jefe de la sucursal, un capitán recién llegado que se hacía llamar Quintana. Este le comunicó con pesar que, debido a nuevas incorporaciones desde la jefatura militar, la plantilla ya estaba completa y, lamentablemente, Rivero no continuaría trabajando en la sucursal. Lo despidió, con la promesa de tenerlo en cuenta para futuras vacantes y lo instó a visitar el departamento de Recursos Humanos en la semana siguiente para recibir su finiquito correspondiente. Rivero se veía desprovisto de empleo en un momento crucial de su vida, y comprendía por qué. Seguramente, aquel sargento, al examinar su expediente, había detectado su pasado en las UMAP y había llegado a la conclusión de que no era una figura confiable. Así se esfumaba la posibilidad de trabajar para las FAR.

La noticia hizo añicos los ánimos en el hogar. Una vez más, Rivero se veía asediado por la discriminación a raíz de su pasado en las UMAP. Era un ciclo interminable, una sombra que no dejaba de perseguirlo. Sin embargo, en esta ocasión, se negó a aceptar la derrota. Firme en su determinación de encontrar un nuevo trabajo, se entregó por completo a la búsqueda diaria. Recorrió centros de trabajo, academias y diversas empresas estatales. Aunque encontró algunos trabajos temporales que proporcionaron sustento durante un tiempo, Rivero anhelaba algo más estable. Prefería un empleo que garantizara la manutención de su familia a largo plazo, en lugar de aferrarse a la incertidumbre de no saber si el próximo mes tendría los medios para alimentar a los suyos. Así, incansable en su búsqueda, exploró periódicos, revistas y consultó con vecinos y hasta con el presidente del Comité de Defensa de la Revolución (CDR). Estuvo a punto de viajar a La Habana, con la intención de solicitar trabajo directamente al mismísimo comandante. Sin embargo, antes de llegar a tales extremos, el destino le sonrió a mediados de mayo. Mientras caminaba en las cercanías de la Universidad de Oriente, se topó con un anuncio que cambiaría el rumbo de su vida. La extensa cuartilla que ocupaba el anuncio ofrecía la oportunidad de estudiar contabilidad y finanzas en una nueva modalidad de estudio que permitía trabajar y estudiar al mismo tiempo, y explicaba los pasos a seguir para inscribirse: realizar un examen de ingreso, una pequeña entrevista y, finalmente, estar entre los veinte primeros estudiantes en el escalafón, que serían los afortunados de iniciar los estudios en la universidad. Rivero vio la gran oportunidad de continuar sus estudios, recordó que, cuando niño, siempre le habían gustado los números, y que siempre soñó con ser un estudiante de economía. Ahora, a pesar de que no se trataba de economía, sino de una carrera similar, le ofrecían, además, trabajar. Sin pensárselo dos veces se inscribió y, en septiembre de 1973, luego de un arduo proceso, en donde tuvo prácticamente que dedicarse a recordar los contenidos fundamentales de las materias que desde hacía casi una década –cuando estudiaba bachiller– no tocaba, logró estar entre los escogidos. Así, comenzó sus estudios en la universidad, y, al mismo tiempo, fue ubicado en la Delegación Provincial del Banco Nacional de Cuba, bajo el cargo de

analizador, donde se encargaba de revisar los documentos de las empresas y gestionar créditos y pequeños préstamos. Su jefe, Radamé Silverio, un negro tan grande como bueno, lo trató como a un hijo, y le ofreció su especial tutoría y apoyo en cada una de las metas que se fue proponiendo. El primer día que se conocieron, el negro Silverio había revisado cuidadosamente las notas obtenidas por Rivero en el proceso de selección y los exámenes de ingreso. Intrigado por los maravillosos resultados, le preguntó: «Ven acá, chama, ¿por qué tú no empezaste a estudiar antes?». Rivero entonces le contó todo, aquella espeluznante historia del número 76 y cómo, incluso ocho años después, seguía teniendo un impacto negativo en su vida. Le dijo que sí, que había estado en las UMAP y que, a pesar de lo que la gente creía, él no se consideraba ni un gusano, ni un contrarrevolucionario, ni mucho menos, un despojo de la sociedad. Silverio, atento a sus palabras, calló durante todo el relato y, al final de la conversación, puso una mano en el hombro de aquel muchacho y le contó su historia, una, quizás, igual de aterradora que la de Rivero, pero con un final mucho más triste. El negro Radamé Silverio le contó la historia de su hijo Benjamín.

Radamé tenía dos hijos, Salvador y Benjamín. El primero había estado involucrado con el Directorio Revolucionario, una de las organizaciones que lucharon contra la dictadura de Fulgencio Batista antes del triunfo revolucionario, en 1959. También había sido artillero en la invasión militar de Bahía de Cochinos, en 1961. Era un hombre rudo, resolutivo y agencioso. Una persona que no le tenía miedo al trabajo. Benjamín, sin embargo, tenía otra biografía. Había estudiado pintura en la escuela de San Alejandro y, después del triunfo, brindó su apoyo como maestro en las zonas rurales del oriente del país durante la campaña de alfabetización de 1961. Vestía de negro, era asmático y sensible, llevaba siempre un libro bajo el brazo y sus amigos eran artistas e intelectuales. Era un artista, que se pasaba los días escribiendo poesía o refugiado en los profundos pensamientos de Nietzsche. Salvador, por un lado, encajaba en el modelo del «hombre nuevo» promovido por la Revolución, mientras que Benjamín «era exactamente lo opuesto a eso». Por esa razón, fue enviado a las UMAP

tras una de esas depuraciones que se hicieron en su centro de estudios. Radamé no recuerda el año ni el día en que fue reclutado su hijo, solo recuerda la primera vez que lo visitó. Luego de recorrer, exhausto, kilómetros en un tren infernal, con un calor asfixiante y un mal olor insoportable, llegó a aquel lugar desolado, con un sol tirano sin intenciones de dar tregua, y lo encontró esquelético, deprimido, con cara de muerto. El negro intentó hablar con su hijo, pero él juró que todo estaba bien, «papá, tú sabes que yo no como de todo, pero yo aprendo, tú no te preocupes», le decía Benjamín. Radamé nunca supo la verdad. La única prueba que le dio su hijo de lo mal que lo había pasado fue el triste hecho de ser encontrado muerto en su habitación una mañana de otoño de 1968, con el estómago lleno con decenas de pastillas de fenobarbital. Desde ese día, Silverio no había sido el mismo de antes. Ahora, al ver a Rivero, que había pasado por los mismos maltratos, no podía permitir más abusos.

–No te preocupes, muchacho –culminó diciendo el negro Radamé Silverio–, a mí no me interesa si estuviste en las UMAP, o si eres contrarrevolucionario, o extraterrestre. Trabaja tranquilo, que, con todo lo que pasaste, ya tienes suficiente. ¿No crees?

A lo largo de los siguientes cinco años, mientras asistía cada semana los viernes y los sábados a la universidad para estudiar, Rivero consiguió, finalmente, un trabajo bien remunerado y cómodo. Volvió a sumirse en su mundo de ensueño, rodeado de su familia y de un ambiente laboral en el que a nadie le interesaba el hecho de que alguna vez hubiera pisado el asqueroso suelo de una Unidad Militar perteneciente a las UMAP. Obtuvo la estabilidad que deseaba y siguió nadando, al igual que todos los cubanos, en el mar de aquella Revolución arrasadora, socialista y utópica, que continuaba dictando novedosas leyes y buscaba nuevas formas de esculpir al «hombre nuevo», aquel revolucionario socialista capaz de morir por sus ideales que soñó el Che y que el partido promovía todos los días en las escuelas y los centros de trabajo. Al mismo tiempo, y de una mágica forma, inversamente proporcional, la isla iba en retroceso, los edificios se tornaban

más antiguos, la gente envejecía con mayor rapidez, y las mejores virtudes que se podían tener eran la «vigilancia combativa» y el servicio pleno y desmedido a la Revolución y a Fidel. En diciembre de 1975, el Partido Comunista celebró su primer congreso, aprobando las tesis, los Estatutos y la Plataforma Programática del Partido Comunista de Cuba. Fidel, además, habló sobre la ayuda brindada al Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) en su lucha contra las tropas de Sudáfrica. Condujo sus esfuerzos a lograr hacer entender que el papel de la política exterior de Cuba estaba fundado en la firmeza de sus principios y la subordinación de las posiciones cubanas a las necesidades internacionales de la lucha por el socialismo y la liberación nacional de los pueblos. «No buscamos petróleo, ni buscamos cobre, ni buscamos hierro, ni buscamos nada en absoluto. Simplemente, aplicamos una política de principios», dijo. El 4 de noviembre de 1975 ya había iniciado la Operación Carlota, nombrada así en homenaje a una esclava perteneciente a la religión afrocubana lucumí, que protagonizó dos sublevaciones de esclavos en la provincia de Matanzas. De esta forma, comenzaron a llegar los primeros cubanos a Luanda para luchar a favor del bando izquierdista de Angola, y enzarzarse en una guerra despiadada que, con el tiempo, muchos categorizaron de innecesaria. Más de trescientos mil cubanos lucharon por esa firmeza de principios, y en consecuencia, perdieron la vida más de dos mil. Los oficiales de reclutamiento hacían sus llamados desde las universidades o en los centros de trabajo, y todos decían que sí, comprometidos con las palabras de Fidel y la esperanza de un mundo mejor. Y los pocos que decían que no, podían con toda certeza colgarse ellos mismos el famoso sambenito de parias de sociedad. La guerra se extendió hasta el año 1991 y culminó el 25 de mayo, con el regreso de los últimos quinientos militares cubanos que permanecían en Angola, y las lágrimas de los miles de familiares que recibieron los restos de los fallecidos en la que se llamó la Operación Tributo.

Veinticuatro

Los años ochenta llegaron acompañados de una ola imparable de cambios. El pueblo, ya acostumbrado a su arrasadora Revolución socialista, con una sólida amistad con la Unión Soviética y alimentada por un CAME poderoso e industrializado, vivía en la época que muchos consideraban la mejor, desde el triunfo de 1959. La época de las becas en Kiev, los contratos para trabajar en Checoslovaquia, los relojes Poljot, los radios VEF y Selena, las lavadoras Aurika, el ventilador Órbita, los tocadiscos Akkord y Melodyia, los Moskvitch, el vodka Stolichnaya, las latas de carne rusa y coles rellenas búlgaras, los mercados paralelos, los juguetes dirigidos por la libreta de la tienda, los cupones de ropa, el Frigidaire, los pollos vivos, la carne de res que llegaba cada nueve días, la cerveza a sesenta centavos, las tiendas Amistad, los zapatos Kiko plásticos, las camisas Yumurí, los pantalones Jiquí y la revista *Sputnik*.

Los niños que nacieron en aquella época fueron criados bajo el abrigo de una sociedad condicionada, entre la tierra y el fango, madrugaban para ir a la escuela con su uniforme y todos los zapatos iguales, y, al final de la jornada escolar, regresaban a sus casas y, como si fuese un acto incondicionado, lanzaban aquellas prendas al sofá para llenar las calles de risas, encontrarse con sus amigos –los mismos de la escuela–, esta vez para jugar a las escondidas, a la guerra, a la pelota. Y cuando los fuertes vientos azotaban la isla, se los veía trepar a los edificios más altos para adornar el cielo con aquellos papalotes multicolores. En tiempos de lluvia, salían a correr y se bañaban en los aguaceros de mayo, algo que a muchos les regaló unas cuantas inyecciones de penicilina en las nalgas. Otras veces, cuando los materiales aparecían, agarraban cuatro tablas y construían sus chivichanas, y las rodaban calle abajo, haciendo un ruido tan molesto al pasar que los vecinos salían a los portales y les gritaban toda clase de insultos. Pero luego reían como chiquillos, porque sabían que no había en el mundo unos niños tan felices como aquellos, viviendo en su burbuja de inocencia y candidez. Después, cuando llegaban las seis de la tarde, todos se sentaban, puntuales, frente al televisor, para recibir su dosis de muñequitos rusos: *Bolek y Lolek*, *Tusa Cutusa*,

Arcoíris musical y cientos de títulos más. Pero lo más hermoso es que aquella infancia forjó, a largo plazo, a unos hombres competentes, innovadores, audaces, que se enfrentan a los problemas en vez de evadirlos, que toman decisiones, a veces acertadas y a veces no, pero que dan el pecho a la vida y empujan hacia delante. Los convirtió en verdaderos cubanos.

Pero la mente humana es así de engañosa y tiende, por desgracia, a edulcorar el pasado, que, por muy difícil que haya sido, esconde, tras la nostalgia, los malos recuerdos y, al cabo, nos deja el autoengaño. Muchos piensan que sí, que fueron felices, cuando muchas veces fue todo lo contrario. Que los ochenta fueran mejores no quiere decir que fueran buenos. En los campos, casi nadie tenía televisor o refrigerador, y el que tenía, se encargaba de acoger voluntariamente a los vecinos que en las noches lo visitaban para la telenovela de turno o las noticias. Abundaban las viviendas rústicas. Vestir un vaquero era un lujo solo reservado para la gente pudiente, marinos mercantes o aquellos que sobrevivían a guerras extranjeras y llegaban portando esos jeans de mezclilla y camisetas con la imagen de Bruce Lee. El transporte era insuficiente, y podía transcurrir más de una hora sin poder viajar. El problema de la vivienda continuaba sin solución. Los servicios presentaban un estado deplorable: mala atención, demoras, inadecuada calidad de los productos. Desde la gran potencia soviética, se enviaban subsidios que mantenían a la isla abastecida de alimentos y conservaban a Cuba en una especie de vitrina frente a los países latinoamericanos, mientras ostentaba las bondades del modelo socialista. Aquellos recursos, lejos de utilizarse para desarrollar la industria y la infraestructura del país, se destinaron a financiar y promover invasiones, injerencias y la desestabilización de países, inclusive democráticos, con la consiguiente pérdida de vidas humanas, tanto cubanas como extranjeras. El clima de represión sobre los cubanos seguía intacto; podría decirse que más férreo. Al tiempo que, en todo el mundo, una considerable cantidad de hipócritas, izquierdistas y tontos útiles le hacían la propaganda, el Gobierno tenía las manos libres para aplastar cualquier resquicio de libertad ciudadana. Los devotos cristianos, disidentes, posibles emigrantes y homosexuales eran discriminados y castigados, las familias se dividían a causa de una ideología y los actos de repudio se pusieron de moda. Para la juventud, estaba vetada cualquier manifestación artística que no cumpliese con los parámetros de la moral comunista. Nada de pantalones ajustados, música rock o cabello largo. Todo eso era «diversionismo ideológico», y eran actitudes inaceptables. En vez de eso, tocaba convertirse en el «hombre nuevo» e ir a luchar en Angola, Nicaragua y Etiopía. Recuerdan los pocos el dolor de las madres y esposas ante la incertidumbre de saber si

su ser querido regresaría vivo, mutilado o muerto. El temor de la ciudadanía derivado de la propaganda frente a un despiadado Ronald Reagan que invadiría la isla sí o sí provocó que muchos comenzaran a cavar túneles en los patios de las viviendas.

Sin embargo, los dos acontecimientos más importantes de la década ocurrieron justo al inicio de la misma. El 1 de abril de 1980, cuando Radamés y Héctor, dos jóvenes de Lawton, lograron convencer al Títere para penetrar en la embajada de Perú a bordo de la guagua que conducía y pedir asilo político allí, no imaginaron la crisis que iban a generar y que cambiaría no solo la vida de ellos tres, sino la de todos los cubanos. Cuando el ómnibus de la 79 que surcaba la ruta Lawton-Playa se estrelló contra la verja de la embajada, Radamés, con sus ojos despiertos como soles, se hallaba detrás del asiento del chofer. No se arrojó al suelo como el resto; anhelaba ser testigo del ingreso, a sesenta y cinco kilómetros por hora, a la esquiva libertad. Su osadía le valió ser el primero en sentir el beso de la tragedia. Una bala danzó cerca de su cabeza, mientras otra, despiadada, se adentró por su espalda, y casi le destroza la espina dorsal. Héctor, herido también, contó con la fortuna de estar ya en suelo peruano, donde, según las leyes internacionales, la captura era una quimera. El estrépito dejó tras de sí un guardia yacente, víctima del fuego cruzado de sus propios compañeros. Los ocupantes del vehículo, desarmados, no albergaban hostilidades. Pero Fidel Castro, enfurecido por el desdén de los diplomáticos peruanos ante la entrega de los infractores, les imputó la muerte del guardia. Lo que el comandante no anticipó, al ordenar airadamente retirar la custodia del edificio y anunciar públicamente que todo el que deseara podía entrar a la embajada y pedir asilo, fue la marea humana que, en menos de dos días, inundaría el recinto. En un giro inesperado, dispuso cercar la sede diplomática, azotar y apresar a quienes osaran acercarse. Si no hubiera tomado esa medida, miles más se habrían sumado a aquellos que abarrotaban la institución, trepando a la azotea, aferrándose a los árboles y portando carteles que citaban «no queremos agua ni comida, queremos la salida». Un par de días después, en un editorial, el diario *Granma* tildó a los refugiados de delincuentes, antisociales, vagos y parásitos, y afirmó que ninguno de ellos era un perseguido político, ni mucho menos estaba necesitado del sacrosanto derecho de asilo. Para evidenciar la poca moral de los asilados, las autoridades, tras privarlos de agua y alimento durante días, arrojaron cajas insuficientes de arroz y huevos por encima de la cerca. Al otro lado, las cámaras oficiales se regodeaban, filmando las reyertas por la comida, donde las mujeres y los niños sufrían las mayores penurias. Los medios de comunicación convocaron al pueblo a luchar por su Revolución, a rechazar a la escoria, a defender sus ideales y, en consecuencia, una avalancha de cubanos se lanzó a las calles

gritando: «¡Fuera los antisociales!», «¡Fuera la escoria!», «¡Carter, llévate a tus carteristas!». Unas semanas después, el Gobierno permitió a los cubanos residentes en Estados Unidos llegar en barcos al puerto del Mariel para reunirse con familiares. Sin embargo, debían llevarse también a los «antisociales». Pero no solo los que salían de la embajada con salvoconductos, sino también a los reclusos comunes, muchos de ellos con problemas mentales. Cientos de embarcaciones, la mayoría procedentes de Estados Unidos, no tardaron en aprovechar la oportunidad que el Gobierno les ofreció y se trasladaron al puerto de la isla para transportar a los cubanos que, voluntariamente, elegían emigrar. Entre abril y septiembre de 1980, decenas de miles de cubanos, transportados de manera muchas veces improvisada, llegaron a Florida por barco desde el puerto de Mariel. Algunas embarcaciones, por desgracia, se quedaron en el trayecto, llevándose la vida de sus ocupantes, pero la inmensa mayoría logró su objetivo, sacando de Cuba a los que el mundo conocería, a partir de entonces, como los «marielitos». El éxodo terminó oficialmente el 26 de septiembre de 1980, cuando soldados cubanos ordenaron a los últimos ciento cincuenta barcos en el puerto de Mariel que lo abandonaran sin pasajeros. Para muchos, su llegada a Miami fue un renacer. Ya no se reconocen en aquellos seres angustiados y desilusionados que fueron apedreados, pateados y escupidos por las turbas…

–Monseñor Meurice –interrumpió el monaguillo–, lo espera el chofer para trasladarlo a la plaza de la Revolución. Ya falta poco para que su santidad llegue a la ciudad.

–Enseguida salgo.

Monseñor Pedro Meurice salió de la archidiócesis con rostro triunfante. A la entrada, lo esperaba un periodista que lo abordó apenas salió.

–Arzobispo, finalmente tiene…

–Ya le dije que no pienso entregarle el discurso –dijo, cortante, el monseñor sin darle al otro la oportunidad tan siquiera de protestar–. No, hasta después de pronunciarlo.

El periodista se encogió de hombros.

–Como quiera, señor arzobispo –dijo y abrió paso al monseñor.

–¡Monina, ya llegué! –gritó Rivero desde la sala.

Su vida los últimos veinte años había resultado próspera y feliz. A pesar de todo, principalmente del Período Especial, que había sorprendido por la espalda a un pueblo que jamás imaginó verse en semejante situación.

Cuando, el 8 de diciembre de 1991, se firmó el tratado de Belavezha y, por consiguiente, la disolución oficial de la Unión Soviética, Cuba quedó desamparada, y cayó presa de una crisis económica que marcó para siempre los recuerdos del pueblo. Fidel Castro, convertido en un cansalmas de discursos diplomáticos, anunció al pueblo cubano que la isla pasaría por un «Período Especial en Tiempos de Paz», que obligaría al Gobierno a tomar acciones económicas de racionamientos, como las que se hacen en casos de guerra, y así salvar la Revolución en Cuba y salvar el socialismo.

La casita de Santa Úrsula, por suerte, no sufrió daños, pero a sus puertas llegaron los testimonios más lúgubres que Rivero escuchó jamás. Evidencias de las consecuencias del hambre, la miseria y la necesidad. En la isla se aprendió a vivir entre penumbras, porque el número de viviendas que sufrían de los constantes cortes de electricidad era de la misma magnitud que la cifra de cubanos de a pie que en 1994 escaparon a la Florida en la crisis de los balseros, pidiéndoles a todos los santos que el capitalismo los sorprendiera con los pies secos. Otros miles de curiosos extranjeros visitaban una capital oscura, un pueblo envenenado de tristeza, una Cuba decadente, al mismo tiempo que presenciaban un «maleconazo» siniestro y contundente. Aquellos a los que en los ochenta les habían gritado «escoria», les habían lanzado huevos, los habían expulsado de su patria bajo un aguacero de oprobios, regresaron, prósperos, para abastecer a sus familiares y entregar las esperadas remesas que el Gobierno deseaba. Por primera vez desde el triunfo, Cuba se abrió al mundo para dar alas a los negocios privados, la inversión extranjera y la despenalización del dólar americano.

Monina y Rivero habían sufrido más por causa de sus dos hijos. Pilar y Orestes, becados en la universidad, buscaban a tientas llevarse algo a la boca en las crudas madrugadas de intenso estudio. Y a pesar de que seguía entrando dinero a la casa, ¿de qué servía el dinero si no había nada que comprar? Pero la herida, aunque fresca, comenzaba a cicatrizar, y los

cubanos, resilientes a los golpes del destino y más atemporales que el resto de la humanidad, se acostumbraban a vivir como podían, a encontrar comodidad en la incomodidad. Así habían vivido durante mucho tiempo y así seguirían viviendo.

–¿Monina? ¡Vamos a llegar tarde a la plaza, el papa no va a esperar por ti! –insistió Rivero.

Desde la noticia de la visita del papa Juan Pablo II a Cuba, Monina daba saltos de entusiasmo; era la primera vez que un pontífice plantaba sus pies en la isla. Desde el 21 de enero de 1998, el papa Juan Pablo II estaba en Cuba y había oficiado varias misas en Santa Clara, Camagüey y La Habana. Y ahora, después de tanta espera, por fin había llegado el 24 de enero, día en que llegaría a Santiago de Cuba, para fortalecer el andar misionero de los santiagueros. Rivero, que ya peinaba canas a sus cincuenta y cinco años, había prometido acompañarla a pesar de no haber pisado jamás una iglesia desde su salida de las UMAP, hacía casi treinta años. Desde su contratación como analizador en el banco, no solo había logrado graduarse de contable en la universidad y colgado el título en la pared del salón, como hacían todos por aquel entonces, sino que ahora dominaba cada procedimiento de su cargo como un verdadero maestro.

Las ollas emitían su particular seseo avisando de que tenían suficiente presión, y el delicioso aroma del estofado de pollo impregnaba el aire. Rivero se aventuró a la cocina, preocupado por el silencio inusual de su esposa, atravesó el umbral que dividía ambos salones y entonces, sentado en el taburete de cuero, jocoso y soberbio, vio un fantasma perdido en el tiempo, los restos de un recuerdo casi extinto que se fue en un amargo otoño.

–¿No me das un abrazo? –dijo el fantasma.

–Han pasado treinta años… Ramiro.

Veinticinco

En el rincón de Santa Úrsula ocurrió el abrazo de un reencuentro. Rivero, con lágrimas de júbilo, se aferraba a Ramiro con una intensidad que solo los años de ausencia podían justificar. Y allí, en la modesta morada que el destino les ofreció como escenario, el abrazo se volvió un pacto de eternidad, una promesa entre almas que habían sobrevivido a la vorágine de los años. Ramiro, por su parte, sostenía a su amigo con manos fuertes, como si temiera que el tiempo pudiera arrebatárselo de nuevo. El regazo de la añoranza se mezclaba con el presente, mientras Rivero, ávido de conocer los capítulos de la vida que se le habían ocultado, buscaba desentrañar los misterios de aquel burgués que el destino le había arrebatado. Quería saberlo todo sobre ese burguesito que desconocía, pues la última vez que se vieron, se lo habían llevado al infame batallón de castigo de las UMAP, para luego sufrir un exilio forzado, pero a la vez deseado. Y aquí estaba, finalmente, sin un solo cabello en su cabeza, con una barba blanca bien definida tapando su rostro, y sus inconfundibles ojos rebeldes que no habían perdido su llama. Pronto Monina se unió al abrazo, porque todavía le quedaba la sorpresa de encontrarse con Ramiro postrado en la puerta de su casa, después de treinta años, y verlo sano, sonriente, vivo. El burguesito contemplaba, incrédulo, la escena que se desplegaba ante él. Se sentía orgulloso de ver a su viejo amigo y a la compañera de su corazón desafiando los embates del tiempo y de la isla que marcó sus vidas, pero que no logró desvanecer la esencia resiliente que los caracterizaba en tiempos idos. Ambos se miraron a los ojos, y descubrieron que su amistad había resistido las sombras del olvido, y ahora eran testigos vivos de un

tiempo que, aunque implacable, no les había arrebatado la fuerza de su conexión.

Ramiro desgranó las páginas de su vida desde aquel otoño de 1966 con la solemnidad de un narrador que entrega sus recuerdos como ofrenda. Antes de entrar en detalles, compartió con Rivero la dolorosa razón que lo trajo de vuelta: la partida de Mirtica, su madre, cuya ausencia no pudo llenar con un último adiós. Por esa razón, sintió como deber filial regresar a su amada isla para despedirla como se merecía.

–Estuvimos diez días en el mar, llegamos a la Florida casi muertos –relató el burguesito.

La travesía hacia las refulgentes luces de Cayo Hueso los dejó marcados por la deshidratación; Eddie y él, al filo de la muerte. El viejo pescador sobrevivió por un estrecho margen y estuvo once días hospitalizado. La llegada, apenas vislumbrada, activó las alarmas de la Cruz Roja, que los acogió en campamentos de refugiados junto a un crisol de nacionalidades, incluyendo compatriotas cubanos exiliados de Camarioca, que compartían la desolación del destierro desde hacía más de un año. La primera Navidad se erigió como un calvario, convivieron con drogadictos, expresidiarios y almas desgarradas, y hasta tuvieron que luchar por un mendrugo de pan o un atisbo de alivio en la miseria. En esos instantes, Ramiro se preguntaba si aquella era la libertad que tanto había soñado. Entre inmigrantes a la deriva, la esperanza se deshilachaba mientras aguardaban noticias de un exterior que se mostraba indiferente. Las semanas transcurrían bajo el interrogatorio rutinario de la Cruz Roja –nombre, edad, motivo de llegada, ¿tiene familia aquí?–, hasta que, a mediados de enero, llegó al refugio un grupo de agentes de inmigración que permitió a Ramiro contar su odisea con minuciosidad: el encarcelamiento en los batallones de castigo, el exilio forzado y una travesía marcada por la adversidad. Con tiempo, paciencia y fortuna, se acogió al asilo político, creyendo que la pesadilla había llegado a su fin. Sin embargo, no contaba con que, en realidad, la vida le reservaba capítulos aún más desafiantes.

Al salir del refugio, compartió junto al viejo pescador un apartamento con mexicanos residentes en Miami, que les ofrecieron techo a cambio de

trabajo. Inicialmente, las cosas marcharon bien, pero pronto se vio en un callejón sin salida, rodeado de una sociedad xenofóbica y explotadora que despojó a Ramiro de su juventud, sufriendo por las condiciones de trabajo y los maltratos. Eddie, única ancla de confianza, decidió irse un día, sin previo aviso, y dejó a Ramiro solo, en un país desconocido, rodeado de la incertidumbre de nadar en aguas inexploradas.

El burguesito encontró una pausa en 1967, cuando pudo enviar la primera carta a sus padres, construida con mentiras de optimismo y promesas de un futuro que, por entonces, se antojaba incierto. En medio de las líneas que embellecían la libertad bajo la sombra del capitalismo, Ramiro pedía ayuda. Una conexión, algún conocido que pudiera servir de faro en aquel mundo de lobos. Entonces, Pedro Mayol surgió como el hilván de esperanza al encontrar a la persona indicada: Agustín Torres, uno de los muchos primos dispersos que tenía y que casualmente, vivía en Tampa. Le pidió ayuda y el primo, con la generosidad que solo emana de la sangre compartida, se embarcó en una travesía desde Tampa a Miami para buscar, personalmente, a Ramiro. Le extendió la mano no solo para rescatarlo del naufragio del exilio, sino también para ofrecerle un trabajo como peón de albañil y un piso que financió hasta que el burguesito pudo sostenerse por sí mismo. Durante mucho tiempo, Ramiro se aferró a la creencia de que el corazón de Agustín había sido el motor detrás de tan sorprendente ola de amabilidad. Sin embargo, con el transcurrir de las estaciones, descubrió la raíz más profunda de aquel gesto desinteresado. Se enteró de que su propio padre, Pedro Mayol, había recurrido a viejas deudas familiares, casi olvidadas, para proveer a su hijo de lo necesario para sobrevivir. Así, el burguesito desplegó sus primeros pasos en el coloso norteamericano, ahorrando con meticulosidad, adquiriendo gradualmente algunos bienes y construyéndose, poco a poco, un espacio propio.

Al cabo de tres años, en el incipiente albor de la década del setenta, Ramiro se desempeñaba como vendedor de seguros en una respetable compañía, y acostumbraba a perfumar sus mañanas con el aroma matutino de un café en una acogedora cafetería cercana a la oficina. Fue allí, entre el humo del café y las conversaciones mundanas, donde conoció a la mujer

que marcaría su destino: Lisa. Desde el primer instante, sus ojos se encontraron con una conexión irrevocable, una atracción que superaba las barreras del tiempo y el espacio. Sin desviar la mirada hacia ninguna otra, Ramiro encontró en aquella mujer el refugio de su corazón. Cubana de nacimiento, había emigrado a Estados Unidos años antes del triunfo de 1959, impulsada por la desconfianza de sus padres hacia Fidel Castro, que presagiaron con astucia el destino que aguardaba a la isla en los años posteriores. Lisa y Ramiro sellaron su unión en el año 1972, el mismo año en que la familia de Rivero y Monina daba la bienvenida a su segundo hijo.

Con el transcurrir de los años, cuando Ramiro finalmente consolidó su posición, sintió el llamado de cumplir uno de sus sueños más anhelados: convertirse en un orador y compartir al mundo su propia narrativa, la historia que latía en su pecho, la crónica de las UMAP y las afrentas sufridas mucho antes de que sus pasos resonaran en las frías instalaciones militares. Y, cediendo a una incansable sed de conocimiento, se sumergió en una meticulosa investigación, desmenuzando cada ley, cada artículo impreso en las páginas de los diarios, cada discurso. Escudriñó con paciencia cada palabra pronunciada por los máximos dirigentes del Gobierno cubano, desentrañando, así, el enigma del origen de las Unidades Militares, comprendiendo el porqué de la reclusión y el aislamiento impuestos a aquellos que no comulgaban con las ideas de Fidel Castro. A lo largo de los años, esta incursión en la historia profunda de su tierra natal le permitió no solo desvelar los secretos ocultos detrás de las UMAP, sino también entender la metamorfosis de la sociedad cubana y descubrió cómo aquellos que discrepaban con las ideologías imperantes se vieron forzados a esconderse tras las pancartas socialistas y el sensacionalismo revolucionario, por miedo a ser castigados y rechazados por una sociedad que no veía más allá. Esta búsqueda se convirtió en la misión que marcó la mayor parte de su vida. Con esfuerzo, conectó con las personas correctas y construyó puentes con aquellos que compartían su empeño por revelar la realidad oculta.

Rivero permanecía callado. Había escuchado la historia de su amigo y no salía del asombro.

–Es increíble todo esto que me cuentas, Ramiro –dijo, al cabo.

–Lo es, mi amigo. Todo lo que he descubierto en estos años sobre las UMAP. Decenas de testimonios que, al unirse, construyeron finalmente, la trama de ese oscuro rincón.

–Hay cosas que jamás quedaron claras.

–Ciertamente. Pero algunas sí se saben.

–¿Por ejemplo?

–Hace unos años, formamos un grupo en Miami para recopilar testimonios de aquella época. Lo llamamos la Asociación de Exconfinados de las UMAP. Debo confesar que, cuando llegué a Estados Unidos, apenas tenía tiempo para pensar en ello. Más tarde, al iniciar mi investigación, eran pocos los que conocían las UMAP. Algunos llevaban ya tiempo en Estados Unidos, otros habían pasado su vida evitando a la Policía, hasta que tuvieron la oportunidad de partir. Pero con los marielitos en los ochenta, el grupo de exconfinados creció, y pude reunir numerosos testimonios. ¿Recuerdas a Pepe, aquel que nos narró la historia sobre la afocancia y los tratamientos psiquiátricos a los homosexuales?

Rivero asintió, asombrado.

–Pepe me compartió datos intrigantes. Para finales de 1966, el mundo conocía la existencia de las UMAP y la Revolución enfrentaba una avalancha de críticas. Por esa razón, los dirigentes se esforzaron por desvincular a Fidel de todo el asunto. Buscaban convencer al mundo de que los maltratos eran resultado de un error interno desconocido para los máximos dirigentes. Para lograrlo, seleccionaron a algunos jóvenes del partido y los integraron en las unidades militares para estudiar el nivel de maltrato al que estaban siendo sometidos. Pepe fue uno de esos jóvenes y lo que presenció fue tan brutal que, una década más tarde, optó por irse por el Mariel.

»Cuando los dirigentes revisaron el informe, decidieron desmantelar las UMAP. Para ello, seleccionaron al entonces capitán Felipe Guerra Matos, quien, junto a Quintín Pino Machado, borró huellas paso a paso.

Rivero recordó su encuentro con Guerrita cuando le pidió el traslado a Nuevitas y entendió la razón del trato distinto que desde entonces les habían dado.

–En la actualidad –continuó Ramiro– algunos afirman que, al revisar sus registros militares, no hay pruebas de su paso por las UMAP. Cartas y hojas de baja se refieren al servicio militar regular, como si nunca hubieran estado en esas unidades.

–Sin embargo, yo no tuve esa suerte –dijo Rivero–. Durante mucho tiempo, sufrí por haber pertenecido a las UMAP. Me rechazaron en varios empleos, me trataron como a un antisocial, hasta que, por suerte, encontré a alguien que valoró mi trabajo. ¿Era tan difícil que los demás hicieran lo mismo?

Ramiro guardó silencio, absorbiendo las palabras de su amigo, imaginando una vida rodeada de miradas discriminatorias por un destino injusto.

–¿Por qué no te fuiste a Estados Unidos, Rivero? Allí podrías haberte unido a la asociación, muchos obtuvieron asilo político, vivieron en libertad, buscaron justicia.

–Hay algo que aún no entiendes, Ramiro. Nunca me importó la política, el comunismo ni nada de eso. Solo quería estudiar, trabajar, formar una familia y ser feliz con mi esposa. Ir a la iglesia, cantar en el coro, leer la Biblia. Nunca protesté como tú en la universidad, ni hablé mal de la Revolución o de Fidel. Vivía el presente y las bendiciones que Dios me ofrecía. Las UMAP cayeron como una desgracia sobre mí, despojándome de mi fe. Jamás volví a pisar una iglesia y dejé de ser persona en un país donde avanzar significa aplaudir a los payasos, marchar por cualquier motivo y gritar consignas incomprensibles. Aún hoy me pregunto qué será de mi vida, porque el miedo persiste. Temo a que mi familia atraviese lo mismo. Mis hijos están en la universidad, los escucho hablar, y me aterra la idea de recibir una llamada diciendo que uno de ellos fue detenido por contrarrevolucionario, por criticar al Gobierno o colocar un cartel. Eso es lo que me aterra, ¿comprendes?

–¿Y no sientes que, como cubano, es tu deber luchar por el cambio?

–Mi deber es cuidar a mi familia como padre y esposo.

Ramiro asimiló la sentencia de Rivero.

–Entiendo –dijo, al cabo.

En ese instante, Monina indicó a Rivero que mirara la hora.

–¿Van a salir? –preguntó el burguesito.

–Hoy es la visita del papa Juan Pablo II, voy con Monina. ¿Te unes?

–Por supuesto, ponme al tanto ahora tú –dijo Ramiro, posando una mano cómplice en el hombro de su amigo.

En el año 1996, cuando Fidel Castro realizó su visita al Vaticano y extendió la invitación al santo padre Juan Pablo II para que visitara La Habana, la respuesta de la población de la isla no se hizo esperar: un estallido de júbilo se apoderó de todos. No obstante, a medida que se aproximaba la llegada del ilustre visitante, el entusiasmo crecía aún más, al revelarse con detalle la vida de sacrificios y dedicación a causas nobles que había llevado el máximo pontífice, una vida que los medios de comunicación del país se encargaron de difundir minuciosamente. Tanto en las páginas del diario *Granma* como en los noticieros nacionales de radio y televisión, se desplegaban extensas notas informativas que resaltaban la trayectoria del papa desde el momento en que sintió su llamado al servicio hasta la actualidad. En consecuencia, el pueblo avivó un profundo respeto por la figura del papa y su excepcional personalidad. Así, creyentes y no creyentes salieron a las calles para recibir a alguien que no era simplemente otro jefe de Estado, sino un distinguido luchador, enarbolando las causas más nobles de la tierra.

La ardiente plaza de la Revolución Antonio Maceo se veía azotada por el implacable sol santiaguero. Un mar humano, compuesto por aproximadamente un millón de personas, se congregaba alrededor de los cincuenta y tres mil metros cuadrados que componen ese sagrado espacio. Por fin, el esperado momento de coronar a la veneradísima Virgen de la Caridad del Cobre a manos del santo padre había llegado. Fue en el Cobre, donde el padre de la patria, Carlos Manuel de Céspedes, se postró ante la Virgen para recibir su bendición antes de emprender la guerra de los Diez Años. Muchos de los presentes entonaban con fervor la famosa canción que decía «yo no quiero flores, yo no quiero estampas, lo que quiero es Virgen

de la Caridad», mientras un coro potente elevaba salmos y alabanzas con sus voces, que parecían provenir de lo celestial. El epicentro de la atención estaba puesto en un imponente escenario, coronado por una cruz blanca que se alzaba, majestuosa, atrayendo las miradas de todos los presentes. Entre la masa de feligreses, curiosos y turistas, Rivero, Monina y Ramiro ocupaban un espacio.

–Rivero, ¿sabías que Meurice dará un discurso hoy en presencia del papa? –preguntó Monina.

Rivero asintió.

–Es el arzobispo de la diócesis de Santiago, es lógico que deba darle la bienvenida a Juan Pablo II –añadió.

–Lo que ha logrado Pedro Meurice es admirable –señaló Ramiro–, creo que es el mejor representante de la Iglesia que tiene este país. Ha sabido ganarse el respeto de todos y ha conseguido sus logros por méritos propios.

–Tuvo un buen maestro –confesó Rivero–; monseñor Enrique, que en paz descanse, le enseñó todo lo que sabe. Sin embargo, la bondad y la fe son cosas que se cultivan con esfuerzo.

–Él quería tanto que regresaras a la Iglesia, mi amor –comentó Monina, añadiendo uno de esos suspiros de causa perdida–; estaba seguro de que te ayudaría a superar esos miedos que siempre tuviste.

–Sin embargo, supo respetar mi decisión.

–¿Tan mal la pasaste? –preguntó Ramiro.

Rivero le lanzó una mirada que hizo entender a su amigo lo estúpida que la pregunta había sonado.

–Tu partida me dolió y me descolocó –contestó, al cabo–. No supe nada de ti hasta unos meses después, cuando tu madre me contó lo que había pasado.

–No te dije nada porque creí que era mejor que no lo supieras. Sabía que no querías irte. Tu intervención podía haberlo complicado todo. Aun así, te pido disculpas, porque eres mi amigo y merecías saberlo.

–Hiciste como José Martí, ¿verdad?

Ramiro sonrió.

–Sí, hay cosas que, para lograrlas, han de andar ocultas –citó.

–Muchas cosas cambiaron desde que te fuiste, Ramiro.

–Sin embargo, yo no siento lo mismo. Cambiaste tú, cambió tu esposa, nacieron tus hijos, cientos y cientos de personas nacieron y murieron desde que partí. Pero Cuba sigue igual. Es como si se hubiese detenido el tiempo, como si esta isla tuviera un magnetismo que retrasara los relojes. Es increíble.

–Quizás la culpa reside en nuestra pasividad, en dejar que Fidel, los designios de los rusos y el rencor de los americanos dicten nuestro destino. Los cubanos estamos sumidos en una especie de letargo colectivo que no nos ha dejado reflexionar verdaderamente sobre qué anhelamos para nuestro país. Y aquellos pocos que se han atrevido a soñar en voz alta han sido silenciados y enterrados bajo capas de miedo y opresión.

–O, como tú, no les importa pensar en lo que anhelan para la isla.

–También…, pero es mi derecho, ¿no?

–Pues sí.

En ese momento, se hizo un anuncio por micrófono.

–El señor arzobispo de Santiago de Cuba, monseñor Pedro Meurice Estiú, da la bienvenida al santo padre.

Como un ser celestial, enfundado en una sotana blanca y casulla dorada, monseñor Meurice se deslizó con gracia delante de un mar de personas. Aunque consciente de que sus gestos se perdían en la abrasadora luz del sol y el creciente calor que elevaba las temperaturas en la ardiente tierra, el arzobispo esbozó una sonrisa. Luego, con una elegancia que rozaba lo divino, se dirigió hacia el papa.

–¡Santísimo padre! En nombre de la archidiócesis de Santiago de Cuba y de todos los hombres de buena voluntad de estas provincias orientales, le brindo la más cordial bienvenida. Esta tierra, indómita y hospitalaria, es la cuna de la libertad y un hogar de corazón abierto. Lo recibimos como a un padre en este suelo que custodia, con entrañas de dignidad y raíces profundas de cubanía, la campana de La Demajagua y la bendita imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre...

–Entiendo tu decisión, Rivero –dijo Ramiro–, ahora la entiendo. Así como algunos sienten el deseo de luchar por la justicia, debemos entender

que no todos tienen por qué hacerlo, que hay quienes prefieren ser felices.

–Sé que es una cuestión de principios, Ramiro –respondió Rivero–, pero, ¡mira a lo que hemos llegado! ¿Crees que no me entero de las cosas malas? Lo veo en la cara de la gente, lo sabía cuando era chofer de monseñor Enrique, en mis conversaciones con el padre Meurice, sé que este pueblo necesita un cambio. Pero ese odio…, ese odio que siente la gente por sus propios compatriotas, ese rechazo que tú y yo sufrimos por pensar diferente, ese odio que induce a lanzar huevos y gritar infamias contra los que se fueron por el Mariel, o acechar como lobos a los que escuchaban música en inglés, o simplemente escribían poesía que no fuera relacionada con los acontecimientos que se vivían en la época. Esa actitud es la que jamás entenderé.

–Todas esas actitudes siempre han sido parte de una doctrina que nos han querido implantar. Tú mismo lo dijiste. Todos estos años, Cuba ha sido golpeada por los cambios: el triunfo, la Crisis de los Misiles, la zafra, los soviéticos, el CAME, los americanos; pero no se ha concentrado en buscar lo que verdaderamente desea. Se ha dejado guiar por la pasión de un sistema que no entiende, pero que tampoco se enfoca en entender. Además, han aislado a los cubanos del mundo, les han enseñado una sola cara de la luna. Y si desde niño te dicen que dos más dos son tres, en el futuro matarás por defender ese error, sin pararte a pensar un instante en que quizás las cosas no son lo que creías.

Las palabras de Rivero flotaban en el aire como una bruma densa y melancólica, mientras el sol descendía sobre la plaza de Santiago de Cuba, bañando con tonos dorados la escena de un país sumido en la complejidad de sus propias contradicciones.

El monseñor Meurice seguía hablando.

–¡Santidad! Este es un pueblo noble y también un pueblo que sufre. Un pueblo que posee la riqueza de la alegría y la pobreza material que lo entristece, agobiándolo hasta el punto de no permitirle ver más allá de la inmediata subsistencia. Este es un pueblo con vocación de universalidad, constructor de puentes de vecindad y afecto, pero cada vez más bloqueado por intereses foráneos, atrapado en una cultura del egoísmo debido a la dura

crisis económica y moral que lo aflige. Nuestro pueblo es respetuoso de la autoridad, amante del orden, pero necesita aprender a desmitificar los falsos mesianismos. Este es un pueblo que ha luchado durante siglos por la justicia social y ahora se encuentra al final de una de esas etapas, buscando nuevamente cómo superar las desigualdades y la falta de participación.

La multitud escuchaba en silencio, absorbiendo cada palabra como si fueran piezas de un rompecabezas que empezara a revelar la complejidad de su propia existencia.

–Yo entiendo, hasta cierto punto, que se hayan cometido errores –confesó Rivero–. Incluso, a mediados de los ochenta, el Partido Comunista llevó a cabo el Proceso de Rectificación de Errores, que buscaba reconocer muchos de los traspiés que había cometido el Gobierno hasta entonces. Las UMAP fueron uno de esos errores. Sin embargo, creo que, igualmente, la culpa fue del alto grado de discriminación de los militares, gente que no nos comprendía.

–Ese es el dilema de nuestra gente, Rivero. La capacidad de olvidar, de reiniciar, está arraigada en nuestro ser. Todos parecen dispuestos a empezar de nuevo, a darle una oportunidad al cambio sin cargar con las pesadas cadenas del pasado. Si no hay memoria, no hay error; si no hay error, no hay culpa y, por lo tanto, no existe cosa alguna que perdonar. Es como si el olvido fuese un escudo contra la desesperanza, una forma de seguir adelante sin quedar atrapado en las sombras de lo que ya no se puede cambiar. Pero, ¿a qué costo? ¿Hasta qué punto ese olvido perpetuo nos ha impedido evolucionar como sociedad?

»Las UMAP no son un simple error, son una sombra alargada, un reflejo de la lucha desmedida por forjar al "hombre nuevo" del Che, esa quimera que se convirtió en un arma de doble filo. La idea, en su esencia, buscaba crear el revolucionario perfecto, pero pronto se torció, en un intento desesperado por esculpir las almas según un molde rígido y peligroso. ¿Te has percatado alguna vez de la semejanza del «hombre nuevo» con la raza aria de Hitler? Es como si cambiaran la pigmentación de la piel y el color de los ojos por la lealtad ciega y ferviente a un partido, una única realidad que se impone sin espacio para la reflexión. En lugar de la pureza de la

raza, anhelaban la pureza ideológica, una uniformidad que dejaba poco margen para la diversidad de pensamiento. Las UMAP fueron más que un lugar de confinamiento, fueron el campo de batalla de una ideología que buscaba imponerse a toda costa. Una lucha que trascendió las fronteras de la isla, una pugna por la representación de la Revolución que, desafortunadamente, dejó cicatrices profundas en la sociedad. Muchos advirtieron que, producto de esas luchas, el pueblo sufriría, pero nadie escuchó en aquel entonces, como nadie escucha ahora.

Pedro Meurice, en el escenario, guardó un silencio de profunda reflexión, hilando con cautela las palabras que estaban por brotar:

–Le presento, además, a un creciente número de cubanos que han confundido la patria con los designios de un partido, que han entrelazado la nación con el vertiginoso devenir histórico de las últimas décadas y han amalgamado la riqueza cultural con una ideología imperecedera. Son compatriotas que, al rechazar sin discernimiento, experimentan un desarraigo palpable, desestimando lo local y sobrevalorando lo extranjero. Algunos consideran esta actitud como una de las causas fundamentales del exilio, ya sea interno o externo. Santo padre, a lo largo de los años, nuestro pueblo ha defendido con auténtica dignidad la soberanía de sus fronteras geográficas; sin embargo, hemos descuidado, en cierta medida, que esa independencia debe brotar primero de la soberanía de la persona humana, que sostiene desde sus raíces todo proyecto de nación.

–Y ¿qué me dices de los de allá, Ramiro? –preguntó Rivero–, los que tampoco comprenden que aquí, en esta isla, reside una parte de su alma, su idiosincrasia y su cultura, y aun así, se empeñan en menospreciar a sus coterráneos, en ridiculizar su propio suelo y su propia estirpe.

–Ciertamente. Es la famosa guerra de las dos orillas, mi amigo –contestó Ramiro–. Los que se van transforman radicalmente su forma de pensar. Si en Cuba pensaban en negro, ahora piensan en blanco, pero no se esfuerzan por descubrir otros colores. Los que no trabajaban se convierten en los más trabajadores, los ateos se transforman en cristianos, los comunistas extremos se vuelven neoliberales y se suman a apoyar invasiones y a crear grupos con nombres épicos para encontrar soluciones a

los problemas desde el exilio. También están aquellos que no hallaron el sueño americano y regresaron con nostálgicas excusas.

»Pero lo más desalentador, Rivero, es cómo los de allá convierten a Cuba en una quimera, se sumergen en los quizás para imaginar, por un segundo, el "qué hubiese pasado si…", en vez de asentarse en la realidad de su patria, con la convicción de que los únicos capaces de cambiarla son ustedes, los que están dentro, y no nosotros, los que nos fuimos. Pasan sus días viviendo en una ambigüedad que no les permite avanzar; seis meses en la isla y seis en Estados Unidos, en lugar de decidirse: olvidarse de Cuba y transformarse en personas nuevas en un país nuevo, o aceptar que prefieren vivir aquí, a pesar de todo, al igual que tú lo prefieres.

El arzobispo continuaba su parlamento, deslizando palabras con la cadencia de un río en busca de su desembocadura:

–Hay otra realidad que debo presentarle. El cubano sufre, vive y espera aquí; y también sufre, vive y espera allá fuera. Somos un único pueblo que, navegando a trancos sobre todos los mares, sigue buscando la unidad, esa que nunca será fruto de la uniformidad, sino del alma común y compartida a partir de la diversidad. Por esos mares vino también esta Virgen, mestiza como nuestro pueblo. Ella es la esperanza de todos los cubanos. Es la Madre cuyo manto cobija a todos los cubanos sin distinción de raza, credo, opción política o lugar donde residan.

Rivero se sumió en un breve silencio, contemplando el horizonte con una mirada llena de inquietudes.

–¿Será posible que algún día acabe todo esto? –preguntó, llevando consigo una carga de deseo en sus palabras.

La pregunta tomó desprevenido a Ramiro. Percibió que su amigo buscaba respuestas en los pliegues más sinceros de su alma.

–Estamos en 1998, Rivero. Quedan dos años para que este milenio cese y el siglo XXI se cierna sobre nosotros. Estoy convencido de que las futuras generaciones tendrán que lidiar con situaciones parecidas o incluso peores. Al fin y al cabo, el mundo sigue su curso y Cuba se queda atrás, dando cortos pasitos, tropezando con las mismas piedras y aplicando las mismas estrategias.

–Sí, pero bueno, de aquí a allá…

–La casa siempre será la misma, Rivero, lo que cambian son los tiempos y las generaciones. Espero que, para entonces, tengan la valentía que el arzobispo está teniendo ahora mismo. Presta atención.

Ambos fijaron sus ojos en monseñor Meurice, quien concluía su discurso.

–¡Santo padre! Los cubanos suplicamos humildemente a su santidad que ofrezca sobre el altar, junto al Cordero Inmaculado que se hace para nosotros pan de vida, todas estas luchas y azares del pueblo cubano tejiendo, sobre la frente de la Madre del Cielo, esta diadema de realidad, sufrimientos, alegrías y esperanzas, de modo que, al coronar con ella esta imagen de Santa María, la Virgen, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, que en Cuba llamamos bajo el incomparable título de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, la declare como Reina de la República de Cuba. Así, todas las generaciones de cubanos podremos continuar dirigiéndonos a ella, pero con mayor audacia apostólica y serenidad de espíritu, con la bella estrofa de su himno: «Y tu nombre será nuestro escudo, nuestro amparo tus gracias serán». Amén.

Los aplausos inundaron la plaza, un torrente vigoroso y unánime que resonó en cada rincón, como una ovación efusiva que celebraba la cadencia de las palabras de monseñor Meurice, esparciendo júbilo y esperanza en la vastedad de la reunión. Rivero y Ramiro se abrazaron una vez más, testigos del suceso que acababan de vivir. «¿Cómo hubiesen sido nuestras vidas sin esos dos números? El 76 y el 71», pensó Rivero, mirando la estatua del Titán de Bronce, Antonio Maceo, que adornaba la plaza de la Revolución. Aquella incógnita persistía, enredada en los hilos del destino que las moiras, hijas de Zeus y de Temis, continuaban tejiendo. Muchas más piedras se cruzarían en su camino, porque la vida era un relato inagotable de desafíos. Pero ¿qué más daba? Le había tocado vivirlo y había logrado superar todos los obstáculos. Rivero, entre la maraña de tiempos y mitos, se sentía pleno, feliz con Monina y sus dos hijos, siendo protagonista y testigo de su propia

epopeya en la tierra de los sueños y las maravillas, viviendo bajo las fauces de un caimán dormido en el mar Caribe.

Las Palmas de Gran Canaria,
18 de enero de 2024

Agradecimientos

Dicen que nadie logra nada solo, que siempre hay alguien que te impulsa, te inspira o incluso te desafía. A veces, hasta una patada en el trasero te empuja hacia adelante. Esta novela no habría existido si, una tarde de primavera de 2018, Orestes Rivero no hubiera tocado a mi puerta con el pretexto de una comida y, entre charla y risas, me hubiera mostrado aquel documento que llamó «testimonio». En ese momento, yo no era más que un joven con ganas de escribir, y él, sin saberlo, puso en mis manos la semilla de esta historia. Tampoco habría sido posible sin la insistencia de mi padre, terco como pocos, que me empujó a desempolvar ese mismo testimonio, olvidado entre montañas de archivos en mi ordenador. Fue él quien me lanzó a un año y medio de investigación, en el que pasé mis días en la Biblioteca Saulo Torón, de Telde, que se convirtió en mi segundo hogar.

Escribir esta historia fue mi manera de volver a casa, de recorrer con la imaginación las calles de mi Santiago, asomarme a sus balcones, escuchar el bullicio de su gente y sentir en la piel el calor de su sol inclemente. Fue mi manera de suplir esa necesidad de regresar a mi Cuba lejana, de sumergirme en su historia, de matar la nostalgia y, quizás, de sanar un poco las heridas de la distancia.

Por ello, quiero agradecer a todas esas personas que fueron parte de este camino. A mis lectores cero: el periodista francés Alain Chaplais, cuya ayuda fue invaluable, y mi hermano del alma, Andy Soto, que, después de un año de exilio en México, llegó a Estados Unidos para abrazar la libertad. A ustedes, gracias por leerme primero, por su paciencia y por sus críticas. Al jurado del Premio Málaga de Novela (en especial a Ana y a Susana), por

darme una de las noticias más felices de mi vida. A todos los que me escribieron para felicitarme, porque la distancia se acorta cuando los amigos celebran y presumen tus sueños cumplidos como si fueran propios. A Blanca, Lidia y Joan, de la editorial Galaxia Gutenberg, por su profesionalismo y por recordarme que escribir es un oficio, pero publicar es un arte.

A mi madre, por ser refugio y empuje a la vez, por enseñarme que las palabras también pueden ser un hogar y que, sin importar cuán lejos esté, siempre habrá un rincón en su abrazo donde pueda volver.

Y, por último, a mi amigo, mi hermano, Gabriel Calante, que dejó este mundo a los veintiún años y a quien prometí dedicarle todos mis logros. Gabo, sabes que, si algo deseo, es seguir llenando páginas, seguir imaginando mundos, seguir encontrándome con amigos como tú, que me quieran sin necesidad de entenderme. Y, como cuando éramos niños, como ahora y como mañana, siempre seré el mismo: un alma vieja que hace lo que lo completa, lo que le da sentido; un soñador que sueña con seguir soñando. Espero que, cuando nos reencontremos en otra vida, podamos darnos ese mismo abrazo tierno y cálido que los protagonistas se dan al final de la historia.



Orestes Rivero, Santiago de Cuba, mayo de 1966

Tabla de Contenido

Nota del autor
Prefacio
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Agradecimientos